

A C A N T I L A D O

A. G. Porta
Gregorio Casamayor
Francisco Imbernón
PatchWord



PATCHWORD

**A. G. PORTA
GREGORIO CASAMAYOR
FRANCISCO IMBERNÓN**



**ACANTILADO
BARCELONA 2019**

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2019 by Antoni Garcia Porta,
Gregorio Casamayor Pérez y Francisco Imbernón Muñoz
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-11-7

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
octubre de 2019



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

¿Dónde he leído este nombre? ¿Athanasius Pernath? Yo creo, creo que hace mucho, mucho tiempo, en alguna parte, tomé otro sombrero, por confusión, comprobando asombrado que me sentaba tan bien, teniendo, como tengo, una forma de cabeza tan especial.

GUSTAV MEYRINK,
El Golem

POR SI NO LO SABÉIS, LAS HISTORIAS SÓLO EXISTEN CUANDO SON NARRADAS O LEÍDAS. DE MODO QUE AL PRINCIPIO LO QUE SABÉIS DE UNA HISTORIA ES NADA

Os contaré una historia. En realidad es una historia que encierra multitud de historias, aunque en adelante seguiré llamándola la historia. Tiene que ver con un sombrero que a lo largo de su vida adorna o protege distintas cabezas y eso le da que pensar, porque las cabezas que cubre y las historias que éstas viven le obligan a recapacitar sobre el mundo y los seres que lo habitan, y también acerca de los porqués y en toda esa clase de monsergas que a los humanos a menudo os da por considerar cuando el insomnio se enseñorea de vuestras noches, cuando os ponéis sentimentales o nostálgicos, o cuando caéis en la ruina más sórdida, la física y espiritual, no la material. El sombrero al que me refiero pasa por tres, cuatro, cinco y algunos propietarios más, y al final es sacrificado en un ritual desesperado cuyo objeto es que su último dueño pueda recuperar la propia estima. Y ya está. Eso es todo. Ese sombrero soy yo, y esa historia es mi historia. Una historia increíble, aunque ahora, a estas alturas, ya sé que todas las historias son increíbles—aunque tal vez vosotros no sabréis nunca que todas las historias son increíbles—y que de nada sirve que os lo diga, porque seguiréis vuestro camino indiferentes, fieles a vuestras propias creencias, las que sustentan vuestro pasado—quizá debería decir que justifican vuestro pasado—y que habrán de sustentar o justificar vuestro futuro. De todos modos os contaré mi historia, ya que en el fondo también es la vuestra. En ocasiones sucede que alcanzado el final de tus días, ya seas una cosa u otra, humano, robot o simple sombrero, por ejemplo, te decides a hacer balance, y a contar tus logros y tus fracasos, a ti mismo y a esos otros seres de los que formas parte mientras los acompañas por dondequiera que transcurran sus pasos. Será eso que los humanos llamáis destino lo que está detrás de toda confesión, tal vez el vestiros y el estar presente en vuestras conversaciones, el hecho de indagar en vuestros pensamientos más profundos, será eso —digo—lo que hace que me crea en posesión de algo inmaterial pero de suma importancia, tanta, que debo referirlo aquí. Y es que durante estos años—tampoco vayáis a creer que demasiados—me moveré entre vosotros lo suficiente como para que ahora mismo pueda llenar páginas y más páginas con historias que, erróneamente, consideraréis verdadera ficción. Lo lamento, pero no estoy dotado para la ficción. Las personalidades de las que daré cuenta y razón vivirán historias auténticas y también otras—producto de una imaginación desbocada o de la fiebre avasalladora—que no lo serán tanto, mantendrán ruidosas y acaloradas discusiones, se sumergirán en procelosos

libros, contemplarán embelesados un sinfín de películas y de series, y también alternarán sueños y pesadillas. En algunos casos, terribles pesadillas. En definitiva, un compendio de ideas y sensaciones, opiniones y emociones que sólo en algunos casos me parecerán originales y que merecerán toda una amalgama de consideraciones. En otros casos, los más, no, nada, simples lugares comunes, tópicos, circunstancias anodinas sobre las que no voy a detenerme ni un segundo. Ni una palabra. Quizá mis ansias de contar se deban a un simple rasgo de vanidad que me hace creer único, porque ninguno de aquellos a quienes cubriré me leerán jamás, ni siquiera tendrán noticia de un sombrero con voz propia, y con eso no quiero decir que pueda moverme libremente, o que vaya a influir en las decisiones de mis propietarios, sino que me refiero a tener una línea original de pensamiento. Algunos y algunas, ya que también cubriré cabezas femeninas, leerán y verán conmigo historias sorprendentes o novedosas, y también conversarán acerca de ellas, aunque en ocasiones sólo lo serán bajo su contaminado punto de vista—y no siempre coincidiré con su opinión, ni siempre os trasladaré su versión de los hechos—, aunque he de confesar que el escritor a quien cobijaré hacia el final de mi relato, un escritor que agota sus escasas fuerzas en negar la depresión que le atenaza, recordará que no hay nada que pueda considerarse nuevo bajo el sol, y que todo se repite una y otra vez, de modo que, por más increíbles que sean, historias originales y sorprendentes podremos encontrar más bien pocas en este mundo. Tendréis que perdonarme, si es que todavía no os habéis convertido en unos escépticos como yo, y es que con el tiempo me iré decepcionando de todo, o de casi todo, que para el caso es lo mismo, hasta el punto de aceptar casi como mío ese tuit que escribirá un día Cristina León parafraseando una famosa sentencia de Diógenes: «Cuanto más conozco a la gente, más aprecio le tengo a mi smartphone». Cristina León, la que podría ser la cantante y compositora más destacada de su generación si fuera capaz de vencer su espíritu autodestructivo. Vaya por delante, pues, que mi escepticismo me impide valorar que estas confesiones sean una excepción a la falta universal de originalidad, porque en algún lugar habrá un congénere mío, por humilde que sea su procedencia, que, erigido en testigo de hechos de interés, habrá dejado testimonio—sin que su obra alcance reconocimiento—de sus circunstancias y obsesiones, incluso de sus angustias. Historias protagonizadas por sombreros o en las que los sombreros tengan un papel relevante hay muchas, y habrá más, pues hasta mí han llegado varias: la de aquel perteneciente a un tal ATHANASIOS PERNATH y que sirve de epígrafe de este relato; la de *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, un libro de historiales clínicos que describe algunos déficits causados por problemas en los hemisferios izquierdo o derecho del cerebro—deterioro que yo creo generalizado entre toda vuestra especie y no entre unos pocos casos particulares—; la de *Tres sombreros de copa* de Mihura, un sainete del absurdo con diálogos que se parecen a los de un humorista llamado Gila, a quien más adelante veré en la televisión del salón de mi querida Carolina Meifrén, hundida en el sofá y con el pensamiento a seis horas de distancia; la que se cuenta en *Un sombrero de paja de Italia*, de Labiche; o en *La ruta de los Panamá*s, obra de Tom Miller a la que le tengo un cierto aprecio porque, aunque sea un libro de viajes, habla de los sombreros Panamá, que viene a ser como hablar de mí, y también del país donde nací, Ecuador, y donde tan poco tiempo pasé, y porque, como dice su autor, se trata de un libro que pretende seguir nuestra pista desde los sótanos del Tercer Mundo hasta los áticos del Primero; y por supuesto que he sabido de otras historias de sombreros, incluida la metáfora de los *Seis sombreros para pensar*, de Edward de Bono cuya finalidad es la toma de decisiones en grupo, como si la toma de decisiones en solitario no fuese una actividad suficientemente compleja y necesitarais aventuraros a rematarla a coro; la de *El carbuncho azul*, de Conan Doyle, que se inicia con un sombrero de

fieltro ajado y mugriento, gastadísimo por el uso y roto por varias partes, que muy bien podría ser el autor de esa famosa frase que dice «con lo que yo he sido»; o la de *El sombrero de tres picos*, de Alarcón, que leyó cerca de mí y por precepto escolar Lucía, la hija del profesor Torres, de la que estoy seguro que extraerá algunas enseñanzas que influirán de algún modo en su trayectoria, ya que por lo pronto llegará a la conclusión de que en lo fundamental no habéis cambiado nada, ni en un siglo ni en veinticinco. Bueno, pues a pesar de mi creencia de que habrá habido más casos como el mío, sombreros que os cuenten su propia historia o la de sus propietarios, no me creáis modesto, lo que sucede es que tampoco gano nada con lo contrario, y al fin y al cabo sólo pretendo situaros en el contexto de esta biografía coral y relatar por qué motivo, tal como les sucede a tantos otros, se desencadena en mí la necesidad de contaros unas vivencias que, aunque a veces puedan parecer intrascendentes, quizá, y sólo quizá, sirvan para colmar alguna carencia propia. Un rasgo que no aprenderé del psicoanalista Pérez Cuscó—uno de esos personajes que hacen bueno el dicho de «en casa de herrero, cuchillo de palo», y me entenderéis cuando llegado el momento tenga la oportunidad de relatar la angustia de su mujer y la burbuja aséptica que ésta ha erigido alrededor del hijo—, aunque si de algo estoy convencido es de que en tal caso—la necesidad de colmar alguna carencia propia—no hay mejor terapia que emprender la aventura de la confesión—llamadla narración si queréis—y hacerlo a borbotones, con atropello y desorden si es preciso, porque estoy seguro de que las palabras, y tras ellas las frases, se dispondrán solas hasta encadenar un orden lógico, consecuencia—según vuestra errónea concepción—de cierta pericia en el método. Ése es el motivo, pues, y no otro, de la existencia de este discurso. No insistiré más en ello, de modo que voy a contaros ya esta historia que, sin ser afortunada, a ratos será gratificante, un tanto convulsa, una historia que nunca cambiaría por vuestras vidas monótonas, esas que no destacan, que no brillan, que se parecen las unas a las otras de tal modo que se dirían fabricadas en serie. Mi existencia será más o menos agitada y emocionante según con quien la comparta, pero sobre todo será veraz, y estos que presento son los hechos de los que seré testigo, y éstos son los pensamientos de esos individuos, y ésta es mi opinión sobre esa gran variedad de cabezas que vestiré, muchas más de las que cubrirán buena parte de mis congéneres en trayectorias que, aun siendo finitas, pueden llegar a ser incluso más largas que las de sus propietarios. Visto lo visto, una raza curiosa—dejadme puntualizar—la vuestra, la de los humanos.

ALENTADO POR UNA VISIÓN, EL JOVEN MISIONERO JAVERIANO DESENCADENARÁ UNA TORMENTA DE FUEGO Y DESCONCIERTO

Y así, del mismo modo que algunos nacen ricos o pobres, otros nacemos sombrero, y nuestros orígenes pueden ser tan variopintos como los de cualquier humano. El mío, me refiero a mi origen, es el de un clásico Panamá blanco adornado con una también clásica cinta negra, con una etiqueta interior cuyo lema me definirá como A GENUINE PANAMA HAT 58, número que se refiere a la talla—igual que vosotros podéis encontrar una etiqueta en el interior de vuestro sombrero, una etiqueta que no os pertenece, que dice ATHANASIUS PERNATH, y a partir de entonces seáis otro y vosotros mismos a la vez, vuestro propio doble diría yo, un monstruo quizá, una dualidad que luego hallaré, junto a la temeridad de pretender darle un sentido a la vida, en todos los personajes a quienes cubriré—. Y sí, por mi procedencia soy un capricho, según algunas voces, de los llamados Montecristi, aunque he tenido y tendré tantos sobrenombres que perderé la cuenta, y como sé que vosotros no prestaréis la más mínima atención a los sobrenombres, y menos a que los ponga por escrito, porque os sería demasiado fatigoso seguir la genealogía milenaria de un Panamá, entiendo que os bastará saber que fui impermeable y difícil de arrugar aunque me estrujaran con saña. En argot dirían «difícil de pelar». Y, ya puestos, os diré también que yo, que tantas cabezas realzaré, daré mis primeros pasos, en sentido figurado como comprenderéis, en el litoral de Ecuador, en la provincia de Manabí, de donde procede mi materia prima, la llamada paja toquilla, y aunque no venga a cuento de nada, y posiblemente ni siquiera os interese, diré que de las manos gráciles del artesano viajaré a la sombrerería del maestro Padilla en Ciudad de Panamá. Gente muy puesta donde la haya. De los que se ríen de los parientes esnob poniéndoles motes como Cowboy Stetson, Lady Pamela o Lord Bombín, por emplear tres ejemplos representativos de cómo las gastan por allí si no eres uno de los suyos. Sin duda, un Panamá como yo es—no os quepa ninguna duda, porque lo son todos los de mi condición—un artículo apreciado en las más elegantes sombrererías y boutiques de moda de ciudades como Nueva York, París, Hong Kong, Madrid, Barcelona, Londres o Tokio, donde se nos vende en hermosas cajitas labradas en madera de balsa a precios auténticamente desorbitados. Y aunque a lo largo de mi vida viajaré a algunas de esas ciudades, el azar y sólo el azar—¿seguro?—hará que en primera instancia sea adquirido por un joven misionero javeriano que pagará por mí más de doscientos dólares que nunca fueron suyos, de los que se apropió amparado por las fuerzas oscuras, como dirá más tarde el Superior de la Orden de los Javerianos del Japurá. Y así como la vida de los hombres está marcada por su origen, también puedo afirmar que mi existencia estará marcada por

la ignominia; y que ésta, como si se tratara de un pecado original, se proyectará sobre mí y de algún modo también sobre aquellos cuyas cabezas adornaré. Hay objetos que son verdaderas obras de arte, que han sido diseñados para la ostentación y el lucimiento, que se ciñen y se adaptan a su propietario, que forman parte de su vida y se confunden con ella, aunque algo debe suceder—me refiero a algo de carácter maléfico—cuando el destino arrastra a ese objeto, a esa primorosa obra de arte, de un individuo a otro, y lo empuja como si de una maldición se tratara. Yo nunca seré considerado una obra de arte, con ser Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad me conformo, que para el caso ya sirve, aunque eso no importa porque, en cualquier caso, hasta el final de mis días seré testigo de la malaventura de esos desvalidos propietarios. Gente a la que llegaré a coger cariño, por utilizar una de esas expresiones huecas a las que sois tan aficionados, aunque reconozco que los únicos propietarios que me apreciarán por la calidad de mis diecinueve vueltas de paja serán el joven misionero javeriano, que me poseyó por primera vez, y el secretario del Superior de la Orden del Japurá. Los demás sólo tendrán una idea vaga, romántica y estival de lo que cubre su cabeza. Bueno, tampoco me prestéis demasiada atención, de momento yo seré encerrado en una cajita en compañía de un pequeño alijo de marihuana, y eso, además del hecho de ser adquirido con dinero de dudosa procedencia, me empapará de una visión que cualquiera en su sano juicio consideraría una enfermiza lucidez. Y ciertamente tendrá su lógica, porque la mirada con que captaré los hechos acontecidos a mi alrededor a partir de este instante, llamémosle iniciático, tendrá mucho que ver con un poderoso relativismo vital, sin duda congruente con aquella inmersión. El relativismo no es algo que esté contraindicado para los escépticos, sino todo lo contrario. Por ejemplo, algunos piensan que, para el hombre del futuro, las generaciones actuales serán consideradas poco menos que herederas de la barbarie. Algunos opinan eso, pero yo dudo que sea cierto, puesto que todo lo que puede empeorar, inevitablemente empeora, de modo que tal vez esas generaciones futuras vean vuestra época como la de unos alfeñiques que deberían haber puesto sus *argumentos* encima de la mesa. En fin, aquí lo dejo, pero quedaros con una idea sencilla y sabia: *todo lo que puede empeorar, empeora*. Además, tampoco sé si sois de los que andan buscándole un sentido a la vida, pero en tal caso dejadme que os desengañe, porque probablemente si la vida tiene algún sentido su comprensión no está a vuestro alcance. Y permitidme una apostilla, ya que, como apunta una de las obras de cabecera de mi futura propietaria Cristina León, titulada *Guía del autoestopista galáctico*, os podéis encontrar con que el dictamen que os dé la mayor y mejor supercomputadora que jamás se haya construido, tras siete millones y medio de años ordenando datos y haciendo cálculos con la finalidad de encontrar la «Respuesta a la Pregunta Última de la Vida, del Universo y de Todo lo demás», no sea otra cosa que un simple número, concretamente el cuarenta y dos.

El que sufrirá buscando un destino para su vida será el joven misionero javeriano que se acercará a la sombrerería Padilla para comprar un Panamá. Que se trata de un misionero javeriano lo sabré más tarde, cuando llegue a conocer su historial de primera mano: que llegará a Medellín, Colombia, con una carta de recomendación para la Orden de los Misioneros Javerianos del Japurá, que son, según se definen ellos mismos, una comunidad de sacerdotes, hermanos y laicos dedicada a proclamar la buena nueva de la salvación para quienes todavía no conocen a Jesucristo y, entre ellos, a los más desfavorecidos. Algunos de vosotros conoceréis a gente que confía en la facultad redentora de la religión, pero yo me encuentro en las antípodas de esa opinión y no creo en ninguna clase de salvación en vuestro mundo, ni colectiva ni individual, y no os hagáis ilusiones porque, escuchadme bien, por lo que llevo averiguado hasta aquí, todavía hay menos

posibilidades de que haya algo a lo que llamar salvación fuera de él. Sin embargo, esos javerianos, equivocados o no, son buena gente que acepta al muchacho, posiblemente porque intuyen que anda buscándole un sentido a eso que la supercomputadora ha tardado siete millones y medio de años en encontrar, es decir, a lo de la Vida, el Universo y a Todo lo demás, y se convencen de que él lo ha hallado en la palabra de Dios, y estos misioneros javerianos, siguiendo su instinto, lo instruirán y formarán y poco después lo mandarán a la Misión de Panamá y, cegados por su buena fe, no adivinarán que el joven misionero ha resultado ser un fanático, un fanático de no importa qué, pues basta con que se obsesione y se ofusque para descarrilar. La última de sus obsesiones, la que en este caso será su perdición—aunque os pueda parecer contradictorio—es la mismísima religión. De todos modos, por el momento, lo primero que escucharé de sus labios será una queja que pronunciará en la sombrerería Padilla, donde mostrará su disgusto al saber que los sombreros Panamá somos, en realidad, originarios de Ecuador, si bien les debemos el nombre y la popularidad a los obreros que empezaron a construir el canal en 1880. Tal vez por eso, a ese país, a la República de Panamá, en ningún momento la llamaré por su nombre, sino que emplearé el de «el país herido». A mí me parecerá incluso curioso que en ocasiones alargue la frase hasta hacerla comprensible, de modo que para él y para los demás «el país herido de lado a lado por esa vía marítima transoceánica» acabe siendo un sinónimo de República de Panamá. No será la única de las rarezas de que hará gala este personaje—enseguida tendréis noticia de ello—, pero he de advertiros que, como todos, inicié mi andadura sin ninguna experiencia, de modo que tratándose de mis primeros balbuceos, por lo pronto me será imposible comparar el comportamiento de este misionero con el de otros hombres y mujeres, sean éstos misioneros o no. Estaré poco tiempo con él—una cabeza considerable para un cuerpo tan delgado—y no será porque se lleve una decepción al comprarme. Y es que a nadie en su comunidad le pasará desapercibida mi presencia, y para entonces ya habrá quien, atando cabos, lo imaginará detrás de la incomprendible cicatería de los feligreses; quien, haciendo cuentas, habrá echado en falta un buen monto de dólares y de balboas de la caja comunitaria; quien, investido como juez, habrá alertado de que este joven desatiende sus obligaciones; y finalmente, quien, espionando sus pasos, le habrá visto llegar demasiado tarde y turbio a causa de una inapropiada embriaguez y una mirada altiva tan sólo atribuible a aquella marihuana que le prometerá, al joven misionero, un futuro espléndido junto al Señor. Así se descubrirá el modo en que ha conseguido un Panamá—me refiero a este servidor—que, en opinión de los miembros de aquella comunidad, sólo es útil para exacerbar la vanidad de los hombres.

De modo que el joven misionero pronto habrá de volver a Medellín y responder de sus actos ante un tribunal constituido por miembros de la Orden que, entre otros requerimientos, querrán saber qué tortuosos caminos le han conducido hasta la vanidad y el robo. Y así pasaré, casi de inmediato, a manos del Superior de los Javerianos del Japurá, quien me incautará como la prueba y la culpable tentación que ha arrastrado hasta la ciénaga del pecado a ese desdichado joven misionero. Os resultará difícil de creer, pero, a poco de iniciar su declaración, los presentes comprobarán que yo, el percañe, el anzuelo del Diablo, no soy más que la culminación de una vida sumida en el mal, y que lo es hasta tal punto, la vida pecaminosa, que si pudieran preferirían no escuchar cómo el joven se remonta hasta sus orígenes, porque lo que para él no es más que una salvífica confesión, para ellos será una dolorosa penitencia que no conseguirá mitigar el error de haberlo aceptado en la misión, error que caerá, también, sobre sus conciencias. Y tanto es así que, aunque los detalles que habrán de abocarle a la expulsión no estén relacionados con las

irregularidades de mi adquisición, él los expondrá hasta el menudeo. Tal vez porque ya se piense fuera de la Orden y crea que Cristo—al que él llama Nuestro Señor—le está insuflando fuerza suficiente para revelar su pasado pecador, y para poner de manifiesto de qué circunstancias se sirve el Todopoderoso cuando su deseo es reconducir a los impenitentes por la senda del Bien, y, ya que habla de sí mismo, para que acepte la sagrada misión de convertir a tantos infieles como pueblan el mundo, empezando por aquellos que malviven a su alrededor, y desde allí avance predicando la fe, aunque no cualquier fe, sino la fe pura en los mandamientos del Señor, una fe ciega que no admite atajos, mientras exhorta a todos a llevar una vida digna a los ojos de quien da la suya perpetuamente por vosotros. Al llegar a Medellín y más tarde a la misión de Panamá, según confesará, el joven misionero aún mantiene frescas las imágenes del catecismo del padre Gaol. Un catecismo en el que puede verse a Dios Padre, allá en los cielos, en toda su plenitud y gloria, rodeado de nubes rojas y de ángeles armados, lanzando una lluvia de azufre y de fuego sobre las ciudades y, por ende, sobre las cabezas pecadoras que en ellas habitan. El mundo sólo se salvará por la fe, y su misión, la misión de este humilde recién convertido, no será otra que recordar que el tiempo está tocando a su fin, y que el Armagedón dará cuenta del mundo y de sus culpas. Como se ve, todo muy bíblico y muy aterrador si uno no es creyente de los de verdad, porque ya sabéis que los creyentes verdaderos serán llamados a formar parte del coro divino y nada han de temer. Bueno, tampoco deseo apabullaros aquí con mi opinión sobre las religiones, que no sé dilucidar si son el opio del pueblo, vuestra salvación o simples coartadas que deben ayudaros a bien morir, o incluso si sirven para darle ese sacrosanto sentido a la vida que tarde o temprano necesitaréis encontrar y que andaréis buscando cuando el aburrimiento os asfixie o cuando estéis atrapados en las miserias de la vejez. No insistiré más en ello, ya he comentado antes que no está en vuestras manos hallarlo y menos comprenderlo, me refiero al sentido de la vida, ni siquiera a la relación de ese número enigmático, el cuarenta y dos, con el Universo y con Todo lo demás. Y ahora no quisiera contrariar cualesquiera que fueran vuestras creencias, pero quedaros con este enunciado: hipótesis de simulación. Argumento que propone que la realidad es una simulación de la cual vosotros, los afectados, no sois conscientes. Una simulación que tiene su origen—según Alexander von Jodowski, personaje al que más adelante tendréis ocasión de conocer—en el Gran Programador, tal vez el mismo que a través de la supercomputadora se encuentra en el origen del número cuarenta y dos. No voy a ahondar en esto tampoco, pero ahí es donde se encuentra el quid de la cuestión, el porqué de la inutilidad de vuestros esfuerzos respecto a Dios y a vosotros mismos, prácticamente a todo lo que signifique pensar lo trascendente. Lo dejo aquí, pero sabed que ésa es la realidad oculta con la que os daréis de bruces al final de ésta y de todas las historias que os contaré. En fin, y por si no lo sabéis todavía, os advertiré que aunque la memoria en sí misma pueda localizarse en un punto exacto del cerebro, los recuerdos que atesora—recordad lo de la hipótesis de simulación—no tienen por qué corresponderse en nada con lo que soléis llamar hechos reales, y si añadido que sólo podéis acceder a una versión de la realidad, cuando lo cierto es que existen múltiples realidades, todas ellas, según Von Jodowski, cocinadas previamente por el Gran Programador, creo que podremos hacernos una idea de lo que representa la declaración de un sujeto claramente perturbado ante un tribunal—que una semana más tarde no se atreverá a expulsarle definitivamente—y lo que a duras penas querrán entender los miembros de éste. Bien, pues ahora que estáis advertidos de los riesgos de tomar al pie de la letra mis palabras, incluso las del propio misionero, continuaré con su declaración. De modo que si hubiéramos de creerle, uno podría llegar a pensar que no existe contradicción alguna en sustraer el dinero de los feligreses—aunque él nunca hablará de sustracción, sino que se referirá

indistintamente a tal acto como empréstito o adelanto para la compra de un complemento personal imprescindible para cumplir con los planes del Señor—y su misión regeneradora de la humanidad; algo que en su pensamiento adquirirá una trascendencia más que insólita—añado que lo será la globalidad de su declaración—por sus afinidades con un régimen más próximo a una dictadura clerical, alejada de la tolerancia y de la doctrina cristiana imperantes, que a un gobierno democrático formado por civiles. Según su declaración, yo sólo formo parte de un sueño, si bien dirá que es Dios Creador quien se le aparece en él y le ordena divulgar la fe con el expreso mandato de que, cuando sea preciso, penetre a sangre y fuego en las almas torturadas. En esa imagen onírica que el joven logrará entrever, vestirá un sombrero Panamá y ése será el origen del pecado que acabará declarando a un tribunal nada partidario de su cruzada personal. Más tarde, sus miembros dirán que el joven no ha sabido explicarse, y que ese sueño en el que Dios le encarga la formación de un ejército de liberación cristiana, dotado de una clara seña de identidad, de un uniforme terrenal, que lo muestre al mundo a través de mí y de mis congéneres, no es más que una simple alucinación o desvarío, una imagen proyectada en su interior por los Panamás que adornan las cabezas de los ricos de San Gil, o de esos gánsteres, mafiosos, detectives y héroes en general que asolaron las películas de su adolescencia. Puedo aseguraros que estos recuerdos se esconden en alguna parte del cerebro y luego brotan con fuerza cuando menos se espera. Seguro que sólo son una imagen de la realidad. No la realidad, sino uno de sus múltiples reflejos. No voy a intentar convencerlos. ¡Ocurre así y basta! Y tampoco quiero justificar nada porque lo que deseo es limitarme a contar aquí el turbio reflejo, tal vez el inconsciente, de los hechos que presencié, y el reflejo de los pensamientos que trascenderán de tantas cabezas como cubriré, y dar mi modesta opinión de que quizá el sueño del Ejército de Dios no sea otra cosa que una asociación primaria entre el deseo de poseer un sombrero Panamá y las filípicas homilias del padre Gaol. Y también espero que comprenderéis que nada de esto va a servirle de descargo al joven pecador.

Bueno, pues ahora no amaguéis una sonrisa ni miréis hacia otro lado, ya que, igual que vosotros en ciertos momentos de vuestra vida, este joven también creerá ardientemente, y sin duda defenderá su fe con decisión y fortaleza. No sabe ni sabrá jamás de la existencia de Vattimo y su teoría del pensamiento débil contra el de los ideales que se proponen salvar el mundo, ni siquiera el Superior de la Orden habrá escuchado hablar de tal filósofo. Tampoco yo sabía nada de Vattimo por aquel entonces. Y claro que el joven ya no es el pecador al que el padre Gaol ha convertido durante su estancia en el penal de La Picota. Pasados los años nadie será la misma persona que ahora es. Yo mismo no soy el que seré, aunque emerja por el momento como un sencillo distinguido sombrero. Y aunque el joven no sea consciente de ello, el mal llamado empréstito responderá a la necesidad de dotarse de algún aditamento que refuerce su imagen, una estética poderosa que en un futuro no lejano habrá de convertirse en el emblema o el icono de su misión evangelizadora. Ante el tribunal no sabrá dar mayores explicaciones, y las que dará no sonarán convincentes, porque dirá que no le está permitido iniciar las labores encomendadas por Nuestro Señor con otro atuendo que no sea el que ÉL le ha mostrado durante ese sueño al que llama deslumbramiento. Poco se hablará del empréstito, primero porque su declaración pronto derivará en la necesidad que tiene todo ejército de ir tocado, y su Ejército de Dios—que años más tarde responderá al nombre de Ejército de Dios Airado, y al que la prensa rebajará las ínfulas tratándolo con el sobrenombre de Guerrilla del Misionero—no va a ser una excepción, porque aunque de momento su ejército cuente con un único comandante, es decir, él mismo, precisará igualmente de una indumentaria con la que darse a conocer a los gentiles, ya que de otro modo,

piensa él, ni será un ejército ni será nada. Entonces, a preguntas del tribunal, que desea saber a qué clase de ejército se refiere, el joven misionero declarará su intención de reclutar y formar una ingente tropa armada que habrá de imponer el amor de Dios en la Tierra. Y a preguntas de cómo puede llevarse a cabo tal cometido, y de si no percibe la flagrante contradicción, el joven misionero no sabrá todavía qué responder y apuntará a que su proyecto se halla en la fase inicial, y que por tal motivo no puede manifestar más que propósitos. Sin embargo, el joven no se siente atemorizado, sino poseído por el Espíritu Santo y alega que ya que ha tenido la oportunidad de llegar hasta aquí, hasta ellos, los miembros del tribunal, y a pesar de mostrarse arrepentido de su pasado, o precisamente por eso, confesará, como si de un nuevo san Agustín se tratara, quién es y quién ha sido, dispuesto a la vez a hacerles ver el futuro, ya que el pasado es el que es, y sólo cabe el arrepentimiento, pero futuro sólo hay uno: el de fiel seguidor del Señor y de su palabra a través de la Biblia; y sólo un destino: llevar a cabo la suprema misión de ganar las almas. Y aunque el tribunal no dé crédito a sus palabras, él contará quién ha sido en esa otra vida de la que tanto se arrepiente, para mostrar cuán cambiado está y cuán dispuesto se encuentra a lanzarse en pos de ese proyecto, que no es otro que el de la guerra santa. El tribunal escuchará su testimonio, la pública confesión de sus muchos pecados, el arrepentimiento por los ingentes errores cometidos, y aunque su mirada azul y fría genere una extraña confianza, sus palabras aseverarán que desde muy joven el mal anida en su interior, y que lo hace en forma de multitud de pequeños y grandes delitos cometidos en su ciudad natal de San Gil, en el departamento de Santander, en la misma Colombia donde ahora está siendo encausado. E igualmente hará hincapié, porque dice que no existe redención posible sin que haya una pormenorizada confesión de por medio, en el número de muertos que desde muy joven ha dejado a su paso, y de la variedad de mujeres con las que ha tenido conocimiento carnal; las que ha tomado prestadas, las que mencionará como putas y aquellas otras que, aunque no lo sean, a él se lo parecen, porque las mujeres—afirma literalmente—son Liliths que de un modo u otro siempre se cobran lo suyo. Entonces dará razón detallada de cuantas relaciones recuerde, a cuántas de aquellas mujeres habrá seducido y violentado y a cuántas abandonado; dando noticia de las referidas como simples niñas y de otras bien hechas y derechas. Incluso dará razón allí de los tantos secuestros en que se halló involucrado, de los muchos hombres a los que dio muerte en buena lid y de cuantos ajustició por encargo. De modo que enumerará, uno tras otro, todos sus pecados, que tampoco se remontarán demasiados años, puesto que, como saben todos en el tribunal, y ahora vosotros también sabéis, en el momento de su confesión es sólo un joven misionero que expone su vida de un modo confuso, tan confuso como yo os la pueda relatar ahora. Y de todo se arrepiente, de todo, porque la vida le llevará por estos derroteros; que tal vez, dirá ahora durante su larga declaración, lo haga huyendo de una infancia desagradable, de padres y de parientes a quienes prefiere no nombrar porque están en la raíz de sus desgracias; de amores juveniles que le abandonarán, porque él ya carga en esa época con la aureola de ser una pésima compañía; de una primera fuga a la capital del departamento, allá en Bucaramanga... De todo se arrepentirá, si bien, ahora, durante la confesión, pasado el tiempo, sabrá que detrás de todos estos hechos no hay más voluntad que la voluntad del Señor, que es quien decide por nosotros, y que no es otro que ÉL quien ha movido los hilos de su vida, apartándole o juntándole con unas u otras compañías. ¿Con qué objeto? Y es que ahora hay un propósito que borra todo, que excluye todo, que separa lo superfluo de lo primordial. Ahora tiene una misión que cumplir.

A estas alturas habrá necesitado, cuenta él, toda la luz del Evangelio y toda la fuerza de la

palabra y de los puños del padre Gaol para ver y comprender que ha llevado una vida indigna, esa clase de existencia que el Maligno reserva a los espíritus débiles, de la que dirá avergonzarse, asegurando que de todos modos será gracias a ella, desde el pozo de sombras de la vida de pecador, que verá la luz y llegará al Señor, y que gracias a Él, acumulará la fuerza necesaria para transformar el vicio en virtud. La misma fuerza que ahora le permite relatar su pasado, y hablarnos del carácter pendenciero y violento con que le ha dotado la madre naturaleza—siempre en busca de bronca, siempre rodeado de malas compañías—, será esa misma fuerza, pues, la que gracias al auxilio del Señor habrá de canalizar y revertir en aras del propósito mayor para el que ha sido llamado. Pero antes está el arrepentimiento, ese que no es posible sin una confesión minuciosa de los hechos y de su aceptación, del mismo modo que no puede dejarse el alcohol sin reconocer previamente que se es alcohólico. Así se arrepentirá de haber sepultado el recuerdo de los amores perdidos con otras mujeres que se cruzarán en su camino y que no creo necesario describir aquí más que sucintamente, a pesar de que el joven se explaye, y parezca complacerse en el relato de esas vivencias amorosas, cuando, según su propia declaración, desde bien joven, su vida ha sido un continuo revolcarse en la lujuria y la depravación más repugnantes. Mencionará que algunas mujeres le amarán y le acompañarán durante los años de San Gil, mientras curse estudios de electrónica, y más tarde en Bogotá, donde probará suerte en un gimnasio, porque éste le parece el camino—dirá pensando en el boxeo—que ha de abrirle las puertas del futuro. Durante esos años frecuenta los bajos fondos, donde conoce a un malhechor con más ambición que escrúpulos que responde al sobrenombre de Gordo Farinas, quien le acoge y le hace algunos encargos que le servirán para mantenerse a flote económicamente. Las atrocidades que está confesando se las perdona Dios, pero que no cuente conmigo, le oiré decir al Superior en uno de los recesos. Lo dirá con voz cansada, tras atender a las revelaciones en las que el joven misionero describirá toda clase de tropelías, comprendidas las palizas, violaciones y asesinatos más abyectos. Algunos miembros de la Orden dirán que de nada sirve seguir escuchándole, pero otros recordarán que esas confesiones se parecen demasiado a las de san Agustín cuando decía aquello de «Quiérome acordar de mis fealdades pasadas y de las carnales torpezas de mi alma» y sobre todo la continuación «no porque yo las ame, sino por amaros a Vós, Dios mío». «¿Alguno de nosotros le habría impedido al santo sus confesiones?», se oirá decir entre el corro. Y ahí quedará expuesta la duda, incluso si piensan que el joven se deleita con sus vicios, y cómo en el caso de san Agustín lo hace no sólo por el recuerdo del gozo de cometerlos, sino por el placer de contarlos. Sus recuerdos de esa época se extravían en un laberinto de alucinaciones provocadas por las drogas, su fidelidad criminal al Gordo Farinas, el ambiente enrarecido del gimnasio y cierta sensación de abandono, como si descendiera por un tobogán sobre el que no tiene ningún control. Transitará entonces por un largo año que malgastará encaprichado de una prostituta que pertenece a otro, perdido en una maraña de bares, antros y *lounges* de mala vida, atrapado en una pegajosa telaraña que oprime y anula su voluntad. Tal vez estar borracho, drogado o alienado le dé fuerzas para decapitar, desde el asiento trasero de una moto, al Chaco, un conocido distribuidor de droga de Cundinamarca; para entrar en el cobertizo de los Alonsos y pasar a cuchillo a toda la familia; para dispararle por la espalda al Primo Céspedes a la entrada de un cine en Facatativá, y así hasta una veintena de asesinatos de mafiosos, empresarios y sindicalistas, siempre por encargo o mediación del Gordo Farinas. En otra ocasión se tratará de violar a unas hermanas de siete y nueve años para ablandar a una familia y conseguir la declaración favorable del padre en un juicio. De todos estos hechos deleznales dice arrepentirse el joven misionero, aunque a decir verdad nada de lo que declare vaya a servirle, y menos aún pueda convencer a un tribunal horrorizado que no sabe cómo

detener esa sangría. Tal vez, en el fondo, no esté haciendo otra cosa que buscar su propio perdón, eso pienso yo, el único perdón al que realmente puede aspirar, aunque en las deliberaciones posteriores no escucharé ningún comentario de esta índole sino todo lo contrario: la condena sin paliativos, la angustiada sospecha sobre la sinceridad de su arrepentimiento. Incluso existirán dudas entre los miembros del tribunal sobre su capacidad mental, pero sobre todo, pienso ahora debido a los años de experiencia acumulados, que difícilmente entenderán la extraña relación que el joven parece establecer entre sus crímenes y los caminos inescrutables del Señor—según los términos utilizados por él mismo—que le lleva a caer y rodar y arrastrarse por un terraplén que, contrariamente a lo que pudiera pensarse, inexplicablemente, habrá de conducirlo a la fe del padre Gaol: la fe verdadera; entiéndase bien adónde quiere ir a parar el joven misionero en su atormentada declaración. No le basta el perdón de los hombres, aspira al perdón absoluto del Señor. Sin embargo, por estar curtidos en mil batallas en favor de sus creencias, expuestos sus corazones al frío glacial de las conductas de sus semejantes, de la soledad de sus celdas o al abrigo de sus canonjías, nada de cuanto escuchen, por abominable que sea, va a resultarles extraño a los miembros del tribunal, sobre todo teniendo en cuenta que ese joven ha arribado al seminario procedente de una prisión adonde ha ido a parar—ironías de la vida, conocido su historial—por una auténtica nimiedad: su participación en una reyerta relacionada con las drogas. Será, sin embargo, en este encierro forzado donde tendrá lugar su incuestionable conversión. No sabrá explicar si se trata de la misma cárcel, la rutina o que la menor con la que vivía por entonces le olvide pasada una triste semana. No antes, eso sí, de transmitirle sus sentimientos por escrito y mediante dos palabras: «Techo demenos». La experiencia le hará concluir que las queridas son a menudo como los granos: duran hasta que revientan o se infectan. Eso dirá al ser consciente de su fulgurante caída. De modo que muerta y enterrada cualquier esperanza, relatará con cierta exaltación, se producirá el milagro de su encuentro con Dios en la mismísima prisión donde el Espíritu Santo se servirá de un cura apasionado, vehemente e impulsivo, el padre Gaol, encerrado en La Picota por sus prédicas poco ortodoxas del Evangelio, su obstinación en abrirles a golpes la cabeza a los no creyentes si éstos a su vez no son capaces de abrir los ojos a la verdad, y por su terquedad por hurgar en el cepillo proclamando que Dios es todopoderoso para coger lo que necesite y que él se conforma con el resto, y todo ello con un único objetivo: conducirlo a él, el joven misionero, por el buen camino. Será el padre Gaol quien le reclute para llevar a cabo una gran labor proselitista en la cárcel. Sólo el castigo, así dice la prédica del cura presidiario, es capaz de revelar el camino recto a los descarriados. Y ésa será la revelación que el joven misionero le contará a un tribunal que comienza a dar señales de cansancio, que aquel cura del penal, que se autoproclama partidario de un Yahvé bíblico, le ha mostrado el camino inculcándole la idea de que el mundo necesita una purga, algo así como una nueva lluvia torrencial de la que sólo han de salvarse los Noé, las bestias y los pocos bienaventurados que cumplan estrictamente los mandamientos. No piensa que la historia vaya a repetirse, entre otras cosas porque ese Dios supremo escribe que no habrá más diluvios, por eso el padre Gaol amedrentará a quienes le escuchen con visiones espeluznantes que adquieren en su voz, y según el caso, la apariencia de una guerra atómica, la caída de enormes meteoritos, virus exterminadores, catástrofes climáticas, epidemias de ratas o de gobiernos más corruptos que la mismísima Sodoma, y una serie sin fin de calamidades que habrán de diezmar a la población antes de mandarla al fuego eterno. Sus amenazas irán especialmente dirigidas a aquellos pecadores a quienes desea reconvertir o aniquilar, porque ninguna plaga moderna—el joven misionero se refiere al sida—es suficiente sanción. «Somos animales—brama el cura, ebrio, parece que asido a

la reja de su celda—, animales que sólo entendemos el lenguaje del látigo». Sin embargo, alguna cosa especial verá en el joven díscolo para consagrarle las muchas horas y largas peroratas que finalmente le convertirán, tomándole como discípulo y revelándole una doctrina nada ortodoxa de la que él es el único profeta. Y si bien el joven ya conoce que Dios ha creado la luz, el cielo y la tierra, a través del cura aprenderá que esta última es todo caos y desolación, y que si bien el buen Dios está en el origen de la humanidad—se refiere a Adán y Eva, a quienes concebirá a su imagen y semejanza—, también creó a Lilith, cuya mera existencia él desconocía, un ser tan bello como maléfico, engalanada de una desbordante sensualidad, adornada con los aromas más sugerentes, dotada del abrazo más cálido y hechicero, donde quedaron enterrados los sueños de pureza de Adán, donde se produjo su terrible caída, la caída que condenará a todos sus descendientes. Poco sabe el joven discípulo de historia sagrada, pero dice que allí, entre rejas, dará comienzo su aprendizaje sobre el mundo, porque ¿acaso no había observado que existen dos clases de mujeres sobre la capa de la Tierra? Las descendientes de Lilith, busconas, barraganas, meretrices, cortesanas, milongueras y entretenidas, mujeres que sólo atienden al cuidado de su cuerpo, que sólo se preocupan de obtener el máximo placer sensual, que adoran los perfumes y las riquezas; y las descendientes de Eva, el segundo intento del Señor, esas mujeres sacrificadas, madres y esposas que aceptan de manera resignada la misión de cuidar de los otros, la devoción por la Santísima Madre de Dios, la obediencia ciega a la Iglesia y a quienes la gobiernan, mujeres que trabajan de manera abnegada para lograr el bienestar de los suyos y que, como recompensa, no esperan otra cosa que la vida eterna al lado del Señor. Ésa es la diferencia consustancial. El abismo que se abre entre la luz y la oscuridad, la virtud y el pecado, la gracia y la perdición, la salvación y la condena eterna, puesto que una parte de vuestra existencia está tocada por la gracia de Dios y la otra está contaminada por el demonio. Yo, gracias al Señor, dirá, y por mano del padre Gaol, tuve una segunda oportunidad para elegir mi camino. Según la prédica del cura de la prisión de La Picota, es el Señor Nuestro Dios quien ordena a Adán y a Eva que se multipliquen y que pueblen la tierra, y quien pondrá a su disposición cuanto sea necesario para hacer realidad su creación, y viendo que en su segundo intento consigue un éxito razonable se siente confortado y baja la guardia, instante que aprovechará el Maligno para, mediante la tal Lilith, seducir al hombre y arrastrarle al pecado mortal. Ella será la manzana podrida, la serpiente, la ambición, el sueño de inmortalidad, la falsa ciencia, el apetito sin freno, el placer prohibido al que se abrazará Adán y que comportará su expulsión, junto a la de Eva, del paraíso. Su castigo será el frío y la muerte y la búsqueda inútil de un destino, lejos del calor y de la presencia de Nuestro Señor. «Hay que purgar la Tierra de débiles incapaces de seguir la senda del Señor», le dirá más tarde el cura, toda vez que le inculca que un boxeador de espíritu religioso no puede perder el tiempo en menudencias, en tanteos, en hacer guantes; que ha de buscar el cuerpo a cuerpo con los pecadores, acorralarlos en su rincón y castigarlos una y otra vez, uno dos, uno dos, por su propio bien, y que más pronto que tarde ha de pasar a la acción y conducir las almas pecadoras a la gloria del Señor. A modo de prueba, como si se tratara de un período de prácticas, y con la ayuda del cura, el joven llevará a cabo sus primeras escaramuzas para salvar a los impenitentes que arrastran su maldad por patios y celdas. El escarmiento se erige como un mal necesario que ha de salvar a la humanidad, asegura el joven ante unos miembros del tribunal desconcertados por sus aseveraciones, por una interpretación de las Sagradas Escrituras que ellos consideran irreverente, caótica y aberrante. ¿Qué puede esperar de su natural benignidad aquel joven? Nada. No puede esperar nada, os lo digo con total franqueza. En su cabeza sólo bulle la urgente expiación de sus pecados. Sus obsesiones le han trastornado sin saberlo, aunque intuye que no puede ni debe

esperar el perdón de unos hombres que han perdido su batalla contra las fuerzas del mal. Y lo peor de todo, piensa él, es que no parecen darse cuenta. Quizá sean ellos quienes merecerían alguna clase de castigo por haber hecho dejación de sus obligaciones. Quizá sean ellos quienes deban arrepentirse y seguir las enseñanzas del padre Gaol. Aún están a tiempo, les dice. Aunque el tiempo se acaba, está tocando a su fin, porque él sabe—Dios mismo se lo ha transmitido—que el juicio final está próximo y que pronto todos, también ellos, habrán de dar explicaciones no sólo de sus pecados, sino también de su tibieza. Han sido los hombres, hombres débiles, quienes han convertido al Dios iracundo de la Biblia en un ser menguado. Nada más erróneo que ese pensamiento dulzón.

Aquéllos serán días interminables, de sesiones maratónicas en las que el tribunal escuche y pregunte, aunque esto último—atenazados por el cansancio y la tristeza—lo haga en contadas ocasiones, y cuando suceda, sea para corroborar algunas de las dudas que suscitarán las afirmaciones de aquel joven irredento, y porque en el fondo estarán recibiendo un exceso de información poco digerible. Y tampoco será necesario un interrogatorio más exhaustivo, pues quedará claro que el joven inculpa ha decidido contar su vida sin omitir nada, sin ahorrarles ninguna herida. Y algunos de los miembros del tribunal, cansados de tan largas jornadas, aprovecharán los recesos para ocuparse de sus otras exigencias y refugiarse en los rezos y reconfortar su espíritu apaleado y reponer así sus escasas fuerzas físicas y mentales. Lo harán, les recomendará el Superior, mediante un suave refrigerio y una encendida oración. No disponen de otros medios, y la oración se erigirá en la fuente que sana, que limpia el alma y aclara la mente cansada. No tienen más que eso, aunque también es cierto que no parecen necesitar más. Por mi parte acabaré pensando, y me preguntaré, si no será que rezar es como dialogar con uno mismo, como si en vuestro interior existiera un yo superior dispuesto a recibir peticiones y a dar consejos gratuitos, sólo que en la mayoría de las ocasiones lo haga en modo autista. Sin embargo habrá religiosos que, ajenos a los consejos de Dios, tal vez fatigados de llamar a sus puertas una y otra vez inútilmente, prolonguen las sesiones en pequeños corros que se extenderán por los pasillos y el claustro y alterarán la vida de la comunidad hasta romper, como una ola creciente de estupor, contra el despacho del Superior. Por eso digo que serán días de mucho ajeteo, días de ir y venir sin descanso. Y yo estaré allí, con el Superior, porque será el lugar donde se me confine acabada cada una de las sesiones, y allí será donde podré escuchar comentarios de asombro y comentarios de estupefacción, de indignación, e incluso algún sarcasmo. Al día siguiente, reiniciado el juicio, volverán a encontrar en la mirada del joven la misma determinación con que acabó la sesión anterior, como si no hubiera habido pausa alguna. Entonces él seguirá explayándose con sus pecados y con el milagro de su salvación, refiriéndolo como si hubiera recibido un nuevo bautismo, una nueva confirmación y una nueva comunión de manos de su mentor, el cura del penal, y expresando la fortuna de descubrir en el sagrado catecismo su refugio natural y su consuelo espiritual, y dirá que ha sido en prisión donde decidió, alentado siempre por su preceptor, convertirse en misionero. De todos estos hombres, tú has sido el designado para cumplir la voluntad del Señor. Dios te ha elegido a ti, subrayará el joven misionero citando al cura. ¿Puedes, acaso, oponerte a Su Voluntad? Esa clase de preguntas le hará el cura en tono desafiante; preguntas que al salir de su boca se convierten en dardos. Como si en aquel preciso momento el joven se las trasladase a todos ellos. Y los miembros del tribunal, incómodos, sorprendidos e incluso en ocasiones avergonzados, le dejarán hablar; dejarán que se explaye contándoles cómo deberá llevarse a cabo la nueva evangelización del mundo, sintiendo cómo les amonesta—a ellos, que le

están juzgando—diciendo que ya no sirven las maneras suaves de estos tiempos, esclavas del deseo de resultar amables y modernos, porque son métodos que se han demostrado ineficaces y que, por lo tanto, si lo que desean verdaderamente es predicar la palabra de Dios y salvar almas deberían o bien aceptar el martirio, o bien emplear la fuerza y el fuego, pese a quien pese, y él mismo, sin que el tribunal pueda creer lo que escuchan sus oídos, se pondrá de ejemplo, porque dice que es como si sintiera las heridas de los dardos de sus errores pasados, y los sintiera de tal modo que parece que los haya cometido en ese mismo instante y, lo más significativo y crucial de su pensamiento: que precisamente es ese pasado y su contrición lo que le empuja a actuar. Y no lo dice, pero todos entienden, que le embriaga la desmesura, que siente suyas las amenazas de exterminio que Dios promete enviar, el terror, el pánico o la confusión a los que somete a pueblos enteros que considera infieles, o cuando fulmina ciudades, como en el caso de Sodoma y de Gomorra, porque un tal Lot, a pesar de la paciencia mostrada por el Creador, no ha sido capaz de encontrar allí ni cincuenta, ni cuarenta y cinco, ni cuarenta, ni treinta, ni veinte, ni siquiera diez, ni un solo hombre justo, ni siquiera una sola Eva. Al joven misionero le atrae sobremanera que Dios someta a los humanos a penosos sacrificios; que elija a un pueblo y denigre a otros a los que subordinará a su juicio arbitrario, a catástrofes sin fin y a padecer un miedo secular. Es un modo de actuar que, según le escucharé al Superior en su propio despacho, ya finalizadas las sesiones, encaja perfectamente con su carácter; que es como si de pronto hubiese encontrado al aliado que su ira y su rabia necesitan para dar salida a su instinto natural y a su talento para la violencia. Si Dios es celoso de que los humanos tengan otros dioses, él tampoco lo permitirá, ya sea que adoren a deidades paganas o que adoren a un becerro de oro; tanto le dará que se postren ante las riquezas o se sometan a los cantos de sirena de la perniciosa modernidad. El Superior pensará, entonces, que todo ello es una tremenda contradicción, una desafortunada locura. Allí le veré anotar en un cuaderno las palabras *contradicción* y *becerro de oro*, y aunque en aquel momento no lo sepa, no tardaré en darme cuenta de que los humanos sois contradictorios y codiciosos, que en unas ocasiones lo daríais todo por un poco de humo y en otras venderíais a vuestra propia madre por menos que nada.

Y seguiré presente en aquel despacho después de que el Superior de los Javerianos del Japurá reconozca el error de tener entre sus filas a aquel muchacho, cuyo pasado conocen ahora sobradamente y al que en su día aceptaron porque, a pesar de ser un presunto redimido, a pesar de ser presidiario, traficante de drogas, aficionado a las riñas y, en general, pendenciero, a la vez era uno de esos jóvenes cuya fortaleza y ferviente abrazo a la religión pueden llegar a ser un buen ejemplo y un buen argumento para la causa. Ése es el error que admite el Superior General, y del que doy fe porque estaré presente en las conversaciones que mantendrá con los miembros de la comunidad, quienes admitirán que aunque pudiera ser que otros proscritos le sigan en su camino, el método que utiliza, su prédica y sus excesos, son inadmisibles, y junto al Superior opinarán que, a estas alturas, de todos es sabido que el joven no sabe ni sabrá aprovechar la formación que le han proporcionado ni la que le puedan proporcionar en el futuro, y aunque se justifiquen aceptando haber visto en él la experiencia de la vida y una fe ciega, tal vez miope, como alguno matizará, ahora que le escuchan caen en la cuenta del error, y se preguntan por qué motivo un cura con semejantes ideas, como el del penal de La Picota, desviado del proceder correcto que se le supone a un siervo de Dios, recomendó precisamente a un joven como éste para las Misiones de la Orden. De modo que sin sospechar siquiera la confusión, e incluso el mal que anida en sus teorías sobre la salvación de las almas, ellos, sí, ellos, habían acabado por consignar al joven a la Misión

de Panamá. ¡Craso error!, le escucharé decir al Superior, y tras reconocerlo añadirá que la divina providencia les da a ellos, miembros del tribunal, la oportunidad de enmendarlo. Para todo hay solución en la Iglesia, señalará al término del debate y, tras finalizar el juicio, acabarán por trasladar al joven a la más recóndita comunidad de la selva amazónica, prescribiéndole lo que allí deberá cumplir: ni más ni menos que amar a Dios y a los pobres por encima de todas las cosas junto a la lectura de los Santos Evangelios. Hasta que eso suceda permaneceré al lado del Superior, bajo su tutela, el tiempo justo, mientras duren los cónclaves, y es verdad que frecuentaré, como prueba del delito—que ahora aparece ante los ojos de los presentes como la menor de todas las contravenciones—, la mayor parte de las deliberaciones del tribunal, y reconozco ahora, tras años de andar por el mundo, que no le faltará interés al hecho de presenciar un debate en el que todo está decidido de antemano, porque quienes han de juzgar al joven descarriado están de acuerdo en que debe ser castigado, pero que no pueden dejarlo ir a su libre albedrío, que entienden que no pueden denunciarlo a las autoridades obligados por el secreto de confesión, pero que expulsarlo sin más es un peso que sin duda terminará por recaer sobre sus conciencias. Sin embargo, y para cumplir con las formalidades a las que obliga todo juicio, acabarán extendiéndose en sus consideraciones y comentando las ideas que el joven ha expuesto con tanta naturalidad y tanto fervor. Les preocupará que se trate de una semilla emponzoñada que pueda crecer en el futuro, que junto a las numerosas sectas que proliferan y se desarrollan con una rapidez inusitada, no sólo a su alrededor, sino en toda América Latina, y a las que se unen numerosas almas confundidas, decía que junto a tanta expansión heterodoxa pueda iniciar su andadura una más desmesuradamente violenta y que, además, lo haga sin que ellos vayan a tener conciencia de tales hechos. No llegarán a ninguna conclusión al respecto, y dirán que tampoco es ésta la pretensión ni la misión del tribunal. Para resumirlo diré que al final soslayarán tal preocupación y concluirán que el enjuiciado no es más que un joven violento y confuso, caído en manos de un cura exacerbado y bronco que ha influido en él llevándolo por un camino extraño al Señor, y que este joven, por su origen, historia y radicalidad, difícilmente podrá ser recuperado para la Orden ni tampoco devuelto a la sociedad. De modo que deciden recluirlo en una comunidad aislada, revestir su condena de falsa misión, y yo me preguntaré para qué ha servido tanto juicio y tanta deliberación, y por qué motivo el joven ha permanecido allí, asistiendo cada día a una farsa, y me diré, me responderé acaso, que tal vez sea por eso, por el hecho mismo de poder participar en una farsa y de disponer de la posibilidad de explayarse y de decir lo que piensa verdaderamente como miembro de esa comunidad. Así que lo ha dicho sin ambages, y siente que ha limpiado de residuos tóxicos su conciencia. Yo no le veré marchar, porque al término de tales deliberaciones me recluirán en el mismo despacho al que he regresado cada noche durante la causa, y allí permaneceré solo, olvidado e inútil durante lo que me parecerá una eternidad, y volveré a la cajita de madera de balsa, labrada por fuera y forrada de fieltro en su interior, que sigue apestando a marihuana, y donde podré pensar en el joven misionero y en los miembros del tribunal cada vez que les escuche hablar del caso, un tiempo vacío que se me hará eterno, un remedo del limbo, ese lugar indefinido del que en ocasiones hablan en la Orden y, frustrado por el amargo recorrido que he hecho hasta ese instante, pensaré que aquel estuche ornamental es mi sarcófago. Eso si finalmente no recae sobre mí la sospecha de ser un objeto sembrado por el Maligno, tal vez por haber pertenecido al joven misionero, y es que de pronto, acabado el juicio, perderé toda la consideración de la que he gozado hasta entonces, y seré un estorbo depositado sobre la mesa del Superior General. La prueba, ya carente de sentido, que día tras día va perdiendo todo su valor y su significado. Así que, ajeno a la vida que me espera y a los

conocimientos que a lo largo de casi una década podré adquirir, percibiré vagamente cómo pasan las horas, los días y las semanas. Y ahora dejad de preocuparos, ya que no voy a valorar mi experiencia entre los misioneros ni a extenderme hablando de religiosidad, ni siquiera de espiritualidad, porque sé que os importan poco mis consideraciones y porque vosotros, que sois gente de fuertes convicciones, tenéis una opinión preestablecida, y yo no veo necesario perturbar vuestra tranquilidad o vuestro equilibrio emocional de lectores con razonamientos que tal vez no encajen con los vuestros.

Seguro que sabéis perfectamente lo que es el aburrimiento, es más, no dudo que lo consideréis la emoción más odiosa—algunas noches en Gijón el aburrimiento carcomerá a Carolina Meifrén hasta extremos que no podéis imaginar—, así que me dispensaréis si paso de puntillas sobre lo que significará para mí vivir encerrado en un estuche, y lo que habría representado permanecer en él sin que mediara perturbación alguna. Por el azar de la vida—y ya he lanzado antes esa pregunta incómoda que pone en duda que exista el azar—, aquel despacho volverá a ser el escenario de unas conversaciones de sumo interés, y es que allí entrevistará al Superior un periodista que prepara un documental sobre «vidas de santos», así, entre comillas, para un canal de televisión de la Iglesia; nada menos que las vidas de hombres «santos» de este siglo. De modo que cada tarde, durante un par de semanas, tendré la oportunidad de asistir a los encuentros de preparación, si bien ya no estaré presente para la grabación definitiva. Así descubriré que, del mismo modo que las sesiones del tribunal exigían un protocolo propio, las entrevistas también requieren del suyo, absolutamente distinto e informal, que aquí se inicia con una conversación distendida, con el intercambio de unas breves palabras de cortesía mientras ambos, entrevistador y entrevistado, se sientan en unas butacas y el secretario, tras el ofrecimiento de rigor, ¿doctor, le provoca un tinto?, sirve el consabido café. Aprenderé que el trabajo de periodista requiere de pocos utensilios porque al entrevistador le bastarán una grabadora, un cuaderno de notas y un par de bolígrafos, aunque el verdadero trabajo surja en la preparación y en la idoneidad de las repreguntas que siguen a las respuestas, y más tarde cuando tenga lugar la grabación. Sobre eso que llamáis las formas, con los años acabaré asistiendo a numerosas puestas en escena, y a los prolegómenos de numerosos encuentros, y descubriré que hay un protocolo para cada ocasión, siempre distinto, aunque protocolo al fin y al cabo. El periodista guionista y el Superior tendrán el suyo, y poco a poco, a pesar del guión previo acordado, la conversación se irá centrando en los temas que concitan mayor interés por ambas partes. El Superior lamentará haber tenido que aplazar unos días ese primer encuentro, aunque no mencione que lo haya mantenido ocupado un tribunal, ni mucho menos haga referencia alguna al perturbado joven. Les recuerdo entrando en materia con serenidad y con profundidad, porque el Superior, contrariamente a la determinación que suele mostrar en la toma de decisiones relativas al gobierno de la Orden, en otros asuntos de doctrina será partidario de buscar las raíces y detenerse en la fundamentación. Le parecerá importante aclarar que nada en su vida, y menos aún en su cometido al frente de la Misión, está expuesto a la arbitrariedad. Y mientras yo esté presente hará un breve recorrido por su pasado, salpimentado con la actualidad y con las circunstancias e incertidumbres que cabe tener en cuenta para una visión a largo plazo de su actividad pastoral, y todo ello en una región tan compleja como la de Colombia y Panamá, su particular Gran Colombia, como al Superior—a quien el entrevistador da tratamiento de Reverendísimo Padre—le gusta llamar a su ámbito geográfico de actuación. Y alego que eso se debe a que es tenido por—y él mismo se considera—un hombre con una buena visión a largo plazo, algo que no se contradice con la idea que transmite de lo que ha de ser la gestión diaria,

donde cabe ser recto, estricto, austero, justo, disciplinado y donde es preciso contener la manifestación de cualquier emoción inapropiada. Aun así, en un documental que se supone ha de revelar esa tensión entre la vida de oración y el buen gobierno de una comunidad sujeta a las duras condiciones del entorno, durante los días en que yo presencie aquellas entrevistas, el Superior no eludirá los pasajes más remotos de su vida, donde se forja el carácter de las personas, y acabará por hablar de su infancia, de su juventud y de su vocación. Nunca le veré cómodo hablando de sí mismo, y entonces procurará llevar su discurso hacia cuestiones doctrinales—en qué siglo surgió el purgatorio y por qué; si el limbo es un estado físico o espiritual; si el infierno puede ser tan eterno como el cielo...—o bien a aspectos relacionados con la actualidad del mundo y de sus particulares batallas—como él las llama—, algo que ahora observo con curiosidad, puesto que en ese momento, el de la entrevista, no estaré en disposición de distinguir tales pormenores. Como ejemplo, un tanto anecdótico si se quiere, mi recuerdo de cuando el Superior anuncie que su gran batalla contra el gobierno de la ciudad no es en favor de la fe—que también—, ni para conseguir privilegios para la Iglesia o para sus centros educativos—tareas que sin lugar a dudas forman parte de sus preocupaciones—, sino por la limpieza pública, por conseguir letrinas en todos los barrios, fuentes en las plazas y en los arrabales donde se amontonan las chabolas. Para él, la limpieza exterior debe ser un reflejo de la limpieza interior. Y viceversa. Parecerá un chiste, pero llegará a contarle al periodista que cuando sube al púlpito, los diez mandamientos que predica no son los de las tablas de Moisés, sino otros más prosaicos. No escupirás, enumera con cierta rabia; no arrojarás tus desechos a la calle; mantendrás limpia tu casa, tus ropas y tus enseres; harás tus necesidades en el lugar adecuado y te limpiarás inmediatamente después; cubrirás los cuerpos de tus hijos e hijas... Y así, de este modo, repasará uno por uno los hábitos que quiere imbuir en sus feligreses. Reconocerá el Superior que se trata de una obsesión inexcusable; que es una cruzada fundamental contra la suciedad y la miseria que tantas enfermedades acarrea. Él mismo, el padre Timoteo—por primera vez escucharé su nombre—, procede de una aldea muy pobre, de cabañas que en época de lluvias pueden llegar a deshacerse debido a su fragilidad. Embates sistémicos del tiempo, dirá él. Ni siquiera viene al mundo con el nombre de Timoteo, no lo adoptará hasta que la misión pase por la aldea y bautice a los nacidos en los últimos cinco años. Su pesadilla recurrente, pero eso no se lo cuenta al periodista, es el despertar en aquella aldea miserable, salir de madrugada de la choza aterido de frío, cubierto por una manta vieja y húmeda, revivir o visitar la infancia que no vivió. Al repasar su otra infancia se abre paso el recuerdo de su tía Adoratriz Barrientos de Santisteban. Una tía postiza, con la que no le une ningún lazo de sangre, pero que lo ha ahijado y protegido. La mujer ya no está en este mundo, vive a la sombra de Dios Padre desde hace años, pero reconoce él que se lo debe todo a ella, porque será doña Adoratriz quien descubrirá su vocación religiosa y la espoleará con la ambición necesaria, justo hasta la linde de lo que puede ser considerado inapropiado en un siervo del Señor. Una mujer, la tía Adoratriz, que se dirigirá a su sobrino siempre en términos laudatorios: Tienes una cabeza romana, bien amueblada; una cabeza cardenalicia. Y justo es así, porque el padre Timoteo posee una cabeza redonda, con ojos vivos, nariz recta, una ancha y alta frente, y una nube de cabello algodonoso que bordea sus sienas y su nuca como si fuera un halo de santidad. El momento ideal, el pensamiento idóneo, para que su mirada repare en el estuche de madera, puede que para rescatarme de allí y quizá mostrarme al periodista, incluso quizá, aunque eso sea demasiado pedir, para acabar sobre tan insigne cabeza. No sucederá. Aunque, sonreirá el Superior, la tía Adoratriz no lo dice en sentido figurado, porque ella le ve a él, su sobrino, en Roma, junto al Santo Padre, haciendo de consejero, dictándole al

oído una sentencia latina o un versículo de la Carta a los Corintios, preferiblemente en griego, claro. Y será ella, cuenta el Superior, quien primero le enseñe todo lo relativo a la limpieza, y por qué la limpieza se encuentra en el origen de las civilizaciones. No andaba errada aquella mujer, dice recostándose en la butaca. A los nueve años Timoteo ya habrá ingresado en el seminario con una mezcla de vocación y de necesidad, y ya no lo abandonará nunca. Dos semanas al año, doña Adoratriz lo esperará en su casa de Aqueo, donde el joven tiene la oportunidad de montar en asno, bañarse en el río y pasear con su tía, pero sobre todo tiene la oportunidad de hacerlo sin descuidar un complemento a su instrucción que ésta le ha encomendado a un sacerdote del pueblo vecino. Sólo latín y matemáticas, susurra el Superior, metido de lleno en su infancia y juventud. A los diez años, ése es el encargo que doña Adoratriz le hace a su instructor: sólo latín y matemáticas, repite. De modo que cada día caminará seis kilómetros hasta la casa del sacerdote. El primero con pesar, como si llevara plomo en los talones, después volando como si le hubieran crecido alas: tanto le interesarán, según cuenta, las enseñanzas de aquel cura de pueblo.

Contaré un par de anécdotas de ese período, que tendrán lugar de madrugada en el despacho del Superior porque, aunque no seáis conscientes de ello, los espacios que habitáis siguen ahí cuando no estáis, y ahí suceden cosas que no podéis prever, y tienen lugar vivencias que nunca serán contadas. Si bien en ocasiones pueda haber quien tome buena nota: un sombrero, por ejemplo. La primera tendrá lugar cuando uno de aquellos días, entre laudes y prima, María de la Dulce Consolación, la criada encargada de abrir las contraventanas y de llevar a cabo la limpieza del despacho, acuda al trabajo con Juan Pablito, uno de sus hijos mayores—calculo que de unos doce años—, y la menor, Benedicta, de unos siete, y el chico, en un descuido, me saque de mi estuche de madera de balsa y comience a jugar conmigo y haga apuestas sobre el dinero que podría obtener si pudiera venderme. Cincuenta dólares, dirá Juan Pablito, sin inmutarse. No vale menos de cincuenta dólares. Quizá nos darán treinta en la casa de empeños. Y luego, mientras María de la Dulce Consolación sigue limpiando y les tiende un trapo a Juan Pablito y a Benedicta para que la ayuden, ellos seguirán fantaseando sobre qué cosas se comprarán con el dinero de la hipotética venta. Que si zapatos, vestidos, que si arroz, frijoles y pollo. ¡Qué rico!, dicen, mientras su madre les deja hacer y escucha en silencio como si no estuviera presente, callada incluso cuando el chico me pose sobre su enmarañado cabello y la niña lo mire y sepa enseguida que algo anda mal. Entonces se hará un silencio, leve pero incómodo, que parece que grite en una frecuencia imposible para el oído humano, aunque por alguna razón audible para María de la Dulce Consolación, y es entonces cuando la madre dejará de limpiar para observar la escena y tendrá tiempo suficiente para ver cómo la niña toca mi solapa con la punta de los dedos, y siente cómo de repente le arden las yemas, y dice con la voz entrecortada: Juan Pablito, este sombrero lleva la desgracia en sus alas. ¡Quítatelo! De modo que el muchacho, asustado, sin más dilación, irá a sentarse en el sillón más alejado que encuentre y esconderá la cabeza entre los brazos y las piernas. Y no son sólo esas imágenes espeluznantes como relámpagos en una tormenta seca que ha visto Benedicta, también podré averiguar qué temores perturban al niño, qué le ha contado a su madre para que María de la Dulce Consolación despierte a sus hijos antes de la amanecida, los vista y los arrastre con ella al trabajo y no los deje al cuidado de su hombre, Rodolfo Encinar. Lo cuento porque en ese momento comprenderé que hay una maldición en mí que habrá de acompañarme allá adonde vaya. La otra anécdota pertenece al secreto de confesión de don Emiliano Alcántara, un empresario conocido del Superior. Lo describo así, con nombre y apellido, pues yo no me siento obligado a mantener un secreto de confesión que no me ha sido

confiado. Por otra parte, a mí, su historia me parecerá interesante, Emiliano Alcántara le abre su corazón al Superior en un ataque de sinceridad que sólo veré años más tarde en la consulta del psicoanalista Pérez Cuscó. Don Emiliano es un hombre mayor, en los setenta, ha trabajado mucho, aunque no con sus manos, es fibroso, bajo de estatura, con una cabeza pequeña y achatada. El hombre comenzará diciendo que para él, el problema de la edad no es el peso de los años, que para él, el problema de la edad es el pasado. No poder mirar hacia atrás con normalidad, dice, con naturalidad. Hice esto o aquello, y ya está. Bien hecho o mal hecho. No, no se refiere a haber causado grandes desgracias ni desperfectos irreparables. No habla de haber errado gravemente en alguna decisión cuyas consecuencias sean terribles para alguien. No. Habla del peso del pasado como si éste estuviera conformado por una serie de capas superpuestas, y cada una de ellas velara parcialmente la anterior, cuando nada se ve ya de modo objetivo y cualquier acción, aunque hubiese sido o parecido correcta en su momento, aparece ahora deformada, distorsionada por un prisma que pone en duda la acción misma y su idoneidad. Dirá el hombre que cuando lo piensa objetivamente, se da cuenta de que se trata de acciones o hechos sin importancia. Nadie los recordará, y cree que en caso de recordarlos no se les presentarán retorcidos, distorsionados, como él los ve. Que de todos modos no está seguro de que la opinión de los otros importe para nada. Lo que importa es que los remordimientos, por incomprensibles que sean, no le dejan vivir, que continuamente le obligan a cuestionarse el pasado. Es sobre él que recae el peso del pasado. Le aplasta, dice. Le asfixia. Contempla a los demás con indulgencia cuando hacen las mismas cosas que él hizo, pero esa indulgencia es incapaz de aplicársela a sí mismo. Racionalmente, ya lo ha dicho, lo acepta y lo entiende, pero no es suficiente para dejar de sufrir. El Superior le escucha sin intervenir. En realidad piensa que este viejo conocido, uno de los benefactores de la Orden, necesita hablar con alguien, necesita compañía, aunque no cualquier clase de compañía, y él, el amigo javeriano, está dispuesto a escucharle, fingiendo que le confiesa pero sabiendo que no hay pecados allí donde al pobre hombre se le remueven los sentimientos. Luego, el empresario dirá que le ha costado dejar el negocio, se refiere a abandonarlo del todo. No puedes andar todo el día diciéndole a una hija, que ya se ha echado a la espalda los cuarenta, cómo ha de hacer las cosas. Eso dice, y añade que, cuando se le han dejado las riendas a tu sucesor, es mejor apartarse definitivamente. Y ya está. Pero eso soluciona un problema y crea otro. Ahora pasea con los amigos, bien lo sabe el Superior General, se encarga del mantenimiento de la casa de Medellín y de la de North End, allá en San Andrés. Ya sabes que paso allí medio año. Viaja, intenta conocer su país. Primero le dio por las series televisivas, más que nada para acompañar a Natividad, su mujer. Que ya la conoces y no es de salir mucho. Vamos al cine también, al menos dos veces por semana. Ha visto lo que le apetecía y lo que no le apetecía. Lee *El Colombiano* cada día, incluso pierde el tiempo con los crucigramas... Pero en cuanto se descuida, si baja la guardia un instante, resulta que el pasado sigue ahí acechando. Cualquier cosa, un simple paseo por un barrio donde en una ocasión tuvo un amigo, le lleva a pensar en lo mal que debió portarse con él. Entonces se pregunta por qué motivo dejó de verle, si sería por su culpa. Se dice que las relaciones van y vienen, que eso les ocurre a todos, que hay gente que ves durante una temporada y luego desaparece como por arte de magia. Nada. El sentimiento de haber hecho algo mal está ahí y no resulta fácil sacudírselo. Se adhiere a la piel con la sombra de gestos que creía olvidados, de frases que no sabe si llegó a pronunciar, de renunciadas de las que no era consciente. Entonces dice que se obliga a pensar en otra cosa, claro, pero ésta suele llevarle a otro momento de su vida que, por desgracia, acaba del mismo modo que el anterior: con un doloroso sentimiento de culpa. Es una rueda sin fin. Y le da por llorar. Lloro de pena por sí mismo. Como si fuera una mujer, eso

dice, y entonces sufre porque no quiere que Natividad le vea dado que, además, cómo va a explicarle a alguien que llora por algo tan inconcreto, algo que no tiene fundamento. La memoria está relacionada con el pasado, sí, pero de un modo imperfecto. La falta de memoria es imprescindible para no pensar, para no caer en esa nostalgia terrible que no deja de martillearle. Ahora sabe que cualquier tiempo pasado no fue mejor. El tiempo pasado, invariablemente, siempre fue peor. No le deja vivir. Cuando escucha a un personaje público decir que no se arrepiente de nada, que si volviera a nacer tomaría las mismas decisiones o actuaría del mismo modo, sabe que miente. Es mentira. Nadie en su sano juicio puede afirmar eso. Si volviera a nacer intentaría no cometer los mismos errores que cometió. Subsanan las heridas que provocó en otros. No me interpretes mal, dice, no me considero una mala persona. Es como si se hubiera pasado la vida dañando a los demás y, ahora, al recordarlo, se reencontrara con sus pecados y nada de lo que pudiera haber hecho o dicho fuera digno de un ser humano. Preferiría haberlo olvidado todo. Tal vez por eso su memoria tenga tantas lagunas. Lo dice en serio. Pero por lo visto y lo vivido, la memoria no es lo suficientemente mala ni las lagunas lo suficientemente extensas para olvidar del todo. Tal vez ése sea el motivo por el que sólo quiere ocuparse del presente y no deja de hacer planes para el futuro. Ya ves, le dice al Superior, a mi edad. Aunque añade que sabe que se trata de una huida. Antes también huía, no me preguntes de qué, confiesa. Tal vez para no detenerse en el absurdo del presente. Y ahora huye para no mirar atrás, como si pretendiera poner tierra de por medio. Se esfuerza para mantener la cabeza ocupada. Lee, va al cine, se entretiene con los crucigramas, repite, busca nuevas fórmulas de venta para el negocio que le ha dejado a su hija. Sí, ya sabe que antes ha dicho que se había apartado, pero eso no significa que no pueda pensar y hacer planes que luego se guarda muy mucho de contarle a nadie. Y menos a su mujer y a su hija. Bueno, el hombre dice hacer lo que sea, cualquier cosa, para que la cabeza no se consagre a revolver en el pasado. También reconoce que lo que le cuenta es un poco triste y que sin memoria se pierden los puntos de referencia de la propia vida. Somos lo que hemos sido. Pero el dolor que le causa el pasado lo traspasa como un puñal. El pasado es lo único cierto, dice un amigo al que hace siglos que no ve, un amigo que le ha abandonado porque cree que le ha traicionado. Quizá tenga razón, el presente es demasiado volátil, inasible, y el futuro, en realidad, como todo el mundo sabe, no existe. Y le da por llorar.

No permaneceré mucho más tiempo en aquel despacho, y por lo tanto no tendré ocasión de ver cómo el Superior se enfrenta a las cámaras y si mantiene las mismas opiniones que a solas con el periodista, aunque he de confesar que el Superior habrá expresado ya, una y otra vez, muchas de sus convicciones. Aunque ahora tiene, ¿gracias a Dios?, una gran tribuna desde la que enumerar los grandes problemas que les desafían—en unas ocasiones se referirá a la Misión y en otras ocasiones a la Iglesia en general—, y que se concentran en una lista que comienza con los síntomas de desorientación que muestran los feligreses en el campo de la fe, y que prosigue con el avance del materialismo—no el bueno, el que él piensa que mejora las condiciones higiénicas de los pueblos, sino el otro—y los altos índices de pobreza, la marginación y la dependencia, que dice que afectan a una gran parte de la población; las problemáticas concretas de las minorías indígenas enfrentadas a un etnocidio sistemático; el narcotráfico; el terrorismo; la corrupción o la destrucción medioambiental; pero fiel a sus principios también citará la lucha contra el analfabetismo y la desnutrición, sin olvidar temas macroeconómicos como la deuda global que es cada vez mayor, y que hace a toda la región más dependiente del resto del mundo. De un determinado resto del mundo, añadirá. Un mundo que verdaderamente ya es otro mundo. ¿Y cómo

habrá de contribuir la Iglesia católica a la mejora de la sociedad? Pues a través de la evangelización. Ésa será su respuesta. Pero lo cierto, dice, es que ésta—la Iglesia—nunca se ha resignado a un único papel, insistirá él, como si la solución a los problemas tuviera que ser global, porque no existen soluciones simples a problemas complejos, anuncia, y, para demostrarlo, allí están los miles de hospitales, dispensarios, orfanatos, jardines de infancia, escuelas y universidades con el sello inequívoco de la Iglesia, y una misión, la de la Orden, que es, ante todo, una misión de pobres para los pobres. No hay que olvidar que su prioridad son los pobres y los débiles, los marginados, y las víctimas de la opresión y de la injusticia, que su objetivo es cambiar la triste realidad a la que éstos se enfrentan, y que, a pesar de las innumerables dificultades que surgen cada día, él sigue conservando su optimismo original, porque también debe tenerse en cuenta que se trata de un continente que alcanza una cifra cercana a la mitad de los católicos del mundo, y eso le lleva a profesar una profunda confianza en el futuro. En ellos, dirá, se ha depositado la esperanza de la Iglesia en el tercer milenio. Bueno, tal vez eso no sea todo, pienso yo, y un espectador más avezado en estos temas y con mayor capacidad de aprendizaje del que yo poseo, podría obtener mejores conclusiones que las mías, pero a estas alturas del relato, sabéis bien que cuando escucho tales aseveraciones en boca del Superior todavía soy joven e inexperto, y no sólo eso sino que, además, mi vida entre aquellas paredes estará a punto de finalizar de forma abrupta, pues una tarde sombría al secretario se le ocurrirá que puedo ser un buen obsequio. Sobre todo si se tiene en cuenta que me he convertido en un objeto inútil. Y lo cierto es que en aquel lugar no saben qué hacer conmigo. Demasiado valioso, le escucharé decir al mencionado secretario en más de una ocasión, para deshacerse de mí sin más. Y todos, el Superior incluido, compartirán la certeza de que allí no puedo seguir. Alguien propondrá por aquellos días mandarme de regreso a Ciudad de Panamá y probar si la sombrerería Padilla querría recomprarme. Y aunque el Superior piense que eso sería como pedirle al comerciante Padilla que hiciera algo, un gesto caritativo quizá, en pro de la Orden que él dirige, sobre todo pensará que la petición misma llevaría aparejada la sospecha de alguna clase de irregularidad. Habrá que recuperar, concluirá el Superior, el dinero de los feligreses de otro modo. Y ese solo comentario será suficiente para que sigan pensando y esperando a que les llegue, tal vez, la inspiración divina para deshacerse de mí. Y durante un tiempo no atinarán cómo, porque un día les parece encontrar una solución acertada y al siguiente les suena a disparate. Entre otros inconvenientes tienen la sensación de que, más que un complemento del vestir, un *fino* de Montecristi es un atributo de la vanidad, y eso, por supuesto, no hace fácil la decisión. De modo que así seguirán durante un tiempo que a mí me parecerá plagado de intermitencias, hasta que ese atardecer sombrío al que me refiero, uno de esos días en los que la noche cae a plomo sobre la ciudad presagiando una lluvia torrencial, tras haber acompañado hasta la salida al periodista, el secretario regresará raudo al despacho del Superior y le sugerirá que sea el obsequio con el que agradecer la dedicación de un catedrático español que, de visita por aquellas tierras, está consagrando una semana de su tiempo a la formación del profesorado del seminario. Al otro lado del océano, en ese clima árido y frío, dirá refiriéndose a Europa, el Panamá sólo puede ser un objeto de decoración. Y así es como el azar o la casualidad, eso que más adelante me gustará llamar serendipia, aunque tal vez sólo sea el destino, me llevará de un continente a otro.

SI HE DE FORMULAR UNA HIPÓTESIS SOBRE LO QUE ACABARÁ SUCEDIENDO EN LA VIDA DEL PROFESOR TORRES, MAL QUE ME PESE DIRÁ QUE SU FAMILIA NO CONSEGUIRÁ REDIMIRSE NI REHACERSE DEL INMINENTE TRAUMA EMOCIONAL

Y de algún modo acertarán en el diagnóstico—ese que me situaba al otro lado del océano como un mero objeto decorativo—, aunque ni el Superior ni el secretario podrán imaginar entonces por cuántas cabezas rodaré ni los conflictos y peligros a los que su decisión me habrá condenado. Un sombrero Panamá también puede ser confeccionado a medida. Caro, pero a medida. Motivo de orgullo de la Sombrerería Padilla durante muchos años será vender un artículo considerado Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. Pocos establecimientos comerciales podrán decir lo mismo. Allí conservan antiguos y fieles clientes que encargan sombreros de paseo o para ceremonias en distintas tonalidades, casi siempre dentro de la gama de los colores claros que establece la tradición local. No es mi caso—me refiero a ser confeccionado a medida—, la talla 58 es de uso frecuente, y las tiendas siempre suelen disponer de algunos en *stock* por si aparece un comprador compulsivo. De todos modos, un sombrero Panamá es una prenda personal, categoría que comparte con la pluma estilográfica o el cepillo de dientes, una prenda que enseguida se amolda a una cabeza y a un modo de llevarlo. Por ese motivo, si no es por fuerza mayor, robo o abandono, nunca debería cambiar de manos. Ni de cabeza, si se me permite la puntualización. Y, sin embargo, pasaré de una a otra como si participara en un alocado juego más propio de niños. Sobre esto, más adelante le escucharé decir a mi nuevo propietario, el profesor Manuel Torres Giner—el catedrático español al que en Colombia llamarán doctor y en España sólo profesor o incluso Manolo—, que en la actualidad el cambio y la prisa son las únicas constantes inalterables; que él y sus compañeros, pero también la sociedad entera, todos, sois hijos de la incertidumbre y de sus caprichos, y que por este motivo os veis abocados a la improvisación. Y yo, que escucharé sus palabras, aunque la esté viviendo en carne propia, en aquellos instantes ni siquiera sabré qué es la incertidumbre, y claro que nunca podré tomar decisiones ni improvisadas ni reflexivas que influyan en mi deambular, pues siempre lo harán otros por mí, si bien os advierto que sufriré como el que más las vicisitudes de los cambios a los que se refiere mi nuevo propietario. Y es que una perturbación en un término de la ecuación requiere de la inmediata reacomodación de los otros, y

luego todo sigue su camino, el nuevo, el reacomodado, no en vano sois parte de la esencia del cambio, un sistema que intercambia masa, energía e información con el resto del mundo. Por lo demás, el profesor me aceptará con una gran sonrisa, y no voy a decir que el Superior o su secretario mientan, aunque tal vez pueda considerarse pecado por omisión que olviden decirle que soy un sombrero usado, y, peor todavía, que soy un obsequio cuyo origen se encuentra en un joven misionero caído en desgracia y de trayectoria—dejadme que dulcifique la expresión—poco instructiva. El doctor Torres me aceptará sonriente y sorprendido a la vez, y aunque adivine que se trata de una mercancía apreciada en Colombia, me considerará escasamente práctico, porque él es de esa clase de personas partidarias, sobre todo en verano, de emplear una vestimenta informal, pongamos que una gorra con visera, desgastada y vieja, que le combine con unas bermudas, unas sandalias y una camiseta, todo ello usado y cómodo, un atuendo que, en conjunto, le devuelva—pretende él—el aire juvenil de un tiempo ya remoto. Por eso contempla desde la distancia un sombrero Panamá, blanco y de una elegancia que parece exigir un traje de lino y unos mocasines también blancos, o tal vez crema o azul celeste, tipo Habana. Hay personas a las que les cuesta disfrutar el momento, y ése será el caso del doctor Torres, un patrón de conducta, con un espíritu inquieto que le hará anticipar los sucesos por venir—si exceptuamos los verdaderamente importantes, esos que le afectan a él y que le sacudirán hasta aturdirle—; un personaje que, por lo general, se sentirá fascinado previendo contrariedades. Habría sido un magnífico jugador de ajedrez o un brillante—es una opinión a toro pasado—vidente en televisión. Y tanto si la sorpresa y la sonrisa que muestra ante el Superior y su secretario son auténticas o forzadas, le agradezco desde mi inmaterialidad actual que, ya en ese primer momento, decida tratarme como la pieza delicada que soy, y que tan pronto llegue al hotel, me alce por encima de sus ojos y lea en mi interior la etiqueta donde figuran mis credenciales: SOMBRERERÍA PADILLA, y la breve leyenda, A GENUINE PANAMA HAT 58, y definitivamente le parezca que soy demasiado pequeño. Pues bien, a pesar de ello, o precisamente por ese motivo, agradeceré que frente al espejo me trate con una suavidad exquisita, como si pesara una tonelada y él quisiera evitarme los golpes que indudablemente habrá de darme la vida. Y en efecto, gracias a mi flexibilidad podré encajar en su cabeza, una cabeza extrañamente plana en la parte superior, como una gran meseta, que acaba en un mentón afilado y prominente. Le quedo, como no se cansará de repetir, demasiado justo, y aunque pueda usarme, y así acabe haciéndolo en alguna que otra ocasión, a partir de ese momento se corroborará la idea inicial de que mi destino es más decorativo que de lucimiento personal. Tras ensayar varias posiciones y diferentes guiños y muecas, Torres Giner tomará la decisión de preservarme junto a la mesa de su despacho, donde habré de recordarle esas horas de clase y esas enseñanzas impartidas a los misioneros. Antes de eso, todavía en su habitación del hotel, a la hora de hacer la maleta, me introducirá en la cajita de balsa, y no podrá evitar sonreír de nuevo, aunque no quiero pensar que tal vez sea una de esas medias sonrisas que amaga cierta decepción. Cruzaré, pues, el océano Atlántico hasta Barcelona encerrado en una maleta repleta de ropa sucia y regalos para su familia, maleta que acabará—como descubriré en las mil conversaciones que motivará su pérdida—extraviándose en las profundidades del aeropuerto. Desde luego que no será el mejor modo de regresar a casa, con un *jet lag* de pronóstico reservado, pero aunque a los pocos días el profesor Torres, ahora ya sin el título pomposo de doctor, recupere sus pertenencias, esa involuntaria demora hará que su familia dedique a los regalos una acogida menos efusiva, muy por debajo de sus expectativas. La hija displicente, Lucía, no le hará ningún caso a su regalo—al parecer en este momento sus intereses, siempre a contracorriente, están centrados en la vida sexual de los peces de colores—, y la mujer, Verónica,

simulará una gran sorpresa, porque no hay otro modo de afrontar una máscara de cerámica precolombina, de Nariño, en cuya frente han encastrado una llamativa esmeralda. La ha comprado en el museo del oro de Bogotá, se justifica él, como si ese solo detalle la asimilara a una valiosa pieza original. Verónica sonríe y no hace comentarios, pero levanta las cejas desconfiada. Si es tan valiosa, piensa, cómo se le ocurre embarcarla y correr el riesgo de perderla. A lo que Torres Giner añadirá, como si fuese capaz de leer el pensamiento de su mujer y como si ese argumento bastara para avalar su decisión, que la máscara pesa lo suyo. A mí me acogerán con una mezcla de escepticismo y simpatía, y aunque comprenda que mi nueva vida no empieza con el mejor augurio, lo cierto es que su calculada cortesía hará que, durante el primer año, la bonanza sea el principal activo de mi estancia en aquella casa. A corto plazo, he de admitir que no sufriré demasiados cambios. A decir verdad, el profesor Torres me usará poco y sólo en casos excepcionales, como cuando lo acompañe con cierto éxito a una fiesta para recaudar fondos que organizarán sus alumnos de la facultad, y más tarde también en un viaje de trabajo a Andalucía en el mes de junio, en unos días en los que se alcanzarán los cuarenta grados. Allí se sentirá de tal modo protegido, y le elogiarán tanto su elegancia, que incluso se planteará usarme en Barcelona aunque, por desgracia, cuando regrese, acuciado por las circunstancias familiares que de manera inexcusable deberá afrontar, olvidará su intención. No es de extrañar, pues, que hasta mi llegada a aquella casa yo no haya sabido lo que es la vida en familia. Y aunque me suene la expresión por haberla escuchado entre los miembros de la Orden, que en ocasiones la emplean para referirse a la gran familia que constituyen, o bien a la que forman unidos al cúmulo de feligreses, y también para denominar a ese conjunto de personas emparentadas entre sí, que generalmente viven juntos, y que solía estar formado por un hombre y una mujer y los hijos comunes, mi experiencia en este ámbito será más bien pobre. No voy a entretenerme aquí con los otros muchos modelos de familia de los que oír hablar a lo largo de los años, desde la monoparental hasta la formada por individuos del mismo sexo, pero os aseguro, sin embargo, que al menos para los miembros de la Orden—y en eso dudo que hayan cambiado—no existirán más que los tres ejemplos a los que me he referido anteriormente. Más tarde conoceré otras familias y observaré diferencias apreciables entre ellas. Lo que ocurre es que, excepto en un solo caso, no se me permitirá estar presente en lo que podríamos denominar la dinámica familiar, ya que por lo general siempre seré relegado a espacios secundarios y nunca permaneceré *en familia* lo suficiente como para extraer conclusiones a través de la experiencia que proporciona el tiempo y la constancia. Por el camino, me parecerá curioso que Cristina León, la cantante con la que andaré a cuestras varios años, en el transcurso de una entrevista y luego a través de Twitter afirme que la familia, junto a la escuela, es uno de los corsés que utiliza la sociedad para amansar y domesticar a las criaturas, y que fuera de eso ya no hay más motivos para mantener una institución tan primaria. El padre ya no es el padre, dirá acumulando tuits, las mujeres controlamos la procreación a nuestro gusto, ya no hace falta una familia para que cada una de nosotras se construya como sujeto. Y digo que me parecerá curioso porque, mientras esté con ella, la cantante no formará parte ni se propondrá llevar adelante ningún proyecto que pueda englobarse dentro de ese concepto llamado familia. Lo cierto es que más adelante comprobaré que sus conclusiones manan de una nefasta experiencia previa, aunque en el fondo he de confesar que sigo encontrando enigmáticas sus declaraciones. De momento, mi estancia en casa del profesor Torres será como un aprendizaje iniciático en lo que podríamos denominar la familia moderna, un modelo en el que cada uno de sus miembros tiene vida propia, tanta y tan independiente, que no parecerá establecer ningún vínculo con el resto. Viven en el mismo piso y aprovechan las economías de escala que eso representa pero, si se me permite

formular una hipótesis, la cosa parece responder más a un proyecto mercantil que a una comunión de voluntades.

En cualquier caso, mi lugar en casa del profesor Torres me resultará conocido porque allí me incorporaré a una maraña de papeles, carpetas y libros que entorpecen el estudio, más que facilitarlos, pues el pedagogo me instalará en un despacho que, salvando la distancia del estilo, me recordará al del Superior de la Orden. Habrá claras diferencias entre uno y otro, por supuesto, porque en el primero puede decirse que cada cosa ocupa su lugar y permanece limpio y organizado gracias a la obsesión del Superior por la limpieza, y a la colaboración inestimable de aquella María de la Dulce Consolación que se encargaba de abrir las contraventanas y de mantenerlo impoluto. En cambio, en el despacho del profesor Torres, a la mujer encargada de estos asuntos tan sólo le estará permitido barrer, fregar el suelo y quitar el polvo de los papeles y de los libros y revistas sin moverlos bajo ningún concepto del lugar en el que se hallan. Aquí encontraré mi lugar en una pequeña estantería que cuelga de la pared, muy por encima de una vieja cómoda de aire rancio abandonada junto a la mesa, y en cuya parte superior se hacinan varias pilas de publicaciones organizadas por temáticas, ya sean revistas, libros o fotocopias y recortes de prensa, que el profesor Torres atesora bajo el pretexto—aunque sincero un tanto ingenuo—de que acabará por asimilar todo el saber allí almacenado. Lo cierto es que la mayor parte de aquel material terminará en la papelera en cuanto el profesor compruebe su desfase temporal. De modo que con las breves interrupciones que ya he mencionado permaneceré allí, acopiando polvo y acompañando al profesor en sus largas sesiones de trabajo ante el ordenador, durante sus horas y horas de lecturas oceánicas sentado en una butaca orejera, y atendiendo al gran número de correos y de conversaciones telefónicas que mantendrá con otros académicos. Con el profesor Torres Giner me adentraré en el gran ideal de la educación. Como si los problemas de la educación tuvieran arreglo, le escucharé decir un día a un colega que alabará uno de sus libros, sin dejar de remarcar con cierta mala saña que: sólo es un buen libro si exceptuamos su propósito principal. Eso dirá y se quedará tan fresco. Los artículos, según confesará el propio Torres, son parecidos los unos a los otros, ya que suele repetir los mismos conceptos, si cabe, desde puntos de vista distintos pues, en el fondo, eso es lo que esperan los editores para cuyas publicaciones escribe. Por lo general, el profesor Torres confesará estar harto de predicar en el vacío, y se lamentará con grandes aspavientos de que *ahora* los jóvenes leen poco, menos y nada, y que, cuando lo hagan, se dejen arrastrar por modas y tendencias sin sustancia, o por lacónicos mensajes lanzados a su suerte en Internet y que, plagados de faltas de ortografía, son reproducidos por doquier con un éxito superlativo. ¡Y estos individuos son los que tendrán que educar a las futuras generaciones!, refunfuñará de unos estudiantes que, dirá como de pasada, apenas son capaces de comprender los textos y que, siguiendo fielmente a sus héroes de Internet, tampoco consiguen expresarse con un mínimo de corrección. Según él, y algunos otros colegas que corroboran sin reparo sus afirmaciones, los alumnos pretenden ejercer sin saber quiénes son Rousseau, Dewey, Freinet, Rosa Sensat, Ferrer, Freire o Montessori. Por no hablar, añadirá, de los Makarenko, Neill o Bernstein. Y ya ni digo, se sulfurará en una ocasión, de los Suchodolski o Blonskij, por citar a dos que no deben conocer muchos de sus colegas de la universidad. Disculpad que no os ahorre ni uno solo de esos nombres, pues, de hacerlo, no os haríais siquiera una leve idea de lo grandilocuentes que son esas conversaciones telefónicas. Y es que para él, tales nombres representan lo que los santos, los profetas o los padres fundadores para el joven misionero del Japurá. Comprenderé entonces que el profesor Torres y sus camaradas de profesión comparten con los misioneros un

mismo objetivo, sólo que lo describen de un modo distinto, al menos en apariencia. Mientras que la misión de unos ha de ser la redención de los hombres a través de la salvación de sus almas, los otros perseguirán rescatarlos de las fauces de un entorno que pretende cosificarlos. En lugar de los mandamientos del Señor, y de la oración y la fe, que son los instrumentos que los misioneros proponen a los descarriados, los docentes sugerirán la educación obligatoria y pública y el estudio—como si las matemáticas o la lectoescritura fueran un conjuro mágico—para alcanzar la utopía del hombre nuevo, un hombre que ellos denominan ciudadano y que habrá de ser más libre, más democrático, más solidario, pero sobre todo más íntegro y crítico, que es como ellos suelen soñarlo. En lugar de la iglesia y la oración, ofrecerán la escuela y la educación como refugio y estímulo. De modo que para el profesor Torres, la universidad es su iglesia, y en lugar de los sacerdotes y de la jerarquía eclesiástica que vela por los fieles, él querrá pensar que cuenta con el apoyo de un número escaso pero aguerrido de maestros y profesores, gente a prueba de trabajo intensivo y estresante, que a pesar de la paupérrima valoración social y escasa estima con la que se ven recompensados, persisten en sus labores proselitistas incluso más allá de sus posibilidades. Seremos pocos, le oiré decir en otra ocasión, pero es como si esos pocos nos hubiésemos confabulado para llevar a cabo una misión altamente arriesgada que cambiará el mundo. Lamento tener que hacer una acotación aquí para mostrar la diferencia entre la misión «altamente arriesgada» de las presuntas huestes bien alimentadas del profesor Torres y la misión del ejército de hombres y mujeres guiados por el joven misionero del Japurá, que llegarán a derramar su sangre tras una lucha sin cuartel. Los primeros, en cambio, sólo serán capaces de derramar un magnífico ron Zacapa cuando les tiemble el pulso después de lo que llaman frenéticas sobremesas de acerada discusión. De entre todas las frases que todavía puedo recordar, creo que vale la pena rescatar el sentido de la siguiente: que el pecado original con el que la religión nos marca equivale al determinismo social de haber nacido en según qué entornos desestructurados y míseros. Si bien para combatir ese estigma tienen la fortuna de contar con pedagogos, educadores de calle, trabajadores sociales, psicólogos—de distintos estilos y pelajes, dirá él—fieles al compromiso que adquirieron al decidir emprender ese camino redentor mediante la educación. Se reirá de sí mismo y de ese ejército del que habla cuando le recite la lista a algún catedrático, rememorando, por primera o enésima vez, cualquier sobremesa ética en un tribunal: progres trasnochados; hippies de fin de semana; anarquistas de bajo consumo; empollones; ex curas y ex monjas; monitores y *boy scouts*; antiguos comunistas reciclados a tecnócratas; graduados que han perdido la brújula; postmodernos con poco fuelle; neorrurales y neohippies; militantes de movimientos sociales; monitores de comedor; gestores neoliberales... Y yo, escuchándolo, me preguntaré en cuál de esas filas milita él, o dónde deben clasificarle sus propios colegas. Y bueno, regresando a algo mucho más terrenal, será también allí, en aquel despacho, donde le perderé la pista a la caja de madera de balsa, que habrá permanecido junto a mí una buena temporada hasta que un buen día, Lucía Torres, la hija del profesor, tras observarla con curiosidad, se la lleve junto con su tufo a marihuana hacia un destino desconocido. Desde entonces no he vuelto a saber nada de ella, ni del aroma que desprendía, aunque es seguro que ese olor circulará hasta el fin de mis días por las venas de mi paja toquilla. Más adelante, cuando el profesor abandone aquel despacho y la busque—la cajita—con la urgencia que requiere un traslado imprevisto, las prisas le harán desistir, y se olvidará de su existencia del mismo modo que ante una catástrofe planetaria uno se olvida de lo más irrisorio y banal.

Tampoco las leyes educativas que promulgue el gobierno escaparán a las críticas más

mordaces del profesor Torres. Durante un período convulso el profesor Torres y sus colegas apoyarán las protestas que se convocarán en todo el país, y a las que, en Barcelona, acudirá conmigo porque coincidirá que es verano y las temperaturas y el sol son una amenaza cierta de insolación. Los alumnos, por su parte, no se resignarán a las consabidas manifestaciones sino que ocuparán algunas dependencias de la facultad y acamparán en los parques y jardines cercanos, en lo que ellos llaman una demostración de fuerza. Incluso organizarán fiestas y conciertos que servirán, dicen ellos, como altavoz de su lucha y también para recaudar fondos. En fin, para algunos y algunas, una especie de jolgorio continuo. Torres Giner lo vivirá intensamente, recordando las manifestaciones y las huelgas de su juventud, interviniendo en los mítines siempre que le den la palabra, y luego en pequeños corros donde se siente capacitado para exponer a la comunidad educativa su visión, tanto de la política como de la práctica, que en educación serán, a su modesto entender, absolutamente necesarias para salir de la nada en la que ha naufragado el país entero. De modo que, durante la huelga, el profesor Torres no hablará de otra cosa, como si siguiera permanentemente enchufado al auricular del teléfono. Con el tiempo comprenderé que hay una tipología de profesionales cuyo único tema de conversación es su materia, el ámbito profesional en el que se mueven y las posibles derivaciones del mismo. Se trata de una enfermedad que algunos llaman adicción al trabajo, y es una epidemia mucho más extendida de lo que creéis. El profesor Torres y también su mujer, Verónica, serán un ejemplo paradigmático. Vivirán tan absorbidos por su actividad profesional que los sentimientos parecerán haber desaparecido de su vida. Así es como Lucía, la hija, verá a sus padres: calculadores, obsesivos, ambiciosos, fríos, distantes, sin aficiones que les conecten con la gente corriente. De hecho Lucía afirma, con convicción, que ella existe sólo por un error de cálculo, que se vieron obligados a incorporarla a sus planes a regañadientes. Soy una intrusa. Lucía le dirá a su amiga Gemma que ha aprendido a odiar a sus padres para defenderse de su continua intromisión.

Pues allí estaré con el distinguido profesor Torres, en la calle, y también en las aulas y en los jolgorios que los alumnos de la facultad organizarán como conciertos-protesta contra esa enésima ley tan nefasta. Y también será allí, en uno de los conciertos que han organizado sus alumnos para recaudar fondos, donde se gestará un nuevo cambio de propietario que, sin embargo, todavía tardará un par de años. En algún momento de la noche, durante la actuación de una alumna que destaca no sólo por sus notas o sus comentarios corrosivos sobre la educación, que lanza como dardos a través de Twitter, sino sobre todo porque está dando sus primeros pasos como cantante y violoncelista, compaginando los estudios de pedagogía con una incipiente carrera musical de modestas actuaciones en bares y pequeñas salas de la ciudad, pues allí, en ese contexto, alguien tendrá la ocurrencia de pedirle al profesor Torres que le ceda su Panamá para darle un aire especial a un concierto que tiene lugar en un escenario más que precario. Ella se llama Cristina León y no me cabe la menor duda de que, a estas alturas, ya habréis escuchado algunas de sus canciones. Es esa muchacha de melena cobriza y voz ronca que se acompaña de un violoncelo. Bueno, pues será entonces cuando entenderé, como si se tratara de una profecía, por qué estoy allí, ya que el profesor Torres se acercará a la alumna cantante, y con una reverencia excesivamente impostada para mi gusto me cederá para su actuación. Resultará un poco grande para ella y me empujará hacia atrás, de modo que mi blancura haga resaltar su cabello ondulado y cobrizo, y de paso le ayude a dar sentido a su voz, que de tan áspera puede confundirse con la de un hombre. Cristina León actuará conmigo esa noche para sus compañeros de la facultad, y brindará y saludará conmigo sobre el improvisado escenario antes de los bises de rigor, y mientras versiona

con su voz y su violoncelo a Marlene Dietrich—porque ya en esa primera época introduce en su repertorio canciones de los años veinte e incluso anteriores—seré testigo de su éxito inicial, y debo decir que no regresaré a la cabeza del profesor Torres hasta minutos antes de que éste abandone el campus. Me gusta pensar que será de este modo tan informal como pondré mi granito de arena en el éxito de la huelga; y aunque sea de una manera pasiva, como parte del atrezo, en el éxito de la jovencísima Cristina León. No tendré tiempo de conocerla mejor en ese momento, aunque sí me asombraré por su determinación y sentiré cierta desazón por no verla dispuesta a aceptar otra cosa que el éxito, y porque percibiré que por él ha decidido sacrificarlo todo. Y todo es todo. Y desde esa noche sabré que algunos de vosotros vivís empeñados en dejar vuestra huella en este mundo, que se trata de una obsesión tan vana como la de encontrarle sentido a la vida, si bien he de admitir que ayuda a llenar las horas vacías y puede permitir, como más tarde será el caso de Cristina León, ganarse la vida para poder perderla.

De la mujer del profesor Torres, Verónica, y de su hija, Lucía, también conseguiré averiguar algunas cosas. No muchas, pero relevantes o reveladoras, aquellas que sin lugar a dudas habrán de marcar no sólo el futuro del profesor, sino el futuro familiar, y es que las dos mostrarán la manía de visitar el despacho donde me encuentro, si bien es cierto que nunca las veré juntas allí. Verónica Aliaga acudirá a su marido para comentarle algún problema que, según ella, no permite dilación, y la hija aprovechará las ausencias del padre para instalarse en su butaca y aislarse en su propio mundo. La hija parecería una adolescente circunspecta, pero lo es sólo ante sus progenitores; oírla hablar por teléfono, sobre todo con su amiga Gemma, la muestra locuaz y sarcástica. Una adolescente capaz de desconcertar a su padre y de irritar a su madre, y que de manera esporádica y en secreto me usará cuando uno y otro se ausenten, sobre todo cuando, sola en casa, practique toda clase de posturas repantigada en la enorme butaca del despacho, hablando por teléfono durante horas, y observando a través de la ventana los pisos del otro lado de la ronda del General Mitre o el cielo de Barcelona, mientras le explica a su amiga Gemma que el pez payaso puede cambiar de sexo en la edad adulta, y fantasea con las ventajas que eso podría reportarles a ellas dos. Lucía es lo que Verónica llama una adolescente mimada con la cabeza llena de pájaros (de peces en realidad, pero no seré yo quien la saque de su error) que, desde niña, tiene la sensación de que sus padres se la quitan de encima. A los diecisiete años Lucía se lamentará, sin que su padre sepa qué responder, de que su propia agenda contenga más compromisos que la de un ministro, y, más confundido que estupefacto, el profesor Torres no sabrá si el comentario es un reproche o un elogio a sus propias posibilidades. Más tarde repasaré con la madre la lista de actividades de la hija sin llegar a ninguna conclusión. Además de acudir a un instituto público—que sea público es una condición inexcusable, porque lo contrario sería una traición a sus principios educativos—, estudia inglés, ballet y piano, tiene un profesor de refuerzo de matemáticas, acude a un centro excursionista los fines de semana y colabora en un banco de alimentos, porque allí es donde coincide con un voluntario treintañero, Sergi Dantés, por el que ha perdido la cabeza y, como señalará la madre cuando lo descubra, también la virginidad. Sin embargo, Lucía dirá que acude al banco de alimentos para no olvidar que es una privilegiada. Yo sabré y la madre también lo sabrá—excepto el profesor todos en su entorno lo saben—que precisamente eso es lo que él desea escuchar de su hija, y lo que le hace creer que la está educando con unos valores positivos, cuando en realidad, en su interior, Lucía los aborrece. A esa edad, muchos adolescentes están hartos de todo: del instituto, de sus padres, de la incesante actividad..., y se toman sus pequeñas o grandes compensaciones. A Lucía, piensa su madre, tal

vez le haga falta aburrirse un poco, aunque yo no soy de su opinión, ya que en cuanto dispone de un minuto libre lo dedica a maquinar, porque maquinar es algo que se le da muy bien. Es una adolescente que tiene sus propios planes. Si no tenéis planes, allá vosotros. Por allí donde he pasado siempre he escuchado el mismo cuento: hay que tener planes en esta vida—planes a los que otros llaman objetivos—, y luego están los que repiten con pesar aquello que dijo un beatle: que la vida es eso que pasa mientras andamos haciendo planes. Será que tal vez el sentido de la vida—ya os he dicho que no tiene sentido que le busquéis sentido—resida en hacer planes y alimentar la ilusión de que gobernáis vuestro destino. Imaginaros que de pronto llegáis a la conclusión de que el sentido de la vida y de todo lo demás no es otro que ese número del que habla la *Guía del autoestopista galáctico*, el cuarenta y dos. No quiero ni imaginar la cara que pondríais. Bueno, entre los planes de Lucía habrá uno secreto, en realidad no tan secreto porque es fácil de intuir y porque se lo contará a su amiga Gemma, y que consiste en ahorrar el máximo dinero posible y marcharse de casa al cumplir los dieciocho. La edad en la que ningún adulto podrá inmiscuirse en su vida. Y menos que nadie, sus dichosos padres. Vivirá obcecada con la guerra que desde hace tiempo está librando con su madre, quien, al parecer, no la deja ni respirar, y de ahí su obsesión por marcharse y por ahorrar dinero. Ésos son sus planes, porque sabe que el dinero es la base de toda independencia, porque sabe, o cree saber, que el dinero es la llave que abre todas las puertas. En público, a su padre, ese comportamiento austero causado por el ahorro desmedido le parecerá encomiable, aunque en privado admita que se trata de algo exagerado para su edad, quizá extravagante, dirá. En público, en sus conversaciones telefónicas, la pondrá de ejemplo sin comentar, por supuesto, los extremos a los que su hija es capaz de llegar. Es ahorradora, señalará, como su madre. Un comentario dirigido a reorientar la atención de sus interlocutores. En cambio, a Verónica le costará aceptarlo. Verónica es lo que décadas atrás el profesor Torres llamaba con cierto aire despectivo una *yuppie*, o tal vez una pija; aunque ahora que tiene una en casa la exculpa diciendo que se trata de una mujer emprendedora. Pasados los cuarenta y cinco, Verónica es atractiva, elegante, y, además, hace todo lo posible por mostrarse como tal, y lo hace no sólo porque su trabajo la obligue a estar en plena forma, ya que es propietaria y directora de un centro de *fitness* en la parte alta de la ciudad, sino porque envidia la frescura, la musculatura y la espontaneidad de las monitoras y los monitores jóvenes que trabajan para ella. Por supuesto que gana más dinero que su marido, y si la medida es el tiempo que pasa fuera de casa, también trabaja mucho más que él. Y ya que hablamos de dinero, al contrario que a su hija, y por lo tanto contradiciendo los comentarios de Torres Giner, a ella le encantará gastarlo porque así demuestra su poder dentro del escalafón social; y su frustración será no poder salir de compras con Lucía y que ésta no se deje aconsejar en materia de ropa y zapatos y complementos y maquillaje, porque la niña—que es como la madre se refiere a ella ante Torres Giner—les ha salido alternativa y viste ropa ancha y de mercadillo, y, ciertamente, no se le ocurre peor afrenta a su estilo de vida. Es como si se avergonzara de su cuerpo, le dirá. No entiendo nada. ¿Qué hemos hecho tan mal para que ni siquiera consienta en maquillarse un poco? Para colmo, Lucía exhibe en la muñeca un insufrible tatuaje, un ideograma coreano que nadie sabe qué significa, por no hablar de los otros tatuajes que decoran zonas de su cuerpo más recónditas. De estas cosas le hablará Verónica a su marido cuando no pueda más y acuda a su despacho a desahogarse. ¡Y tú sin hacer nada!, le espetará en más de una ocasión, molesta con su actitud, piensa ella, excesivamente tolerante. Por todo ello, está convencida de que tarde o temprano deberá llevarla al psicólogo, aunque sea a rastras. Eso lo expresará también en voz alta, a gritos si no está presente la niña, como si toda la culpa fuera atribuible a su marido. Eso si sus andanzas no nos explotan en las

narices, añadirá. Verónica, según sus propias palabras, libra una auténtica guerra con su hija, pero ella, como Lucía, tiene también la agenda más cargada que un ministro y, fuera de estos momentos álgidos, el tiempo disponible se lo dedica a ella misma y a su proyecto profesional. De modo que tampoco encuentra tiempo para su hija. Y la vida de Lucía será un continuo zigzag por esa agenda que parece determinar los pasos de todos los miembros de la familia. Los fines de semana Lucía acudirá al centro excursionista para verse con David Salanova, otro congénere que, por las conversaciones que escucharé, no desentona demasiado a su lado, y que al final será quien cargará con buena parte de las culpas. Lucía, fiel a su propia campaña de ahorro desenfrenado, guardará su paga y se quedará con todo el dinero que encuentre en casa o fuera de ella. Si la envían a un recado, nunca devolverá el cambio. Por norma. Les sisará a su madre y a su padre y, cuando pueda, también a los abuelos. Del padre la veré registrar, tan pronto regrese de cualquiera de sus frecuentes viajes, el equipaje de mano para hacerse con las monedas y billetes sobrantes. Lo argumentará diciendo que son para su colección, pero lo cierto es que sabe muy bien dónde cambiarlos por euros; de eso habla también con su amiga Gemma en sus frecuentes conversaciones telefónicas. Incluso le registrará la billetera, y se quedará con parte de lo que encuentre, porque, tras una o más semanas de viaje, su padre no recordará exactamente cuánto dinero llevaba encima. Sableará a los abuelos—que ignoran todo sobre su nieta, no sólo la existencia de los tatuajes y sus planes de emancipación, sino las rarezas que suelen intuirse gracias a la convivencia—, y lo hará para su aniversario, para su santo, y aprovechando cualquier otro pretexto. Lucía siempre pedirá dinero como regalo, razonando que ya se comprará ella lo que pueda necesitar. Luego les mostrará la misma prenda a la madre, al padre y a la abuela y se reirá satisfecha de su hazaña.

El otro pirado del que ya os he hablado hace un momento—pirado es como más tarde le llamará el profesor Torres—se llama David Salanova, un genio, entre comillas, de la tecnología, compañero de instituto de Lucía, que la ayudará a instalar las cámaras con las que ésta descubrirá la aventura que su madre mantiene con un tal Alex, uno de los monitores, perdón, *personal trainer*, del gimnasio, perdón, del centro de *fitness*. David y Lucía se gustan, hacen buenas migas, y los dos tienen planes. Planes que, además, creen apremiantes para su futuro, de modo que no sabré nunca si lo suyo sólo es una unión temporal de intereses puesta al servicio de un objetivo que crearán superior, o si tiene que ver con eso que llamáis amor. Yo no lo veré, pero en cuanto este asunto explote y el profesor Torres y su esposa se sienten a discutir sobre si es viable darle una segunda oportunidad a su relación y, de paso, a su modelo familiar, o si es mejor iniciar sin dilación el proceso de divorcio, aparecerán toda clase de comentarios sobre la hija y su amigo del voluntariado y, en especial, sobre el amigo compañero de instituto. Referente al amor o a esa unión coyuntural de conveniencia, yo sólo estaré presente en una ocasión en que Lucía contará—en una de esas largas conversaciones telefónicas que mantiene con su amiga Gemma—que con David Salanova practica *petting*, algo así como acariciarse hasta llegar al orgasmo pero sin penetración, nivel—la penetración—que sí le permitirá al voluntario del banco de alimentos. Con Sergi Dantés es diferente, le aclararé. Y le cuenta que con Salanova le encanta pasar la noche, la mayoría de las veces cuando salen de excursión—aparte del instituto, ambos acuden desde hace años al mismo centro excursionista—y tocarse con ansia en el interior del saco de dormir y, sobre todo, despertarse con el pantalón del pijama por debajo de las rodillas y con la camiseta convertida en bufanda. No sabes lo que mola eso, le confiesa a su amiga. Con el voluntario parece que no dispone de una noche entera para practicar *petting*. Prefiero que se me tire por delante y

por detrás antes de regresar a casa, así puedo soportar a mis papáitos más relajada, le dirá sin inmutarse. Sergi Dantés es fuego. ¿Sabes, le contará a Gemma, que hay peces macho que son hiperactivos, agresivos y celosos de su harén de hembras a las que pretenden fecundar de manera exclusiva? Sin embargo, la historia a la que le da vueltas y más vueltas, porque está segura de que le ayudará en sus planes de emancipación es a la aventura que su madre mantiene con Alex, el *personal trainer* del centro de *fitness*. Y es que todas sus amigas cuyos padres están separados disponen de mayor libertad que ella. Lucía sabrá del amante de su madre porque una noche, al regresar a casa después de la clase de ballet semanal, la sorprenderá en medio de una conversación telefónica, y escuchará a través de la puerta de su dormitorio unas risas exageradas, unas insinuaciones a media voz y algunos adjetivos poco edificantes, y es que Verónica habla despreocupadamente porque cree estar sola en casa. ¿Que qué haré? Tengo que pensarlo detenidamente, reflexionará con la tal Gemma. Por lo pronto le cuenta que su madre no sospecha nada, porque ella ha retrocedido y fingido entrar de nuevo dando un portazo y gritando el consabido ¿Mamá, estás ahí?, para comprobar que mamá interrumpe bruscamente la conversación. Ha sido en ese preciso momento cuando ella ha decidido saber más, averiguar desde cuándo su madre tiene un amante, es decir: qué, quién, cuándo, cómo y dónde. ¿No te parece interesante averiguar cómo es la vida sexual de las sardinas?, preguntará sin esperar respuesta, porque ahora le parecerá que sus progenitores, tal vez todos los mayores, no son más que sardinas insulsas, con tonos grisáceos y una luminosidad y brillo que de tan amarillento resultan decadentes. Nada es más aburrido y sórdido que la vida sexual de las sardinas. Nada que ver con los peces de colores —que, por cierto, más adelante descubriré junto al escritor bloqueado que tienen mayor capacidad de concentración que vosotros—. He de hablar con David, le dirá tras confirmar sus sospechas. Los WhatsApp de su madre apuntan en la misma dirección. Verónica se encuentra en ese punto en que sin ser temeraria tampoco cree necesaria una prudencia exagerada, así que en su móvil aparecen mensajes más o menos explícitos que indican un lugar y una hora o simplemente confirman una cita con un escueto «ok». La constante es que todos pertenecen al mismo tipo, Alex Miralles, el *personal trainer*, un joven cuya fotografía en el perfil de WhatsApp lo muestra fuerte, alto, guapo, con brazos de leñador, dentadura blanca y deslumbrante de anuncio televisivo y una sonrisa tan sincera que parece estudiada, y a quien un David Salanova convertido en detective verá en compañía de la madre de Lucía, sobre todo cuando el profesor Torres abandona la ciudad con el encomiable objetivo de participar en tribunales de oposiciones, dictar conferencias o impartir cursos, o bien cuando viaja al otro lado del Atlántico para llevar la buena nueva a los pueblos hambrientos de educación de América Latina. Lucía tan sólo deberá añadir una aplicación en el móvil de su madre para saber en todo momento dónde se encuentra.

Al otro lado del teléfono, su amiga Gemma no puede creer lo que está escuchando. No que Verónica tenga un amante—lo contrario le extrañaría mucho más, en su círculo la fidelidad y el sexo están sobrevalorados, magnificados—, sino la venganza que trama Lucía como si quisiera lavar una grave afrenta que la mortificara desde tiempos inmemoriales. Lucía ha leído en Facebook que es conveniente cambiar de pareja cada cinco años y piensa que la relación de sus padres hace tiempo que está caducada, de modo que también para ellos tiene planes. A estas alturas yo ya me habré dado cuenta, no sólo de que Facebook y Twitter son espacios que responden a la teoría de la aceleración continua—más información, más banal, más infame—, que no permiten un solo instante para la reflexión, ni una pausa para la duda, aunque discurran vacíos de sentido; sino que son también unos grandiosos espejos que reflejan lo insustanciales que sois y

la debilidad de vuestro pensamiento. No en todos los casos, claro, puesto que algunos de vosotros reconocéis abiertamente vuestro patetismo y lo miserables que podéis llegar a ser, y que también el mundo lo es, y quizá seáis los únicos que no andáis desencaminados, porque habéis construido una sociedad, un mundo entero, a imagen y semejanza de vuestros más bajos instintos. Bueno, pues en línea con ese egoísmo congénito que transmitís a través de Facebook y de Twitter, diré que el cerebro humano tiene comportamientos que, vistos desde la distancia, parecen extraños, pero que a quien los genera—y ahora me refiero a la joven Lucía—se le antojan absolutamente normales. No insistiré en esta tesis, seguro como estoy de que no podré convencerlos, de que no modificaré en un ápice vuestros juicios previos. Pero a mí me seguirá pareciendo raro que una niña de instituto elabore un informe preciso—a su amiga le dirá que se trata de un dossier—sobre las andanzas de su madre: cuántas veces se la ha visto con su empleado y amante en bares, restaurantes y hoteles de Barcelona y de su periferia; e incluso cuántas veces se ha encontrado con él en su propia casa; un dossier que incluye fotografías, algunas embarazosas, localizadas en el hogar familiar, en la cama matrimonial, donde parece que su madre encuentra más satisfacción. Al parecer Verónica lo planea en cuanto su marido se ausenta de Barcelona y la hija sale de excursión o pasa el fin de semana con Gemma, ya que si su padre sale de viaje, Lucía busca cualquier excusa que le permita evitar la presión de su madre. Y eso es lo que sucederá, que Lucía aprovechará un viaje de su padre a Córdoba, donde debe impartir una conferencia y un seminario, para despejarle el camino a su madre. De modo que coincidiendo con la ausencia de su padre, ella inventará una salida con el centro excursionista para preparar los campamentos de verano. Bueno, podría contaros toda la peripecia, al menos tal como se la contará Lucía a su amiga Gemma, y hacerlo con profusión de detalles, los pormenores que hacen que una operación de espionaje triunfe o fracase. Esa clase de cosas..., pero francamente os los ahorraré e iré directamente al resultado final, que no es otro que ampliar el dossier con las imágenes que tomarán un par de mini cámaras instaladas en el dormitorio de sus padres. Muestran un comportamiento sexual desenfrenado, le contará a su amiga, como el de la hembra de la doncella rayada, un pez de aspecto pálido que habita en los arrecifes coralinos.

Cuando todo esto suceda, yo estaré en Córdoba con el profesor Torres Giner, porque es verano, porque sabe que dispondrá de tiempo para pasear, y porque Córdoba le parece el lugar ideal para lucir su Panamá. Será mi único viaje con él, si exceptuamos el vuelo trasatlántico desde Colombia. A Córdoba, el profesor Torres llegará con el tiempo justo para impartir una conferencia sobre neurociencia y aprendizaje. Un conjunto de propuestas, dirá él, destinadas a mejorar el rendimiento, tanto de los enseñantes como de su alumnado. No fórmulas mágicas, insistirá, no determinismo genético. Los buenos resultados académicos sólo se logran si tenéis en cuenta un limitado número de principios en vuestras prácticas habituales. Y lo que yo piense sobre ello supongo que tendrá poco valor, pero igualmente voy a daros mi opinión, porque al fin y al cabo esos mismos consejos u otros muy parecidos los han leído casi todos mis propietarios en distintas publicaciones, o los han escuchado en la radio y la televisión. No me digáis que hacer ejercicio, eliminar grasas en la alimentación, dormir suficientemente, ejercitar la memoria o mantener un punto de estrés, no están presentes en casi todas las recomendaciones que pretenden mejorar vuestra salud. Bueno, pues como conferencia me parecerá un auténtico timo, como si el profesor Torres se hubiese dejado convencer por algún motivo que yo nunca alcanzaré a conocer y hubiese abandonado, aunque sólo fuera durante una hora, su talante apocalíptico para aparecer como uno más entre los millones de integrados. Dicho esto, mejor no me inmiscuiré en esos

círculos virtuosos y continuaré con el relato de esos días durante los cuales el profesor Torres pasará por el barrio judío, visitará la mezquita y un palacio con muchos patios del que no recuerdo el nombre, y todo ello justo antes de acometer un seminario que también versará sobre neurociencia y educación, aunque esta segunda intervención procurará enfocarla desde una vertiente mucho más crítica y más científica. En Córdoba le esperará un viejo conocido, un catedrático que se ha ofrecido a hacerle de cicerone, aunque su verdadera especialidad es la de explicar la mezquita—hasta la saciedad y el aburrimiento—, su cronología, su historia, sus mitos, sus leyendas, y que, sobre todo, aderezará su erudición con una sarta inacabable de chistes. El catedrático Secundino Varela, «Dino para el colega y el amigo», es un tipo peculiar que viste como un pincel—según le contará el profesor a su mujer cuando, desde la soledad del hotel, la llame esa misma noche—, con traje azul claro, camisa blanca con un estampado gris casi invisible a la brillante luz cordobesa, corbata de rayas diagonales azules y blancas, la punta del pañuelo asomando por el bolsillo superior de la americana y unos zapatos tan brillantes que le sirven de espejo. Siempre lo veremos con traje y corbata, aunque lo más llamativo será su cabello, tan negro y planchado que parece una sotana vieja, brillante de puro viejo. Su debilidad, tal como vengo anunciando, serán los chistes, su adicción es tal que incluso le lleva a escenificarlos, alargándolos tanto como le es posible. En cuanto empieza, no puede parar. Los cuenta por docenas. En el momento de recibirle en la estación del AVE, después de estrecharle la mano, el profesor Varela hace como que busca algo entre sus labios. Tengo un pelo en la boca y no sé de qué coño es, se queja. Y a continuación, tras un silencio que busca la complicidad del oyente, suelta una carcajada, estentórea y poco convincente. Mal empezamos, pensará Torres Giner, con un amago de sonrisa protocolaria. Me ha tocado el colega chistoso, se quejará por la noche cuando llame a su mujer.

Se alza el telón, le ametralla Dino Varela, y salen dos policías corriendo detrás de unas gitanas. Se baja el telón. ¿Cómo se llama la película? *Los últimos susurros*. Se levanta el telón, repite al cabo de un minuto, y se ve un gitano en un establo con caballos. Se baja el telón. Sube el telón de nuevo y ya no están los caballos ni el gitano. ¿Cómo se llama la película? *El hombre que sus rubaba los caballos*. A veces los chistes los carga el diablo. Eso no lo dirá Dino Varela, sino que lo pensaré yo instantes más tarde, porque en las cercanías de la catedral, mientras su compañero cacarea un chiste tras otro, al profesor Torres lo para una gitana que, sin darle tiempo a reaccionar, le toma de la mano, le pone en ella una ramita de romero y, como si leyera las líneas, le espeta que es un hombre afortunado porque su mujer le quiere por encima de todas las cosas; que los próximos años serán muy buenos, que tendrá trabajo y salud; que su número de la suerte es el cuarenta y dos, y que piense para sus adentros un deseo, porque le será concedido. El profesor Torres mira a la gitana con cara de asombro, pero no desea zafarse de manera violenta y decide esperar a que finalice su perorata. Mira a su colega, contempla el rostro de la gitana surcado de arrugas y quemado por el sol, muestra una sonrisa de circunstancias, como si la estuviera escuchando, y resopla. Piensa darle poco dinero. Piensa incluso en el riesgo de contagio al ver los dedos oscuros como raíces y las uñas rojas descascarilladas. El romero tienes que quemarlo a los tres días, añade la gitana a toda prisa, y mientras custodies sus cenizas en la palma de la mano, debes echarle unas gotitas de aceite virgen; si sigues mis consejos tendrás suerte y salud, y tu deseo se cumplirá; si eres misericordioso habrá alguien que te cuide, aunque hoy haya muchos que te tengan envidia; te doy mi bendición, que te protegerá del mal de ojo. La gitana acaba y le pide, primero, veinte euros, y a continuación, al ver la cara de hartazgo de su cliente, la voluntad. Él

niega con la cabeza y le da la espalda para continuar su camino. Puestos a elegir, Torres prefiere soportar otra andanada de chascarrillos. Todavía no ha dado ni tres pasos cuando, por encima del rumor de las conversaciones ajenas, oye que le llaman. Tu mujer te engaña, le grita la gitana, cuando regreses te echará de casa. Y Torres se queda inmóvil, siente que el corazón le percute como una taladradora, y con un sudor frío regresa con la mano extendida, y temblorosa, para que la vidente emita su veredicto. Dino Varela está pensando en cómo convertir esta escena en un chiste. Ya se le ocurrirá alguna cosa, se dice mientras aplica la oreja y mira hacia otro lado.

Entonces la gitana tomará a Torres Giner de la mano. Esta vez con suavidad, la extenderá y la tensará para que se marquen las líneas, luego las examinará y las recorrerá con la yema del dedo, suavemente, como si fuera un lector de braille. Lo hará mirando al profesor a los ojos. Tu matrimonio se va a romper. Hay un salto. Aquí, dirá golpeando con el dedo en un punto de la palma de su mano, hay una ruptura y la línea se abre. No será mañana, ni pasado, pero tu vida va a cambiar de manera radical. Es tarde para que puedas evitarlo. Tu mujer tiene una sombra que no es la tuya, pero que forma parte de ti. Una mala sombra que la amenaza. ¡Y ya está! Treinta segundos más tarde le ha soplado cuarenta euros y lo ha dejado anonadado. ¡Y cumple con el ritual!, le recuerda ella mientras se aleja, refiriéndose al romero, sus cenizas y las gotitas de aceite. Abatido, el profesor Torres permanece perplejo, mirando hacia el río y el puente romano, ante la mirada impasible de su compañero que no acaba de comprender—de hecho Varela está estupefacto—la expresión de desconuelo que muestra su rostro. No hagas caso, hombre, le dirá, es una artimaña. ¿No te has dado cuenta? Siempre actúan igual. Son inofensivas. Viven de los turistas, de hacerse fotos con ellos y venderles claveles o romero. Cuando después de desearles toda la fortuna del mundo, alguien les niega la propina, le arrojan toda clase de improperios y amenazas. Acojona, claro, a quién no, pero es una pura patraña. Vamos, Manuel, olvida lo que te ha dicho. Te invito a un café o a una caña aquí al ladito. Si mira hacia el cielo, Torres se dará cuenta de que el día es claro y diáfano, pero él no puede verlo, una bruma espesa y oscura se ha apoderado de su mente y no puede reaccionar. Una sombra que amenaza a mi mujer. Y me engaña, la frase le martillea el cerebro una y otra vez. Dino Varela lo arrastrará, en silencio, sin saber qué decir—comprende que no es un buen momento para los chistes—, hasta la terraza de una cafetería de la Ronda de Isasa que tiene buenas vistas sobre el Guadalquivir y allí le invitará a unos vinos, y se negará a que pida agua, porque si el agua embarra los caminos, qué no hará en los intestinos, y por dentro se dirá que este tío es más tonto que cagar p'arriba, ¿mira que creerse a la gitana? Pero eso es algo que a estas alturas ya no tiene solución, porque los humanos sois así, posiblemente porque el Gran Programador os ha hecho así. Al profesor le acompañaré ese día y los siguientes hasta su regreso a Barcelona. Dino Varela se lo agenciará como si fuera suyo, en parte porque le ve apesadumbrado y así, en cuanto terminen las obligaciones, se lo llevará de copas, y visitaremos bares y más bares, tan distintos éstos de los que frecuentaré más adelante con Cristina León, distintos de los que recorreré con Carolina Meifrén y Mercedes Salazar y distintos de los que visitaré con el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera. En bares y clubes pasaré las Navidades con Cristina León; en bares y locales de fiesta pasaré los veranos de Carolina Meifrén y Mercedes Salazar; y con el teniente coronel comeré primero en bares de carretera y luego desayunaré en elegantes cafeterías de esas que Cristina León llamará de provincias. Con ellos aprenderé que los bares suelen transformarse de lugar público e impersonal a espacio entrañable y único al que acudís en busca de consuelo y recogimiento, a echar un trago en la mejor compañía o simplemente a sentaros para descansar. Dino Varela llevará al profesor

Torres por los bares de Córdoba que él conoce bien, y su objetivo no será otro que hacerle olvidar la maldición de la gitana que ensombrece su mirada. Y yo, que también le acompañaré durante ese peregrinaje nocturno, puedo corroborar que, a pesar de ser un escéptico, sabe que la gitana ha dado en el clavo, que está en lo cierto, y entonces entenderé que en realidad el profesor —que hasta ese momento ha escondido la cabeza bajo el ala— sabe, cree saber o intuye que su mujer tiene un amante, y comprende que ahora que ha salido a la luz ya no habrá modo de ocultarlo por más tiempo; que lo que en realidad ha hecho la gitana ha sido despertar una verdad que él había enmascarado con excusas y falsedades. Y esos días, por más que se esfuerce, las palabras de la gitana resuenan en su estómago una y otra vez. Por eso, antes de la cena, llamará a Verónica desde el hotel, como si realmente la echara de menos, como si necesitara escuchar su voz para oír una frase, una palabra, una sola, que le devuelva a su estado anterior, que le permita de nuevo sumergirse en la comodidad y el absurdo del autoengaño, para que todo sea mentira, lo que le ha dicho la gitana y la pujante realidad.

Por eso, en los dos siguientes días impartirá su peor seminario, y es que no podrá sacudirse la fría y cruel certeza de que deberá enfrentarse de una vez por todas a un asunto tan desagradable y dramático como un matrimonio roto, su propio matrimonio, su familia, un asunto que, por lo demás, reconoce que lleva aplazando meses, años tal vez. Y no es que en el seminario no sea capaz de comunicar los principios que son fundamentales para el funcionamiento de la mente, o que no sepa transmitir por qué motivo, vosotros, la especie humana, no estáis particularmente dotados para la reflexión y, en cambio, sí estáis dotados para evitar tener que reflexionar. Sí, no lo digo yo, lo expondrá el propio profesor Torres, todo un experto en la materia, ante los participantes en el seminario. Contará también por qué la repetición es buena para el aprendizaje, pero pésima para la motivación; y yo mismo aprenderé por qué motivo nunca se os dará bien analizar, sintetizar o juzgar una información, si primero no disponéis de una cultura general, y por qué cuando soltáis datos y más datos fuera de contexto, como si fuerais una enciclopedia, los demás pensamos que sois unos pretenciosos. Y no sigo, porque lo que ahora considero crítico en este relato es que sepáis que el profesor Manuel Torres Giner regresará destrozado, con la cabeza hirviéndole de tanto considerar unas opciones y otras porque, aunque enseña que los humanos no estáis preparados para reflexionar, le parece que ahora no puede dejar de hacerlo—así sois vosotros de contradictorios—, y le da vueltas al cómo una y otra vez, porque sabe lo que tiene que hacer, claro que lo sabe, pero no querría tener que llevarlo a cabo. Y así, en ese sinvivir en el que se encuentra preso, permanecerá durante unas semanas hasta que—sí, ya sé que lo habéis adivinado—será su propia hija quien destape el adulterio—que mal suena, ¿verdad?—de Verónica con el *personal trainer*.

¿Y has visto las imágenes?, le preguntará a Lucía su amiga Gemma. Y ella responderá que las ha visto con David. ¿Y qué? Pues que las han contemplado como si estuvieran hipnotizados, hablando sin dejar de mirar a la pantalla, a veces riéndose, a veces excitados. Lucía incluso le revelará a su amiga que el tal Alex, una vez desnudo, parece un armario de dos cuerpos con altillo, y ahí ambas se reirán, hasta que más tarde, al término de la conversación, Lucía le diga que, ahora que sabe cómo se maneja en estos asuntos la hembra de la doncella rayada, por primera vez le ha permitido a David Salanova que la penetre. La vida sexual de los peces de colores encierra muchas lecciones, añadirá sarcástica.

Y entonces, una tarde, a su regreso de la universidad, el profesor Torres se encerrará en su despacho y extraerá un deuedé de la cartera. Lo ha recogido en su buzón de la universidad; un

deuvedé cuya envoltura contiene un breve texto «Prof. Manuel Torres. CONFIDENCIAL». Así, con la palabra *confidencial* en mayúsculas. Con una letra de palo que podría ser de cualquier alumno o alumna que hubiera olvidado el remitente. No es un olvido. Nada en ese sobre es casual —y ahora no quiero entrar en la discusión de lo que es casual y lo que no, porque ni el azar ni las casualidades existen, de modo que cuando emplee esos términos debéis acogerlos entre comillas, con suma prudencia porque no los utilizo literalmente sino para que tengáis una mejor comprensión de lo que digo—. Lo que ha recibido Torres Giner es un anónimo. Un anónimo que es, a la vez, síntoma, diagnóstico y sentencia. Y después ya no le quedará más remedio que afrontar la realidad. Sin margen para la duda, ya desde la primera imagen el profesor Torres podrá contemplar cómo su esposa, Verónica Aliaga, se contorsiona sobre las sábanas de seda de su lecho conyugal, de un modo que a él le resulta desconocido, junto a un joven que parece saberse al dedillo un repertorio de posturas y habilidades sexuales—que él considerará pornografía pura, pero que a ella la hacen delirar—. Si hubiese voz en la grabación, el profesor escucharía sus aullidos de placer, de hecho sin oírlos los está escuchando, y aunque su primer impulso sea apagar el monitor, retrocederá las imágenes hasta el inicio y tomará asiento porque sabe que es una medicina amarga que ha de tomar hasta el final, porque en el fondo también sabe que en esas imágenes encontrará fuerzas para afrontar el desenlace de su matrimonio. Imposible describir su desconcierto, su rabia, la desolación que irá cubriendo su rostro de manera alternativa. Más tarde recuperará el sobre de la papelera en busca de un mensaje, una señal, una pista, algo, que le permita responder a una pregunta que le asalta de repente: ¿quién ha grabado eso en su propio dormitorio?, ¿en su propia casa?, ¿por qué o para qué? Pero allí no hay nada más. Sólo el destinatario, escrito a mano del modo más impersonal posible. Más tarde se sentará a reflexionar de nuevo y pensará en la gitana cordobesa: ¿Dónde fue que tiró él la ramita de romero?

La crisis familiar será intensa, podríamos decir que de una agresividad verbal que raya la violencia, aunque de corta duración; como esos troncos ligeros que arden con gran facilidad, que aunque proporcionan una gran llamarada se consumen en un instante. Al día siguiente, por si fuera necesario incrementar la dosis al enfermo, el profesor encontrará en su buzón del departamento en la universidad un dossier detallado de las andanzas de su mujer, pero ya no le importará, porque la noche anterior la ha pasado en la butaca de su despacho, y los reproches que se ha cruzado con su mujer son de tal gravedad y magnitud que no habrá reconciliación posible. Ni siquiera se planteará esa posibilidad. La tensión no desaparecerá y entre ellos nunca nada será lo mismo. Torres Giner se sentirá traicionado. Y Verónica Aliaga no albergará ni un gramo de sentimiento de culpa. Y, ya puestos, tampoco les parecerá necesario investigar la autoría del dossier y del deuvedé. En el dossier hay demasiadas claves. Ambos saben quién ha sido, y en alguna discusión aparecerá junto al nombre de su hija el de David Salanova, a quien el profesor Torres apostillará llamándole el pirado del Salanova, pero no irán más lejos en la búsqueda de culpables. Ya han recibido suficiente castigo. El profesor se lamentará de lo inútil que resultaría acabar culpabilizando al mensajero y Verónica permanecerá en silencio, como si sólo en este punto estuviera de acuerdo con su marido, pero yo sé y vosotros también sabéis, o podéis intuir, que lo que en realidad ocurre es que prefieren no ahondar más en ello. El profesor Torres dormirá o velará cinco noches más en esa butaca, y al sexto día, de manera provisional, se mudará con un par de maletas a un estudio de la calle Taquígrafo Garriga. Un apartamento tan pequeño que le obligará a escoger entre ropa o libros, entre objetos personales o carpetas profesionales, así que parte de la documentación acabará amontonada en el despacho de la facultad y otra parte no

menos voluminosa en un trastero alquilado. Y después estoy yo, que pasaré por todos esos lugares, pero que acabaré olvidado en el despacho de la universidad que comparte con el profesor Oliva, Ray Oliva. Allí residiré en un perchero, junto a un considerable despliegue de objetos variopintos, al que ellos llaman el museo de la «cutrilandia», donde amontonan todos los regalos que les hacen cuando visitan las universidades y centros educativos de otros países: llaveros—cantidades ingentes de llaveros—; abrebottellas; posavasos conmemorativos; placas y banderines conmemorativos; minimascotas de cerámica conmemorativas; miniaturas de instrumentos musicales; pergaminos; fotografías de paisajes enmarcadas o reproducidas en platos o fragmentos de madera; ceniceros; pisapapeles con paisajes de nieve o de playa; muñequitos ataviados con trajes regionales; abrecartas de madera..., un verdadero horror de la tradición conmemorativa con el que deberé coexistir durante tanto tiempo que me parecerá una eternidad. También echaré de menos aquel despacho de la ronda del General Mitre, tal vez porque comprenderé que nunca más tendré acceso a las conversaciones de Lucía con su amiga Gemma, y porque sabré que sin esas confesiones careceré de una visión, llamémosla panorámica, del final de esta historia. A cambio, estaré presente cuando el profesor Torres le comente algunos aspectos de la separación a su compañero de despacho, el profesor Oliva, Ray Oliva, de quien sólo conocía las habladerías con las que le citaba en esas largas conversaciones telefónicas que, junto a las de su hija Lucía, han sido mis grandes alicientes en esa época. El dato más curioso de todos, según la maledicencia de Torres Giner, es que Ray Oliva tiene la cabeza más descomunal que ha visto en su vida, porque en su frente—dirá en una ocasión—cabe toda la historia de la pedagogía y de la tecnología. Quiero decir—aclarará entonces—que cabe físicamente, que si le añades algunos estantes podría albergar cientos de volúmenes. Pues en ese despacho de la universidad, sea por el lugar o por las circunstancias que está viviendo, el profesor Torres no se mostrará tan locuaz, aunque hará partícipe de sus penas a su compañero Oliva, a quien pondrá al corriente de que le cuesta horrores aclimatarse a las dimensiones de su nuevo apartamento, que incluso lo rehúye, que le resulta más fácil alargar la jornada en la universidad o merodear por el centro comercial de la Illa Diagonal, sentarse en la biblioteca de la plaza Rosés o en el centro cívico Can Déu. Con su ex mujer sólo hablará para resolver cuestiones organizativas: pasaré a recoger esto, necesitaré tu firma para lo otro, y así. De Lucía sabré que, aunque en teoría, sólo en teoría, estará casi obligada a ver a su padre, como no cabe en el miniespacio de la calle Taquígrafo Garriga, comerán juntos una vez a la semana en un restaurante, momento en el que ella aprovechará para pedirle dinero. Al profesor Torres se le atragantará la provisionalidad de su apartamento. De repente comprobará que su sueldo no es tan bueno, que el alquiler, los gastos ordinarios, comer fuera de casa, los seguros, la manutención de su hija, y—mientras no se resuelvan los trámites—su parte de la hipoteca, suponen una verdadera sangría todos los meses. Se verá tan mal de fondos que incluso aceptará de buen grado impartir toda clase de cursos, seminarios, conferencias y asesoramientos que antes despreciaba. No hace falta que os diga que será una mala temporada para él. Una temporada en el infierno, le comenta al otro. Más adelante, para airearse, le verá hacer planes acerca de maravillosos viajes. Viajes que deberían comenzar en lugares con nombres míticos para él y sus acompañantes. Viajes iniciáticos como atravesar América de norte a sur con una caravana y media docena de amigos en su interior. Son viajes que no llegará a hacer, o que hará mucho más tarde cuando ya no estemos juntos, porque, en realidad, como acabará reconociendo, sólo serán proyectos hilvanados en extensas sobremesas ligeramente alcohólicas, y porque, además, durante este tiempo—incluso eso llegará a confesarle al profesor Oliva—nunca conseguirá recomponer su maltratada economía ni su maltrecha ilusión por la vida. La teoría tras la que ocultará su

frustración es un lugar común: el tiempo lo cura todo. Porque en el fondo cree que, para cuando consiga curarse, lo que quedará será un vacío en el lugar que antes ocupaba lo que él llamaba amor, el ahora amor frustrado, y no sólo eso, sino mucho más, para entonces ni siquiera podrá entender cómo fue posible que alguna vez se enamorara de aquella mujer. Bueno, pues cuando yo abandone al profesor Torres para pasar a manos de Cristina León, habrá transcurrido suficiente tiempo para que su ex mujer, Verónica Aliaga, haya sido desalojada definitivamente de ese espacio vacío en su corazón. Tiempo suficiente para que dicho espacio sea ocupado por un tal José, Jose para los íntimos.

Hasta ese momento todavía pasaré un par de años colgado de ese perchero junto al Museo de los Horrores del despacho de los profesores Torres y Oliva. Entre ellos, de pedagogía hablarán poco, aunque a ratos se dedicarán a ironizar sobre los efectos perniciosos del postmodernismo en la educación, del relativismo y el pasotismo de los alumnos, o bien de aquellos que esgrimen los valores de la ilustración para atacar sus postulados, y yo me perderé pensando que a menudo, en vuestras discusiones, buscáis la diferencia o el matiz simplemente para defender a ultranza vuestro punto de vista, como si se tratara de una posición militar estratégica que cabe salvaguardar a toda costa, y que en ningún caso debe ser conquistada por el enemigo. No importa el precio que haya que pagar. Y aunque hablen de todo un poco, nunca lo harán del único libro por el que el profesor Oliva, Ray Oliva, ha logrado una relativa fama, aunque haya tenido que firmarlo bajo el seudónimo de Yar Avilo, porque lo que ha escrito no es otra cosa que una crítica feroz al sistema educativo que bajo el título, ciertamente desconcertante, *Técnicas de No Estudio*, incluye citas como ésta de Bioy Casares: «Estudí los grados en casa. A los doce años entré en el colegio, el Instituto Libre, como quien entra en la cárcel», quien prosigue diciendo que acabó por recurrir a la superstición, a la transmisión del pensamiento..., a cualquier cosa salvo al estudio, y que la mayor parte de los profesores del colegio no eran otra cosa que mediocres recelosos de los estudiantes, a quienes aborrecían casi tanto como la materia que enseñaban. Pues en esas *Técnicas de No Estudio*, el profesor Oliva, Ray Oliva, ofrece una serie de consejos a los estudiantes para que salgan ilesos, incluso victoriosos, en su enfrentamiento con un sistema tan nocivo para buena parte de la humanidad como lo es el educativo. Ése es el inefable compañero con quien el profesor Torres comparte despacho, un compañero que nunca hablará de mujeres, ni de conquistas, y que dará la impresión de ser célibe. Su única pasión conocida, y reconocida, es la tecnología: estar a la última de cualquier adminículo que aparezca en el mercado, ya se trate de agendas digitales, aparatos reproductores de música, pequeños ordenadores, viejas tabletas, móviles, televisores en miniatura, pantallas, relojes... Torres dirá a sus espaldas que, de haber vivido en Seattle—por la razón que sea sólo lo puede imaginar allí—, le habría visto pernoctar en la puerta de Apple para hacerse con la más reciente novedad en su primer minuto de venta. Los aparatos antiguos—y este término sólo es un eufemismo, pues Oliva descarta artefactos mucho mejores que los que emplean la mayoría de sus compañeros—los guarda bajo llave en un armario del despacho, tal vez para que no se mezclen con los llaveros y demás pongos de cutrilandia. El Museo de los Esplendores Caducos, lo llama en contraposición al otro, al de los Horrores. Y, sin embargo, las apariencias engañan, puesto que Ray Oliva comparte afición y sexo con la agente Susan Lozano, una vigilante de seguridad que hace su ronda todas las noches y que se demora especialmente en la primera y segunda planta de la facultad. Susan, no Susana, como le gusta puntualizar a ella, es el complemento ideal del profesor Oliva, Ray Oliva, con quien forma una extraña pareja, él de mediana estatura, rechoncho, de piel clara y ojos grises, y ella una mujer joven, felizmente casada

—según su propia expresión—con un cocinero de un bar de tapas; él rondando la cincuentena, y ella que sólo declara treinta y seis, metro sesenta, estructura corporal fuerte, poco agraciada, o quizá es que se esfuerza por parecerlo, tal vez para intimidar. Cuando yo llegue allí hará tiempo que mantienen, ella y el profesor Oliva, una relación semanal un tanto atrevida, lo digo por el lugar y las precauciones que han de tomar para no ser descubiertos. En alguna ocasión me utilizarán como atrezo para sus escenificaciones eróticas, aunque suelen ser los objetos del Museo de los Esplendores Caducos los que participan en mayor medida en sus juegos sexuales. Al paso diré que la mayor coincidencia entre los dos seguramente radica en la circunferencia de sus cabezas, sobre las cuales parezco un barco en mitad de una tempestad. En fin, se trata de una pareja que, pese a estar ya cerrada la facultad, se las arregla como puede para coincidir en ese despacho, al menos, una noche por semana. Nada que ver lo suyo con las artes amatorias del *personal trainer* de Verónica Aliaga; nada que ver ninguno de los dos con la pareja esnob que se contorsiona sobre las sábanas de seda azul en el lecho conyugal del profesor Torres en la grabación dirigida por su hija y coproducida con la inestimable ayuda del pirado David Salanova. Esa noche en la que el profesor Oliva, Ray Oliva, y la agente Susan se encuentran, ella suele dar un par de rondas y luego se encierra con él para revisar algunos de los ingenios que atesora en su armario. Nunca los sacan todos, a veces sólo uno, a veces una serie completa de la que desean observar las innovaciones de diseño que los fabricantes, a medida que pasan los años, han ido incorporando a sus viejos modelos. Desconozco la historia de la pareja, cómo se han conocido y todo eso, aunque cuando yo coincida con ellos ambos constituirán una organización delictiva de corto vuelo, humilde si se quiere, pero que mantiene viva su afición común por los objetos electrónicos caducos y por el sexo. Susan Lozano, por su parte, es, teniendo en cuenta su dedicación profesional, una buena proveedora del Museo de los Esplendores Caducos. En sus paseos nocturnos la vigilante escudriña los despachos, que conoce a la perfección, pues hace tiempo que trabaja allí, y arrambla con lo que puede. A veces son rotuladores, marcadores, una grapadora, perfumes, paquetes de folios, lápices electrónicos, blocs de post-it, rollos de cinta adhesiva, analgésicos, tijeras, monedas sueltas, caramelos, paquetes de tabaco, cápsulas de café, siempre un poco de cada sitio, como si fueran muestras de regalo. Susan también esquilmará los otros museos de los horrores que proliferan en más de una docena de despachos, y como es evidente que estas pequeñeces no son para la colección que comparte con su amante, éste le aconsejará que se centre en los artilugios que les interesan, que tanto trasiego pone en peligro su función principal. Mientras yo esté allí, nadie se percatará de sus pequeñas sustracciones, y quien lo haga lo achacará más a la pérdida o al extravío que al hurto. Cada mes la vigilante consigue entre cien y doscientos euros con toda esa mercancía. Ésa es la excusa que esgrimirá ante su socio. Su sueldo es escaso, demasiado escaso, dirá ella, y él responderá invariablemente que los sueldos son escasos por definición. Mientras yo esté presente en sus encuentros él la ayudará en los exámenes de su hijo, le regalará un ejemplar de su éxito editorial para que sea ella quien le transmita al niño lo más importante a la hora de aprobar, incluso le preparará un artilugio por el que recibirá, a través de unas gafas especiales, toda la información que precise para completar con éxito los ejercicios correspondientes. A veces exponen sobre la mesa algunos de sus fetiches, por ejemplo los lápices electrónicos con formas curiosas: un ratón Mickey, un rascacielos, una tarjeta de visita, un bolígrafo de tres usos, una llave, un yate, un llavero con una especie de cruz de Caravaca en el extremo y qué sé yo cuántos más. A veces nada, a veces sólo hablan de su afición, y en su desvarío proyectan abrir un museo—esta vez real—que siempre queda relegado para un futuro mejor. Una noche él le contará a la agente Susan de dónde proviene su locura por la técnica,

y le descubrirá que su origen está en una admiración desmedida por esos nuevos exploradores que consiguen explicar el mundo—se refiere al mundo material, al tecnificado—sin conseguir explicar nada del hombre. ¿No seremos, en realidad, la sofisticación extrema de un concepto de máquina? Eso se preguntará en voz alta el profesor Oliva, Ray Oliva, que al parecer desconoce los trabajos de Von Jodowski sobre el Gran Programador, y luego citará a alguien—sin nombrarlo, porque exhibe sus conocimientos como si de un pensamiento propio se tratara—que ha dicho que la tragedia del espíritu moderno consiste en que sabe resolver el enigma del universo, pero sólo a costa de reemplazarlo por otro enigma: el enigma de sí mismo. ¿Te has preguntado alguna vez cómo hemos alcanzado este grado de progreso? ¿Cómo hemos pasado de la piedra afilada a mandar cohetes al espacio? ¿Cómo hemos conseguido administrar el flujo de conocimientos que se requieren para surtir los comercios, para que funcionen las finanzas, la economía a pequeña y a gran escala, para construir casas humildes y grandes rascacielos, es decir, para que esta gran colmena que somos siga en marcha? En otra ocasión, al profesor Oliva, Ray Oliva, le saldrá la vena didáctica y le contará a la agente de seguridad que ninguno de esos aparatos que coleccionan existiría de no ser por aquellos pioneros de la investigación que dedicaron sus vidas, por ejemplo, a hacer audible la transmisión de señales, y entonces le contará cómo un tal Lee De Forest, un perfecto desconocido para la mayoría de vosotros, hizo que el cine dejara de ser mudo, porque entre otras cosas logró retransmitir un concierto de Enrico Caruso, y que eso se encuentra en el origen de la televisión y de las comunicaciones vía satélite, y le contará a la agente que el tal De Forest pudo desarrollar sus conocimientos gracias a un contratiempo sufrido por Edison, a quien se le acumularon pequeños depósitos de carbón en la base de la nueva bombilla incandescente en la que estaba trabajando. Bueno, pues que un detalle insignificante conduce de una cosa a otra y la otra a la siguiente, etcétera, es decir, de la amplificación de señales inaudibles a otras audibles. O bien citando a Marconi, a Bell, a Mauchly, a Eckert o a Ericsson, dirá que no estaríais donde estáis si no se hubiese desarrollado el lenguaje para los sordomudos, el código morse, el telégrafo o el fonógrafo, que son inventos que logra relacionar de tal modo que consigue impresionar a la agente Susan. Inventos, al fin y al cabo, que parece que os llevarán directos hacia el teléfono. Y yo le creeré y daré por bueno que todos estos individuos y todos estos hallazgos han contribuido enormemente a la mejora de vuestras vidas, porque de todos es sabido que una sencilla acción, por nimia que sea, en cualquier parte del mundo, pone en marcha una cadena de acontecimientos que altera el propio mundo. Y de ahí a la sociedad de la abundancia sólo hay un paso. Una sociedad de la abundancia que hemos de aprender a gestionar, señalará para terminar, mientras ella le dirige una mirada escéptica que surge del fondo de su experiencia, de su casi mísera cotidianidad, de la vida, diría yo; de quien sabe que ninguno de tales inventos le aprovechará, que por los siglos de los siglos deberá conformarse con esas rapiñas que le proporcionan el centenar escaso de euros extra que acomodan la sufrida abundancia de los desheredados. Se hará tarde, pero antes harán el amor sobre la mesa, apoyados en una de las sillas o en el suelo. Su fetiche principal en esos casos es un teléfono con forma de consolador que acaban utilizando indistintamente uno u otro. A veces se amordazan para no gritar, y es que no desean ser descubiertos. O quizá sí, pero todavía no. Tiene su gracia, pensarán ellos, hacer el amor en silencio, morderse los labios y taparse la boca con la mano o tomarla a dentelladas con un modelo antiguo de Samsung, Motorola, Nokia o Alcatel, cuando no directamente con la porra, o estrechar un poco más las esposas. Más tarde, exhaustos, se despedirán y ella seguirá con su ronda de vigilante nocturna felizmente casada. Por lo demás, la vida universitaria continuará tal como la habré imaginado anteriormente desde aquel despacho de General Mitre, y veré que no existen

demasiadas diferencias entre los profesores Torres y Oliva. Cuestión de matices en la vida personal, en las críticas al gobierno de turno, a las leyes y normativas de turno y a la estulticia de los alumnos de turno.

Claro que esto último no se aplica a Cristina León, quien reaparecerá por las clases del profesor Torres justo en el período más aciago de su vida. Separado, vencido, lejos de su *niña* Lucía, y pleiteando por un divorcio que quiere justo, verá en Cristina León a la hija que le hubiese gustado tener, alguien que no sólo dispone de una sonrisa y una palabra amable cada vez que lo ve, sino que además ya es toda una mujer, una mujer atractiva, de melena cobriza y mirada intensa que madura prematuramente de un curso a otro; la buena alumna a la que elogiará cuando la cite en el despacho para comentar sus trabajos y sus tuits sobre el mundo universitario, incluso demasiado mordaces para alguien tan crítico con el sistema como el profesor Torres. Sin embargo, no le importará que haya propuesto despedir a todo el profesorado y comenzar de cero como una condición *sine qua non* para crear una universidad que tuviera alguna utilidad, ni siquiera le importará que se alinee con quienes piensan que el cambio no es posible sin una revolución, porque incluso quienes piden el cambio desde dentro están adulterados por una vida, una práctica y una red de contactos y favoritismos imposible de romper—algo que es una clara alusión a su propia circunstancia—, y no le importará, insisto, porque hay una buena sintonía entre ellos, porque Torres Giner cree que cuando se es joven uno lo quemaría todo y que, con la edad, preservaría incluso aquello que a todas luces no funciona. Lo piensa porque no conoce lo suficiente a Cristina León y porque cree que se trata de su mejor alumna, esa que le hará decir—como les sucederá después a otros hablando de sus respectivas disciplinas—que esa clase de alumnos son los que hacen que su profesión, incluso su vida, adquiera algún sentido—ya sabéis, ese autoengaño en el que caéis constantemente—, y tal vez no le importen sus comentarios porque sabe que su futuro, el de Cristina León, no está en la pedagogía. Y así será la relación entre el profesor Torres y su alumna Cristina León—no especuléis con los sentimientos del profesor Torres respecto de Cristina León, porque ya os he advertido que a mitad de curso sabré, por las habladurías que escuche en el despacho que comparte con su colega Oliva, Ray Oliva, que el profesor Torres ha encontrado pareja y estabilizado su vida, que sorprendentemente su pareja se llama Jose y que están buscando piso; y no os contaré mucho más sobre el tal Jose, ya que todo lo que escucharé en aquel despacho serán habladurías malintencionadas que nada tienen que ver con la realidad, y porque, como un día dirá Mercedes Salazar: esta mierda de mundo parece hecho para los machos, y éstos viven aterrados porque cada día ven cómo pierden pie en favor nuestro—; pues bien, el profesor Torres vivirá esa relación que hasta ahora os parecía equívoca con su alumna preferida con las expectativas y la contradicción de no poder tener en su departamento a alguien de gran proyección, alguien que ha rechazado las becas que le han ofrecido, que ni siquiera ha querido entrar en alguno de los programas que la llevarían—muchos, demasiados años más tarde—a formar parte de ese profesorado que de algún modo ella desprecia. Será una pequeña frustración que el profesor sobrellevará con ironía. Y cuando al finalizar el curso ella le invite a uno de sus conciertos en una pequeña sala del Borne, aceptará y me llevará con él, y con el tal Jose, por cuya cabeza pasaré sólo unos minutos, suficiente para que descubra a un tipo maduro desconcertado y torturado, y al que no veré nunca más, aunque por el momento allí estaremos, en el concierto de Cristina León, no sin antes hacer que graben en mi badana una frase en letras mayúsculas: PARA CRISTINA LEÓN, CONDENADA AL ÉXITO, que es lo que el profesor piensa que debería de haber hecho—entregarme como obsequio—el día en que ella se

subió a un escenario y cantó conmigo para recaudar fondos para los huelguistas. Esa última noche, en el Borne, pasaré en silencio del uno a la otra sin mediar palabra; un par de besos y adiós. Esa última noche, Cristina León dará un largo recital, y en el momento de la despedida le dedicará al profesor una canción que ella interpretará ladeándome sobre su cabeza. La canción hablará de alguien que trata de robarle la pareja a su mejor amigo, porque si él no lo hace, cualquier otro lo hará. No es la historia de Torres, ni siquiera se le parece. No hay una canción que se adapte a cada circunstancia, al menos en el repertorio de los cantantes de carne y hueso, pero el profesor, desde el fondo de la sala, se lo agradecerá soplándole un beso, y luego se irá con José, antes de que se apaguen los aplausos y Cristina León abandone el escenario y yo me vaya con ella.

SIN EMBARGO, MIENTRAS VUESTRAS VIDAS SIN SENTIDO SE CONSUMEN ATRAPADAS EN UNA NORIA SIN FIN, YO ACOMPAÑARÉ A LA HIPERACTIVA CRISTINA LEÓN A TODAS PARTES

Cristina León me acogerá añadiéndole a la dedicatoria del profesor Torres un ¡Ojalá! De modo que el texto final se convertirá en un PARA CRISTINA LEÓN, CONDENADA AL ÉXITO. ¡OJALÁ! Y pensará para sus adentros que ahora acepta la «condena» de un modo más esperanzador. Ella será el ser más complejo que tenga el honor y el placer de vestir. Y, sinceramente, todavía no sé explicar qué parte de este comentario relacionaría con una visión crítica o con una visión elogiosa que pueda asociarse a la complejidad humana. Los humanos sois seres poliédricos, y ya nunca podré decir que éste o aquél o mengano o zutano son simples o sencillos, he aprendido la lección, ahora puedo afirmar que cada uno de vosotros tiene dos o más caras, dos o más *yos*—como dirá el terapeuta Pérez Cuscó—, como si vuestras cabezas fueran dados, y la personalidad que se va a manifestar sólo dependiera de las circunstancias. No quiero especular tampoco con esta visión del ser humano, sólo expongo ante vosotros, lectores, que a estas alturas todavía me cuesta entender cómo unos sujetos en principio finitos, podéis, en algunos casos, comprender, describir, predecir, representar o interaccionar con algo de talante infinito como es el arte, o como lo es la extrema diversidad de la naturaleza. Todavía no consigo entenderlo, me limito a corroborarlo y a aceptarlo. Y regresando a Cristina León, ese ser excepcional al que acompañaré durante un período hipercreativo de su vida, habré de admitir que es la causa principal de esta visión. También Cristina León habrá elaborado un plan para su futuro: ser artista y ser singular. Plan que ejecutará con entusiasmo; con calculada frialdad, a veces; a veces con inteligencia o candidez; y otras con renuencia, altivez o humildad. Según la circunstancia. Según el día. En realidad no hará otra cosa que vivir el momento, que enfrentar los desafíos que se le presenten. Pero esa noche en el Borne, esa misma madrugada en la que el profesor Torres, aprovechando los últimos aplausos, se retire del concierto, pasaré a formar parte del atuendo de la que poco tiempo después llegará a ser una famosa cantante. En algunos círculos, un icono. Pasaré con ella cinco emocionantes años hasta que en el último bis de un concierto en Gijón, con el Teatro Jovellanos entregado, se deje llevar por el entusiasmo y me lance al público con todas sus fuerzas. Entonces planearé por encima de un bosque de cabezas, pasaré de la luz hiriente del escenario a las sombras acogedoras de la platea e iré a caer en unas manos tímidas

que no se habrán movido un ápice para atraparme. ¡Llamadle azar si queréis! El azar, de nuevo. Lo apunto aquí porque no está de más avisaros del largo recorrido que, sin saberlo esa noche en el Borne, todavía me aguarda, y porque, como ya os he hablado de él, ya sabéis lo que pienso del azar: que no existe. Por lo pronto, con Cristina León, llevaré una vida atropellada y emocionante. Asistiré a sus ensayos y a sus giras, me encerraré con ella durante días y semanas, con ella saltaré de una ciudad a otra; grabaré en estudios de Avinyonet de Puigventós, de Londres o de Boston; subiré a trenes, furgonetas, autocares y aviones; y la veré mandar miles de tuits. En realidad, con ella descubriré el poder de las redes sociales como Twitter: ese lugar donde los humanos os mostráis sin filtro, amparada vuestra desvergüenza por una distancia física, por una no presencia, sin que os percatéis de que la figura grotesca que se refleja en ese espejo curvo sois vosotros mismos. Unas redes donde la cantante, a pesar de tener miles de seguidores, no encontrará ni un solo amigo de verdad con quien compartir nada, es más, el único amigo de verdad que le conoceré se llama Guille y no es ningún advenedizo, sino todo lo contrario, un viejo colega, un amigo leal de esos de al pan, pan y al vino, vino, capaz de decir las cosas como son. A mi lado concebirá su famoso *Concierto para León* y en mi presencia se «enamorarán» de cantantes de moda, músicos estrafalarios y tipos a quienes apenas llegaremos a conocer, casi todos ellos gente dedicada al mundo de la música—ella dirá de la farándula—, porque Cristina León siente la necesidad—o quizá sea un vacío lo que siente—de buscar constantemente, y eso que busca y que no es capaz de definir o describir, y menos de encontrar, lo busca con ansia. De modo que vive en un estado de insatisfacción permanente, que en ocasiones consigue aplacar a través de sus composiciones; un estado de insatisfacción que la acompañará a todos lados y en todos los órdenes de su vida, ya sea artística o privada; un estado de insatisfacción que, en los momentos más álgidos, sólo puede combatir con unas pastillas que le permiten dormir. ¿Feliz pero insatisfecha, quizá? ¿Eso que más adelante le escucharé decir a uno de los pacientes del psicoanalista Pérez Cuscó? No. No de ese modo. Probablemente Cristina León tampoco sea feliz. Insatisfecha ya sabemos que sí, pero ese sentimiento de felicidad resulta demasiado complicado, demasiado volátil, demasiado efímero. Tampoco está a vuestro alcance comprender ese sentimiento. De haberse encontrado con el Superior de los Javerianos del Japurá, éste le habría prescrito unas dosis de paz; de paz interior, se entiende, una cura de silencio, aunque ya os advierto ahora mismo que no habría servido de nada, porque vosotros nacéis con un estigma y cambiar eso no está en vuestras manos. A ella misma le vendrá a la cabeza, por habérselo leído a Barrie, el autor de *Peter Pan*, que nunca dejáis de ser la misma persona, que simplemente pasáis en determinados períodos, como si dijéramos, de una habitación a otra, y que aunque tal vez sí cambiáis, existe una pequeña parte vuestra que pende de un hilo invisible, imposible de cortar, que mantiene ese espíritu vuestro inicial a través de los años. Un espíritu, o un estigma como yo le llamo, que de hecho no cambiará en toda vuestra vida. Lo encubriréis, lo ocultaréis y simularéis que sois otros, pero en el fondo, por más enmascarado que esté, siempre sabréis que ese estigma, vuestro estigma original, os acompañará a todas partes. Como un tatuaje en la frente. O mejor, como una cicatriz en el rostro. En el caso de Cristina León, como ocurre con todos, ese estado de insatisfacción permanente del que os hablo, esa necesidad de búsqueda, esa imposibilidad de consolidar nada, ni una relación, ahuyentará—a excepción del incondicional Guille—a los que se encuentran a su alrededor, que huirán de ella temerosos, como se huye del fuego, porque saben que si permanecen en su órbita los arrastrará a ellos también, los anulará, los devorará y los condenará a la destrucción. O peor aún, a la autodestrucción. No será mi caso porque no estaré en condiciones de desertar de nada ni de nadie, y permaneceré junto a Cristina León hasta que sea ella quien tome la decisión de abandonarme a

mi suerte. Y así será como lo asumiré, como un abandono, como quien sin previo aviso se encuentra solo y tirado en medio de la calle, sin saber hacia dónde ir ni qué va a ser de él y, lo que es peor, sin saber, y sintiendo que nunca lo sabrá, por qué está allí, ni cómo ha podido sucederle a él. Profesionalmente, la prensa especializada considerará a Cristina León como un descubrimiento, una artista inconformista y ecléctica, cuyo repertorio «transita por obras propias y ajenas de todos los tiempos, ya sean sobradamente conocidas o absolutamente olvidadas»; y también la calificarán de «imaginativa, pasional y de estilo intransigente». Desde luego no será fácil para sus músicos convivir con ella en los momentos de máxima expansión creativa o de doloroso vacío personal. En una entrevista que ofrecerá en el Hotel Palace de Madrid asegurará que es en la carretera donde alumbra sus canciones—música y letra incluidas—, y en Sevilla, en Canal Sur, afirmará todo lo contrario, que se encierra para componer, y que nunca lo hace en el mismo lugar, que necesita ambientes muy concretos—eso dirá, muy concretos—para cada nuevo proyecto, pues tiene la impresión de que componer en un mismo lugar no hace más que inducir a la repetición de los mismos motivos, estilos, temáticas, qué sé yo, añadirá con un gesto de indiferencia con los hombros y los brazos, dando a entender que se refiere a aspectos que surgen de un modo inconsciente, o al menos eso me parecerá entender. Se trata de unas declaraciones que tendrán lugar meses antes de marchar a Berlín—un lugar tan frío y con un viento tan helado que por primera vez echaré de menos Colombia—; Berlín: ese lugar adonde huirá de la vorágine humana que comienza a formarse alrededor de su fama, y donde se recluirá en un apartamento del barrio de Kreuzberg para componer su *Concierto para León*. Y es que, para la cantante y compositora, cada momento requerirá encontrar su propio estilo o voz o sentido. Como si ese sentido de la vida—del que hace rato que intento apartaros—fuera la suma de pequeños momentos creativos que, sin embargo, a ella tampoco le sirven, porque cuando acaba con uno, como si se tratara de una maldita adicción, deberá fijar su atención en el siguiente. Y el siguiente será el único que contará. Mirar hacia atrás no la reconforta. Los aplausos de ayer, hoy no la estimulan. No la consuelan. Más tarde, ella definirá eso como pasión, y a mí me servirá para añadir otro sentimiento más a la lista de vuestros autoengaños. Por el camino habrá dejado atrás esa convicción que un día dijo haber leído en la autobiografía de otro músico, un tal Elvis Costello, quien al parecer defiende que es posible encontrar, aunque sea fugazmente, el sentido de la vida en una canción. Tal vez el tal Costello desconoce lo del número cuarenta y dos, claro, piensa Cristina León, que es una ferviente admiradora de la *Guía del autoestopista galáctico*, esa obra de un tal Douglas Adams que ella mantiene en la cúspide de la literatura sin sentido. Bueno, por lo visto cada uno de vosotros intenta encontrarle sentido a la vida cómo y donde puede, pero regresando a la historia que pretendo contaros, os diré que, sin duda, el tiempo que pasaremos juntos—Cristina León y este humilde accesorio—será de una gran intensidad, y lo será por ese estigma que no le permite un solo momento de descanso. Ya no puede parar. No es capaz de detenerse para vivir plenamente un instante de gloria. Su insatisfacción personal no se lo permitirá nunca. Imaginad por un momento que en una tarde soleada nos encontramos en la terraza de un café: Cristina León estará pendiente del teléfono; llamará a sus músicos para darles instrucciones; observará a la gente a su alrededor, la calidad del servicio, calculará la cuenta; mandará un tuit en el que dirá que le revientan esos artistas que habiendo nacido humildes, acaban en los escenarios vestidos de Armani; anotará ideas en su libreta y notas musicales en el pentagrama. Luego, cuando quiera darse cuenta, su té estará tibio o frío, y eso será algo así como doblar una esquina y darse en los morros con una mierda—eso le dirá a su percusionista en una ocasión, cuando considere que debe ajustar las cuentas con él—, porque Cristina León odia las medias tintas, la falta de compromiso

—porque vive al límite inmersa en una gran ola de emociones que la arrastra sin llegar a remansar en esa playa dorada y soñada—y porque odia a las personas tibias o frías, no sólo el té.

En realidad Cristina León no habrá mentido ni en el Palace de Madrid ni en Canal Sur ya que es perfectamente capaz de hacer ambas cosas. Hará ensayar a sus músicos una y otra vez, en ocasiones durante largas jornadas y en horarios intempestivos. Quizá no lo haría si fuera consciente de las reacciones que provoca. Pero no lo es. Si ella puede, los demás también tienen que poder. Así de sencillo. Su estigma se lo impide. Come a deshora y de manera rápida y compulsiva, a veces sola, a veces acompañada, trabaja durante la comida, a menudo se queda pensativa, y al cabo de un par de horas, o de madrugada, exige volver al estudio de ensayo o de grabación, donde pretenderá comenzar de cero. Y de repente, incluso en momentos de gran exaltación, sufrirá furibundos ataques de nostalgia y desaparecerá, abandonará el hotel o la ciudad y, sin más equipaje que su pasaporte y un bolso de mano, volaremos al otro extremo del mundo simplemente para asistir al concierto de uno de sus amigos. Y todo porque—como un día le escucharé decir al batería socarrón—los humanos sois todos raros raros, sólo que algunos más que otros. Hablando de nostalgia, en uno de nuestros viajes, de gira por Brujas, Cristina León comprará una postal de la torre Belfort y se la mandará al profesor Torres. ¿Nostalgia de su época de estudiante? «Desde Brujas con amor», escribe en ella, y a continuación firma «Cristina y Panamá». Sólo eso. Incluso a mí, capacitado como estoy para captar el más recóndito de sus pensamientos, me será imposible saber qué siente o qué piensa en ese momento. ¿Por qué lo hace? ¿Qué quiere revivir? Y es que de repente hacéis cosas sin pensar, como actos reflejos que por mucho sentido que puedan tener surgen de la nada. Entonces colocará la postal en un sobre, junto con el recorte de prensa de un periódico local donde aparecemos juntos, y lo entregará en la recepción del hotel para que lo manden. La cantante no sabe, no puede saber, la crisis que atenaza al profesor Torres. Ni siquiera puede imaginar el giro copernicano que ha dado a su hasta entonces previsible existencia, hasta dónde le ha llevado la búsqueda de un sentido a su vida—otra vez eso—, aunque él lo llame plenitud. Tampoco puede conocer el papel que ha desempeñado su hija, Lucía, a la que ella sólo entrevió en algunas fotos en el despacho de Torres Giner. Lo último que yo sabré de ella es que ha caído en una especie de delirio o de obsesión tras el visionado de *Rumble Fish*, una película en blanco y negro de Coppola, donde esos peces de colores, los peces luchadores de Siam, eran la única nota de color, una película que Lucía ha visto infinidad de veces sólo por esas imágenes. Los peces luchadores de Siam, le explicará un día a Salanova desde el despacho de su padre en la universidad, despliegan sus aletas y parecen danzar y danzar para atraer a la hembra y fecundarla. ¿Enviará Cristina León esa postal por la nostalgia de esos años que sus padres creyeron despreocupados? Nunca lo sabré. Pero para nostalgia, la que sentirá tras una llamada de su amigo Guille. El bueno de Guille no llama para nada en concreto, sólo desea saber dónde y cómo se encuentra, llama para hablarle de música, de si ha visto y escuchado un nuevo deudé de Elvis Costello, y será esa llamada la que le removerá las entrañas, la que despertará esa parte de su vida que se oculta a sí misma, una parte que ya daba por olvidada, y que siente en ese momento que debe escribir en la misma libreta donde registra ideas de canciones, donde apunta estribillos y notaciones musicales, donde amontona sus poemas, y es que desde que abandonara la casa familiar, en realidad desde mucho antes, ella siempre ha sabido que su futuro no iba a ser un camino de rosas, y siente que ha huido de sus progenitores—nunca llamará familia ni hogar la casa en la que vivió—obligada por las circunstancias. Así rememorará esos días que seguirán al abandono de su falso hogar: anota que no tiene buen

aspecto, que sus padres piensan que está loca pero que en realidad son ellos quienes no comprenden nada. Ha recogido sus cosas y se ha ido. Su madre le ha dicho que ya volverá de rodillas a implorarles que la acojan. De no ser tan patética la escena, se habría reído. Luego su madre ha regresado a la cama. Así que estará en la cama mientras ella recoge sus cosas y se va para acabar durmiendo en el sofá de Guille. Casi que se va con lo puesto. Como botín se lleva un frasco de pastillas de su madre, esas que toma para dormir, y la receta médica. Ese día lo pasará en una cafetería hasta la madrugada, porque tiene mucho en lo que pensar. Todo ha sucedido muy rápido y ahora tiene que darle vueltas al asunto. No va a regresar a casa y tampoco quiere dormir en una escalera, aunque sabe que acabará por buscarse la vida. Eso escribe ahora, tiempo más tarde, en Berlín. Tiene que lavarse las bragas por la noche y dejarlas secar. Con las prisas no se ha llevado bragas de recambio. Guille le dejará sus camisetas, aunque sean enormes y parezca un camionero. Ese día acabará llamando al tal Guille, lo hará de madrugada y él la aceptará en su piso. Paga cuatrocientos cincuenta euros por treinta y dos metros. En ese momento ella no podría pagarlos. Guille es un amigo, ni siquiera se le ha insinuado. Lo sabe todo sobre el heavy metal y colecciona casi doscientos cedés de músicos que nadie más conoce. Está gordo. Gordo, gordo. Y tiene unas patillas largas y negras que le llegan a la barbilla. Cristina León reconoce que lo han hecho alguna vez. Y que ha sido tierno. Ahora escribe que a veces se acuesta con hombres para joder a sus padres. Pocas veces porque le atraiga un tipo determinado. Por eso le ha pedido que la acoja, porque es un buen colega con quien habla de música, aunque sus intereses sean más bien divergentes. Sin embargo, él no se ciñe a una sola clase de música. Escucha de todo. Después, Cristina León decide que no escribirá nada sobre sus padres. Ahí se queden y con su inquina se coman el uno al otro. Eso escribe. En el sofá de Guille decide que sólo va a pensar en su vida futura. Porque aquí y ahora comienza una nueva vida. Así es como se siente mientras intenta dormir en el sofá de su amigo. Intenta dormir pero ni siquiera consigue cerrar los ojos, hasta que estira el brazo, arrastra el bolso y palpa en su tripa. Ahí están. Se toma dos pastillas. Por ti, mami, dice. Luego se ríe de ella misma y de sus proyectos. En un rincón tiene el instrumento: un violoncelo. Su futuro está allí y en las composiciones que acarrea a todas partes, las partituras, sus cuadernos. No necesita demasiadas cosas. Aunque enseguida eche de menos su ordenador, excesivamente pesado. Durante dos meses se apañará con el iPad, es básico para la música y ahora lo será para sus trabajos de la universidad. De eso es de lo que escribe ahora en Berlín. De la pérdida de tiempo que supone. Cristina León sí que anda ligera de equipaje. No hay más que mirarla. Está hecha un trapo, asiente ella misma con la cabeza. Eso sí que es verdad. Después de dormir durante una semana en ese mismo sofá, le dolerán la espalda y el cuello. Guille le ha dicho que no se preocupe, que puede quedarse el tiempo que necesite, que pueden turnarse en la cama, que donde no come uno tampoco comen dos. Incluso le prestará dinero para que se compre ropa interior. Su primera ropa interior en libertad será de los chinos. A su madre, tan de marcas, le daría un ataque al corazón. No, su madre no tiene corazón, o lo tiene de hielo, y sólo padecería si se las tuviera que poner ella. Con el dinero de Guille se comprará ropa interior y algunas camisetas hasta que pueda valerle por sí misma. Lleva rato escribiendo y debe de haberle bajado el azúcar o la adrenalina. Tal vez ha olvidado parte de lo ocurrido simplemente porque el tiempo lo borra todo y porque ahora es famosa y no depende de nadie. Qué tiempos aquéllos, ¿eh, Guille? Cuando te desperté en medio de la noche para dormir en tu sofá. No puede saber que tiempo más tarde rebajará su nivel de hostilidad con el mundo, que quizá lo haga porque las cosas marchan bien. Porque Guille la escuchará ese día y porque Guille la escucha siempre que ella le necesita. Será porque él no le lleva la contraria pero le canta las cuarenta cuando lo cree necesario. De

pronto lucirá el sol, sentirá que ha descansado, será una mañana espléndida y se irá a ver al profesor Torres. Es temprano y no puede esperar, de modo que va a verle a su casa. En ese momento está dispuesta a aceptar ese trabajo de becaria que le ha ofrecido tantas veces. Es una mañana radiante. Conoce el domicilio porque a esa dirección le habrá mandado un par o tres de trabajos extra, pero su mujer le dice que el profesor Torres ya no vive allí y que ni siquiera sabe dónde vive, que posiblemente le encontrará en su despacho de la universidad. La alumna se sorprende, piensa que quizá el profesor y ella viven vidas paralelas. ¿Y si el profesor Torres hubiese abandonado su domicilio esta misma noche? Pero de pronto cambiará de planes y no irá a la universidad. En lugar de eso se pasará por un bar del Paralelo donde ya ha actuado en alguna ocasión. Quiere preguntar si le pueden asegurar algunas actuaciones. Aunque no pagan demasiado le ofrecen cuatro semanas ininterrumpidas. Ya no le interesa hacer de becaria. Y luego, piensa, todo irá rodado. Ha tenido suerte. Jessi Sánchez, una buena amiga, otra alumna del profesor Torres, trabaja cuarenta horas a la semana, por las mañanas, hasta las tres de la tarde. Es teleoperadora. Se pasa las horas hablando por teléfono. Cuenta que le resulta agotador. Para ir al baño tiene que levantar la mano. ¿Sabes cuántas llamadas hago en un día?, le preguntará en una ocasión. Ella no lo sabe. Ni siquiera se lo imagina, pero no dice nada, no se ve en un trabajo así. Hay un supervisor que lleva la cuenta desde un ordenador. Lo sabe todo, cuántas llamadas, cuánto dura cada una, quién cuelga sin contestar... La chica lo cuenta como si fuera una pesadilla. El programa estadístico lo controla todo. Si baja de la media, a la calle. Si protesta, a la calle. Le iría mejor si respondiera positivamente a las insinuaciones del supervisor. Es un trabajo fácil, de loros, pero acaba de los nervios. Hay gente que la insulta. Eso casi es peor que aguantar a sus padres, escribe. Su amiga juega al balonmano. Entrena tres noches a la semana. A Jessi Sánchez le gusta entrenar, pero hay veces que entre los estudios y el trabajo no puede seguir el ritmo. El entrenador también la amenaza, eso si no la acosa directamente, sexualmente quiere decir. No jugará si no se esfuerza, le asegura. Puede que sea una confabulación, ¿no te parece?, le cuenta. El mundo contra Jessi Sánchez, la estudiante díscola que no cumple en ninguna parte. Cristina León no quiere verse en la tesitura de no poder componer, ni cantar por causa de un trabajo que no le interesa. Los padres de Jessi Sánchez no pueden costearle los estudios. Su madre está enferma. La mía sí que está enferma, escribe. Va al psicoanalista, pero no le sirve de nada. No sabe por qué va. Hace años que va. Va porque es la moda imperante. Una mujer moderna, una artista plástica que se precie, escribe Cristina León, no es nadie si no acude al psicoanalista con cierta regularidad. Una artista plástica no es nadie si no tiene un amante o si no tiene un galerista de cabecera. Tal vez si no tiene ambas cosas en una. El psicoanalista no debería tratarla sólo a ella, sino que de paso también debería visitar a su padre. La estudiante díscola Jessi Sánchez va a perderse parte del curso que ha comenzado hace poco. Sólo se ha matriculado de unas pocas asignaturas. Por suerte en la universidad nadie la acosa, sexualmente quiere decir. Bien mirado, ella, Cristina León, es una privilegiada. Hay gente que se matricula en una escuela de formación profesional para estudiar de camarera o como se llame. Le suena un título algo pomposo, como para darle lustre a un oficio de poca distinción: «Técnica en cocina, gastronomía y servicios de restauración». Y el caso es que lo más probable es que esa chica acabe de camarera en cualquier lugar. Se ríe. No, no se refiere a ofrecer servicios sexuales a uno u otro lado de la barra. Si ella estudiara para camarera o para cocinera, Guille habría comido bien. Después de ocupar su sofá, él habría comido bien. Bien mirado, los dos forman un buen tándem. Él es un desastre en la cocina y ella casi lo mejora. Lo cierto es que ella no estudia para cocinera y los dos están pirados por la música. Dice el tal Guille que ella tiene futuro como cantante y compositora. Todos opinan lo

mismo, pero todo va demasiado lento cuando lo piensa desde el sofá que ocupa en casa de Guille. Las noches son demasiado largas hasta que decide acortarlas con una pastilla o dos. De ser cocinera, no opinarían lo mismo. Una sirve para lo que sirve. Como mucho, se quedaría en ayudante o pinche de cocina, escribe. Se imagina que se ha ido de casa y que ha perdido el kit de cuchillos; que no va a poder recuperarlo y que va a perderse el curso que tanto esfuerzo les costó pagar a sus padres por ese motivo. ¡Qué cosas se le ocurren por el mero hecho de estar colgada en casa de su amigo! Bueno, está claro que ésta no es su casa y que no lo será nunca. Ya encontrará algo en cuanto consiga cierta regularidad en las actuaciones. Todos los inicios son duros. No va a ser distinto para ella. Seguro. Más van a serlo para Jessi Sánchez, piensa. Cristina León detiene por un momento su escritura. Mira por la ventana la lluvia que cae sobre Berlín, pero su cabeza está todavía en Barcelona, en el sofá de Guille, ese Guille que acaba de llamarla para decirle que escuche o vea un deucedé de Elvis Costello que es la rehostia. Se pregunta por dónde puede enfocar el asunto. Tiene un plan, escribe de nuevo. Siempre ha tenido planes. ¿Qué haría en su lugar un o una estudiante de cocina? Eso se pregunta. Buscar piso y llevarse allí sus cosas, los cuchillos y el uniforme de la escuela lo primero, y aunque lo haga poco a poco, piensa que no le llevará más de una semana, dos como máximo. Y luego, ¡puerta! Lo mismo que ella. Lo mismo que Jessi Sánchez, que tiene veintitrés años, se gana la vida miserablemente y la siguen tratando como a una niña. No puede imaginar qué cara tienen sus compañeras de balonmano. Pero Cristina no regresará a casa de sus padres. Cuando pueda hablar con él, su padre meterá el ordenador en una maleta, algún libro, algo de dinero entre las páginas, el pasaporte, varias docenas de cedés y un poco de ropa y la llevará a casa de Guille. Y de paso, la esperará allí. La esperará, pero la hija no acudirá hasta que se haya ido. Tiene una vida por delante. Sus padres creen que está loca. Sobre todo su madre, que es la más beligerante. Otros también opinan que está loca, que es una excéntrica. Es a causa de su estilo, al enfoque que da a sus actuaciones, pero eso mismo es lo que la hace distinta y eso mismo es lo que la hará triunfar. Ahora escribe que está bien. Está bien. De verdad, Guille. Él ya sabe que ella es especial, que duerme poco y come peor. Como él. Guille nunca ha tenido en casa lo necesario para hacer una comida decente, y reconoce que ni siquiera en eso ha cambiado. Guille se sabe al dedillo todas las ofertas de los restaurantes de comida rápida y puede hacer una comida caliente al día por menos de tres euros, e incluso por dos. Y también es un habitual de los mercados donde encontrar fruta fresca dañada. Su gran especialidad culinaria de los sábados es la macedonia. Así está su azúcar: por las nubes. Cristina se ha ido de casa casi con lo puesto y sabe que le debe una a su colega. Se ha portado bien. Es un buen amigo. La llama para comentar cualquier cosa, pero en realidad lo que quiere es asegurarse de que ella está bien, de que le va bien la vida. Él no cree que esté loca, aunque no le gusta que abuse de las pastillas para dormir. Cristina León lo escribe en su cuaderno, uno de esos días en Berlín, tras haber estado conversando por teléfono con Guille. De su compañera Jessi Sánchez no ha vuelto a saber nada.

Si sobrellevar el propio estigma tiene que ver con la felicidad, diré que tal vez Cristina León haya sido feliz a su manera. No estoy seguro. Ella sostendría que la felicidad está sobrevalorada. Que prefiere una vida plena, coherente, con sentido. En cambio, yo sí seré feliz durante esa época. Ciertamente no podría decir lo mismo respecto de otras fases de mi existencia: no lo he sido mientras el profesor Torres fingía tener una vida; ni en ese comedor desolado de Carolina Meifrén; ni en la consulta de los sinsabores de Pérez Cuscó...; y estad seguros de que no confundo felicidad con calma o tranquilidad. Mis peores momentos los he pasado encerrado en el interior de la cajita de madera de balsa, en un universo de $9 \times 10 \times 32$ centímetros, inmerso en el olor

nauseabundo de la marihuana; olvidado sobre una pila de libros o colgado en un perchero. Con Cristina León, viajaré de un lado para otro. Seré su talismán y no pasará desapercibido. A veces, a su alrededor se hablará de mí, la cantante del Panamá, dirán algunos cronistas, ya que llamo la atención coronando su cabellera cobriza. Colocado levemente hacia atrás, como una aureola blanca alrededor del fuego. Seré su complemento personal e intransferible. Y aunque de algún modo todavía debo de seguir allí—rebuscad en YouTube y me veréis—, nunca más tendré un protagonismo parecido, en ninguna otra compañía. Nada es igual cuando cambias de escenario y de entorno. Ningún salón, despacho o consulta de médico es igual a otro. Ningún concierto será igual al anterior ni al siguiente, aunque ella interprete las mismas canciones; aunque repita dos o más noches en una misma sala siempre surgirá la sorpresa, el hecho inesperado, ese momento mágico que hará de esa noche un momento único. Y, sin embargo, con el transcurso del tiempo—como si pudiéramos acelerar las imágenes, ese pasar las nubes a toda velocidad por el cielo, esas hojas cayendo del calendario, esos coches circulando por la autopista hasta convertirse en una sola línea luminosa—todo aparece impregnado de una pátina que disuelve las diferencias. Ésa es la sensación que obtendré a lo largo de los años, yendo de un lugar a otro, observando el afán de cada uno o escuchando las conversaciones entre desconocidos. Cuando vuelva la vista atrás tendré la impresión de que el mundo se compone de un mosaico móvil hecho de infinitas piezas, distintas unas veces, semejantes otras, también complementarias y antagónicas, que aunque no lo parezcan comparten caminos como si fueran costuras, o resultan ser vasos comunicantes; un mosaico que me dará una somera idea de cómo anda todo por vuestros barrios. No sólo aprenderé de aquellos a quienes cubriré, sino de todos vosotros, y sabré entonces que vivís inmersos en emociones, pasiones y pensamientos absurdos, moldeando ideas francamente desatinadas, que vivís anegados de ambición, incluso sobrepasados por vuestra incompetencia suprema. Y Cristina León, por vete a saber qué misterioso prodigio, será quien plasme todo ese magma emotivo en sus canciones.

A Cristina León, aunque a primera vista parezca una pérdida de tiempo, le resultará útil haberse graduado en Pedagogía, aunque sólo sea por la habilidad con la que se maneja ante el público. Y es que durante sus conciertos suele presentar las canciones alternando su relato con fragmentos de letras, contando a los presentes cómo las ha compuesto, qué ha sentido, y completándolo todo con anécdotas que le vienen a la memoria. En conjunto tendré la impresión de que lo que ella ha preparado no es un concierto sino un recital-conferencia. Ama esa cercanía con el público. Ese diálogo que establece. Entre tema y tema referirá a modo de confesión por qué motivo alguien como Jacques Brel ha compuesto *Ne me quitte pas*, y les susurrará que lo que impulsa a Brel es algo tan primario como el remordimiento, porque, una vez embarazada, se ha despreocupado totalmente de su amante Zizou—la ha dejado tirada, dirá Cristina León—, y añadirá que no se trata de una canción de amor, sino de una canción de humillación. Y entre otras leyendas urbanas contará cómo Serge Gainsbourg dice haber escrito *La Javanaise* para Juliette Gréco, en 1962, tras una noche de champagne en el número 33 de la rue de Verneuil, y luego recitará con voz casi masculina, mientras sus dedos se deslizan por las cuerdas del violoncelo: «*Nous nous aimions | Le temps d'une chanson*», como si fuera un mensaje para el público y no una canción de amor, y lo hará sin tener que ceñirse a esos ciento cuarenta caracteres que constriñen sus comentarios en Twitter, porque en vivo y en directo no sólo se explaya, sino que es didáctica—como subrayará en una ocasión don Gregorio, uno de sus profesores, tal vez el más inquietante de todos—porque desea contar las historias que subyacen detrás de cada canción, de

su compositor y de otros intérpretes que la hayan incluido en su repertorio, dándole sentido al conjunto, como si se tratara de un espectáculo trabado en sus más mínimos detalles. Eso hará Cristina León en sus conciertos, apostar por el espectáculo global de la palabra y de la música, por la modernidad más extrema trufada de canciones de todas las épocas que, poco a poco, verso a verso, desgranen una historia de amor y de odio que ella pretende universal y atemporal, ya sea evocando a la divina Marlene Dietrich o a las pícaras vedettes del Paralelo barcelonés en su versión de los años treinta.

Así la conoceré al inicio y también en pleno apogeo de su carrera musical, hasta llegar a *Concierto para León*, que yo habría titulado *Concierto para Panamá* pues en cierto modo lo sentiré como un homenaje a mí, al sombrero que desde una lejana madrugada en Barcelona la acompaña a todas partes. Será en Berlín donde componga su *Concierto*, esa ciudad que ella ha elegido como refugio. Allí lo escribirá, y, si no lo habéis escuchado todavía, seguro que os sorprenderá saber que el tal León es un policía de la DEA, León Ferguson, y que no tiene nada que ver con ella, ni con ningún otro miembro de su familia como la crítica ha especulado buscando fantasmas en su pasado. Ahora puede parecer curioso, pero gracias a su hermetismo ni siquiera los periodistas especializados sabrán que León no es su verdadero apellido. Su verdadero apellido es Riba, un apellido que ella oculta pues ya os he dicho que no quiere saber nada de su padre ni de su madre la artista plástica. Antes de dar con el personaje del policía de la DEA, la compositora probará con otros modelos que no cuajarán. Durante un tiempo creeré que verdaderamente va a componer el *Concierto para Panamá* que yo anhelaré secretamente, pero esa idea se vendrá abajo en cuanto sepa que la palabra *Paname*, que ella extrae de una canción de Léo Ferré, en realidad alude a París, que *Paname* es como algunos llaman a la capital francesa en un determinado argot popular, canción cuya frase final ella incorporará al *Concierto*. Esa que dice «*Paname, tu n'es pas pour moi qu'un frisson | Qu'une idée, qu'une fille à chansons | Et c'est pour ça que j'crie ton nom | Paname, Paname, Paname, Paname*». Lástima que no se refiriera a mí.

Estaremos en Berlín más tiempo del necesario, pero a mí no me importará excepto por el frío. Cristina León encontrará un apartamento en Kreuzberg, casi en el cruce de Adalbertstrasse con Oranienplatz, y allí llevará su violoncelo, un teclado electrónico y cuatro cosas más para sobrevivir como una ermitaña. Entre ellas una provisión de pastillas que adquirirá en varias farmacias para no llamar la atención. No lo es, una ermitaña, por supuesto, aunque pase horas y más horas encerrada en una habitación de quince metros cuadrados. No necesita más, come en pequeños restaurantes y cafeterías de Oranienstrasse, eso cuando recuerda que debe comer, y luego pasea, y enseguida regresa para componer y para dormir, eso cuando puede dormir, nunca sin ayuda. Hará algunos amigos entre los artistas del barrio y seremos asiduos del cabaret SO36 donde trabaré amistad con una cantante con la que, algunas noches, se sube al escenario y con la que canta algunos de sus temas preferidos. Un día le contará al público que está allí para componer una obra que trata de un policía de la DEA destinado en Colombia, lugar donde transcurre la acción. Nadie la creerá, les parecerá que Berlín se encuentra en las antípodas de Colombia, ya sea por lejanía, por clima o por ambas cosas, y ella descubrirá que es mejor contar una mentira plausible que una verdad inaudita. A partir de entonces, cuando se digne ofrecer alguna clase de explicación, dirá que compone una obra sobre una futura Cuarta o Quinta Guerra Mundial al estilo de Weill y de Brecht, que por eso está allí, para respirar ese aire de orquestina de cabaret que le ofrece Berlín. Será ése uno de los pocos detalles auténticos, porque *Concierto*

para León tendrá mucho del estilo Berlín años treinta que tantos éxitos ha alcanzado a lo largo de la historia. No quiero quitarle mérito a la obra, pero aun ahora, después de tantos años y ya expirada mi raída carcasa, me pregunto por qué motivo no iría a componer su *Concierto* a Colombia, en lugar de quedarnos en un lugar frío, lluvioso e inhóspito como aquél. Sí, ya sé, Berlín tiene un ambiente propicio para la creación que tal vez no exista en otros lugares, pero yo no puedo dejar de preguntarme por qué no Barranquilla, por citar un punto geográfico substancial en su *Concierto*, de clima incomparablemente mejor. Bueno, pues tal vez sea en Berlín donde ella encuentre su lugar en el mundo, al menos el que le concierne a ese instante de su vida, y sea allí donde encuentre a unos cuantos artistas parecidos a ella que han decidido vivir a fondo quemándolo todo por una idea de trascendencia que no consigo entender, artistas todos ellos de esos llamados alternativos que, de paso, están dispuestos a morir hundidos en el barro y asediados por las cucarachas. Con esa clase de gente se codeará Cristina León en Berlín, gente que ella cree que no va a encontrar en ninguna otra parte. Aunque en Berlín no sólo frecuentaremos artistas, sino que también me familiarizaré con sus calles, que recorreremos en largos paseos, como si finalmente la cantante le hubiera hecho caso a un tuitero al que sigue con regularidad y que, contradictoriamente, apuesta por el paseo. ¡Iros a paseo!, sugerirá el individuo en cuestión tras varios tuits a favor de tal práctica: «¡A la calle! Os pasáis ocho horas en el trabajo frente a una pantalla esperando apagarla para poder leer tuits en el móvil de camino a casa para ver, en cuanto lleguéis, una película en Netflix. ¡Apagadlo todo e iros a paseo!, literalmente». Eso dirá, utilizando una fórmula educada para mandaros a paseo, esa especie de deporte que la gente mayor practica en todas las Avenidas del Colesterol cuando menos tiempo le queda. Esa clase de cosas dirá ese tipo al que Cristina León sigue, y ya sabéis lo que pienso yo del valor que tiene seguir a alguien en ese entorno: cero. Aunque me gustará que diga que Baudelaire, Dickens o Stevenson fueron grandes amantes del paseo, y que lo remate con una sugerencia: «que no debéis olvidar nunca que, tal como dijo una vez la gran paseante que fue Virginia Woolf, mientras paseáis no estáis escribiendo imbecilidades en Twitter». Vale, a no ser que seáis tan agudos como Gracián, Wittgenstein, Gómez de la Serna o Cioran, por poner unos ejemplos entresacados de las lecturas de otro de mis futuros propietarios: el escritor bloqueado. Pues bien, con Cristina León recorreré las calles de Berlín, y lo haremos en esos largos paseos que parecerán no tener final, como si aquellas amplias e inacabables avenidas se extendieran hasta el infinito y más allá. Por supuesto que estamos allí por trabajo y no por turismo, pero en su ansia por absorber el mundo, excepto para comer bien y dormir, habrá tiempo para todo: para visitar edificios históricos, los restos del muro, las nuevas edificaciones nacidas del inmenso destrozo que fue la Segunda Guerra Mundial e incluso los parques. Y aunque también le interesarán los grandes museos como el Pergamon, el Altes o el Neues, se sentirá más a gusto en las pequeñas galerías donde exponen los jóvenes innovadores y radicales; las salas de música alternativa y no la Philharmonie, la Konzerthaus o la Staatsoper. Ya he dicho que pasaremos gran parte de nuestras veladas en un cabaret, el SO36. Aunque quizá lo más entrañable, visto desde la distancia, sean los largos paseos por el río Spree a bordo de uno de esos pequeños barcos turísticos. Con el buen tiempo descubriremos el encanto de pasar algunas mañanas en ellos, aprovechando que el Spree y el Havel rodean la ciudad. Cristina León no tendrá otra prioridad que no sea la que le imponga su propia obra. Le basta con eso. Raras veces colaborará con otros artistas, aparte de esa amiga suya que actúa en el SO36, y cuando cante lo hará de un modo esporádico porque su nombre ya es conocido en algunos ambientes y lo que ella busca es pasar desapercibida la mayor parte del tiempo. Será ella quien cuelgue en Facebook eso que dirá un día el pianista Ahmad Jamal, que algunos piensan estar

creando cuando en realidad no hacen otra cosa que reflejar una parte de la creatividad general; que escribir, interpretar, pintar, descubrir la penicilina, ser Mozart o Pasteur, no es crear sino desvelar algo que ya existe. Ése es el secreto y ésa es su filosofía. Ahmad Jamal, a sus ochenta y seis años, tiene alguna experiencia en eso. Ni más ni menos porque toca el piano desde que tenía tres. Un día, en una de esas galerías de arte que Cristina León suele visitar, se sorprenderá al reconocer en las pinturas, collages y objetos que allí se exponen, la obra de su madre. No son obras de su madre, pero se la recuerdan tanto que regresa allí una y otra vez durante las semanas siguientes. Eso le recuerda y me recuerda que la madre de Cristina León es una reconocida artista plástica, y también que ella, desde que abandonó la casa de sus padres por la de Guille, no ha vuelto a relacionarse con ellos. Ni llamadas telefónicas, ni mensajes, ni presencia de éstos en sus conciertos. Ni siquiera cuando se celebren en Barcelona. De su padre sabré que es escritor por un comentario que le ha hecho a Guille durante una de sus llamadas telefónicas: que sus opiniones, las de su padre, son algo más que vapor y algo menos que humo, es decir: nada. Inconsistencias hechas para gustar, que ella lo sabe bien, y que uno nunca debería fiarse de un tipo así. Clara y concisa.

Una vez asimilada la aparente contradicción entre tema y estilo, y la sorpresa que el conjunto representará, a ojos de la crítica *Concierto para León* será distinguido como «un nuevo enfoque operístico al margen de las normas interpretativas establecidas, cuyo proyecto escénico multidisciplinar establece una relación novedosa por lo contradictoria, pero sin embargo tácita, entre música, literatura, poesía y teatro, que da como resultado una obra eminentemente satírica, a veces sólo cómica, cantada y recitada con una rabia infinita e inabarcable». Así lo expresará un crítico, formulado todo seguido y sin permitirse una leve respiración. Cristina León lamentará que haya empleado «rabia infinita e inabarcable» en lugar de «mala leche» o algún otro exabrupto parecido. A los que no hayan tenido la paciencia de escucharla les diré que cuenta la historia del tal León Ferguson, a quien de chiquillo un familiar obsequia con una colección de las aventuras de Sherlock Holmes que cambiará su destino. Le queda grabada para siempre la frase de Sherlock: «Sólo se puede ver lo invisible si se está buscando», que es una frase que ella canta con una extraordinaria pasión. Tal es la influencia del famoso detective, que el joven León decide que de mayor él también se dedicará a la investigación, y por ese motivo, en cuanto alcanza la edad legal, desea ingresar en alguno de los prestigiosos cuerpos policiales de los que ha leído u oído hablar. Está tan convencido de ello que incluso su novia le ayuda a preparar las pruebas de acceso. Sin embargo, sus intentos fracasan una y otra vez. Pretende que le acepten en el FBI y en Scotland Yard, pero también en el MI5, en el MI6 y en la CIA, instituciones que le rechazan tantas veces como se presenta. Por el camino pierde a su novia, desesperada, harta de saltar de una ciudad a otra, pero nada le hace apartarse de su objetivo y tantea incluso alistarse en el servicio de inteligencia israelí—el ultrasecreto Mosad—, que también lo rechaza. De hecho, con tanto secretismo, ni siquiera llega a saber si han considerado su candidatura. Unos años más tarde, cuando desista de todo y ya no espere nada, de paso por París y mientras escucha aquello de «*Paname, tu n'es pas pour moi qu'un frisson*», caerá en sus manos un sombrero Panamá al que llama el Panamá de la suerte, y entonces, semanas más tarde, mientras reúne los documentos y rellena los formularios para ingresar en el servicio de inspectores del Centro Regional de Examen de la Agencia Tributaria de Peoria, en Illinois, entonces inesperadamente es reclutado, adiestrado y contratado por la DEA, la Central Antinarcoóticos del Departamento de Defensa de Estados Unidos, que le destina a Barranquilla, en Colombia, para reforzar un programa de lucha contra la

droga. ¡Por fin lo ha conseguido! León ve el cielo abierto, y entiende que su misión no es sólo ésa, sino que también va a ese país para luchar en favor de los pobres, los humildes, los oprimidos, los débiles y los desesperados; y no sólo eso, porque también tiene como misión ayudar a solucionar el conflicto con la guerrilla; y ayudar al progreso económico de los colombianos. Se supone que esa tarea ingente está a su alcance con la ayuda excepcional del Panamá de la suerte. Aunque por desgracia, no todo el mundo es bueno ni entiende las razones que llevan a un ciudadano de Estados Unidos de América a involucrarse en las vidas ajenas. Allí conocerá a una mujer, Eulogia Engracia, la mulata con las piernas más largas y bonitas que ha visto nunca, con la que hace buenas migas pero que, a pesar de tener a su compañero en la cárcel, a pesar de la ayuda sincera de León, le rechaza sin contemplaciones. Muy a su pesar, y pese a su Panamá de la suerte, el joven policía León, de la DEA, se siente incomprendido en Barranquilla, porque la gente no quiere entender que su cometido es hacer el bien, y porque la mujer con la que sueña todas las noches rehúsa su compañía. Sin embargo, no desistirá en su empeño porque su vocación es más fuerte, y mientras intenta olvidar a Eulogia Engracia, se infiltra en el Cártel de la Costa con la esperanza de descubrir la verdadera ruta de la droga. Sus compañeros de cuitas y una amiga en cuyos brazos intenta olvidar a Eulogia Engracia, y que tiene un parecido increíble con la auténtica Eulogia Engracia, le conocen como León Panamá por razones obvias. Eso está bien. Le gusta. Pero ya dentro del Cártel de la Costa o de la Costa Atlántica, como también son conocidos por hallarse en la Región Caribe, y para pasar desapercibido, no puede dejar de comportarse como aquellos a quienes persigue. Él mismo fuma crack, y en uno de esos giros absurdos del destino, no sabe decir si como fruto de su investigación o por influjo de la droga que consume, cae en la cuenta de que ésta es beneficiosa para la humanidad porque, si no fuera así, ¿por qué la consume tanta gente en todo el mundo a pesar de estar prohibida? ¿Por qué motivo la banda criminal en la que se ha introducido sufraga escuelas y hospitales, con contribuciones más que generosas, que repercuten positivamente en sus conciudadanos? ¿Por qué se molestan en sobornar al alcalde y a diversos diputados y a los principales responsables policiales? Entonces León sueña que su novia secreta, no la que se parece tanto a su amada Eulogia Engracia, sino la verdadera Eulogia Engracia se convierte en narcotraficante para poder estar junto a él. Y así sigue avanzando la ópera en sus distintas tramas, hasta que llega al final en un delirio de humo y alucinaciones en las que el protagonista confiesa a sus superiores haber entendido el porqué de todas las cosas y, entre ellas, el porqué de esa relación tan estrecha entre ellos y los delincuentes a los que aparentan perseguir. ¿No sería más inteligente hacerlo todo legal?, pregunta. Y más barato. Y menos doloroso. De modo que, más pronto que tarde, sus superiores ven en él a un agente doble, pero en el sentido que no les conviene, un infiltrado del Cártel, y lo meten entre rejas por connivencia con los traficantes. En un camastro tan incómodo como los que ha ocupado durante su época de clandestinidad sueña que se lo llevan detenido y que la novia del sueño le dice adiós desde el arcén de una carretera. Uno de los narcotraficantes le pasa el brazo por encima de los hombros a su novia. No te preocupes que yo cuidaré de ella, es el mensaje que le está enviando, y cuando despierta ya sabe que la novia del sueño le ha dejado por otro. Entonces León le escribe una larga carta a su madre y le pide que destruya los libros de Sherlock Holmes. Durante su última noche, antes de aparecer colgado en su celda, sueña que sus superiores y los congresistas y senadores, junto con todos los jefes de Estado y gobernadores y alcaldes y dictadores unidos del mundo, participan en una macro fiesta en la que se intercambian a su novia y consumen las drogas prohibidas que él perseguía, tal vez procedentes de alguna de las partidas que él ayudó a incautar. Todo esto cuenta *Concierto para León* a lo largo de una veintena de canciones río, y lo hace de un modo tumultuoso, durante

ciento cuarenta minutos, cantados y recitados como si fueran las fases de una investigación policial.

Cristina León introducirá la escena del agente doble como referencia a su padre, un escritor obsesionado por las dobles y triples personalidades y experto en *El Golem*, la obra de Gustav Meyrink. Y luego piensa en ATHANASIOS PERNATH, ese nombre que la retrotrae a ella también a las dobles personalidades, y yo pensaré que si no hiláis muy fino, podríais incluso decir que está relacionado con el *yin* y el *yan*, porque todos vosotros, queráis o no, disponéis de dos vertientes orientadas cada una hacia un lado, hacia la solana y hacia la umbría, y eso os dará un sinfín de dolores de cabeza. Pero dejemos eso, porque la gira *Concierto para León* se alargará un par de años a lo largo de los cuales daremos la vuelta al mundo. No lo digo en sentido figurado, pues desde España volaremos hacia Japón y de allí a San Francisco y Nueva York para regresar a Madrid, vía Sao Paulo, Bogotá, Santiago de Chile y Buenos Aires, casi como preludeo antes de seguir dando vueltas por Europa. Con ella estaré en el Lincoln Center el día en que Serrat se quedará afónico y los asistentes al concierto, en lugar de recuperar el importe de la entrada, prefieran cantar ellos mismos—más bien corear, bises incluidos—sus canciones. Opinará entonces Cristina León, a través de esos ciento cuarenta caracteres que Twitter le permite, que como persona hubiera querido ser Serrat; como músico, Sokolov; poseer el carisma de Fazil Say; componer canciones como Nacho Vegas y tener la voz de Kiko Veneno. Tal vez demasiado extraño y complejo para vosotros, porque nunca sabréis el grado de admiración o de crítica que sus palabras encierran por esos individuos, y porque nunca adivinaréis si en el fondo sólo se trata de un modo de hablar. También seré testigo único cuando, después de una actuación desastrosa en Milán—quizá sólo rutinaria y sin brillo—, reúna a toda su orquestina de cabaret y les pida que atiendan a las explicaciones de la señora Jericó, una *coach* especializada en alto rendimiento, y esta mujer, experta en sacar el máximo provecho del talento, aleccione a sus músicos sobre cómo deben abordarlo desde una perspectiva individual y de grupo, señalándoles que el talento es el resultado de sus capacidades, sí, pero igualmente del compromiso y de la acción, que lo primero que alguien con talento debe tener es un objetivo o un sueño. Que sin un sueño no desarrollarán nunca su potencial, que les será muy difícil seguir adelante, y que sobre todo no deben menospreciar el esfuerzo, que ya saben ellos la cantidad de horas que han necesitado, veinte mil como mínimo, para dominar su instrumento, y las que todavía tendrán que dedicarle hasta alcanzar la maestría o el virtuosismo. Y por último, en medio de un silencio doloroso y expectante, les dirá que una persona con talento precisa de pasión por lo que hace, pues sin pasión nadie es capaz de sacrificarse, de invertir las horas y el esfuerzo necesario para hacer aflorar el creador que lleva dentro. La pasión es el alma del arte. Muy tensa y muy densa, la señora Jericó. Yo hubiera comenzado al revés, sinceramente lo digo, y les hubiese hablado primero de la pasión, aunque no dudo de que los músicos de la orquestina entendieran el mensaje de esa señora, sobre todo al afirmar que el talento de un equipo, de una orquestina en su caso, vamos, tiene que ver con todo eso y con el modelo de organización, de liderazgo y de compromiso de cada uno de ellos. De compromiso, recalcará mirándolos a los ojos. ¿Les ha quedado claro? Eso querrá saber Cristina León mirándolos también ella uno a uno a los ojos, desafiante, instantes antes de despedir a la señora Jericó y de agradecerle sus servicios con unas amables palabras y un cheque. Meses más tarde también ella, Cristina León, les hablará de pasión a los alumnos de un instituto de Segovia. Acudirá allí para hablar de música, de su música y de la música en general. La profesora Lara Pazos le ha escrito a través de su casa discográfica, lo ha hecho por correo ordinario, y la carta

llegará a manos de Cristina León cien días más tarde. En aquel instituto, en el que también ha impartido clases Antonio Machado, les pedirá a los adolescentes que la escuchan, que se apasionen por algo y que le dediquen a ese algo su vida y su esfuerzo. Y que si esa pasión no les permite obtener los ingresos necesarios para vivir, entonces, y sólo entonces, que se busquen un trabajo que les permita continuar mejorando. La vida, añadirá, aunque a vosotros, a vuestra edad, os parezca lo contrario, es muy corta y no hay tiempo que perder. No importa si triunfáis o no, lo importante es luchar por llevar a cabo aquello que os apasiona. La pasión es la propia vida. No dispondréis de otra oportunidad. La pasión es vida. Machado dijo que se hace camino al andar, quizá lo repitió mil veces en estas aulas. La vida es el camino. Aunque llegados a este punto, yo les preguntaría a la señora Jericó y a Cristina León qué pasa si alguien no tiene objetivos, pasión, deseos, esperanzas, si alguien no desea dejar su huella en este mundo, ¿por qué creen ellas que si no se posee al menos uno de esos atributos la vida carecerá de sentido? ¿Por qué creen que sin esa necesidad constante de hacer cosas, moverse, trabajar, viajar, se cumplirá en vuestra vida esa metáfora de la bicicleta, que dice que si no pedaleas, te caes? Además, pienso que de ahí a adoptar una religión sólo hay un paso. Sé de lo que hablo, porque he cubierto cabezas sabias, bien provistas: de misionero, de educador, de agente de seguros, de militar, incluso he vivido en la consulta de un psicólogo, todos ellos preocupados por la trascendencia humana, por la salvación individual o colectiva, la salvación del cuerpo y de sus bienes, de la mente o del alma, cada uno desde las antípodas del otro, todos con un propósito semejante. Tal vez el sentido de vuestras vidas encuentre su molde en el sinsentido con el que vivís cada año, día, hora y segundo. Bueno, son reflexiones que podéis aceptar, o no, quizá ni siquiera estéis en condiciones de decidir si las tomáis en serio. Pero tras tanta apología de la pasión por parte de las señoras Jericó y León, es seguro que añadiré la pasión a mi colección de ideas con las que os engañáis intentando darle sentido a vuestra vida. Así que forma parte ya de mi particular lista en la que figuran los objetivos, los deseos y las esperanzas junto al amor a Dios y a esos otros planes—os lo repetiré incluso a riesgo de hacerme pesado—que según el beatle Lennon llenan vuestro tiempo mientras la vida pasa de largo.

Hacia el final de la gira de *Concierto para León*, meses antes de que ésta acabe, Cristina León comenzará a componer una nueva Canción que, según ella, deberá cumplir los requisitos de obra total que se ha marcado: abarcar distintos estilos y temas, como si quisiera englobar en ella el conjunto de asuntos en los que andáis metidos los humanos. La llama Canción, así en general, pero yo creo que el concepto es parecido al del famoso *Concierto*. Cristina León preferirá el término *Canción Total* para definir en qué consiste su trabajo. La idea surgirá después de que vayamos a ver, de incógnito, claro, una exposición de su madre—la reputada artista plástica—, que al parecer trabaja en algo semejante a la idea que más tarde desarrollará la hija, sólo que a través de otro formato artístico. La exposición propone al público un título sugerente, *PatchWork One*. A Cristina León le hará mucha gracia el *One*. Vaya, susurrará, mami amenaza con una serie. Como decía la abuela: ¿No quieres caldo?, pues tres tazas. Abarcar el mundo y explicarlo no es fácil y, por lo visto, es necesario destinarle tiempo y espacio. Cristina León pensará en titular su obra *PatchSongy*, a decir verdad, su propuesta no será un homenaje, ni siquiera un complemento a la exposición de su madre, sino una provocación en toda regla. Un enfrentamiento abierto. Será una época convulsa, en la que dedicará todos sus esfuerzos a inventariar el mundo. Todos los temas un tema, dirá. Y cuando la pantalla del iPad, la del ordenador o sus libretas no puedan abarcar todos sus intereses, los llevará a las paredes y al suelo de la habitación, hasta que no quede ni un

centímetro por cubrir. Su idea será mezclar los temas indistintamente sin considerar la zona geográfica, el año o el acontecimiento al que pertenezca cada fragmento, canción o aria. No le importará fusionar, dirá ella, la Primera Guerra Mundial, Blancanieves, el rock and roll o la cocina deconstructiva con los inmigrantes o refugiados que asaltan Europa en patera o atravesando campos de hielo. Querrá mezclarlo todo en un cóctel multicolor, le dirá a uno de sus músicos. No un collage, insistirá, en el que el espectador pueda diferenciar los elementos que lo componen, sino un cóctel, un combinado nuevo, de sabor único, creado según las aportaciones de otros licores, frutas, especias, etcétera, etcétera. Agitado pero no mezclado. No tendré la suerte o la desgracia de presenciar el resultado, ya que tan sólo tendré acceso a las críticas despiadadas que le dedicarán algunos periódicos, aunque tampoco podré quejarme porque, de todos modos, habré sido un espectador privilegiado de todo el proceso: presenciaré su gestación y asistiré a esos momentos en los que ella lea y tome notas; notas que a cualquier otro le parecerán incoherentes, producto de una mente tal vez incluso perturbada; notas que registra en todos los soportes a su alcance, ya sean analógicos o digitales; notas que ocuparán sus bolsillos y su bolso; notas que se desparramarán por los manteles de papel de los restaurantes; que surgirán de una noticia del diario y se extenderán por los márgenes de una página a la siguiente y a la otra; notas que le permitirán ir conformando ese mundo, esa obra que deberá reflejarse a través de su Canción Total. De su libreta he extraído algunos fragmentos reproducibles—no todos lo son—que ella acabará por consignar bajo el epígrafe «Notas para *PatchSong*», la Canción.

En la mesa de al lado dos hombres toman café mientras comentan el periódico. La noticia de la que hablan pronostica que a la humanidad le queda un siglo. Entreveo el siguiente titular: «Llamada a detener el desastre climático». Se refiere a una Cumbre de Estados que se acaba de celebrar, y lo que comentan esos dos hombres tiene que ver con ciertas diferencias de enfoque. Parece improbable que los gobiernos lleguen a un acuerdo sobre la reducción de gases de efecto invernadero, básicamente sabe cómo debe llevarse a cabo esa reducción; y también qué medios de control se deben emplear. Hay un gran número de especialistas que trabaja en la transición hacia una economía baja en carbono, pero ocurre que cada uno hace su propia guerra. Uno de los hombres asegura no entender por qué motivo los gobiernos no reaccionan ante la catástrofe que se avecina. El otro responde que existe una inercia que hace imposible detener el mundo, al menos tal como lo conocemos, pero sobre todo cambiarlo, que esta inercia nos lleva al precipicio y que nada puede hacerse para evitar la caída. Argumenta que es muy parecido al concepto de distancia de frenado, no puedes detener en seco un auto que circula a ciento cincuenta kilómetros por hora, simplemente no se puede sin causar daños enormes. Y también, no nos engañemos, apunta, existe otro rasgo a tener en cuenta, y es el bloqueo que afecta a quienes deben tomar decisiones en momentos extremos. Entreveo que lo suyo, zanja el primero, será prepararse para cuando llegue el desastre. Disponer de una especie de paracaídas, dice, que amortigüe el golpe tanto como sea posible.

Esa misma madrugada, Cristina León esbozará una escena que intenta reflejar la conversación:

Un grupo de ciudadanos encuentra a un muchacho desorientado y con evidentes signos de intoxicación deambulando por la calle. Buenos ciudadanos ellos, avisan a la policía para que compruebe si está drogado, herido o enfermo, y actúe en consecuencia. Tras un examen médico, resulta que el chico sufre de una intoxicación aguda a causa de los

distintos gases a los que ha estado expuesto tras una larga caminata por las calles de la ciudad. El diagnóstico revela un exceso de dióxido de carbono, metano, óxido nitroso, hidrofluorcarbono, perfluorcarbono y sulfuro hexafluorido, por lo que lo encierran una temporada para que no vuelva a infringir la ley, de modo que se le multa por haber permanecido demasiado tiempo en la calle ingiriendo gases de efecto invernadero, y a pagar los costes hospitalarios que ha desencadenado su conducta irresponsable. ¿Es que no sabe que el tiempo de permanencia en el exterior de las casas está reducido por ley a una hora diaria?

Ésa es la idea. A Cristina León le recordará su época de estudiante, cuando el profesor Torres clamaba en el desierto diciendo que para enfrentarnos a la pobreza crítica que existe en el planeta, a la iniquidad, a la exclusión, a las migraciones, al desafío que plantean el agua, la energía, los problemas ambientales, la desaparición de las especies y la biodiversidad, el calentamiento de la tierra o de los océanos, para afrontar todos estos desafíos se requieren cambios drásticos en la educación, y con ella promover un nuevo orden social, ambiental, cultural y ético, entre otros. Sin embargo, lo que la cantante anotará un poco más abajo será lo que podría entenderse por el borrador de la estrofa que ha de cantar a coro un grupo de expertos conocedores de la realidad del planeta: «¡Acumulad tanto dinero como podáis y no tengáis descendencia! Vivid y disfrutad de lo que queda, pues no habrá generaciones futuras. ¡El mundo se acaba! ¡El mundo se acaba! Lalalalalá, Lalalalalá». Habrá más, muchas más anotaciones, pero la que os propongo de manera especial—y que por obtusos que seáis entenderéis las razones obvias que me llevan a mostrároslo—es la que viene a continuación. Y es que de gira por Buenos Aires, Cristina León leerá en *Clarín* las andanzas de la llamada Guerrilla del Misionero o la Guerrilla de Dios Airado, que es el nombre que se ha dado a sí misma aquella tropa—según el diario, un grupúsculo, poco más que una banda de atracadores de bancos y gasolineras pertrechados de símbolos cristianos—, y yo sabré de inmediato de qué misionero se trata. No habrá duda alguna de que aquel joven misionero javeriano del Japurá ha aumentado su apuesta sobre la cólera de Dios y pretende nada menos que implantar un Estado religioso en amplias áreas del Amazonas colombiano para luego irlo extendiendo a los países vecinos. El periódico mostrará un mapa con los puntos donde actúa la guerrilla, y añadirá que ésta ha reclutado varias docenas de campesinos pobres y los ha alzado en armas en el nombre de Dios y contra los infieles. Su lugarteniente no será otro que el cura del penal, inspirador y promotor que se halla en el origen de la conversión y radicalización del joven misionero javeriano. La crónica afirma que la Guerrilla de Dios Airado ha sido armada por terratenientes y paramilitares para enfrentarse a los subversivos. La fe, sin embargo, y los escapularios que lucen, parecen, una vez más, insuficientes para detener las balas, y el ejército ha abatido a dieciocho en un solo enfrentamiento. De ahí la noticia. Curiosamente, sentiré algo difícil de explicar cuando me reencuentre, aunque sea a través de la prensa, con el joven que fuera mi primer propietario. ¿Quién dice que los sombreros no tenemos sentimientos? Tal vez no se lo merezca, pero se me encogerá el corazón, como decís vosotros. Y en el fondo sabré que no ha cambiado mucho el joven misionero o ex misionero cuando, en lugar de los puños, use las armas para convertir a los pecadores, y ande con su pequeño ejército por el mundo arrasando poblados bajo clamores bíblicos y peculiares consignas, una de las cuáles se ha hecho ya famosa. Dice: «Concederemos la gracia a quien se la concederemos y nos apiadaremos de quien nos apiadaremos, y a los otros los mandaremos al infierno». Y luego parece que marca una cruz en la frente de algunos que dicen ser religiosos, muy religiosos, al igual que ellos, y asesinan al resto,

sean hombres o mujeres, ancianos o niños. En general mandarán calamidades a las pequeñas poblaciones que no se sometan a sus designios. En algunas de ellas arrasarán casas y habitantes sin que quede nadie para contar qué ha ocurrido, de no ser porque ellos mismos, los guerrilleros de Dios Airado, filman sus tropelías y las cuelgan en las redes sociales, y apoyan sus películas con comentarios sobre, por ejemplo, la persecución y el asesinato del profesor o de la profesora de una escuela, o la de un cura al que tachan de extraviado. Igualmente han advertido a todos que cuando conquisten las grandes urbes acabarán con los intelectuales; los desviados o los tibios; borrarán de la faz de la tierra a quienes propugnan el matrimonio entre seres del mismo sexo; a los defensores de los anticonceptivos, del aborto y de la eutanasia; y a todo aquel que no abrace una fe irreductible en Cristo. Uno de los bandos que han publicado y que reproduce el periódico comienza diciendo: «Si un hombre comete adulterio con la mujer de su prójimo, se castigará con la muerte a los dos». Y así continúa hasta trece sanciones más. Los nuevos cristeros, dirá Cristina León al leer la noticia. Y más tarde, ese mismo día, escribirá que la arbitrariedad de los dioses permite a su vez la arbitrariedad de sus discípulos y, tras ella, todas las tropelías posibles. Y anota que debería escribir un tema que hable de los fundamentalismos religiosos. Lo hará a modo de comentario en su Smartphone: «de aquellos que son ferozmente religiosos, de la yihad de los de la sharia, del Estado islámico, de la Guerrilla de Dios Airado, de la Nueva Derecha Americana creacionista y supremacista, del fundamentalismo mormón, de los ultraortodoxos judíos e incluso de los fundamentalistas hindúes».

A Cristina León le es imposible detener el impulso creativo, y ahora tiene una oportunidad fuera de todo límite en su proyecto de Canción Total. Por ejemplo, y ya termino con los ejemplos, escribirá en los márgenes de un recorte de diario en el que aparece un grupo de hombres influyentes, o poderosos, y en el que sólo hay dos mujeres aisladas, a las que cuesta entrever entre tanto traje azul y camisa blanca, que las quinientas libras de renta anuales y el cuarto propio que deseaba Virginia Woolf ya no son suficientes, que este mundo necesita que las mujeres se hagan con el poder, con todo el poder: económico, político, religioso y militar. Y luego también están las marcas de cerveza y de vino, irreproducibles aquí, pero que ella anota por todos lados, porque le parece sorprendente la creatividad con que los fabricantes de cerveza o las bodegas bautizan a sus productos. Pensará incluso en coleccionar las etiquetas porque algunas imágenes le sugieren versos, y los versos canciones, y no sabe que en realidad ha entrado en una espiral que pretende abarcarlo todo, que la empuja hacia la nada, porque del mismo modo que menos es más, todo es nada, pero ella está enfebrecida y en ese momento no puede saberlo y yo no puedo ayudarla porque querer abarcarlo todo es un delirio, y poco importa adonde lleve porque lo más importante es el momento en sí y, precisamente, ese momento no se lo puede quitar nadie. A veces sois así.

No me resulta nada fácil resumir cinco años de mi vida, me parece que voy demasiado deprisa, aunque en el fondo sea así de rápido cómo pasan y cómo se viven los años. Si de algo no tengo que daros razón, porque lo lleváis incorporado de serie, es eso de la relatividad del tiempo. Digo esto porque estoy llegando al final de mis días con Cristina León. Será en Gijón donde, de modo casual, horas antes de concluir la gira *Concierto para León*, que allí llegará a su término, Cristina León se cruce en la cafetería del hotel con don Gregorio, un antiguo profesor de la facultad del que creo que ya he hablado antes. Don Gregorio es un tipo discreto, de mirada irónica, un poco engreído y con tendencia a la sofisticación a quien ella se alegrará de ver. Veo que todavía conservas el sombrero, le dirá él, y ella le responderá que la acompañó a todas partes. Que es como si no supiera vivir sin mí, le dice. Don Gregorio va solo y ella lo presenta a

sus músicos. La situación parece un poco incómoda, porque es como si ambos tuvieran muchas preguntas que hacerse, pero la resuelven sentándose a desayunar en un aparte. Y allí es donde don Gregorio le preguntará si está bien, y lo hará mirándola directamente a los ojos, en un tono que denota una cierta preocupación porque ve o intuye algo que no le gusta. A lo que ella responderá afirmativamente con la cabeza, como diciendo que no se preocupe, que la vida marcha o progresa adecuadamente, mientras llena su plato en el expositor del bufet y aprovecha ese momento para preguntarle por la universidad, si siguen pretendiendo hacer la revolución a medias, esa que soñaba su amigo el profesor Torres. Don Gregorio sonreirá, porque está de vuelta de todo y no cree en revoluciones. Si mucho me apuras—y no se sabe si bromea o no—soy partidario de restablecer la guillotina y hacer limpieza de una vez. Ambos sonrían y luego ella le pondrá al corriente de su gira y de sus proyectos, entre los que se encuentra la Canción Total, aquella a la que había titulado *PatchSong*, como un conglomerado de los grandes temas embutidos en una canción. Es decir, las dificultades que entraña su proyecto de Canción Total. La Canción río. Como un río americano, puntualiza, el Amazonas, el Orinoco, un río de verdad. Don Gregorio, acostumbrado a asesorar a unos y a otros, y a dar consejos a sus pupilos, entiende de lo que le habla la ex alumna y se lanza a valorar la complejidad de un propósito de tales dimensiones, y entre unas cosas y otras así se lo hace notar. Que se trata de un gran reto imposible, le dirá, porque es poco probable que se pueda abarcar el mundo entero en una sola obra. Ni siquiera está seguro de que se pueda llegar a apuntar eso que ella llama los grandes temas; todo eso que fluye cada día en nuestras sociedades. Y le pone ejemplos novelados de *La comedia humana*, el *Ulises*, *La vida instrucciones de uso*, y la película *El caracol*. Entonces le recomienda que pruebe al revés. Una idea sencilla, le sugiere, un conjunto de emociones que sean comunes a todos, con las que podamos identificarnos. Y le recuerda *Esperando a Godot*—que para mí tiene que ver con esa espera vuestra, a ver si finalmente aparece por alguna parte el sentido de la vida—y las andanzas de *El Lazarillo de Tormes*. Luego le pregunta si ha elaborado algún esquema previo de los ámbitos que abarcaría su proyecto y, a continuación, se disculpa porque dice que es una especie de tic, que al parecer le cuesta olvidarse de su oficio de profesor. Tal vez no debería haberte preguntado, se disculpará el hombre. Y Cristina León no atiende a su disculpa, pero sí lo hará a la pregunta, porque dice trabajar con dos modelos de representación del mundo, uno basado en la acumulación de hechos históricos o cotidianos, de pensamientos de todo tipo, que abarquen el conocimiento como si se tratara de una clasificación bibliotecaria—ya que, a su entender, las bibliotecas han resuelto cómo ordenar el saber, y por lo tanto disponen de listas temáticas donde el desafío radicarán en cómo extraerles el jugo, al menos el de esos conocimientos que ella quiere que sean representativos del todo; algo así como de qué manera se puede concentrar el mundo en una obra de un par de horas de duración—y otro modelo que pretende ceñirse a lo que resulta esencial para el ser humano. En eso anda, confeccionando listas, le dirá para resumir. El problema es que lo esencial es distinto para cada uno de nosotros, sonrío ella. Don Gregorio no se atreverá a discrepar. El desayuno, aunque no lo parezca, no es su mejor momento del día. Pensará en ello y se sonreirá, dejándose llevar por la imaginación. Qué fácil resulta caer en la trampa de un reto de esta envergadura, piensa. Un reto que a todas luces habrá de llevar a la muchacha, se dice a sí mismo, hacia el fracaso o hacia la locura. Aunque está seguro, eso sí, de que será un hermoso fracaso. Eso se dice, una derrota acorde con la imagen que se ha hecho de ella. Don Gregorio le querrá hacer otras recomendaciones pero se callará. Basta de charlatanería, piensa. Luego repetirá lo del trabajo ingente que le espera y, antes de partir, le dará ánimos y le ofrecerá su apoyo. Ha escuchado algunas de las canciones que la han hecho famosa, y también la ha visto en YouTube y

en televisión y ha leído algunas críticas que la prensa le ha dedicado. A él le parece que la muchacha es una idealista que aún cree que las canciones forman parte innegociable de su vida, y que eso también es un todo. En realidad, don Gregorio piensa que las canciones de su ex alumna hablan de hombres y de mujeres que son, sobre todo, perdedores; que hablan de la derrota del ser humano en lo más esencial, que es la vida; que tal vez sus letras sólo hablen de ella, de su propia e íntima derrota, y piensa que sus únicas armas para enfrentarla son sus canciones, sabiendo que no existe otra salida posible, porque no conoce otro modo de oponerse a su destino. Por eso sus canciones, aunque hablen de otros, sólo parecen hablar de ella. Sin embargo, está de acuerdo en eso que ha dicho Cristina de que lo esencial es distinto para cada uno de nosotros. No se entendería el mundo de otro modo, y es que él piensa que sois diversos por necesidad, porque un sistema uniforme, con diversidad nula, no puede sobrevivir, y piensa que vuestra estabilidad requiere de un mínimo de complejidad, aunque para los defensores de la mezcla y de lo múltiple diré que un exceso de complejidad tampoco conviene porque los excesos colapsan el sistema. Comprender el mundo, piensa don Gregorio, acaso sólo sea comprender dos cosas: el cambio y la relación entre el todo y sus partes. Le deseará suerte a su ex alumna, mucha suerte en su proyecto, pero sobre todo toda la suerte del mundo en la vida. Eso pensará él, convencido de que la muchacha no hace otra cosa que inyectarle a la magnitud de su proyecto la escala de su paranoia interior, y mientras se despiden, la muchacha susurrará que necesita retos que la apasionen, que no concibe su existir de otro modo. Ése es su estigma. Además, presiente que se avencinan tiempos interesantes y que su misión será la de retratarlos a su propio modo, esos tiempos interesantes, que no se perdería por nada del mundo. Por la tarde, mientras espera para probar el equipo de sonido, Cristina León manda un tuit diciendo que se ha tropezado con alguien muy querido de otra época, y que han estado hablando de la guillotina como solución.

Los humanos tenéis algo de espontáneo y de ingenuo que hace que uno nunca pueda sentirse seguro a vuestro lado. Y eso ocurre en todos los casos y circunstancias. Digo esto a cuenta de mis últimos días con Cristina León, porque, curiosamente, en una de sus últimas entrevistas dirá que sin mí se siente sola y desamparada, que me necesita en sus actuaciones, y no sólo eso, sino que no concibe componer, ir a un espectáculo o a un museo, a un restaurante o un bar, incluso al cine, sin mí, que soy su talismán. Pero por si fuera poco, también le acaba de decir a don Gregorio que es como si no supiera vivir sin mí, y eso, que de algún modo me llena de gozo, sucederá tan sólo unas horas antes del último concierto de la gira en el Teatro Jovellanos de Gijón. Será una sorpresa que no lograré anticipar. Como un jarro de agua fría. Como si pasearas por el borde de una piscina y alguien te empujara inesperadamente. Por eso me quedaré aturdido, por lo inesperado de su acción cuando en el último bis de la noche, sin siquiera despedirse de mí, y de un modo en apariencia improvisado, de pronto me lance al público y ya no vuelva a verla hasta años más tarde, esta vez en presencia de su padre, el escritor de cuyas opiniones ella habrá dicho que son poco menos que nada, de las que uno nunca debería fiarse. En el fondo será como un final de etapa. Final de la gira *Concierto para León* y final de nuestra relación simbiótica. El final de una especie de plenitud en continua excitación. Curiosamente, el planeta y su satélite, y el Sol y la galaxia, y también la vida, dan muchas vueltas, y uno nunca sabe qué cabezas ni qué imponderables le tiene reservados el futuro. Desde hace un tiempo, a las casualidades las llamo serendipias y, si tenéis un poco de paciencia, cuando llegue el momento os contaré el significado de esta palabra, serendipia, dónde y cómo la aprenderé y por qué la uso

EN CUALQUIER CASO, SABED QUE NO APOSTARÍA DOS EUROS POR UN FINAL FELIZ EN LA RELACIÓN AMOROSA DE CAROLINA MEIFRÉN. LO QUE ME LLEVA A RECONOCER LA IMPORTANCIA DE CERRAR LAS HISTORIAS

Así que de manera imprevisible y por puro azar—es decir, abandonado a mi suerte en el último bis del concierto de Gijón—llegaré a manos de Carolina Meifrén, que ocupa un buen asiento en la fila 9, butaca 12; una entrada obsequio de su hermana por las atenciones que tiene con su hijo, su sobrino Nacho. Carolina Meifrén es lo que vosotros soléis considerar una mujer normal, aunque nadie en este mundo sea normal, aunque sea el adjetivo más impropio y más zafio, vosotros la consideraríais normal; absolutamente normal. Tiene cuarenta y siete años y ningún rasgo físico sobresaliente. Mediana estatura, cabello castaño en un corte clásico. Nada en ella llama la atención. Yo soy una excentricidad en su vida. Pero no la única excentricidad. Ella conecta mejor con su interior y con sus pasiones—que por orden decreciente son el cine, la novela y su sobrino—que con su apariencia externa. Su hermana la considera intelectualmente inquieta, incisiva, y cree que ese rasgo la hace infeliz porque nunca encontrará una pareja que esté a su altura. La hermana de Carolina, en cambio, no se anda con tantos remilgos a la hora de elegir a alguien con quien compartir una noche, una semana o un año de su vida. Y sí, seré un adorno extraño en la cabeza de mi nueva propietaria, tal vez por el modo en que llegaré hasta ella, porque sus sentimientos hacia mí siempre serán contradictorios. Y porque ya en el mismo Teatro Jovellanos, cuando las miradas del público se posen en ella y la envidien por tenerme entre sus manos, adivinaré en su rubor que voy a ser un complemento que no encajará jamás en sus círculos más próximos de Gijón, si bien, por el contrario, seré muy celebrado en su otro mundo, en su otra vida. Cuando esto suceda, encontraré a Carolina Meifrén inmersa en el dilema del vaso medio lleno y medio vacío, y es que piensa que la mitad de su vida se le ha ido sin darse cuenta, que se le ha escurrido entre los dedos como si fuera arena del desierto, pero también siente la emoción de que puede recuperar el tiempo perdido, porque en el último año su vida ha dado un giro inesperado. Ella dirá que se le ha desdoblado—la vida—y que ahora transcurre por dos vías, una de lunes a viernes y otra durante los fines de semana y festivos. Y habréis acertado si sois de los que pensáis que yo seré ese complemento celebrado en su nueva segunda vida, lejos de Gijón, cuando se desplace a Madrid para encontrarse con su pareja. Se trata de una relación de fin de semana y, aunque secreta, estable y cómoda. Carolina Meifrén trabaja de lunes a viernes en una correduría

de seguros y, como tantos de vosotros, dice aborrecer su trabajo, a veces incluso bromea recordando que se trata de un castigo de Dios. Y cuando ha de dar una explicación, dice que soporta la rutina y las horas perdidas porque le permiten pagar las facturas, que esa actividad está en las antípodas de sus intereses, aunque por desgracia nunca querrá ir más allá. ¿Cómo va a saber ella si en algún lugar de este mundo existe un empleo hecho a su medida? ¿Un empleo que, además, muy probablemente esté relacionado con los libros que lee o las series de televisión y las películas que admira? No puede saberlo, no hay modo, y sin embargo, a pesar de sus exabruptos, se volcará en la correría como si le fuera la vida; y sus clientes le agradecerán sus desvelos; y sus jefes la respetarán por su celo; y sus compañeros la adorarán porque siempre está dispuesta a echar una mano. Si os detenéis a escucharla, ella insistirá en que lo soporta porque necesita un sueldo para vivir, y porque el horario es bueno, pero la realidad, que ella misma desconoce o que deliberadamente se oculta tras la máscara que interpone ante todos vosotros, es que considera los seguros una de las grandes cimas de la civilización, habla con entusiasmo de esa capacidad que tienen para salvaguardar los logros de las personas, su salud y su patrimonio, y hacerlo anticipando los males venideros, que aunque hipotéticos son una amenaza posible y probable. Mientras permanezca con ella, en el trabajo gozará de eso que llamáis jornada intensiva, un horario que le permite comer en casa y dedicar las tardes a multitud de ocupaciones: a su sobrino Nacho, a la lectura, al cine y a la televisión. Con ella, mi vida tomará un nuevo rumbo. Si con Cristina León la pura existencia era un frenesí, con Carolina Meifrén será todo lo contrario: reposo semanal en el salón de su céntrico piso de Gijón, a través de cuyos ventanales veré nacer y morir los días, le tomaré el pulso al estado de la mar, y veré, desde tal emplazamiento, pasar las mañanas sin que suceda absolutamente nada. Así que allí permaneceré, solo, colgado en un perchero, hasta que por las tardes aparezca su sobrino y comience la rutina de los deberes y el culto a los dibujos animados, con una serie, *La Pantera Rosa*, oficiando de estrella absoluta. Luego, por la noche, ya con la única compañía de mi propietaria, será cuando, después de las noticias, vea cine en algún canal de televisión, o en películas que colecciona o que alquila en un videoclub de la cercana calle de Cabrales—Netflix será un descubrimiento del futuro que me llegará cuando aterrice en el domicilio de la artista plástica y del escritor bloqueado—. Aunque dejadme que os diga que, si bien asistiré de lunes a jueves a todo eso desde una posición cómoda, demasiado rutinaria para lo que era mi costumbre, mis expectativas estarán centradas en los fines de semana. Los viernes serán una ventana al mundo, puesto que tanto si llueve como si nieva o se haya levantado un viento huracanado, mi nueva propietaria tomará el tren hacia Madrid. Y es que, en la época en la que yo comience a participar en sus salidas semanales, ya hará tiempo que Carolina Meifrén guarda parte de su vestuario en la capital, de modo que cuando llega ese día llena una bolsa de Harrods plegable con galletas y agua, un par de libros y el periódico, y se lanza, más que dispuesta, a resistir las cinco horas y treinta minutos de viaje que la separan de su destino. De manera excepcional, los viernes sale una hora antes de la oficina, y desde allí se dirige a la estación. En esas ocasiones me acostumbraré a viajar dentro de la bolsa de mano para pasar a formar parte de su atuendo en cuanto descienda del Alvia en la estación de Atocha, justo un instante antes de que se pierda por el Paseo del Prado del brazo de Mercedes Salazar.

En Madrid visitaré multitud de exposiciones, pues la vida en la que se han volcado ambas, la que parecen necesitar, tiene su eje en la oferta cultural de la capital. Allí veré las exposiciones de Gilbert & George y también las de García Alix, Antonio López o Hopper. En realidad, los fines de semana en la capital serán bastante rituales. Los viernes, el día que Carolina Meifrén desembarca

en Atocha tras esas casi seis horas de viaje, Mercedes Salazar la espera para dar un paseo, tomarse un café y un cruasán, para repasar el plan de actividades y refugiarse en cualquier cine para ver un estreno, o una de esas reposiciones ineludibles del Doré, la filmoteca de Madrid. A la salida, cenarán casi siempre en un pequeño restaurante en una de las travesías de la calle de las Huertas, no muy lejos del domicilio de la madrileña. Se trata de un lugar tranquilo llamado Lo que comes, donde les reservan mesa en un rincón alejado de los grupos ruidosos. No lo mencionarán nunca ante sus amistades, posiblemente para resguardar la intimidad de sus primeras horas, pero cuando Mercedes Salazar haga algún comentario ante Carolina Meifrén, siempre será para situar Lo que comes en la cresta de la ola de la nueva cocina madrileña. Será en Madrid, su centro neurálgico, donde verá buen cine y teatro, escuchará buena música y disfrutará de excelentes exposiciones, y será en Madrid donde soportará las confesiones y la verborrea de Mercedes Salazar, sobre todo durante las cenas, cuando, a medida que ingiera una copa tras otra, ponga al corriente a su pareja de los cotilleos que circulan por la capital; de cuanto ha sucedido durante la semana en el Ministerio donde trabaja o de cualquier cosa de interés que haya leído o escuchado; también será el momento en que ambas repasen cómo les ha ido la semana en sus respectivos empleos, el momento en el que Carolina Meifrén se lamente por su aburrida ocupación en la correduría de seguros, y cuente, con una sonrisa en los labios, las andanzas de su sobrino Nacho. Allí, durante la cena y las copas que siguen, comentarán la película y alargarán la sobremesa, sin prisas, sabedoras de que tienen por delante un par de días para consagrarse la una a la otra. La excepción se producirá los sábados por la noche, momento en que aprovecharán para encontrarse con los amigos y amigas de Mercedes Salazar que han acogido de buen grado a la gijonense. En realidad el Madrid que comparten será un Madrid cercano, donde pocas veces habrán de subirse a un transporte ya que nada queda realmente lejos. Un Madrid que va del Parque del Retiro al palacio Real y desde Atocha hasta Sagasta, y en cuyo centro se erige el apartamento de Mercedes Salazar. Esos sábados por la noche será cuando Mercedes Salazar, rodeada de su círculo de incondicionales y animada por un par de copas, se mostrará incontenible, desbordada de palabras y de gestos grandilocuentes. Ella dirá que ése es el mejor momento para el intercambio de efluvios culturales, aunque en realidad de intercambio haya más bien poco, porque en cuanto se apodera de la palabra, no la soltará en toda la noche. Curiosamente es una mujer que cae bien, y eso la librarán de la soledad a la que soléis mandar a quienes reprobáis por sus excesos o simplemente valoráis poco. Pero como os digo, Mercedes Salazar resulta simpática, quizá por apasionada, por vehemente, tal vez porque con ella siempre se aprende algo. Habitualmente los temas que aborda están relacionados con sus preferencias culturales y, dentro de ellas, sobre todo, las cinematográficas. Mercedes Salazar hará gala de una gran memoria de la que se sirve para evocar un suceso pasado o para alardear del dato exacto que ponga fin a una discusión. En una ocasión le escucharé decir que las películas que adora no tienen por qué ser especialmente buenas, pero que son las que han marcado su juventud y su educación sentimental. Son películas iniciáticas, dirá, que formarán parte de nosotras para siempre. Bueno, al hilo añadirá que cree que eso mismo ocurre con todas las cosas de vuestra infancia y juventud: el cocido de la abuela, las meriendas del verano, las calles donde habéis crecido, el cine del barrio, el pueblo de vuestras vacaciones, la pandilla, los vinilos, los primeros guateques... También sucede lo mismo con los libros que leímos por aquel entonces, dirá. Todo eso reaparece como por ensalmo en nuestra memoria errática durante la madurez. Incluso los amores de juventud tienen ahora otro aroma, otro color, sugerirá, y luego añadirá que, al fin y al cabo, todas esas cosas son las que le dan sentido a la vida. ¡Ya veis, una vez más, el sentido de la vida! Y se ríen cuando Mercedes Salazar les cuenta

que según la *Guía del autoestopista galáctico*, existe un dictamen de la mayor y mejor supercomputadora que jamás se haya construido y cuyo veredicto, tras siete millones y medio de años ordenando datos y haciendo cálculos con la finalidad de encontrar la «Respuesta a la Pregunta Última de la Vida, del Universo y de Todo lo demás», no es otro que un simple número, concretamente el cuarenta y dos. De nuevo la *Guía del autoestopista galáctico* y de nuevo el número cuarenta y dos que en su día descubrí junto a Cristina León. Bueno, de eso se ocupan cuando están con el grupo de amigos, y luego, en privado, del amor que se tienen la una a la otra. Aunque no creo exagerar si afirmo que de quien está verdaderamente enamorada Carolina Meifrén es de una actriz llamada Natalie Portman y no de Mercedes Salazar. O quizá es que son amores distintos. Mercedes Salazar es una mujer madura, que acaba de celebrar los cincuenta, marcada por una infancia y una adolescencia de la que se niega a hablar. Tanto odia esa etapa de su vida que ha llegado a desterrarla de los álbumes de fotografías. Viste invariablemente tejanos azules o negros, una camisa lisa de colores claros—porque huye del conjunto de traje chaqueta del Ministerio—y una cazadora de cuero que puede confundirse perfectamente con la de un hombre. Siempre acaba arrebatándome de las manos de Carolina. Este Panamá, suele decir Mercedes, me sienta de maravilla, parece hecho a medida para mí. En realidad soy un poco grande para ella, pero eso es lo que menos le importa a Mercedes Salazar. Lleva el cabello siempre corto, negro con mechas blancas, y unas gafas de pasta para enmarcar una mirada que pretende ser incisiva.

Hablaré más tarde de Mercedes Salazar, y también de Madrid. Del último tren de los domingos en el que Carolina Meifrén regresa a casa no hablaré. Mantiene sus propios códigos, si bien sometidos al cansancio, al sueño y a saborear los mejores momentos del fin de semana. En Gijón, mi vida cotidiana permanecerá muy alejada de ese pretendido cosmopolitismo de los fines de semana. Tal vez porque allí mi existencia se circunscribirá a lo que acontezca en ese céntrico piso que ocupa Carolina Meifrén frente a la playa de San Lorenzo. No voy a quejarme tampoco, puesto que allí descubriré otro mundo, éste de ficción, que surge de la pantalla del televisor a lo largo de las tardes y las noches. En aquel salón comenzará mi idilio con el cine, un amor a primera vista. Hasta entonces sólo habré visto unas pocas películas, todas con Cristina León, de manera entrecortada, sin poder evitar sus comentarios o sus descalificaciones. Será en Gijón donde, parafraseando a Mercedes Salazar, veré el cine que marcará mi juventud y mi educación sentimental, y serán esas películas reveladoras las que me nutrirán de otros puntos de vista, las que me mostrarán un mosaico de emociones compendiadas y condensadas en unos pocos minutos. Porque será en dicho salón, en concreto a través de la aparatosa pantalla de su televisor, donde se emitirá una extensa programación que debería satisfacer los gustos de toda clase de cinéfilos. Allí descubriré la amplia versatilidad del cine, y sobre todo descubriré el cine para niños, los dibujos animados, de los que debo confesaros que soy un fanático irreductible, si se me permite el exabrupto. Y es que representarán una conmoción, una sacudida en toda regla, porque no se parecerán a nada de lo que haya visto hasta entonces. Se lo deberé a Nacho, el sobrino de Carolina Meifrén, quien una vez cumplido el trámite de los deberes, que se afana por concluir lo antes posible, acampa en el sofá para ver en la pequeña pantalla sus programas favoritos, y éstos, claro, son de dibujos animados. En los dibujos animados pasan cosas increíbles, pero si fuerais capaces de verlo con distancia, os daríais cuenta de que son tan increíbles como vuestra propia vida, tal vez más cercanos a vuestros sueños o más conectados con vuestro inconsciente. A Carolina Meifrén, que al igual que su amante es una incondicional del séptimo arte, apasionada por lo que denomina cine de calidad o cine de autor o cine independiente—a saber qué

entenderéis cada uno de vosotros por cualquiera de esas expresiones—y odia los cortes de publicidad de los canales televisivos, los malos doblajes y las malas críticas, no le importará compartir muchos de los momentos en los que su sobrino se abstrae del que debe de ser su pequeño o gran mundo viendo las aventuras de *Tom y Jerry*, *La Pantera Rosa* o *Doraemon*. Si Carolina Meifrén es una devota del séptimo arte y está enamorada de Natalie Portman—posee una colección que se aproxima al millar de vídeos y devedés, además de alquilar las películas que no ha tenido tiempo de ver en las pantallas madrileñas y que difícilmente se proyectarán en los cines de su ciudad—, del mismo modo su sobrino Nacho ha caído en las redes de *La Pantera Rosa*, una pantera que responde al más puro estilo *gentleman* británico en cada uno de sus gestos y de su comportamiento. Nadie se explica por qué motivo el niño aquel, recién cumplidos los cuatro años, llegará a convertirse en un entusiasta de una serie de dibujos que no parece pensada para su edad, ni por qué continuará instalado en esa obsesión cuando yo le conozca a los diez, ya que no hay semana en la que un día u otro no se vean en aquel salón de Gijón algunos de sus episodios. El sobrino pasará allí las tardes hasta que su madre, María de los Ángeles, la hermana menor de Carolina Meifrén, que lleva tiempo separada de su marido, y que junto a su hijo conforma ese otro modelo de familia que llamáis monoparental, vaya a recogerlo después de salir del trabajo. Habitualmente lo hará tarde, a menudo pasadas las ocho, y eso le permitirá a Nacho ver una amplia gama de dibujos. Para Angelines, que su hermana viva sola, sin compañero o esposo, será una gran ventaja, ya que cuidará de Nacho, le ayudará con sus deberes, le comprará ropa, lo acompañará al médico, le preparará las cenas que más le gusten, y lo llevará al cine. Y no sólo eso, sino que a la tía tampoco le importará quedárselo a dormir en su casa cuando ella tenga una cita. Carolina Meifrén es la tía perfecta, la tía que habita los sueños de todas las madres separadas o solteras. La hermana que incluso la ayudará económicamente cuando tenga un apuro o el padre se retrase con la pensión. Lo único que no hará, al menos en el último año, será quedarse con Nacho los fines de semana. Los viernes la tía Carolina desaparece y no está localizable hasta el domingo por la noche. Angelines sabe que su hermana viaja a Madrid a ver a alguien que intuye que es su pareja, pero a la que llama amiga. Por eso, cuando Angelines tiene una cita, ha de apañárselas para hacerla coincidir con los fines de semana en que Nacho está con su padre, o bien, si no hay más remedio, entre semana, dejando al niño a dormir en casa de su hermana.

Por lo que sé, las tardes del sobrino han evolucionado desde la época en que su tía lo recogía de la guardería y, tras la merienda, le contaba cuentos, hasta la época en que de regreso de la escuela se enfrasque con los deberes. De pequeño, Carolina Meifrén lo orientaba hacia los cuentos clásicos como la *Caperucita Roja* o *Los tres cerditos*, pero luego, poco a poco, le fue iniciando en obras más complejas pertenecientes a la marca Disney, Pixar o a cualquier otra factoría avezada en la producción de dibujos animados como la japonesa. De *La princesa Mononoke* a introducirle en obras como *Into The Woods* de Lapine y Sondheim, que él verá en una versión teatral protagonizada por Bernadette Peters que años antes se ha representado en Broadway, sólo hay un paso. Un paso complejo, pero un paso que Carolina Meifrén no dudará en dar viendo que su sobrino es una esponja que absorbe todo lo relacionado con ese mundo de fantasía que a ella tanto le fascina. *Into The Woods* es un musical brillante donde un panadero y su mujer quieren acabar con una vieja maldición que les impide tener descendencia y en cuya historia acaban involucrados la Cenicienta, el Lobo Feroz y una remozada Caperucita Roja. Más adelante, cuando se estrene en Madrid la versión cinematográfica, iré a verla con Mercedes Salazar y Carolina Meifrén, y escucharé a esta última decantarse claramente por la versión teatral que tanto

ella como su sobrino conocen al dedillo. Nacho no siempre verá estas obras en compañía de su tía, a veces las verá solo y, de vez en cuando, con algún compañero de la escuela al que invita a merendar, aunque su principal objetivo sea compartir con ellos un rato de lo que él, a su temprana edad, ya llama buen cine. Así, en esas ocasiones, mientras meriendan, acabará enfrentando a su invitado de turno a una obra cuya duración excede los límites de la paciencia infantil, una paciencia que su tía—en conversación con su hermana—fija en dos horas y treinta minutos, de modo que a menudo se ven obligados a dedicar un par de sesiones. Durante el tiempo que permanezca allí, por aquel salón pasarán media docena de niños y de niñas que nunca más regresarán, pues probablemente no tienen los mismos gustos que el anfitrión, o porque preferirán jugar en el parque, o con lo que Carolina Meifrén y su hermana denominan maquinitas, o tal vez porque simplemente son niños y les resulta imposible permanecer quietos durante tanto tiempo. También Angelines, la madre de Nacho, preferiría que su hijo pasara más tiempo en el parque, jugando a la pelota o a lo que sea. Le preocupa su obsesión por las películas y su sobrepeso, y dirá que tanto sofá, y tanta inactividad, no le convienen. Cuando se lo planteo a su hermana, ésta cederá durante unas semanas y procurará satisfacerla, pero será un esfuerzo pasajero, la simbiosis tía-sobrino-cine será demasiado fuerte y bastará cualquier excusa: un poco de lluvia o un leve resfriado, por ejemplo, para que ambos vuelvan a refugiarse en el salón del piso, ante los mundos mágicos que comparecen en la pantalla del televisor.

Durante unos meses, una niña de la clase de Nacho, Claudia Malagón, se convertirá en la compañera ideal, acudirá un par de tardes por semana y, aunque le irrite que su madre se refiera a Claudia como su novia, Nacho estará encantado. La niña Malagón tiene los ojos azules claros, grandes y redondos como globos, y resistirá todas las pruebas a las que la someta Nacho sin perder la compostura, sorprendida por los conocimientos enciclopédicos de su amigo. Con ella, Nacho volverá a ver entera la serie de *La Pantera Rosa* y se sentirá orgulloso de que su amiga la disfrute tanto como él. Los sombreros tenemos un atractivo irresistible para algunos de vosotros y la niña Malagón será uno de estos casos, porque ya el primer día se interesará por mí, incluso hará un intento por vestirse conmigo que no fructificará porque todavía siente que está tanteando la casa y a sus moradores, pero al tercer día se lo pedirá directamente a Carolina Meifrén, que se lo permitirá con una sonrisa, y ella correrá a mirarse en el espejo y también sonreirá. Fuera de los dibujos y de las películas, la niña sonríe poco. Buscarme en el perchero y vestirse conmigo será lo primero que haga a partir de entonces, y será a partir de entonces que tendré un mejor acceso a sus pensamientos. Hay algo extraño en la niña. Se le acelera el corazón cuando la viene a buscar su padre. Remolonea cuando éste aparece. No se atreve a decirle que quiere quedarse, pero no se da prisa, le vigila de reojo y finge que no encuentra sus cosas, siempre echa de menos algún objeto que acaba apareciendo al lado del sofá o debajo de los cojines. La mirada del padre la sigue por el salón sin decir nada. Tiene el semblante serio, adusto, cruza los brazos, espera en el dintel de la puerta y sonríe—en realidad es poco más que una mueca o un tic—cada vez que la tía del niño le mira. Las frases que le dirige a la niña son cariñosas, si le pide que se dé prisa lo adorna con términos que inspiran confianza: cariño, corazón, cielo, amor. Mami nos está esperando, es la frase feliz que sirve para acelerar la puesta en marcha. Lo que la niña Malagón desearía es quedarse en casa de Nacho, pero con su madre. Bueno, la casa de Nacho es una excusa, tampoco es que le interesen tanto la Pantera Rosa y las sesiones maratónicas que éste le tiene preparadas, lo que ocurre es que regresar a casa significa una nueva inmersión en la angustia, el sufrimiento y la tensión. La niña Malagón no puede dormir y ha vuelto a hacerse pipí

por las noches. Siente una gran vergüenza y, aunque su madre la protege y le guarda el secreto, tiembla al pensar que pueda saberlo su padre. La niña sabe por qué no va a buscarla su madre, no puede salir de casa porque su padre se lo ha prohibido. Viven inmersas en el horror, en el miedo físico, pues hace tiempo que el padre pasó de las amenazas a la violencia continuada. Por eso mismo la madre de la niña ha tenido que dejar su trabajo en unos grandes almacenes. Al acabar el curso la niña dejará de visitar a Nacho. Meses más tarde, mientras ven por quinta vez *La vida de Brian*, y sin que venga a cuento, Nacho le dirá a su tía que su amiguita se ha ido a vivir a Oviedo, a casa de los abuelos. Que la maestra lo ha contado en clase. Y yo pienso que ese padre desalmado, de pequeño, tal vez fuera un niño encantador como lo son la mayoría, y me pregunto cómo es que os estropeáis de ese modo—si es locura o si es maldad o qué es—a medida que os hacéis mayores.

Veré tantas veces los episodios de *La Pantera Rosa* que me cuesta destacar unos por encima de otros. Todos, absolutamente todos, los recuerdo con cariño. Podría contar la serie entera, y si no os la cuento es porque sé que hay una gran diferencia entre ver las historietas y contarlas, y que por más que me esfuerce no conseguiré transmitir ni una pizca de su gracia original. Si alguna vez habéis visto alguno de los episodios, ya sabéis a qué me refiero. Creo que llegaré a saberlo todo sobre la serie, porque precisamente será el sobrino de Carolina Meifrén quien le cuente toda suerte de detalles a la niña Malagón: que si es fruto de la casualidad—otra serendipia que digo yo—que ha reunido a un cineasta llamado Blake Edwards con un tal Friz Freleng—a quien vosotros no conocéis de nada, pero que a Nacho y a mí nos resulta familiar por ser el creador de Piolín, del gato Silvestre y de Speedy Gonzales entre otros—, o que si a través de mil vericuetos, que no es necesario contar aquí, acabará por nacer la pantera de la que os vengo hablando. Y si bien soy reacto a las películas y al peculiar humor del tal Edwards, que en aquel piso del centro de Gijón gozan de un gran predicamento, no lo seré de ningún modo respecto de los dibujos, por los que llegaré a profesar un especial cariño, incluida la música de un tal Mancini, y que para mi gusto será tan importante para cada episodio como la manera de moverse de la pantera. Esa música, que hace sonreír a tía y sobrino desde los primeros acordes, me acompañará para siempre. Os lo cuento porque valoro la importancia que tuvo esa época en mi formación sentimental.

Al margen de su sobrino, que es de carne y hueso, y—según el parecer de su tía—un chaval cariñoso y genial, incluso al margen de ese dibujo animado rosa chicle, mudo, pero dotado para el sarcasmo y la ironía, que es la *Pantera Rosa*, el amor platónico de Carolina Meifrén será la Beautiful Natalie o la Beautiful Portman, que es como su hermana Angelines llama a la actriz. De ser beata—Carolina Meifrén, me refiero—, Natalie Portman ocuparía el lugar más alto en el escalafón religioso. Sin embargo, la actriz tendrá que conformarse con ocupar un espacio preferente en la estantería de los devedés y de los libros sobre cine, entre cuyas páginas también se acumulan reportajes que las revistas publican sobre ella. Contará Carolina Meifrén—rodeada por una buena representación de las amigas madrileñas de su amante—haberla descubierto en un film de acción llamado *El profesional (Léon)*, protagonizado por Jean Reno y Gary Oldman. Por aquel entonces la pequeña Natalie tiene trece años y la película representa su debut cinematográfico. Carolina Meifrén se lamenta de no haber reparado en la importancia de esa niña. No le prestará atención hasta que dos años más tarde la vea en el papel de Marty en *Beautiful Girls*, y a partir de aquel momento querrá saber más y más de la joven estrella. Querrá saberlo todo porque, en realidad, Carolina Meifrén está enamorada de Natalie Portman, y cuando lo cuente en Madrid, me temo que no lo estará tanto de la Portman ya crecida de las últimas películas

como de la jovencita de la primera época. Y quiero precisaros que enamorada no es sinónimo de admiración, que son emociones muy distintas que Carolina Meifrén distingue perfectamente, y que incluso reconoce abiertamente. Lo escucharé de sus labios, en voz alta o en un leve susurro, unas pocas veces, pero en su cerebro es una constante y no podrá engañarme. Las películas que más veré con ella serán las de su primera época, las que ella prefiere, las que muestran a Natalie Portman como a ella le gusta. Aquellas en las que ha participado entre *El profesional (Léon)* y *Mars Attacks!*, aunque casi siempre aparezca en papeles secundarios. Por supuesto que también veremos alguna película posterior, como *Cisne negro*, pero serán las menos. La mayoría no las veré. Por ejemplo, no veré *V de Vendetta* porque no es una película del agrado de Carolina Meifrén y, por lo tanto, no ascenderá a la categoría de película de culto a pesar de que obtenga una cierta repercusión en algunos movimientos defensores de los derechos civiles. Tampoco veré *My Blueberry Nights*, pero la cito aquí porque cuando ambas se calientan hablando de cine y aparece esta película siempre acaban vociferando, es decir, aullando y berreando en distintos tonos y volumen, *Oh, My God! My Blueberry Nights. Oh, My God!* Y así durante un buen rato. Una especie de desatino al que me iré acostumbrando con el tiempo.

Sin embargo, sí veré *Beautiful Girls*. Al menos en nueve ocasiones. Tres en Madrid, en cines de reposición y en casa de Mercedes Salazar, y seis veces más en Gijón, ya sea en el cineclub o en el televisor de Carolina Meifrén. *Beautiful Girls* nos muestra a un joven pianista de medio pelo, llamado Willie, cercano a la treintena, que vive en Nueva York y regresa a su pueblo para una reunión de antiguos alumnos. El tal Willie tiene que enfrentarse a varios dilemas sobre su futuro, duda entre continuar con la precariedad de su carrera musical, por llamarla de algún modo, o convertirse en vendedor de artículos de oficina; entre comprometerse con su novia neoyorquina o seguir mariposeando. Algo que parece ser bastante típico vuestro y que suele acabar cuando vendéis vuestros ideales por un pedazo de pan o por una sonrisa prometedora. ¡Qué más da! Un día Carolina Meifrén lo definirá como uno de los grandes temas de la humanidad. ¡Ya veis! Sucede que en el pueblo se cruza con Marty, una vecina que resulta ser una Natalie Portman de trece años, pero de una madurez casi exasperante que la hace aparentar alguno más, y que desmonta al tal Willie con frases como «Si no me equivoco, has vuelto a la casa de las lágrimas y de la tristeza con tu padre el depresivo y tu hermano el colgado para tomar algún tipo de decisión sobre la vida. O sea, una decisión vital. ¿Es una decisión vital? ¿Estás pasando por lo mismo que Hamlet? ¿Conoces a Hamlet?». Willie queda tan impresionado—enamorado—con la niña que casi se plantea esperar unos años, a que alcance la mayoría de edad. Tarda en darse cuenta de que es sólo un espejismo. En otra ocasión Marty, que también sufre la misma alucinación, pero que sin embargo parece más sensata, le suelta a él: «Es como en *El Mago de Oz*, todo este tiempo he estado en tu patio trasero... Nuestro destino es funesto como el de Romeo y Julieta. Es una tragedia de proporciones isabelinas... No podemos hacer nada. Tú irías a la cárcel y yo sería el hazmerreír de las exploradoras». Desde mi posición, al margen de este tipo de pasiones, lo previsible es que no sólo se enamore de ella el tal Willie, sino que tras él lo hagan algunos miles de espectadores, con Carolina Meifrén a la cabeza. Mercedes Salazar, en cambio, simulará estar por encima de estas pequeñeces, y cuando hable de la película la resumirá diciendo que trata de la inmadurez de los hombres frente a la madurez de las mujeres, contada a partir de distintos casos que coinciden en tiempo y lugar. Si tratarais como yo a los capitostes del Ministerio, ya lo sabríais. Pero mejor no hablar del trabajo, añadiré. Tal vez no ande equivocada Mercedes Salazar, pero el tono de sus comentarios me hará pensar que lo hace para conjurar los celos. Otro

caso distinto será la hermana menor de Carolina Meifrén, María de los Ángeles, que opina de Natalie Portman que es buena actriz, pero que le parece una especie de pánfila en la vida real. Lo dice ateniéndose a las informaciones que lee en Facebook o a los superficiales reportajes de las revistas del corazón. Cuando Angelines se atreva a dar su opinión, Carolina Meifrén se mostrará molesta durante varias semanas, y cuando se le pase, reprenderá a su hermana diciéndole que no es necesario que crea en todas y cada una de las tonterías que se dicen, y la obligará a leer toda la información que ha reunido sobre la Portman: su graduación en Harvard, sus destacados artículos e investigaciones como psicóloga, algunas películas que contradicen esa opinión funesta de que se trata de una pánfila almibarada, por ejemplo el desnudo de *Hotel Chevalier*—un cortometraje inquietante y extraño donde los haya—. Incluso se mostrará convencida de que el papel de niña casi superdotada que encarna en *Beautiful Girls* se corresponde con la verdadera personalidad de la actriz. ¿Por qué motivo cree ella que, de joven, sólo rodaba durante las vacaciones, si no era para estudiar? ¿Y qué culpa tiene la muchacha de ser mucho más madura de lo que le corresponde por edad? La hermana menor de Carolina Meifrén le rogará que no se lo tome tan a pecho, que sólo era un comentario sin ánimo de fastidiarla. Lo he leído en la peluquería, se excusará.

No siempre podré estar en el lugar adecuado y en el momento oportuno, pero si uno presta atención a los comentarios, si sabe interpretar los silencios, como quien lee entre líneas, es posible llegar a reconstruir historias que de otro modo quedarían incompletas. Así, aunque no vaya a ser testigo del primer encuentro entre Mercedes Salazar y Carolina Meifrén, encuentro que tendrá lugar en Gijón meses antes de que yo planee sobre las primeras filas del Teatro Jovellanos hasta posarme sobre la falda de la gijonense, acabaré por conocer su historia—que ellas llaman de amor y que de vez en cuando comparten con otras amigas en sus largas sobremesas—, una historia que se remonta a la jornada inaugural de la Semana Negra, donde casualmente coincidirán durante la presentación de la novela de un tal Gregorio Casamayor. Las dos mantienen el programa en alto y las dos han marcado prácticamente a los mismos autores a quienes desean escuchar. Se presentan. Mercedes Salazar tiene unos días de vacaciones y compagina playa y Semana Negra, aunque se esfuerza en dejar claro que no es una incondicional de ese género novelístico, cierto que la otra tampoco, y así pasan a recomendarse autores y novelas, y un poco más tarde llegan a las confidencias hasta el punto que deciden cenar juntas. Pongamos que es una suave noche de verano, el rugido de la multitud en la feria y la música de fondo se mezclan con la brisa salada que procede de las playas cercanas. Y hacia allí se encaminan. Mercedes Salazar le dirá que viene de un lugar donde las niñas ya no quieren ser princesas, donde los niños persiguen el mar en un vaso de ginebra, donde los pájaros visitan al psiquiatra y las estrellas se olvidan de salir, donde la muerte viaja en ambulancias blancas y la vida es un metro a punto de partir. Así se presentará Mercedes Salazar a Carolina Meifrén. *Pongamos que hablo de Madrid*, concluirá esa perorata que luego ambas recordarán con dipsómana alegría—como también les gusta precisar—. No es nada original porque aunque no lo cite literalmente, se lo ha tomado prestado a un famoso cantante al que ambas veneran, pero la noche está pintada de un azul luminoso y espolvoreada de sal y espuma, en el punto justo de alcohol y excitación, y Carolina Meifrén se enamorará perdidamente de la madrileña. En Gijón Carolina Meifrén no ha salido todavía del armario. Su escasa experiencia sentimental, y sexual, está vinculada a períodos de vacaciones en los que ha tenido la suerte de coincidir con mujeres que se han sentido atraídas por ella. Mercedes Salazar lo adivinará enseguida. Qué distinto puede ser vivir en una ciudad u otra para una mujer, le escucharé lamentarse a Carolina Meifrén, que necesita el refugio de la multitud y del anonimato.

Mercedes Salazar no querrá perder el tiempo; a veces la vida te hace un regalo: ha roto con su pareja, le gusta la gijonense, a pesar de que no sea para nada su tipo, porque con esas formas redondeadas y ese aire tan maternal parece más una ama de casa que la casi cinéfila que estimula su conversación. La tomará de la mano mientras caminan por la playa; la besará en los labios a la luz de la luna; se desplomarán en la arena como adolescentes, se abrazarán y—si hay que creerlas cuando lo rememoren en sus encuentros madrileños—perderán el sentido durante horas—aunque quizá sólo sean unos minutos—, dejándose mecer por el rumor de las olas. Carolina Meifrén admite que nunca podrá olvidar esa noche. Ni en sus mejores sueños ha vivido algo parecido. Y es así como dará comienzo esa relación que me trasladará los fines de semana de Gijón a Madrid, y a llevar una vida de cine de autor, de chismorreos de redes sociales y de anécdotas jugosas. Mercedes Salazar no se anda por las ramas. Es una mujer que piensa que sois unos verdaderos idiotas si creéis que la diferencia entre vosotros es una cuestión de orientación sexual, o de raza, o de nacionalidad, o de religión, porque las verdaderas diferencias, según ella, se dan entre clases sociales, aunque suene trasnochado, y dejadme que os diga que además de sociales son culturales, porque si no tenéis un mínimo de educación y de cultura, podréis tener dinero y poder, y podréis comprar cosas y voluntades, pero todos, absolutamente todos, se enciende Mercedes, incluso aquellos a quienes habéis comprado el puto culo, pensarán de vosotros que sois unos asnos. Eso es, asnos. Habéis entendido bien. Yo, a decir verdad, sólo a medias, pero admiro su energía, su radicalidad. Así se manifiesta ella. Lo que no será obstáculo para que ya metida de lleno en su verborrea cultural, Mercedes Salazar se pase de frenada—como soléis muy bien describir—y se lance a contar intimidades de los actores de Hollywood, intimidades que no consistirán más que en echar mierda sobre sus cabezas, porque aunque sólo sea verdad la mitad de la mitad de lo que diga de ellos, podríais arrojar por el váter vuestros buenos recuerdos de tipos como Hopper, Nicholson, Beatty, Pitt, Rourke, Cruise, Bogdanovich, Hitchcock o Coppola. Todos unos indeseables. Con las mujeres mostrará un poco más de comedimiento. Sólo en un par de ocasiones dirá que buena parte de ellas son un *poco* putas, que no prostitutas, claro, y que ése, y no su talento, es su método preferido para no encallarse eternamente en el papel de jóvenes viejas promesas. Que el casting de cama da sus frutos y es más habitual de lo que parece, vaya. Tiempo más tarde descubriré en los periódicos y revistas del escritor bloqueado que se trata de un verdadero asedio el que ejercen algunos—especialmente ellos sobre ellas—sobre las candidatas a cualquier cosa, violaciones incluidas. Pero en aquel momento Mercedes Salazar lo dirá como si se tratara de verdades absolutas fundamentadas en un estudio estadístico. Es como en la ley de los grandes números, donde soléis fiaros de los valores medios porque proporcionan una buena descripción y no importa que se desprecien las fluctuaciones. Bueno, pues yo estaré allí para poder refrendar esa idea que sus amigas tienen de ella, escuchándola incluso cuando le cuente a Carolina Meifrén que, en sus últimos años, Marlon Brando—deseando olvidarse de sí mismo—será capaz de pasarse días y días encerrado jugando con sus trenes en miniatura. ¿Sabes quién le acompañaba? ¿No? Pues Johnny Depp. Y también estaré cuando Mercedes Salazar le cuente que Charlie Chaplin en 1931, acosado por la fama, por el fisco, por los problemas personales y por el cine hablado, decida regresar a Londres para reencontrarse con el orfanato de su infancia; esos lugares donde ha pasado frío y toda clase de penurias, pero que deseará visitar antes de que sea demasiado tarde y el tiempo los haya borrado de la faz de la tierra. Chaplin ha previsto un viaje de pocas semanas, que sin embargo alargará durante un año y medio recorriendo diferentes países europeos, aunque también Singapur, Sri Lanka, Indonesia y Japón. Y si al inicio se siente acabado, al regresar a Hollywood, habiendo constatado el rumbo que está tomando el mundo, todavía

dirigirá *Tiempos Modernos* y *El Gran Dictador*.

En los largos trayectos entre Gijón y Madrid, Carolina Meifrén procurará ir bien pertrechada: prensa, uno o dos libros, por si no acierta o para no quedarse a medias, y música. Una vez leídos los periódicos y hojeadas las revistas que acopia en el quiosco de Sanz Crespo, descansará un rato observando el paisaje y escuchando música en su Smartphone. En los primeros tiempos escucharé con ella una mezcla de estilos y cantantes entre los que se encuentra mi antigua propietaria Cristina León y, más tarde, tras descubrir la música de Antonio Sánchez en *Birdman*, al igual que dice hacer Mercedes Salazar, se dedicará a escuchar un único tema de modo reiterado. Unas veces leerá mientras el sonido de la batería se expande a golpe de baqueta por sus auriculares, y en otras ocasiones leerá sin música. Es difícil saber a qué obedece esa elección, probablemente a estados de ánimo. Ese estado que os hace tan inasibles a los humanos. Tanto que podéis saltar de alegría o llorar sin motivo aparente, quizá por motivos apenas reconocibles. Uno de los primeros libros que leerá conmigo durante el viaje a Madrid será *Sábado*. Mercedes Salazar se lo ha recomendado fervorosamente. Tanto le ha gustado el libro de Ian McEwan a Mercedes Salazar que durante el tiempo que pasaré con ellas no dejarán de emplear muchas de las frases o ideas que el escritor británico ha expuesto allí. Probablemente hayan incluido en su repertorio frases de otros escritores, pero yo sólo detectaré las de McEwan porque podéis imaginar que, sin saberlo, Carolina Meifrén leerá ese libro también para mí. Mercedes Salazar ha digerido muchas de sus frases y las ha hecho suyas, hasta tal extremo que olvidará citar al autor cuando las saque a colación. Por ejemplo, cuando diga que lo que determina la clase de individuo que uno va a ser no es tanto la influencia de los padres como el encuentro entre un tal espermatozoide y un tal óvulo—algo que entrará en flagrante contradicción con las teorías del psicoanalista en cuya consulta permaneceré un buen tiempo—, o cuando diga que hay que dar importancia a las pequeñas cosas porque allí es donde podemos encontrar satisfacciones—lo que quizá colmaría a Cristina León si fuera capaz de cerrar los ojos y escuchar el rumor de las olas—, ya que la imposibilidad de resolver los grandes problemas de la humanidad sólo puede provocar tristeza. Y citará, sin reconocerlo, a cualquiera de los personajes del tal McEwan cuando asegure que no tiene ningún interés por reinventar el mundo, que antes prefiere que se lo expliquen. Incluso en la ducha, Mercedes Salazar padecerá de incontinencia verbal. A ella le escucharé decir que cuando la civilización actual acabe por extinguirse, que cuando los romanos de esta época deserten y os reencontréis en la nueva Edad Media, la ducha será uno de los primeros lujos en desaparecer, que los más viejos del lugar les contarán a una manada de jóvenes incrédulos que en épocas pretéritas, en pleno invierno, podían permanecer bajo torrentes de agua caliente y limpia, que se refregaban con jabones perfumados y que unas espesas y grandes toallas, absolutamente suaves e impolutas, les estaban esperando para secarse—imagen calcada a la del paraíso con el que sueña el Superior de los Javerianos del Japurá para sus feligreses—. Así que incluso cuando diga esto, Mercedes Salazar estará citando un fragmento de *Sábado*. Tanto le ha influido esta obra que se le ha quedado grabada. Luego habrá otras frases que Mercedes Salazar empleará y que yo no sabré asociar a ningún autor, pero las del tal McEwan sí, por ejemplo, cuando diga que los amaneceres, tan importantes en el campo, no son más que simples abstracciones en la ciudad; o que la sexualidad tiene una dimensión que rompe el tiempo y los sentidos, y que es un hiperespacio biológico tan diferente de la existencia consciente como los sueños; o bien aquello de que algunos de sus congéneres pueden considerarse humanos porque Dios tiene la manga muy ancha, y ya podéis imaginar que tras estos pocos años a vuestro lado, yo mismo habría firmado

esta última sentencia. Hay más ejemplos, pero tampoco voy a fatigaros ahora con una relación exhaustiva.

Con ellas veré *Birdman*, ganadora de algún Oscar. Les encanta precisamente por esa música obsesiva que es producto de una batería que se adueña de las imágenes. Una película que una vez vista, dicen ellas, no puede entenderse sin esa caja o ese bombo que resuena en la cabeza del protagonista y que acaba marcando el ritmo de sus pasos y de sus decisiones. Eso además de la historia, que surge a ráfagas, que trata del actor que ha sido una estrella de Hollywood y que quiere redimirse en el teatro precisamente con una adaptación de *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, de Carver. ¡Oh, Carver!, exclamarán ellas en voz alta, cada vez que lo citen, como si se tratara de una ingeniosidad jocosa que yo tomaré por uno más de vuestros desatinos. Carver, de quien dicen haber leído un solo libro, el que todos han leído: *Catedral*, aunque se saben al dedillo las historias que Robert Altman ha llevado al cine en *Vidas cruzadas*, y a quien Mercedes Salazar calificará de cretino de tomo y lomo—Robert Altman, por supuesto—. En realidad dirá de él que es un miserable fanfarrón hijo de puta borracho que en Kansas se la hacía chupar todos los mediodías porque creía que eso era lo más parecido a la vida de Hollywood a la que podía aspirar por aquellos lares. Después de *As Time Goes By*, la de *Vidas cruzadas* habrá sido durante años—si hay que hacer caso de sus palabras—la música de cabecera de Mercedes Salazar, que no escuchará más que a Annie Ross y su *Low Note Quintet*. Más tarde se cambiará a *Las Variaciones Goldberg*, concretamente a las dos versiones que ha grabado Glenn Gould, las de 1955 y de 1981, una más lenta que la otra, pero que ella escucha seguidas como en un bucle sin fin hasta que un día descubra en el pianista turco Fazil Say—a quien ella llamará el iconoclasta Say—una entrega, ímpetu, energía, fuerza de la naturaleza y vivacidad tales que no la dejen escuchar otra cosa que su impresionante repertorio. Y de repente, venga o no a cuento, Mercedes Salazar soltará una retahíla de citas, dando por supuesto que todos han leído *El malogrado*, de Thomas Bernhard, que precisamente trata de dos pianistas que tienen el honor, y la desgracia, de coincidir con un genio irrepetible llamado Glenn Gould, detalle que por sí solo va a marcar su futuro y, por ende, sus vidas; y añadirá que, curiosamente, ésa es—*Las Variaciones Goldberg* en la versión de Glenn Gould—la pieza que escucha de un modo obsesivo el intérprete protagonista de *El jinete polaco*, de Muñoz Molina; pero no sólo eso, sino que también formará parte de un modo omnipresente en una novela inmensa, por el tamaño y la ambición, de Javier García Sánchez, *El mecanógrafo*, novela que, según le consta, sólo han leído ella y un amigo dibujante llamado Sempere—quien por cierto, apunta con sorna, todavía no se la ha devuelto—. Ése es un rasgo del carácter de Mercedes Salazar: la necesidad de decir siempre cosas interesantes—tal vez de sentirse ella misma interesante—, de demostrar que es una persona culta, de impresionar a sus amigos con datos, fechas, nombres e informaciones que en realidad son naderías, meras curiosidades que, eso sí, ella sabe contar como nadie, aunque por supuesto que también aspira a impresionar a Carolina Meifrén, alguien que no pretende ser otra cosa que una simple aficionada a eso que llamáis el séptimo arte, y no una intelectual; que lee novelas o asiste a conciertos o ve películas sólo por el placer que le proporcionan, por las emociones que despiertan en ella y porque adivina que ésa es la vida que le gustaría vivir, la del cine y la de las novelas que lee con fruición. Carolina Meifrén no tiene esa exigencia, tan evidente en su amante, no sentirá la necesidad de decir cosas interesantes, de demostrar que es una persona leída, culta, ni de impresionar a los demás. Tal vez Carolina Meifrén sea demasiado normal, como ya he apuntado. Y es que vosotros los humanos, en cuanto sabéis cuatro cosas, no podéis dejar de explicarlas y

emplearlas como si fueran patrimonio vuestro. Así me he topado yo con expertos en paja toquilla o en chistes de mal gusto, con pedagogos de pacotilla o científicos de la serendipia. Prácticamente todas las cabezas por las que he pasado han sido rehenes de su especialidad. Y tal vez no sea ni siquiera necesario repetir aquí esas parrafadas de Mercedes Salazar, pero éste es el mundo que habitáis y si pensáis que me equivoco porque vosotros y vosotras no os habéis topado todavía con vuestra Mercedes Salazar es que no sabéis en qué mundo vivís, y yo—disculpád lo pretencioso de la frase—no podré hacer nada por vosotros. Bueno, en cualquier caso tampoco voy a poder hacer nada por vosotros, tanto si sabéis de qué os hablo como si no. Volviendo a Carolina Meifrén, diré que de momento se ha resistido a ese tipo de fascinación por escuchar una sola canción o un solo disco, concierto, autor, o lo que sea, de manera obsesiva. Ni siquiera en su smartphone hace eso, sólo cuando descubra la batería de Antonio Sánchez decidirá darle cierta preeminencia. Mientras estemos juntos conservará esa batería como signo distintivo de sus gustos a la vez musicales y cinematográficos. Será con ellas que veré también *Serendipity*—de ahí lo de la serendipia—, con John Cusack y Kate Beckinsale, cuyos personajes, casualmente, yo diría que *serendipiamente*, coinciden de compras por Nueva York durante unas Navidades y, aunque ambos tienen pareja, mantienen un romántico encuentro cuya continuidad depositan en manos de la suerte. La película juega con las casualidades y presenta situaciones muy románticas y azucaradas, de modo que Mercedes Salazar y Carolina Meifrén bromearán al respecto y llamarán a las casualidades serendipia, que es cuando se produce una revelación o una innovación o descubrimiento gracias a un hecho fortuito. Por eso también yo llamo serendipias a las casualidades. En honor a la palabreja que aprendí gracias a esa película.

Mucho me temo que María de los Ángeles debe de sospechar que su hermana es lesbiana. Más que sospecharlo, está segura de que es lesbiana, pero no lo sabe a ciencia cierta. Yo diría que nunca lo han hablado. No puedo tomar partido en un sentido ni en otro, pero noto que subyace en sus conversaciones en cuanto aparece el tema del *weekend* en Madrid. Apostaré, pues, a la opción de que nunca lo han tratado, y desde luego no creo que sea Ángeles quien vaya a plantearlo. Para ella, que su hermana sea soltera y viva sola, sin familia, es una gran ventaja. Será un acuerdo tácito, Carolina va a ver a una amiga y Ángeles no preguntará nunca qué relación se puede tener con una amiga a la que se va a ver todos los fines de semana invirtiendo seis horas de viaje de ida y seis de vuelta. Por eso he dicho ya que cuando Ángeles tenga una cita, deberá apañárselas para salir entre semana o aprovechando la víspera de un día festivo. Será así como se trunque mi vida con Carolina Meifrén, cuando un martes de Carnaval su hermana le pida dos favores: que Nacho se quede a dormir en su casa y que le preste el Panamá. Esa noche, Angelines llamará la atención, pero no seré la única prenda que le ayude a hacerse visible a los ojos de los demás, pues también vestirá una capa de color crema y unos zapatos de tacón alto y se lanzará con sus amigas a conquistar la noche de Gijón. Angelines no es exactamente guapa, sus facciones son corrientes, pero resulta atractiva, o quizá deba decir que atrae a los hombres porque luce un cuerpo redondeado en el que destaca un escote generoso y esa noche, tras unas copas, su sonrisa dice: ven, verás lo bien que te lo vas a pasar. Angelines tiene pocas oportunidades de salir y cuando dispone de una noche para ella sólo espera aprovecharla hasta el límite. Como dirá una de sus amigas, va de caza mayor. Ligará. Por lo que escucharé durante la cena con sus amigas, siempre suele ligar con tipos que saben que ella sabe que nunca más volverán a verse. Algún día encontrará el mirlo blanco que busca, pero por lo pronto no quiere lavar los calzoncillos de nadie. Esa noche le echará el ojo a un tipo que cumple los requisitos mínimos. Es guapo, tiene buena

planta, maneras educadas, hablar siseante y sonrisa perenne. Se separarán del grupo después de la segunda ronda de copas y Angelines lo arrastrará hasta su casa... Y lo que sucederá a continuación no tendrá nada que ver con las expectativas de Angelines, porque el hombre de maneras educadas cambiará y dejará de sonreír, su hablar siseante será el de un verdadero demonio, no habrá tiempo para compartir nada, ni siquiera una copa ni una canción. El sexo en vuestro imaginario es otra cosa y no lo que sucederá en aquel piso. Pero ahora deberéis disculparme. No os voy a relatar lo sucedido porque sé que vuestras almas son sensibles y delicadas, y que prefieren pasar de puntillas por esa clase de detalles. Así que os ahorraré la escena porque tampoco serviría de nada. Como detalle casi anecdótico, os diré que antes de irse, Foro Morales, el monstruo que ha fingido esas maneras educadas, robará cuanto encuentre de valor en la casa, poca cosa por lo demás, porque la hermana pequeña de Carolina Meifrén suele llegar a fin de mes con deudas, así que él se llevará algunas joyas, un poco de dinero, una cámara de vídeo y también se me llevará a mí. Foro Morales ni siquiera vive en Gijón, y no es la primera vez que actúa de ese modo. Su *modus operandi* siempre sigue la misma pauta: se desplaza desde Santander a otra ciudad cercana aprovechando las fiestas y las ganas de divertirse de la gente, y cuando le sale bien a él, la noche acaba exageradamente mal para los demás. Ya de madrugada Foro Morales irá en busca del coche para regresar a su ciudad, no piensa volver por Gijón en mucho tiempo. Camina alerta, incomprensiblemente lúcido a causa de una lluvia fina que el viento arrastra desde el mar, piensa dónde colocará las joyas y la cámara. De pronto le parecerá que llamo demasiado la atención en su cabeza. Ha aparcado cerca del hotel Don Pelayo y, antes de subirse a un Golf Cabriolet, me dejará sobre el capó de un Opel Corsa aparcado junto al suyo. Para entonces habré permanecido menos de una hora en manos de Foro Morales, pero será suficiente para que sienta que acabo de cruzarme con el mal en estado puro, para que vislumbre que las vilezas de las que hablaba el joven misionero javeriano cuando contaba las tropelías de su primera juventud, aunque no se prodiguen a cada paso que dais, existen, y que, sin que vosotros las veáis, conviven a vuestro lado, a pocos pasos de vuestra vida, dispuestas a interferir a la primera ocasión que les sea propicia, que la maldad que he visto en las películas del salón de Carolina Meifrén y en los cines de Madrid, esa maldad de la que en ocasiones habláis tan alegremente, existe y habita aquí mismo. La madrastra de Blancanieves y sus hijas son malvadas, pero de una perversidad absolutamente descafeinada al lado de los Foro Morales de este mundo. Y es que entre vosotros hay gente verdaderamente mala, que lleva la crueldad en la sangre, hasta tal punto que llegaré a pensar que María de los Ángeles Meifrén ha tenido suerte de no acabar peor, porque por la cabeza de Foro Morales sólo discurre el daño que puede causar a otros. Algunos de vosotros sois tan buenos—más que buenos ingenuos—que difícilmente podéis llegar a sospechar de la maldad de los otros si no os dais de bruces con ella. No os estoy aconsejando que viváis intimidados porque eso es peor, semejante a estar muerto en vida. No, no es ése mi consejo. De todos modos quiero aclarar que, en general, no es que vosotros seáis buenos, que no lo sois completamente, casi nadie es bueno a secas, un ingrediente de maldad suele daros un contrapunto incluso interesante, y tampoco creo que el mal sea ausencia de bondad, el mal del que yo hablo es algo más, y cuando hablamos de Foro Morales, hablamos de la maldad personificada, de aquel que goza torturando literalmente a los demás, aquel en cuya cabeza sólo cabe la propia satisfacción, el propio placer, sin importar el dolor causado. Sí, ya sé que podríamos revisar sus genes, su infancia, sus carencias, y encontrar los gérmenes de su comportamiento actual. Y aunque algunos lo justifiquen diciendo que el hombre es demasiado limitado para comprender que el mal es un elemento necesario en la armonía del mundo, no perdáis el tiempo con los Foro Morales,

encerrados por su bien, pero sobre todo por el vuestro. Buscándole el sentido a la vida, por si ahí se encuentra la causa de su bloqueo creativo, el escritor con quien compartiré mis últimos días leerá que Einstein ya predijo que vuestro mundo no está en peligro por las malas personas, sino por aquellos de entre vosotros que permitís la maldad. Así que quitaos de encima a esa escoria. No es necesario añadir más sufrimiento al sinsentido de vuestro mundo. Posiblemente también yo habré tenido suerte, pues al tal Foro Morales sólo se le ocurrirá abandonarme sobre el capó de un Opel Corsa.

Y LUEGO TRANSCURRIRÁ AÚN MÁS TIEMPO— ESE MERCACHIFLE DEL QUE DECÍS QUE TODO LO CURA— Y PROSEGUIRÉ OTRO INUSUAL CAMINO DE LA MANO DEL TENIENTE CORONEL RETIRADO AVELINO DOMINGO PESQUERA

Será entrado el verano cuando encuentre un nuevo propietario. Mientras tanto, pensaré que la fatalidad me ha atrapado entre sus brazos y que acabaré mis días abandonado, ajado, minusvalorado, porque el cartonero que me recoja me venderá por cinco euros a un ropavejero que, de momento, no sabrá qué hacer conmigo. Es decir, me arrojará a un contenedor junto con otros complementos y atuendos variopintos hasta que, con el buen tiempo, piense que puede encontrar un comprador y empiece a llevarme a los mercadillos que se organizan en los pueblos y ciudades vecinas. Sin embargo, una vez expuesto viajaré poco, pues pronto tendré una nueva cabeza que vestir, aunque durante el itinerario por la región haya tenido que compartir uno de los cajones que el ropavejero carga en su furgoneta con una docena de sombreros de paja vulgares y corrientes, y con otros de variada procedencia y estilo, todos confinados en bolsas de plástico transparentes que sirven para dar una imagen de escrupulosa limpieza; aunque por poco listos que seáis ya podéis imaginaros que nada hay en este mundo más alejado de la realidad que esa pretensión del vendedor de ofrecer una mercancía limpia, pulcra y sin gérmenes. Mis compañeros serán dos Stetson, uno azul oscuro tirando a cobalto y otro negro, que también han conocido mejores tiempos; un remedo de Canotier, elaborado con fibras sintéticas; infinidad de vulgares gorras con visera, con distintas inscripciones en inglés; e incluso compartiré cajón con varias humildes boinas, capadas y sin capar, alguna de cuadros, otras de colores vivos, moradas, rojas, azules, para señoritas, y no faltará alguna de un negro riguroso para ancianos nostálgicos. Curiosamente el ropavejero, que no entiende absolutamente nada de sombreros, no me valorará lo suficiente como para ofertarme con el precio que merezco y, sin tener en cuenta la época del año en la que estamos, le parecerá que el Stetson azul oscuro tirando a cobalto posee algún imán que lo hace más atractivo para los compradores. No importa, porque puede decirse que a estas alturas mi moral ha adquirido un alto grado de resistencia, pongamos que ha alcanzado una fortaleza a prueba de bomba, y él, el muy idiota—me refiero al ropavejero—, menosprecia lo que el azar, o lo que él entiende por azar, ha puesto en sus manos.

Ahora haceros una composición de lugar. Estoy en Santoña, expuesto en un tenderete protegido del sol mediante una lona más bien precaria, cuando se me acerca el teniente coronel retirado

Avelino Domingo Pesquera, viudo desde hará un par de años, solo y de vacaciones por la zona, donde se encuentra invitado a pasar unos días en la casa de veraneo de Castro Urdiales que su amigo—en realidad sólo un conocido por circunstancias profesionales—Marcelino Patricio Reneses, ex diputado en el Congreso, ex regidor del Ayuntamiento de Cartagena y ahora dedicado a sus negocios, se ha hecho construir gracias a las rentas que le proporciona el hacer de intermediario entre algunos entes locales—ayuntamientos y diputaciones, por lo general—y media docena de constructores muy amigos. Ese verano, en Santoña, hará un sol de mil demonios y el teniente coronel Avelino Domingo Pesquera descubrirá unas erupciones en su cuero cabelludo que en principio atribuirá a una excesiva exposición solar, y sin pensarlo dos veces y sin que estéticamente encaje con su formal modo de vestir, decidirá hacerse con un sombrero. El Stetson es demasiado oscuro y me dará calor, ¿no te parece, Maruja? Entonces, ¿el Panamá? Sí, el Panamá, tienes razón, Maruja, está muy bien de precio y es más apropiado para este tiempo. Y siento que puedo ajustarme bien, pues Avelino tiene una buena cabeza, sólida, como el casco de un buque, aunque el teniente coronel retirado tiende a colocarme ligeramente adelantado, como si fuera una gorra de plato con visera. Avelino todavía no sabe que le diagnosticarán un cáncer de pulmón, pero por lo pronto no dejaré su cabeza ni a sol ni a sombra. Lo cierto es que no es amigo de Patricio Reneses ni aguantará demasiado tiempo en su casa de veraneo de Castro Urdiales, porque quienes han sido amigas son las mujeres de ambos, por eso la mujer de Patricio Reneses ha instado a su marido a que invite al teniente coronel, porque el pobre debe de encontrarse muy solo después del deceso de su amiga, del que uno de estos días hará dos años. Cómo pasa el tiempo, Maruja, dos años y parece que fue ayer. Y lo peor es que no me acostumbro, que me parece mentira que ya no estés. Eso ha escuchado ella—la mujer de Patricio Reneses—de una amiga de las que encuentra en el Club de La Manga, que el pobre Avelino no da pie con bola desde que se quedó solo, que pasa las horas muertas en la Asociación de Patchwork de Cartagena, donde ha aprendido ese arte, y no hace otra cosa que montar pastiches militares con todas las banderas y banderines, de todas las épocas, y de todos los regimientos de todos los ejércitos del mundo, algo que no es exactamente cierto pero que ella cuenta así porque así le parece que da una imagen más sincera de lo que le ocurre al teniente coronel actualmente retirado. Y eso, la costura, se dicen las unas a las otras, no es una distracción para un militar de carrera como Avelino. Así que de nuevo me encontraré con este asunto del patchwork, como por azar, tal vez casualidad o serendipia, aunque lo cierto es que el patchwork se ha convertido en una moda y, en cuanto algo alcanza esa categoría, se extiende por doquier, de modo que el azar ya no es tanto azar y las casualidades dejan de serlo y la ley de probabilidades comienza a rebajar sus humos. Tal vez en el fondo vosotros pensáis que todo eso no es más que determinismo, y es que el determinismo es algo que está arraigado en vuestra manera de ser, lo lleváis incorporado de serie en vuestro ADN. No todos, pues mientras algunos pensáis que sois un juguete en manos del destino, otros tienen la percepción de que el destino se encuentra en sus manos. Bueno, también existe la versión equidistante que dice que Dios ha puesto en el universo cuatro o cinco grandes leyes que hacen funcionar esta inmensa maquinaria. La diferencia con la teoría del Gran Programador reside en que en la primera se supone que Dios ha reservado una parcela de azar que os permite un cierto margen de libertad para la creación, y en la del Gran Programador prácticamente ni eso. Al respecto, yo defiendo una teoría que dice que podéis darle vueltas a lo que sea, siempre y cuando lo hagáis como una afición inocua, por deporte, que diríais algunos, para pasar el rato, sin ínfulas. Por ejemplo, podéis jugar a que Dios está creando el mundo desde siempre, o que en su lugar lo hace el Gran Programador—por supuesto que con el resultado de cuarenta y dos—y que por lo

tanto todo está determinado por él, que nada ha comenzado un buen día porque ha existido desde siempre, que no existe el momento cero del universo, y así hasta que os salga humo de la cabeza. Eso o todo lo contrario. El truco está en hacerlo, tal como he dicho antes, como un pasatiempo, por deporte. Regresando al patchwork, otro pasatiempo, no parece ser esta labor, como lo definen las que fueron amigas de Maruja, una distracción para hombres, y menos aún para militares. Al menos eso es lo que piensan esas señoras del Club de La Manga, y detrás de ellas la mujer del ex diputado Patricio Reneses. Pero el teniente coronel retirado no permanecerá demasiado tiempo en Castro Urdiales. No voy a quedarme mucho tiempo por aquí, Maruja, el ambiente está muy enrarecido. Y es que ahora mismo lo que ocupa las discusiones de la que fuera su amiga, la atribulada esposa del ex diputado a las Cortes Generales y ex regidor del Ayuntamiento de Cartagena, es la admisión a trámite de la querrela presentada por la Fiscalía Anticorrupción contra él por presuntos delitos en un buen número de transacciones económicas presuntamente ilegales. Acompañado, por si no fuera bastante, de pertenencia a una organización criminal, nada menos, porque la fiscalía sospecha que ha habido un delito continuado y una asociación para delinquir y que el dinero—millones de euros, dirán—proveniente del erario público ha acabado en parte en sus bolsillos y en parte ha servido también para financiar ilegalmente a su partido. Ya ves cómo es esta gente. Y todo eso mediante una práctica corrupta de comisiones a cambio de la adjudicación de grandes y jugosos contratos públicos a diferentes empresas, y de porcentajes de facturas por trabajos nunca realizados. Y Avelino tiene razón, como gusta comentar con su esposa ausente, es tal el estado de ansiedad de la mujer de Marcelino Patricio Reneses que no existe para ella otro tema de conversación, porque ocurre que él, el marido, Patricio Reneses, ya no es aforado como lo era en la legislatura anterior, y por lo tanto no se siente impune; y ¿cómo te dejaste enredar para no figurar entre los tres primeros de la lista, Marcelino, que así todavía conservarías el escaño? Y cierto que esas acusaciones en ningún caso pueden ser verdad, sino obra de algún complot maligno—dirá ella ante el teniente coronel retirado, cada vez más cabizbajo y calculando los días que le faltan para marcharse educadamente de Castro Urdiales—. Porque se trata de un asunto sucio, Maruja, que nada tiene que ver con ser diputado, presentarse a unas elecciones con un partido y formar parte de un gobierno o de una oposición; y nada tiene que ver con hacer leyes o derogarlas y hacer tratos con otros partidos por el bien de todos, que es o que debe ser o que debería ser el principal objetivo de todo político. De eso se hablará en la casa de Castro Urdiales, porque la mujer está muy preocupada y no hace otra cosa que darle vueltas a lo mismo, y lee todos y cada uno de los periódicos que hablan de ese asunto—los afines y los no afines—y de todos los asuntos que ella considera que de un modo u otro están relacionados con su marido y los amigos y políticos que con él andaban todo el tiempo y con cuyos nombres ella se llenaba la boca, y que ahora aparecen en las páginas principales de los periódicos como si fueran apestados. Acusados de corrupción, ni más ni menos. ¡Presuntos delincuentes! Y aunque ella le defienda y argumente que todas aquellas obras, informes y contratos en los que medió, de los que incluso se habla en las noticias de la televisión, se han hecho para el bien de todos los españoles y de la patria en general, digamos que para mejorar las condiciones de vida del pueblo llano, lo cierto es que no habrá cena, merienda o desayuno, ni un solo momento de descanso, en el que no salga a relucir el tema, ni día en que ella deje de preguntarle al teniente coronel Avelino Domingo Pesquera qué piensa de todo este encausamiento judicial, y él, el teniente coronel retirado, que sabe que desde que el mundo es mundo no ha dejado de funcionar de idéntica manera, y que sabe y ha conocido, a lo largo de tantos años de servicio, negocios que circunvalan la legalidad o que directamente la eluden, y que ha visto cambiar leyes a gusto de empresarios y de políticos, incluso

de militares, para su propia vergüenza, como dirá él, sobre todo él, que ha visto alterar, trocar, permutar planes y planos y ha visto recalificar terrenos en pos de ese bien general que afecta tan elocuentemente los bolsillos de unos pocos entre los que nunca se ha encontrado, pues él callará y asentirá la mayoría de las veces, esperando que la mujer se desahogue y que las aguas vuelvan a su cauce, pero sabiendo que los tiempos no juegan a su favor—de la mujer—porque está harto de corruptos y de corruptelas, y porque ahora que está retirado ni siquiera le apetece saber qué ha sucedido, o cuál es la verdad de todo lo que dice y dirá la mujer del político de marras. Y es que más que probablemente, y por mucho que lo niegue, Maruja, ese individuo es uno más de los corruptos que se arrastran por el país y no es posible que esa mujer, Maruja, por más que la consideres tu amiga, que tan empecinadamente defiende a su marido, no sepa o no se haya dado cuenta de que hubo un momento determinado, un momento preciso, exacto, a partir del cual a él, su marido, y a ella, por supuesto, les ha cambiado la vida y el bolsillo. Y es que esa mujer ha hablado más de la cuenta, y lo habrá hecho en más de una ocasión, sin tener presente que quizá todos los oídos no eran amigos, o quizá que a alguno de esos presuntos amigos le podía reconcomer la envidia más de lo aconsejable, y en más de una ocasión ha dicho como si les trasladara un secreto o una gilipollez, que su mejor inversión—la del marido—ha sido entrar en política porque su maltrecho, pequeño y horrible bufete iba cada vez más de mal en peor, es decir, que se encontraba al borde de la ruina, y que ahora tiene un buen sueldo de diputado y es secretario de una comisión y asesora a éste y aquél, y no deja de conocer a gente y de reunirse con unos y con otros, que en ocasiones incluso saluda al presidente del partido, a veces del gobierno, que a veces son la misma persona, mira qué alto que ha llegado mi Marcelino, dice, que ahora tiene una agenda que por desgracia no puede ensanchar más porque hay cosas que dependen de Dios y no de los hombres, porque mi marido no está para jugar a perdedor, y porque mientras aumentan el tren de vida, y cambian los relojes de siempre por otros de oro, y dejan de lado los trajes a buen precio y los menús baratos por comidas suntuosas, a la vez que acaban las trifulcas de pareja porque no ganas lo suficiente, Marcelino, y ahora que esto ha cambiado y ambos se sienten orgullosos cuando él, de vuelta a casa, le entrega esos sobres repletos de billetes y bromea y le dice que son para tus gastos, mujer, y cuando, a las preguntas de ella, le diga que son dietas, cuando incluso ahora recuerde haberle dicho en una ocasión a él, a su marido, a ver si un día acabas mal con tanta dieta, Marcelino, aun sabiendo que fue un comentario expresado con la tranquilidad que da saber que uno o una se siente arropado por el gobierno de una de las naciones más importantes del mundo, que no es poca cosa, y que por eso mismo lo ha contado en el círculo privado de la familia y en la intimidad de las amigas, ahora, decía, se da cuenta de que todo eso que ella sabe que ha dicho, y toda esa fortuna que de pronto aparece publicitada como un anuncio luminoso en la puerta de su casa, ese anuncio que hace que lleve días sin salir de la casa y no vea a las amigas de veraneo con la excusa de una jaqueca imposible, nada le impide sospechar que ahora todo eso va a girarse en su contra. Y no es verosímil que ella no comprenda, le insiste el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera a su mujer, que tal vez el juez no vaya a entender esas razones que esgrime, y que ella desea creerse a resguardo por encima de todas las cosas, en medio de la defensa a ultranza de su marido. Porque también existe algo llamado intuición—que vosotros no sabéis qué es, ni de dónde viene ni hacia dónde va, y de la que abrigáis una mera sospecha de que a veces actuáis debido a ella—, y, en definitiva, que no puede ser que esa mujer no intuyera antes de dónde provenía su mejora repentina en la escala social, ni intuya ahora lo que le espera. No puede ser, piensa el teniente coronel, que sabe muy bien cómo funciona el mundo, y que a pesar de ello, tal vez precisamente por ello, con la que fuera su mujer,

Maruja, ha educado honestamente a dos hijos, y que lo ha hecho con esfuerzo, porque es alguien que a pesar de sus relaciones y de tantos años en puestos de responsabilidad en el ejército sigue viviendo modestamente en un piso de Santa Florentina, en Cartagena, pues no puede ser que esta mujer no sepa ni intuya nada de lo que ha estado haciendo su marido hasta este momento. Y él, que a su edad ya no está para monsergas, sabe que se trata de esa sentencia tan socorrida: que tu mano derecha no sepa nunca lo que hace la izquierda. De eso se trata.

Durante esos días, que el teniente coronel querrá que pasen rápidamente, se hablará de fiscales, de abogados del partido y de abogados no adscritos, pero conocidos por su fama y por sus resultados, se hablará del Tribunal Superior, habrá llamadas telefónicas a los más variopintos lugares de veraneo del país y del extranjero, algunas respuestas tranquilizadoras y algunos silencios clamorosos. Con lo que te debe ese hombre y ahora que lo necesitas ni siquiera se pone al teléfono, le escucharé decir a la mujer del ex congresista Marcelino Patricio Reneses de alguien que estuvo en la mesa del Congreso de los Diputados y también de alguien que llegó a presidirlo en una legislatura anterior. ¿Y qué dirá el ex congresista? Ante su mujer y ante el teniente coronel lo negará todo porque se ha dado cuenta de que no tiene un apoyo firme en el militar retirado, aunque de sus conversaciones telefónicas con los letrados se desprenderá que existen grabaciones, que habrá que escuchar exactamente hasta qué grado resultan comprometedoras, y que en todo caso los abogados intentarán anular las pruebas para que el juicio no vaya adelante. Eso le tranquilizará a medias, aunque vista la presión que ejercen los medios de comunicación poco afines al partido no está tan seguro. Y ciertamente, no las tendrá todas consigo, y se notará en el nerviosismo de sus manos, pues aunque le digan que no pasa nada, él sabe que sí pasa, que a partir de ahora todo será siempre diferente, y que *ése* será sólo el menor de los males, y una noche le escucharé al ex congresista decirle a su mujer que le han asegurado que de un modo u otro le sacarán de este lío, que no deben hablar de esto con nadie y que no llamen a nadie ni hagan más llamadas que puedan estar relacionadas con este asunto, ni él ni ella, porque posiblemente su teléfono y el de muchos otros estará intervenido, que por la mañana ha hablado con uno de los letrados que se ha desplazado expresamente a Torrelavega, y que han estado comparando su caso con otros que fueron declarados prescritos y que se saldaron en su día favorablemente, que han hecho números y algunas cuentas le salen y otras no, y que el abogado le ha hecho saber que puede ser expulsado del partido en cualquier momento, que debe comprender que se trata de algo necesario para la imagen de la organización, pero que nada le afectará en lo personal porque seguirán queriéndole como antes, porque él lo ha dado todo por el partido, que es como si dijéramos lo mismo que darlo todo por la patria, y que no cree que suceda, pero que debe de estar preparado por si acabara siendo condenado o tuviera que declararse culpable para pactar una pena que nunca superaría los dos años y que en ningún caso acabaría con sus huesos en la cárcel, que él ya sabe por experiencia que lo más importante es salvaguardar el partido y que posiblemente haya llegado el momento de sacrificarse por él. Entonces le dirá a su mujer que el letrado le ha preguntado si tiene las espaldas bien cubiertas, que se refería a la cuestión económica, claro, si poseía alguna cantidad de dinero para emergencias, y confesará que ha sido en ese momento cuando ha entendido que el asunto no marchaba como debería, cuando le ha dicho eso del dinero y lo de sacrificarse por el partido. Pues bueno, se interrumpirá de pronto a sí mismo el ex diputado, poniéndose estupendo, y le dirá a su mujer que espera que el partido responda en la misma medida que él ha cumplido con el partido durante tantos años, porque de no ser así es capaz de tirar de la manta, momento en el que su mujer recordará esa nota humorística

que él solía contar cuando decía que era como ese Marx, de nombre Groucho, que presumía de principios, pero aseguraba que si no gustaban, podía cambiarlos porque tenía más, para todos los gustos, y será entonces cuando ella diga: ¡Marcelino, no hables así, por el amor de Dios!, y se haga un silencio largo y espeso como una noche de insomnio.

Por fin regresaremos a Cartagena por esas carreteras de Dios, deteniéndonos aquí y allá, con el teniente coronel tomándose su tiempo, que es como si le sobrara y ya no tuviera prisa para nada, tal vez porque regresa antes de lo previsto, tal vez porque la noticia ha caído como una bomba aturdidora en el chalet del tal Marcelino, presunto ladrón o delincuente o prevaricador o malversador imputado por corrupción, un caso de esos tan espectaculares que los periódicos califican de trama, y que un juez de la Audiencia Nacional acaba de admitir a trámite contra él y contra algunos más de los suyos, cuyos nombres también le suenan de distintos gobiernos, de haberlos visto en televisión y, en definitiva, por haber ostentado cargos públicos de relieve. Aunque estaba sobre aviso, Patricio Reneses ha quedado impactado, cariacontecido, y ya sólo espera lo peor. Avelino Domingo Pesquera ha decidido dar por finalizada su visita, al fin y al cabo su anfitrión tan sólo era un conocido, y la invitación un ofrecimiento que debió rechazar. Estaba de más en esa casa ostentosa que no es un hogar, Maruja, que en realidad es un lugar donde recibir, un lugar para invitar y poder ser invitado. Así que el teniente coronel regresa a casa, ahora sin prisas, entre molesto, hastiado y abatido por esa casi nueva realidad que ensucia la patria; hartado de esos días pasados entre presuntos maleantes de alta estofa, pero también porque la intuición—ese sentido del que ya os he dicho que no sabéis qué es, y todavía menos cómo funciona—le dicta que se vaya de allí, que ponga tierra de por medio y que viva la vida con su propio código, que nada tiene que ver con el de esa gente con la que Maruja hizo amistad sin saber realmente quiénes eran. Qué buena era Maruja, y tan ingenua ella, pero qué felicidad les regaló a él y a sus hijos mientras la tuvieron. Bueno, pues tal vez sea que el exceso de prudencia para no expresar abiertamente lo que pensaba le ha dejado exhausto, y puede que sea así porque de vez en cuando le escucharé decirse a sí mismo—en ocasiones incluso lo hará en voz alta—allá os las compongáis, sinvergüenzas, que a cada puerco le llega su San Martín; aunque tal vez el cansancio sea una consecuencia del cáncer que sin él saberlo comienza a corroer su cuerpo, y que a su modo no le da tregua, o tal vez sean todas estas cosas en conjunto las que parece que de pronto le han trastornado la vida, y ahora el tiempo se ha convertido en algo relativo, quizá porque a estas alturas el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera está de vuelta de todo y no necesita buscarle un sentido ni a la vida ni a nada, y deja que los días transcurran a su ritmo, al que sea, posiblemente el que le es preciso a cada instante, porque ha pasado demasiados años atendiendo lo urgente y postergando lo importante como para que ahora pueda confundirse. Piensa que se trata de algo que le ocurre a todo el mundo y por eso mismo no se reprocha nada. Bueno, ésa es la sensación que tiene. Porque, me pregunto yo, ¿qué haríais si os quedaran noventa minutos de vida? ¿Un mes? ¿Seis meses? ¿Un año de vida? Yo os lo diré: nada. Perder el tiempo como lo habéis estado perdiendo desde el día de vuestro nacimiento. Ni más ni menos. Eso es lo que se demostrará en cuanto le diagnostiquen el cáncer y él crea que tiene los días contados. Nada va a cambiar excepto algunas rutinas. Y si algo le cambia, ya os lo aviso ahora, será gracias a los demás. Eso es todo. Entonces, un sábado de finales de agosto, en Plasencia—hasta ese punto tan distante de su destino final ha decidido llegar mientras regresa a casa—, esperará que sean las siete de la tarde para llamar al Canadá, con una diferencia de seis horas, a Montreal, al hijo arquitecto que vive allí, porque a esa hora estarán almorzando y cree que de ese modo encontrará

a toda la familia reunida, y podrá hablar con su nieto Jean Michel, que chapurrea el español pero que le habla en francés la mayor parte del tiempo, y luego con su nuera Françoise, que sólo habla francés, y pensará que no debe demorarlo más, que necesita tomar clases de conversación en ese idioma, que le irán bien para completar las horas que pasa con esos patchwork que a él le gustaría que fuesen un compendio de todos los ejércitos, de todas las banderas, de todas las épocas, de todas las armas y de cuantos regimientos haya podido recabar información, pero que conscientemente ha reducido a los meramente históricos de España, porque cualquier otro ámbito le resulta inmanejable, y piensa que el estudio del francés le irá bien para refrescarlo, porque hace tiempo que no lo habla, y también para mantener en forma la mente. Un día daré la campanada, Maruja, ya sé que tú no me crees, pero un día de estos me liaré la manta a la cabeza, me tomaré una pastilla si es necesario y viajaré al Canadá para conocer el lugar donde vive nuestro hijo con su mujer y nuestro nieto. Se lo han contado, ha visto infinidad de fotos, pero lo cierto es que le cuesta hacerse a la idea. Como tiene otro hijo, al día siguiente, por la mañana, en pleno horario vacacional español, lo llamará porque ahora desea completar la rueda y pasar revista a toda la familia. Este otro hijo es ingeniero y vive en un barrio acomodado de Barcelona, casi en la frontera de Sarriá con el paseo de la Bonanova, con su mujer y sus hijos, aunque ahora, cuando habla por turnos con ellos, resulta que están veraneando en la Costa Brava, y cuando se pongan al aparato sus dos nietos, Marc y Xènia, un nombre este último que le costará pronunciar, y apenas les entienda porque a sus cuatro años mezclan el catalán y el castellano todo el tiempo, siente que al otro lado del teléfono están felices de escuchar a su abuelo, al que llaman yayo o *avi*, y le preguntan que *quan vindràs?*, y le explican que tienen una piscina en el apartamento donde se lo pasan bomba y que también van al mar, y que si va a verles se bañarán juntos, y cuando cuelga, el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera es el hombre más feliz del mundo. Ni te imaginas cómo están de mayores esos críos, y qué bien se expresan, Maruja, uno de estos días, cuando arregle un par de asuntillos en casa, viajaré a Montreal y a Barcelona para disfrutar de esos nietos tan maravillosos que tenemos, que dicen que Xènia tiene tus ojos y la misma calidez en la mirada que tú. Ya ves, Maruja, cómo me gustaría que pudieras verlos tú misma. Es un buen propósito que Avelino se hace demasiado a menudo, y que no cumple jamás, pues también cree o piensa que los hijos siempre andan con más trabajo del que pueden absorber, y aunque él se considere un abuelo joven, sabe por experiencia que los abuelos, cuando no hacen de canguros, más bien molestan. En fin, seguiremos el viaje de regreso a Cartagena a un ritmo que será una improvisación constante, más parecido al de un Ulises intentando regresar a duras penas a Ítaca, que el de un teniente coronel retirado que simplemente no parece tener claras sus prioridades. Y cuando lleguemos a su domicilio de Santa Florentina lo primero que hará será recoger a su loro *Venancio* en casa de una vecina, porque ha sido esa vecina de confianza, vecina de toda la vida, íntima de Maruja, la que lo ha estado cuidando estos días, y con él subiré a su piso, que es de tamaño mediano, ordenado y limpio. Como debe mandar el espíritu castrense, le escucharé decir más tarde a su nuera catalana, que en realidad no ha visto nunca el piso, y que sólo sabe de él lo que le ha contado su marido. Ninguno de sus hijos ha querido ser militar y él tampoco ha insistido en ello, tal vez porque Maruja, su mujer, prefería que hicieran carrera en la vida civil. ¿Eh, *Venancio?*, le preguntará al loro tras contarle aquello que hubiera preferido o no su mujer, porque *Venanciosigue* siendo el loro de su mujer. Como el hecho de quedarse a vivir en Cartagena después de retirarse, porque parecía el lugar natural de reunión de la familia, donde los hijos habían crecido y adonde, decía ella, regresarían tras estar desperdigados por el mundo. Y al final ni ella ni los hijos están ni tampoco se les espera. Al menos, al teniente coronel le quedan unos

cuantos compañeros de armas a quienes ve de vez en cuando. Algunos han pertenecido al Ejército de Tierra y otros a la Marina, pero a eso ya se ha acostumbrado desde que le destinaron al 73 de Cartagena, al Regimiento de Artillería Antiaérea. Nunca sabes con qué te sorprenderá la vida, le dirá a *Venancio*. Tampoco se le hubiera ocurrido a él tener un loro. Y aquí está, porque *Venancio* le recuerda a su mujer y, además, le hace compañía. Un loro del que le escucharé contar que ha permanecido mudo durante los dos primeros meses tras la muerte de Maruja, y con el que ha tenido que aplicarse a fondo para que recupere el habla, y no es que sea un loro de grandes discursos, porque desde siempre que tan sólo sabe decir una frase. El teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera le contará a quien quiera escucharle que su mujer sólo le ha enseñado esa frase, que no ha intentado que dé los buenos días ni que salude o despida a las visitas. Maruja era especial. Peculiar, dirán de ella sin que se sepa por el momento si se trata de una apreciación ruin o todo lo contrario. Digamos que, como tantas cosas que decís, dependerá del contexto y del tono en que os expreséis. Ella le cantaba canciones al loro y éste hacía como que aplaudía con las alas y respondía *Sí, sí, sí, así gana el Madrid*, porque el loro había salido del Atleti, como su mujer, que era quien se lo había enseñado, y eso es lo que ahora le responderá el loro al teniente coronel retirado, *Sí, sí, sí, así gana el Madrid*, que no es una respuesta que le sirva al comentario de que Maruja siempre prefirió que los hijos hicieran carrera por lo civil, ni siquiera a ese no saber con qué te sorprenderá la vida, pero que el viudo Avelino Domingo Pesquera pensará que es mucho más que nada.

Avelino no le cantará canciones al loro. No tiene buena voz y desafina. Como mucho, le tarareará la canción que Maruja solía cantarle—al loro—y que está en el origen de su nombre. *¿Cómo cambian los tiempos, Venancio! ¿Qué te parece?* Lo soltará así, de improviso, mientras trabaja ensimismado en cualquiera de sus patchwork, porque en cuanto haya acabado con esa serie militar le han prometido exponerla en una de las salas del Museo Naval de Cartagena, y también en una de Madrid, en la comandancia, donde conserva todavía algunos buenos amigos. *¿Cómo cambian los tiempos, Venancio! ¿Qué te parece?* Eso le cantará al loro, recordando a su mujer, y luego le pondrá al corriente de algunos detalles, por ejemplo, de si anda falto de información sobre los Dragones de Lusitania o sobre los Carabineros de María Luisa; que tal vez la mezcla de lana de carda con poliamida y un grueso de sarga no acaban de combinar con el fondo de franela; y qué te voy a contar de los colores y sus gamas, *Venancio*, que es un aspecto en el que mandan las ilustraciones, algunas no muy fidedignas, por cierto. Y todo será así con el teniente coronel retirado, como un dejarse ir pausado. Estaré bien con él. El teniente coronel es un hombre apacible y religioso, de misa de domingo en la iglesia del Carmen, que más tarde da un paseo por la Alameda de San Antón, un ritual que vive sin excesos, porque las cosas son como son y nada le causa ya el menor desasosiego, Dios está en su lugar y él no ha cometido demasiados pecados de los que arrepentirse. No se arrepiente de nada de lo que ha hecho en esta vida, ni siquiera de haberle allanado el camino al entonces congresista Marcelino Patricio Reneses con uno de sus amigos del Estado Mayor para unas recalificaciones de antiguos terrenos militares de escasa, por no decir nula, utilidad para el Ejército, y no se arrepiente porque sigue pensando que entonces hizo lo correcto. A lo sumo se siente un tanto ingenuo, pero piensa que sin un punto de ingenuidad, en este mundo no habría modo de iniciar proyecto alguno, por eso le repugna esa gente que se aprovecha de la buena fe de los demás. Con su pan se lo coman, dirá al detenerse frente a la imagen del Santo Niño del Remedio, costumbre que sigue porque era al Niño a quien le rezaba Maruja, y con su pan se lo coman le dirá al loro, que aplaudirá con las alas y le responderá

aquello de *Sí, sí, sí...*, una y otra vez, aunque su respuesta no tenga ningún sentido. En Cartagena regresará a sus cosas, a las rutinas en las que se ha refugiado tras la muerte de su mujer, a la que iremos a visitar en los primeros días al cementerio de los Remedios, justo al lado de la lápida de un Sánchez Guerra que a él le hace pensar en antiguos políticos de la época de Alfonso XIII y de la Segunda República, pero sobre todo en un breve presidente del Real Madrid. Qué broma que en tu tumba, Maruja, tú que eras tan del Atleti, estés acompañada por la estela familiar de un presidente del Real Madrid. Cuando llegue el momento, traeré aquí a *Venancio* para que te haga compañía. Aunque puede que llegue yo antes. Y es allí, en el cementerio de los Remedios, adonde va a verla a menudo, aunque la tenga siempre presente. Ya de vuelta, Maruja, menudas vacaciones en el Norte, incómodas a más no poder, con esa amiga tuya y su marido. Como se descuiden, acabarán los dos en la cárcel, aunque ella siempre puede hacerse la tonta y decir que no sabía nada, que no sabía de dónde procedían esos sobres repletos de billetes. El teniente coronel retirado se levantará por las mañanas y desayunará rutinariamente mientras escucha las noticias en la radio—y entre noticia y noticia yo mismo oiré una solemne estupidez: que con el trasplante de órganos, el paciente corre el riesgo de adquirir el alma malvada del donante. Ya veis hasta qué profunda sima os puede conducir la ignorancia cuando se le presta un micrófono. Lo que ahora me recuerda ese cambio de personalidad que sufre el protagonista de *El Golem* cuando se equivoca de sombrero y se encasqueta el de un tal ATHANASIOS PERNATH, aunque bien pensado no es el mejor momento para una historia que ya os contaré cuando os presente al escritor bloqueado y obsesionado a la vez con los cambios de personalidad—, y como os decía, mientras escucha la radio, el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera arreglará la jaula del loro y se dirá que no puede creer lo que está oyendo—se refiere a esa permuta de alma malvada a través del trasplante de los órganos—, lo que le permitirá iniciar alguna que otra conversación con su fiel compañero de pico duro y brillante colorido, sobre lo mal que anda el país y lo mal que ha andado toda la vida, porque en el fondo no cree que se trate de algo nuevo, sólo que ahora estas cosas afloran, y la talla de los políticos y de la gente pública sale a la luz, cuando antes era algo circunscrito a un entorno más íntimo, ¿eh, *Venancio?*, bromeará, esperando aquel cántico que tanto agradaba a Maruja. Como militar retirado, y en las antípodas de los salvapatrias, Avelino Domingo Pesquera cree que la milicia es superior a la política, como la espada es superior a la pluma, tal y como explica que demostró Cervantes en el *Quijote*, y que la disciplina y la jerarquía bien entendidas no habrían permitido de ningún modo que el país se convirtiera en la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones. En fin, Avelino saldrá a por la prensa y tomará un café en La Tartana o en la Confitería de Pani, donde todos le conocen y saludan discretamente para no estorbarle la lectura del periódico, y donde alguno le preguntará por las vacaciones y por la salud, que según él andará bien, muy bien, si no fuera por infinidad de síntomas que están emparentados con la pérdida de robustez y los deterioros de la edad, ironizará, y no con otra cosa, claro; y luego rehuirá el casco antiguo y el puerto, esos alrededores de su domicilio que ahora suelen estar plagados de turistas, y caminará entre una y dos horas antes de encerrarse en casa, siempre variando el recorrido. A veces subiremos al parque Torres, en cuyo mirador se detendrá unos minutos a contemplar las vistas que tanto le gustaban a Maruja: el castillo de Galeras, el Teatro Romano, la Batería de Fajardo o la vieja catedral que algún día alguien verá reconstruida, o tal vez ni siquiera eso, porque quizá lo mejor sería dejarla como está, en todo caso impedir que acabe desmoronándose. Porque el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera es un gran andarín, más que Cristina León en sus paseos berlineses, porque ella lo que pretendía era llegar exhausta física y mentalmente, porque a menudo no veía nada, sólo los paisajes que construía en

su interior, así que será Avelino quien me descubra el verdadero arte del paseo, ese que se ejerce por el mero hecho de pasear sin propósito alguno, ahora que le explica al loro que la gente anda como si se tratara de una obligación. Más que andar, marchan, se sincerará, algo que él conoce de primerísima mano, refiriéndose a las distintas clases de marchas en las que los militares son verdaderos expertos, por eso sabe que la gente en lugar de andar marcha, porque han escuchado, o tal vez se lo haya recomendado el médico, quizá un vecino, que andar con cierto ritmo es bueno para la salud. Él piensa distinto, piensa que el tiempo de paseo es para observar, pensar o descubrir, que el paseo es cualquier cosa excepto una obligación, y aunque él ha convertido sus paseos matinales en rutinas—si bien considera que cada día es distinto del anterior, y en cierto modo así sea—, sabe que lo último que deben tener sus paseos es un propósito, que si les añade un propósito perderán una parte importante de su función. De eso le habla en ocasiones al loro. Incluso le dirá que los humanos os habéis vuelto locos estresando el tiempo, acelerándolo. Y está convencido de que el exceso de información y la rapidez con que os llega os impiden pensar con tranquilidad. Yo diría simplemente que os impiden pensar. Y será una lástima que el teniente coronel desconozca al tuitero aquel que mandaba a la gente a paseo, y que lo hacía literalmente, porque según él mientras se pasea no se dicen imbecilidades a través de Twitter. El teniente coronel retirado apenas sabe qué es eso de Twitter ni le interesa saberlo, de la tecnología sólo le interesan los dispositivos y las aplicaciones que le permiten hablar y, sobre todo, ver a sus nietos sin coste de llamada. Eso sí que le parece maravilloso.

Él irá a la suya, como soléis decir vosotros. Y entre sus preferencias destacarán los largos paseos. A veces iremos por Alfonso XII e incluso por el paseo del Muelle, para cambiar de paisaje y de perspectiva, otras veces iremos a buscar retales, restos de materia textil para sus regimientos y sus banderas que le guardan en una tienda de Juan XXIII y en otra del ensanche, no demasiado lejos de su casa. Unas veces se cocinará él mismo, guisos heredados de Maruja, y en otras ocasiones iremos al barrio San Roque, donde conocen bien sus frugales costumbres gastronómicas. Cocina sencilla, sin excesos de cantidad ni de sabor. No le gustan los restaurantes donde se puede ver la televisión o donde el volumen de la música es excesivo. Sin embargo, como si se tratara de una de esas contradicciones vuestras imposibles de superar, cuando coma en casa, verá las noticias del mediodía, una costumbre que conserva desde tiempos inmemoriales. Ahora es diferente, ya que Maruja no replica a sus comentarios ni cuando son exabruptos, ni tampoco el loro *Venancio*, por supuesto, cuya sensatez se demuestra en sus silencios, y luego dormirá una siesta corta en la butaca. Más tarde, cuando despierte, se tomará un café descafeinado que le proporcionará el tono necesario para centrarse en esa afición suya por los retales y los uniformes militares, esa del patchwork, a la que le dedicará su tiempo hasta la hora de cenar, y aunque no se vanaglorie de su obra, lo cierto es que tampoco esconderá el haberse aficionado a un arte que alguno en el cuartel describe como claramente femenino. No se avergonzará de ello tampoco, aunque en alguna ocasión, cuando una vez por semana acuda al Club Naval de oficiales para ver a sus antiguos compañeros, haya tenido que explicar que se trata de un arte milenario que ya se ejercía en Egipto, la India o Jerusalén, y que los cruzados, militares como ellos, fueron quienes lo importaron a Europa, y entonces ellos, sus antiguos compañeros, querrán que les hable del Regimiento Farnesio, y del Regimiento Alcántara de caballería que se distinguió en el Desastre de Annual, del homenaje que su obra ha de significar para ese todo histórico que simbolizan los Regimientos de España. A uno de sus compañeros del Club le comentará que se ha fijado como último objetivo la exposición que tiene medio apalabrada en el Museo Naval. Y es que no está

seguro de que sea el patchwork lo que le atraiga, tal vez tampoco la historia militar, sino que es la combinación de ambas cosas la que le insufla la fuerza necesaria para continuar el estudio de los símbolos y de los uniformes. Alguna tarde se acercará a la Asociación de Patchwork y Labores con Encanto, donde comparte ideas y problemas con otros asociados con mayor experiencia que la suya, la mayoría civiles, la mayoría mujeres, que también se interesan por su proyecto y le piden detalles. Y mientras les da vueltas a los libros ilustrados, a los uniformes y también a cómo anda de mal el mundo, pensará en su mujer, en esas pequeñas complicidades que compartían a diario y a las que no daba ninguna importancia, pequeñas minucias que le llenaban la vida, y en su imaginación la verá descansando, o leyendo, la verá en la cocina o cantándole al loro eso de *¡Cómo cambian los tiempos, Venancio! ¿Qué te parece?*, y al final siempre acabará asumiendo que ahora ella se encuentra mejor que él y que todos, porque en su pensamiento ella está en el cielo, que él sitúa allá arriba, o estará donde sea que vayan a atracar las almas buenas, porque Maruja era una persona buena, simplemente buena, sencilla, siempre en su sitio, tal vez peculiar como se la ha definido antes, pero buena, esencialmente buena, y pensará que ese sentimiento que tiene no es más que el sentimiento egoísta de querer perpetuarla a su lado, lo más cercano a aquello que algunas veces habían comentado sin llegar a ponerse de acuerdo, cuando él decía que si uno de los dos había de faltar que fuera él. Porque sin ella no sería nada, se decía a sí mismo, Avelino. Y aquí me tienes, Maruja, echándote de menos, tanto tanto que incluso me he de inventar esos patchwork para sobrevivir. *¡Cómo cambian los tiempos, Venancio! ¿Qué te parece?*, y *Sí, sí, sí, así gana el Madrid*, oirá entre aplausos por enésima vez, y por enésima vez al día se alegrará pensando en la sonrisa que su Maruja, en ese preciso momento, les estará dedicando a ambos desde allí arriba, a él y al loro.

Así será nuestra vida, que a ojos extraños podría parecer monótona, hasta que en pleno otoño se vea interrumpida por un par de desmayos que llevarán al teniente coronel, tras los análisis y exámenes preceptivos, a malgastar buena parte de su tiempo en las salas de espera del Hospital Santa Lucía. Será allí donde le detectarán un carcinoma pulmonar que, para su sorpresa, nada tendrá que ver con los desmayos. Ha tenido suerte con esos desfallecimientos, le dirá la doctora, porque el carcinoma se encuentra en un estado muy inicial—*in situ*, dirá ella—, y luego añadirá que dentro de la gravedad que siempre representa un cáncer, éste tiene buen pronóstico. Y entonces el teniente coronel retirado se alegrará de los años que hace que dejó de fumar, y hará planes para el inicio de la quimioterapia que le combinarán con radioterapia y que sin lugar a dudas alterarán de algún modo nuestra vida y la del loro *Venancio*, que resulta que también es sensible a los cambios en sus rutinas domésticas. Y así pasaremos unas pocas semanas más, hasta que un mediodía se presente por sorpresa el hijo ingeniero de Barcelona, que sabrá por la vecina, esa mujer que sin parecerlo está al tanto de todo, y que desde hace años, probablemente desde la muerte de Maruja, dispone de los números de teléfono y de las direcciones de sus hijos, allá en Barcelona y en Montreal, por si alguna vez fuera necesario ponerse en contacto con ellos, que su padre no anda muy bien de salud. Porque la mujer intuye que el teniente coronel, con la excusa de que se trata de un cáncer en estado inicial con buen pronóstico, se lo oculta a la familia, porque están lejos, porque no quiere preocuparlos ni ser un estorbo. Y así será como el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera, que tiene intención de llevar su tratamiento con la misma sobriedad con que está afrontando la soledad en la que le ha dejado su mujer, se verá sorprendido ese mediodía por la presencia de su hijo. Cómo siente ahora no haber sido mejor marido. Ha tenido que perderla para darse cuenta de lo importante que era en su vida, de cuánto la necesitaba.

Justo te he perdido, Maruja, cuando más tiempo tenía para dedicarte. Que se cuidara, le habían aconsejado los amigos, porque muchos al jubilarse habían abandonado la disciplina física y mental y se habían quedado tirados en la cuneta. A mí no me iba a pasar. Y en cambio te perdí a ti, Maruja, tú que eras el sostén de esta familia. El teniente coronel retirado espera que, aunque se lo vendan con buenas palabras, se acerque el momento de despedirse para definitivamente reunirse con ella, su Maruja, en el más allá. Pues será así, en estas circunstancias, un mediodía, de regreso de las rutinas matinales, cuando se encontrará a su hijo, el de Barcelona, esperándole a la puerta de su casa, porque ha venido a convencerlo de que es en la ciudad en la que él vive donde mejor le tratarán el cáncer de pulmón; que él ya está en contacto con uno de los mejores equipos del Estado, incluso de Europa, le dirá, aunque deje caer esa información de un modo casual, sin darle excesiva importancia, pero como una carga de profundidad cuyo objetivo final sea convencerle. Y allí mismo, en su modesto piso, mientras su hijo pretende explicarse, él, el teniente coronel retirado, se meterá en la cocina y preparará lo que llama una rica mojama, porque sabe que su hijo la sabrá apreciar. Que de esto no tenéis en Barcelona, señalará, y entonces aprovechará que ha tomado la palabra para contarle—como una más de las tantas cosas que su hijo no sabe de él—que no vive tan mal como se pueda pensar desde la lejana Barcelona. ¿Qué van a saber los hijos de los padres, después de que se han marchado y mantienen un contacto distante y casi protocolario? ¿Eh, *Venancio*, a que no comemos tan mal?, y el loro aplaudirá y soltará su *Sí, sí, sí, así gana el Madrid*. Eso se lo enseñó tu madre, apuntará, e insistirá en ello—pues para Avelino cualquier excusa es buena para hablar de Maruja—, porque los del Atleti son también así, ya sabes, y el hijo retomará al rato la conversación, ese hilo que sabe que no debe soltar, aunque de vez en cuando le dé carrete, pero que luego habrá de volver a tensar para que se entere de que no está dispuesto a dejarle solo, y le dirá que le tiene preparada una buena habitación soleada y espaciosa, para que se instale en su casa con todas las comodidades, y que incluso dispondrá de un espacio en el taller de una amiga ceramista, a diez minutos dando un paseo, en Sarriá, padre, para que siga usted con sus patchwork, y le dirá también que su mujer, la catalana, y los nietos lo están esperando con los brazos abiertos. Al teniente coronel no le acaba de convencer todo este despliegue de afectividad, porque ni quiere molestar ni quiere que le molesten a él, que tiene sus costumbres y sus rutinas, pero que bueno, que se lo va a pensar, dirá, que le dé tiempo, porque, además, está convencido de que el equipo médico del Santa Lucía no tiene mucho que envidiar al que le espera en Barcelona, por eso pide tiempo, y por eso en los siguientes días lo consultará con la doctora del hospital, e incluso la vecina volverá a ofrecerse para cuidar al loro por si no desea llevárselo a Barcelona, que ella se lo cuidará mientras tanto, que durante ese tiempo que ha estado en Castro Urdiales ambos se han acostumbrado el uno al otro y que, bueno, un loro del Atleti pues tampoco molesta tanto. En fin, ella será todo un ejemplo de eso que a veces sois los humanos cuando a humano se le quiere dar ese significado de solidario. Que entre tanta maldad, algo bueno puede florecer. Tal vez por eso mismo le cogeré cariño al militar. Será porque juzgados en conjunto sois una especie deleznable, pero uno a uno, a veces, sólo a veces, digo, me habéis parecido incluso buena gente, agradables y sensatos.

Y justo unos días antes de Todos los Santos—ese día dedicado a vuestros seres finados que el teniente coronel retirado no pasará en Cartagena—iremos a visitar a Maruja al cementerio de los Remedios, le llevaremos flores, crisantemos rojos y amarillos, y pasaremos la tarde ante su tumba y en un banco alledaño, con el pensamiento puesto en ella, saltando de un recuerdo a otro, porque aunque Avelino se vaya a Barcelona con su hijo, no la olvida, como tampoco la han olvidado los

hijos, por más que la ausencia sea la mayor distancia conocida. Le dirá para sus adentros que pronto van a reunirse. Pronto estaremos juntos, Maruja, no tardaré mucho en seguir tus pasos. Y luego continuará en voz alta. Ya nada me retiene en este mundo. Los chicos tienen sus propias familias, no me ocupé demasiado de ellos cuando debía y ahora no debo de ser una carga. Este mundo está cambiando por momentos, Maruja, y cada vez se hace más difícil soportarlo. No quiere ser testigo de ese mañana que, como un tsunami, amenaza con arrasarlo todo, no quiere ver a esas generaciones futuras chapoteando en la precariedad para no hundirse, atemorizadas y dóciles en nombre de la seguridad, y sobre todo esclavizadas por la debilidad de su pensamiento, un pensamiento sólo presuntamente propio. Esos millones de ciudadanos con los que una sociedad fuerte, competitiva, insolidaria, ésta y la otra, la de uno y otro lado del océano, la nuestra y la antagónica, no va a saber qué hacer, y Avelino se lamenta y piensa que no quisiera estar en su pellejo, ni siquiera desea verlo. Es como si el mundo no tuviera ya futuro, o como si el futuro hubiese perdido todas las gracias y bondades que en otros tiempos pretéritos se podían vislumbrar. Nuestros nietos van a tener que adaptarse a situaciones excepcionales, Maruja, ni siquiera soy capaz de imaginar las exigencias que tendrán que afrontar. Y entonces le dirá que mientras espera para irse con ella, confía en que sea ella quien le acompañe a él, pues ahora que no está anclada por un cuerpo podrá viajar a su voluntad y guiarle con sus pasos cortos y decididos, y qué mejor viaje que a casa de uno de sus hijos a pasar algunos días, o semanas, junto a sus nietos, los gemelos Marc y Xènia. Y si sale bien, Maruja, tal vez vayamos a ver también al otro hijo, a la nuera y al nieto Jean Michel, a Montreal. ¿Qué te parece? A la vejez, viruelas, Maruja. Y después de esas horas de recogimiento en el cementerio, dos días más tarde nos trasladaremos a Barcelona y lo haremos en el cómodo y espacioso automóvil familiar que conduce su hijo, a quien le ha parecido la mejor opción para un viaje de tantos kilómetros, y también para llevar las cosas de su padre, aunque tampoco son tantas, pero un poco por si acaso, y por el loro, al que finalmente se llevará consigo. Y por el camino tendrán tiempo para conversar, ya sea mientras conduce el hijo o mientras Avelino le releva para que no se le haga tan pesado el viaje, incluso en las paradas que hagan para reponer fuerzas dispondrán de tiempo para hablar, porque parece que es el momento idóneo, no tienen prisa y qué mejor situación para coser la brecha que se ha ido abriendo entre padre e hijo, para salvar esa distancia que con los años parece insalvable, para mantener ese diálogo sincero que restablezca puentes desde la diferencia. Y una vez más se quedarán a medias, anclados en los aspectos más materiales, pues al teniente coronel retirado no le resulta fácil hablar de sentimientos, ni mostrarlos, que ésa era una tarea que ejercía Maruja a las mil maravillas. Y el hijo fingirá no darse cuenta y le hablará de las obras que actualmente dirige en el puerto de Barcelona y de las expectativas que tienen—habla en plural por él y por su mujer—para sus hijos; de lo afortunados que son por lo bien que les van las cosas—porque tampoco desea preocupar a su padre con los contratiempos que sin duda surgen en la vida—; de las esperanzas que ha depositado su mujer en la empresa de tecnología avanzada que dirige, y con la que piensa que va a revolucionar el sistema de envase y distribución de bebidas gaseosas; de lo preparado que está el equipo médico que le espera—a él, al teniente coronel Avelino Domingo Pesquera—esa misma semana; del estudio de la ceramista Gavaldá, donde podrá trabajar sin restricciones de espacio en sus patchwork, etcétera, etcétera. Y Avelino le contará a su hijo qué pretende con esas creaciones en tela, cuáles son sus rutinas diarias, que son las de un jubilado, dice, que no desea molestar más de lo necesario, pues no le cuesta admitir que cuando uno se hace mayor se convierte en un maniático, pero que procurará adaptarse a la nueva vida que le espera, aunque lo que verdaderamente le preocupa es cómo vivirán sus nietos, Marc y

Xènia, su llegada, su intromisión. Que lo que más le inquieta es la impresión que pueda causar en ellos. Pues de alborozo, padre, le esperan a usted con alborozo, le escuchará decir a su hijo. Y eso le tranquilizará hasta la siguiente curva. Y a continuación hablarán y seguirán hablando porque hace años que no tienen una ocasión tan propicia, porque, ahora que lo piensa, siempre han hablado a través de Maruja, como si hubiesen precisado de una voz interpuesta que resolviera las asperezas, y, al final, tampoco importará mucho que la conversación se mantenga en la superficie, porque llegar al fondo de la guarida de cada uno—ésa, *guarida*, es la palabra que utilizará el teniente coronel cuando piense en ello—ya no será posible, ni quizá tampoco deseable, pues sería como romper el cristal que separa vuestra mano de la palanca de emergencias, la palanca que lo detiene todo, y cuando eso ocurre, percibe el teniente coronel, nunca ya nada vuelve a ser lo mismo. Días más tarde, el teniente coronel seguirá reflexionando sobre ese viaje, y pensará que sus hijos han escogido una vida de trabajo, trabajo y trabajo, y más trabajo, y pensará que está muy lejos de sentirse orgulloso, pues él ha tardado en darse cuenta de que si no cometió el mismo error debió cometer uno semejante. No son sólo ellos, la sociedad entera sigue ese mismo rumbo. Un nuevo Moisés no tardaría en darse cuenta de que, de nuevo, habéis escogido adorar al becerro de oro, al dinero. El único Dios de este siglo. ¡Cómo cambian los tiempos, Maruja! Vivimos en una sociedad acelerada, más rápida y más necia. Un círculo vicioso que sólo se puede cerrar con una interrupción súbita, es decir, de un único modo: en catástrofe. Un cataclismo. Y cuando Avelino lea un artículo en el periódico que trata sobre la expansión constante del universo y sobre el concepto de infinito, pensará que llegar a conocer a su hijo, conocerlo de verdad—a eso se refiere él—, en el fondo es como intentar comprender los principios que rigen el universo: si es que de la nada puede haber surgido todo; cómo puede ser que siempre haya habido algo—eso de que Dios, o el Gran Programador, está creando el mundo desde siempre—; de por qué no se cumple la lógica del inicio, desarrollo y final; o si es que se trata de un bucle, de una de esas imágenes imposibles que no tienen inicio ni fin; quizá porque vuestro desarrollismo ya es imparable, y estáis tan acelerados que no podréis frenar y os estrellaréis; o si frenáis, en seco, sólo provocaréis un final aún más catastrófico. Una hecatombe. Cosas como ésta piensa el teniente coronel para eludir otra línea de pensamiento: que llega tarde para alcanzar un conocimiento íntimo de su hijo, y le conviene achacarlo en parte a la crisis de valores que ha provocado la involución del mundo, y en ese instante, cuando está a punto de confesarle que ha metido en la maleta varios álbumes de fotografías para, si un día se atreve a pedírselo, mirarlas juntos, justo en ese instante respirará hondo y callará, y cerrará de una vez por todas su reflexión sobre la urgencia de estrechar los lazos paterno filiales. Y hará bien, pues aunque penséis que entendéis alguna cosa sobre sentimientos, lo cierto es que no sabéis nada, ya que se trata de otro de esos fenómenos que no están a vuestro alcance, y si alguno de vosotros cree que lo entiende, mejor para él, porque vivir en el engaño le da una pátina de seguridad a vuestra conciencia, a vuestra alma, o como queráis nombrar a esa cosa, porque vosotros tan sólo estáis en condiciones de entender teorías y leyes que puedan ser representadas a través de expresiones o notaciones matemáticas, que son las que a su vez os proporcionan esa necesaria tranquilidad de espíritu. Pero ya digo: levantad la vista, respirad hondo y huid de las preocupaciones. Y lo que hagáis, repito, que sea como entretenimiento.

Regresando a la historia que nos ocupa, más tarde, llegada la Navidad, a resultas de un comentario de la ceramista Gavaldá, el teniente coronel Avelino Domingo Pesquera les obsequiará con un libro que trata de los saberes inútiles, porque cree que a las vidas de su hijo y

de su nuera les hace falta algo que no sabe explicar, que es tan evidente que resulta invisible, algo que se construye hacia dentro, que tiene que ver con el sentirse a gusto con uno mismo, con las pequeñas cosas cotidianas, y porque él mismo es consciente de que en su vida nunca ha tenido claras las prioridades, y le duele ver en ellos esa preocupación por lo que, en realidad, no tiene ningún valor. Nosotros, por nuestra parte—padre, hijo y loro, junto a un servidor—, llegaremos por fin a Barcelona, y en el barrio de San Gervasio, junto a Sarriá, obtendré otra visión de eso que llamáis familia desde múltiples ángulos: así me convertiré en objeto decorativo en el recibidor, que es tan grande como algunas de las habitaciones de Cartagena; en juguete de los niños o al menos en complemento de algún disfraz; en compañía del consentidor abuelo Avelino. Por eso sé que el abuelo Avelino compartirá más horas con sus nietos que en todos los años anteriores, y éstos con su frescura le ayudarán, sin que se dé cuenta, a resistir la enfermedad con una entereza encomiable. Resulta que tiene una familia que le adora, unos nietos gemelos que aunque le hablen en catalán le quieren como nadie le ha querido nunca hasta entonces, si exceptuamos a Maruja, y es que los niños no han aprendido a mentir todavía, y su amor es incondicional, y él incluso pensará en hacer planes de futuro, tal vez ignorando la enfermedad, tal como le ha prometido a Maruja, para viajar a Montreal, a la casa de su otro hijo y del otro nieto. Lo hará, piensa él, en cuanto los médicos se lo permitan, porque mal, lo que se dice mal, la verdad es que no lo está, y más de una vez le escucharé decir que no se siente enfermo. Creo en mi enfermedad porque confío en los médicos y en el sistema sanitario, Maruja, pero no sabría repetir el diagnóstico, ni decirte qué síntomas han detectado, y por eso mismo me parece que tan grave no debe de ser. Que exageran un poco, Maruja, para asustarme y que les haga caso. Aunque ya sabes que en el fondo no me importa porque vamos a encontrarnos en el más allá. Mientras tanto, si quiere viajar a Montreal, deberá practicar un poco de francés. No se le daba mal el francés, pensará mientras aprende las canciones infantiles que entonan a dúo esos nietos gemelos que se llaman Marc y Xènia, y que le cantan eso de *Ton pare no té nas, ton pare no té nas, ta mare és xata, i es teu germà petit, es teu germà petit té es nas de rata*, y luego le hacen repetir lo de *setze jutges d'un jutjat mengen fetge d'un penjat* que a él le hará pensar en el futuro de aquel ex del Congreso de los Diputados y ex del Ayuntamiento de Cartagena, Marcelino Patricio Reneses, cada vez más entrampado, y, aunque tan sólo hayan pasado unos meses desde su inaudita experiencia en Castro Urdiales, le parecerá que queda lejos, muy lejos, lejísimos, y entonces él seguirá jugando con los nietos y les enseñará, a cambio de sus dichos, eso de *Ojos de sapo, ancas de rana, que tengas suerte toda la semana* o el otro, el de *Alas de murciélagos, cola de lombriz, que hoy y siempre seas muy feliz*, y a cambio de sus canciones catalanas, otra que a la madre no le hará ninguna gracia porque le trae a la memoria viejas guerras perdidas, pero que aceptará como se encajan las derrotas en el juego, con buen humor; canciones que ahora los niños cantan con la energía que sólo los niños pueden desplegar, *De Cataluña vengo de servir al rey*, entonarán ambos, ¡ay! ¡ay! de servir al rey, de servir al rey. *Y las noticias traigo de mi coronel, de mi coronel*, y la nuera le comentará un día a su marido—que no debéis olvidar que es hijo de militar—que aceptemos de una vez que el mundo no es nada homogéneo y que cada uno piensa de un modo distinto, como si su marido pensara como ella y no supiera quién es su padre, teniente coronel, que sin darle tantas vueltas a las cosas también les enseña a los niños que un nudo plano nunca se deshace y que, así, esos coches que cuelgan en lo alto de la litera nunca van a caerse del todo, y a los niños les encantará esa respuesta infalible del loro *Venancio* que se ha traído el abuelo porque dice que le recuerda a la abuela, y al que los gemelos ya han aprendido a cuidar y a preguntarle con suficiente encono para que les responda aplaudiendo con las alas y con su sempiterno *Sí, sí, sí, así gana el*

Madrid, siempre bajo la tutela de ese abuelo teniente coronel retirado que ahora se siente feliz de jugar con los nietos a perderse por la casa y a perder objetos que dejarán en uno u otro lugar, hasta que su hijo o su nuera los encuentren un día y, asombrados, exclamen qué hace esto aquí, y ellos, el abuelo y los niños, se sonrían y se miran entre ellos con esa complicidad que dan las fechorías de bajo voltaje, y entre los padres surja esa sonrisa que dice qué bien que encajan el abuelo y los niños, quién iba a decirlo. Y al poco tiempo de llegar a Barcelona, el coronel adquirirá una nueva rutina, porque parece que la vida está hecha de rutinas, y acompañaremos cada mañana a los niños a la escuela y después, cuando no tenga médico o sesión de quimio o de radio, o tenga que ir al psicoterapeuta, porque en el equipo que le asiste hay un psicoanalista que le trata o que le acompaña—*coach* le llama él—, en el sentido de alguien que le ayuda a clarificar de dónde le viene la enfermedad, porque, según dice, las enfermedades siempre vienen de algún lugar, cuando no tenga ninguna de esas actividades y compromisos, digo, el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera buscará una cafetería de Sarriá donde leer el periódico que ya no es *La Verdad* de Cartagena, sino el *ABC* de toda la vida, y luego irá dando un paseo por las calles del viejo Sarriá hasta el estudio de la ceramista Gavaldá, que a petición de su nuera le ha prestado un espacio para que pueda trabajar tranquilamente en sus patchwork, que ahora avanzarán a un ritmo mucho menor, aunque él insista en que se trata de una fase mucho más creativa, porque le parece que absorbe todo lo que ve, porque desde la perspectiva de su enfermedad siente que todo lo que ve es nuevo para él. De su cáncer sólo hablará con la ceramista. El teniente coronel admira su pasión y su destreza, y se emocionará cuando ella le pida que se siente al torno y que ponga sus manos fuertes y ásperas sobre la frágil arcilla. Y entonces la ceramista le contará que también ella ha pasado por esa situación, que aún no hace tres años que superó un cáncer de mama, que le hicieron una mastectomía, que se sintió como esa arcilla en manos de un ser superior y que ahora da gracias por cada día, por cada rayo de sol. Es una plaga, se lamentará la ceramista Gavaldá, una plaga que afecta a casi tres de cada cinco mujeres, una plaga que nos ha enviado la madre naturaleza por alejarnos de ella. Avelino asiente y aprende y admite que, en realidad, quiere vivir. Y cuando no esté medio decaído por las sesiones de quimio o de radio, visitará museos y galerías de arte, y el puerto y el Tibidabo, la Sagrada Familia y todos esos edificios de Gaudí que ya ha visto en otras ocasiones, pero que ahora, examinados en soledad, parecen diferentes. Y también es cierto que estar en Barcelona le permitirá visitar otros archivos donde consultar documentación sobre regimientos y banderas. Todo será distinto para él en Barcelona, ya que de pronto no sólo siente que su entorno ha cambiado, sino también el mundo, y no sólo es distinto, sino que a veces le parece incomprendible, y aunque ya no es el que era—ni él ni el mundo lo son—, por primera vez se atreve a mostrar su estupor ante su hijo, quien, curiosamente, intenta convencerle de cómo ha mejorado la sociedad o la humanidad y de cómo el progreso es evidente en tantos campos. Y mucho mejor que así sea, se dirá Avelino, esta vez a sí mismo, y entonces le cantará esa canción al loro, la de *¿Cómo cambian los tiempos, Venancio! ¿Qué te parece?*, y el otro aplaudirá con las alas y le responderá con su sonsonete sempiterno, que él escuchará por enésima vez y, por enésima vez al día se alegrará pensando en la sonrisa que su Maruja, en ese preciso momento, les estará dedicando a ambos desde allí arriba, a él y al loro. Qué lástima que no estés aquí para ver cómo crecen estos nietos, Maruja, para disfrutar de sus abrazos y de sus razonamientos, aunque seguro que te las has arreglado para vernos de algún modo, ¿no?

Y cuando Avelino visite, en las cercanías del metro de Verdguer, al jovencísimo psicoanalista Pérez Cuscó, éste le comentará, tan pronto se siente ante él, que es su deber advertirle—aunque ya

debe de saberlo, porque el equipo de oncología con quienes colabora sigue un protocolo muy riguroso—que no le tratará como psicoanalista, sino que lo hará como *coach*; es decir, que le ofrece su ayuda porque buena parte de vuestras dolencias—él piensa que todas, pero no lo dirá—derivan de acontecimientos que os han afectado negativamente, de modo que el cuerpo responde creando una enfermedad que aunque os distrae de ese mal original, en el fondo puede ser incluso mucho peor. Así que el teniente coronel retirado visitará al psicoanalista *coach* no por convicción, sino por un principio de respeto a la autoridad, en este caso a la de los médicos especialistas que saben lo que se hacen, y que su posición, la del enfermo, no es la de hacer lo que le dé la gana, porque ¿cómo sería el mundo, si todos hiciéramos lo que nos diera la gana? Se trata del principio de obediencia que rige en los cuarteles y que él conoce a la perfección, y yo le acompañaré en las cinco sesiones a las que asistirá, y presenciaré la visita desde un perchero de madera negra, junto a una chaqueta de punto gris perla, que será donde me deje a su llegada, y allí, en la primera de las cinco ocasiones en que le acompañe, explorarán juntos, el psicoanalista *coach* y el teniente coronel retirado, qué sucesos de su vida pueden haberle afectado tan negativamente como para desencadenar ese cáncer de pulmón que padece, si habría que buscar en el pase a la reserva, en alguna pérdida familiar, en una frustración, cualquier cosa que pudiera haberle afectado nocivamente en los últimos años y, aunque Pérez Cuscó no mueva una sola ceja y siga preguntando, dando rodeos y lanzando hipótesis como si se tratara de un dispensador de señuelos sobre la procedencia de dicho cáncer, yo sabré que las ha descartado todas excepto la muerte de su mujer, Maruja; que es en su inesperado desenlace y en su ausencia, y no en otra cosa donde hay que buscar el origen de la enfermedad, porque según cree él, y tal como le ha prevenido al teniente coronel retirado antes de enfocar el tratamiento, los enfermos que conocen de dónde procede su enfermedad y consiguen enfocar correctamente ese acontecimiento que está en la raíz de sus males, consiguen erradicar de un modo, llamémosle milagroso, el cáncer o lo que sea que les ha traído a la consulta. El teniente coronel pensará que se trata de un psicoanalista demasiado joven para hacer unas afirmaciones tan categóricas, no obstante, se someterá al peso y al valor de su prestigio. Pongamos que sea cierto cuanto le han dicho de él su propio hijo y los miembros del equipo que le trata, y no sólo un envoltorio vacío, se dice Avelino para convencerse. Todo esto mientras inician una larga conversación alrededor de Maruja y de las circunstancias de su muerte—muerte por atropello a la puerta de su domicilio cuando regresaba de comprar el pan y cuatro cosas más—, que él no ha digerido porque ha sido una de esas muertes que acontecen de un modo inesperado, y porque no está preparado para vivir sin ella después de cuarenta y dos años de matrimonio, y aunque el teniente coronel actualmente en el retiro sabe que eso resulta muy egoísta por su parte, no puede dejar de reconocer que es así, y que cada día la echa de menos, y que no sabe qué hacer para distraerse, aunque actividades no le falten, porque ha de confesar que ya sea en medio de la lectura del periódico en el Caffè San Marco de Sarriá, viendo la televisión, o mientras trabaja en sus patchwork, es Maruja quien se le aparece constantemente, es a ella a quien le cuenta lo que le sucede, es decir, que no se la puede quitar de la cabeza y que, además, sufre porque según qué distracciones, excepto las que provienen de sus nietos, cuando contienen cualquier germen de alegría, le parecen inmorales, indignas de su recuerdo. Y no creáis que se trata de una concepción purista de la vida—no, no lo penséis ni por un instante—, sino que sucede de modo inconsciente, y en el fondo lo que se establece es una lucha feroz para determinar la racionalidad de los pensamientos que le abruma. Eso es lo que le dirá el teniente coronel jubilado al psicoanalista *coach* Pérez Cuscó.

Y saldremos de la consulta del psicoanalista *coach* relajados, porque, de algún modo, haber afrontado la pérdida de Maruja y sus consecuencias, algo que lleva dentro y que hasta el momento no se ha atrevido a decirle a nadie, le reconforta. Es lo mismo que durante las misas de los domingos, sólo que ahora lo ha hecho en voz alta delante de un humano y no delante de Dios, que se supone que sabe todo de vosotros, y a quien, por lo tanto, considera que nunca hará falta explicarle qué le sucede, y yo notaré que hay un cambio en el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera, que entre las misas de los domingos en su nueva parroquia de Sant Vicenç de Sarriá, los ratos inolvidables con los gemelos, pero sobre todo el afecto que le brindan esos niños todavía inocentes, que no hace falta que le digan que le quieren porque se lo demuestran cada día en cuanto regresa por las tardes del estudio de la ceramista Gavaldá, pues eso, que yo notaré que hay un cambio, aunque exteriormente parezca que todo sigue igual: las mismas rutinas, por ejemplo, o el hecho de que tenga relativo buen aspecto, y que el tratamiento que le han prescrito no sea excesivamente invasivo, de modo que en pocas ocasiones—tan pocas que su espíritu militar lo vivirá como si de un resfriado pasajero se tratara—acabe por quedarse recluido en su habitación. Y ya que cito a la ceramista Gavaldá, uno de aquellos días, a la hora de la cena, Avelino dirá de ella que es una buena persona, que lo sabe no tan sólo por el trato diario que le prodiga, ni por lo que observa cuando coinciden en el taller, que no es una cuestión subjetiva. Lo sabe por la asistenta colombiana con la que también coincide a veces, y es que a María de la Dulce Consolación—¡serendipia!, ¡serendipia!—la ha rescatado la ceramista Gavaldá de la calle, le paga un sueldo y le da comida y habitación en su casa, a ella y a sus dos hijas, Benedicta, de once años, y Amor de Dios, de cuatro, que ahora van a una de las mejores escuelas de San Gervasio, a cambio de que se la limpie, la casa, y de que la ayude de vez en cuando en el taller de cerámica. Ahí es donde Avelino conoce a la asistenta colombiana, que hoy, que han coincidido y pasado solos la tarde, le ha contado su historia, que es la vida de una mujer sacrificada que todavía no ha cumplido los cuarenta, que un día decidió emigrar y que durante cuatro años estuvo mandándole dinero a su marido, Rodolfo Encinar, y a su hijo Juan Pablito, para que tuvieran un techo en el que guarecerse y un poco de pan que llevarse a la boca, hasta que supo que su marido gastaba el dinero y el tiempo con otra mujer, y que su hijo había enfermado y muerto sin que nadie lo atendiera. Y ahí fue que se volvió loca y perdió su empleo y se quedó en la calle hasta que encontró a la ceramista Gavaldá, que se hizo cargo de ella en una parada de autobús. Ha sido ella, la ceramista, la que ha movido cielo y tierra para que pudiera quedarse en España—ella y sus dos hijas—, y eso sólo puede ser obra de una buena persona, dirá el teniente coronel o el abuelo Avelino, como le llaman sus nietos, que no contará más. Y no contará más porque lo que desea significar delante de sus nietos, de su nuera y de su hijo, es que la ceramista Gavaldá tiene un gran corazón y que, aunque parezca mentira, en este mundo todavía quedan buenas gentes, que si se rasca un poco se las encuentra. Por mi parte, puedo deciros que, por lamentable que resulte, sin rascar demasiado podréis encontrar todo lo contrario a buenas gentes, y en abundancia. Si me permitís, yo, un simple sombrero Panamá, voy a contaros esa historia que habré escuchado de boca de la mismísima María de la Dulce Consolación, y lo haré porque me ha llamado la atención la escena de la parada del autobús, donde la ceramista Gavaldá ha venido a coincidir con esa mujer necesitada, y no al revés. Y lo que sabrá la ceramista ese día de la vida de María de la Dulce Consolación es que ha sobrevivido realquilada en una habitación de apenas diez metros cuadrados, limpiando seis casas por semana y que le ha estado mandando a su marido la mitad de lo que ganaba, hasta que un buen día, extrañada por la falta de noticias de Juan Pablito, hable desde el locutorio con su madre allá en Colombia, y ésta le cuente la verdad de lo que está

ocurriendo con su marido y su hijo, y es así que confiesa haberse vuelto loca tras escuchar que su sacrificio no sirve para nada y que su hijo anda metido en drogas, sin que se sepa, pronto hará tres meses, por dónde anda, que nadie le ha visto. Y entonces María de la Dulce Consolación le contará a la ceramista Gavaldá que ha encajado mal, muy mal, la noticia, y que eso la ha dejado como en trance, tal vez *trance* no sea la palabra apropiada, pero ella describe así su estado, y a mí me gustaría indagar en ese punto para saber por qué ella le llama trance a eso, qué se quiere ocultar a sí misma, para no hablar del porqué una mujer que levantaba a sus hijos temprano, tal vez excesivamente temprano, y los llevaba con ella a limpiar donde la Orden de los Javerianos debido a los temores referidos a su esposo Rodolfo Encinar que perturbaban ya entonces a Juan Pablito, se ha venido a miles de kilómetros de distancia dejándolo solo precisamente con el causante de tales recelos. De pronto le parecerá que no va a ser capaz de sacar adelante a Benedicta y a Amor de Dios, siente que necesita el apoyo de su familia, de su mamá, que no tiene a nadie en esta ciudad, dirá, porque todo el mundo es indiferente y frío, y aquí nadie puede consolarla. Desde ese día María de la Dulce Consolación no se atreverá a salir sola, perderá el empleo, pues hay días que no se siente capaz de llegar a ninguna de las casas que ha de limpiar, y así la mujer continuará inmóvil en la parada del autobús o en un tramo de la carretera de Sants o, a medio camino, en cualquier banco de una plazoleta. Y un tal Lluís, el encargado de la empresa de limpieza, le dice que no puede permitirse tener una empleada como ella. Y más tarde María de la Dulce Consolación ya no saldrá ni de noche ni de día. No sabe lo que le pasa y tampoco quiere culpar a su jefe ni a nadie por su situación. La culpa es suya, admitirá ante la ceramista Gavaldá, porque es como si se hubiese vuelto loca, y que desde entonces le sobrevienen unos ataques de vértigo, que no puede moverse del lugar en el que se encuentra. Dice que de nada servirán sus llamadas a la empresa, que no logrará hablar con el tal Lluís. De pronto el mundo se ha vuelto hostil, todavía más si cabe, eso dirá, y no cobrará ninguna clase de finiquito porque nunca conseguirá llegar a su destino, que teme no poder alimentar a sus hijas, que teme que se las quiten si no puede pagar la habitación y la echan del piso. Ese día, desesperada, incapaz de moverse de la parada del autobús, pensará incluso en acabar de una vez, y será entonces, en ese preciso instante, cuando la ceramista Gavaldá reparará en ella porque ha descubierto a una mujer que habla sola, que gesticula pero que no se mueve, y se acercará y le preguntará, y será entonces cuando con un hilo de voz, María de la Dulce Consolación le pedirá que por favor la saque de allí, que lleva media mañana metida en ese par de metros cuadrados de los que no puede salir, y la ceramista Gavaldá la verá tan apurada que cambiará de planes y la llevará a desayunar, y mientras toman un café le pedirá que le cuente su historia, y ella hablará y hablará, rato y más rato, y la ceramista la acompañará a la salida del colegio a recoger a sus hijas y ya no las dejará solas. Nunca solas. Las conducirá hasta su taller, donde seguirán hablando como si antes que nada tuvieran que pasar revista a una buena cantidad de asuntos, enlazando unos con otros, esperando tal vez el momento oportuno para dejar de llorar. Y dirá que aunque con su marido no tuviera una relación fluida, sí que hablaba de vez en cuando, conversaciones telefónicas que ella consideraba necesarias aunque fueran absolutamente intrascendentes, tal vez porque siempre había un motivo: el cumpleaños de Juan Pablito; la salud de su mamá; una remesa de dinero que se retrasa; el fallecimiento inesperado de un familiar; los buenos deseos para el año nuevo o cuándo podrán reagruparse otra vez, conversaciones en las que a ella le parece que todo anda a medias, es decir, mal, que es como van las cosas en las casas de los pobres. Y le contará también a la ceramista Gavaldá cómo conoció a su marido, la vida que compartió con él allá en su tierra, todo lo que ese hombre despertó en ella, el amor, los hijos, y luego esto, dirá entre lloros, porque la ceramista la

escucha y mientras la escucha y piensa en esta mujer colombiana también piensa en ella, en su propia historia, aunque distinta, porque todas las historias son distintas y a veces la misma, porque sabe que hay historias que la simple geografía hace irreconciliables, pero también sabe que comparten anhelos y emociones, porque parten del alma—sí, eso que no sabéis a ciencia cierta si tenéis o no, perdidos en disquisiciones sobre si su naturaleza es inmaterial y eterna o todo lo contrario—, y sabe que de pronto una relación puede enfriarse, que todo perdura mientras haya sorpresa y descubrimiento, pero que después, de la noche a la mañana, surgen obstáculos y distancias insalvables. Nada sabe de aquellos viejos temores de Juan Pablito ni sabe por qué motivo querría ahora preguntarle si ha sido feliz con ese hombre, si al menos lo ha sido durante una época, unos años..., lo haría, sí, pero la felicidad es un concepto tan vago y difícil de definir que de hecho no resulta útil para describir un estado de ánimo. Quizá sirva para calificar un instante. Como uno de esos anuncios de café, piensa, ahora que tiene uno entre las manos. No le puedes preguntar a alguien si es feliz, se dirá a sí misma mientras María de la Dulce Consolación habla y ella escucha, aunque por dentro sea como si ella no estuviera presente, porque piensa que si le preguntas a alguien si ha sido o si sigue siendo feliz te responderá con vaguedades o te mentirá. La teoría que acaba de construir sólo sirve para casos extremos, como cuando alguien se siente muy desdichado, porque en aquel mismo instante puede estar seguro de la infelicidad, o cuando se cree muy feliz, porque siente que irradia luz y calor, pero no resulta útil para describir cómo os sentís cuando despertáis al día siguiente, cuando acudís al trabajo, cuando enfrentáis las mil situaciones cotidianas, porque entonces, ¿cómo sabéis si sois felices o no? O si lo habéis sido con anterioridad, sin añadir consideraciones de tipo emocional. Francamente es complicado, se dirá. ¿Se es feliz en una situación de enamoramiento? Ése es el discurso que circula por la cabeza de la ceramista Gavaldá, que ahora reconsidera su pensamiento porque cree que sólo puede servirle a ella y que nada de lo que pueda decir le servirá a esa mujer colombiana, que sólo si actúa podrá serle de ayuda, porque las palabras que ella pueda dirigirle, tal vez partan de su interior y estén relacionadas, a la postre, con su propia experiencia, pero quizá no lleguen a su corazón. Aunque sin desearlo regresará a eso de la felicidad y añadirá que se es feliz en momentos concretos, pero que así, en general, ¿quién puede decir que su vida es feliz? ¿Ser feliz significa estar bien en ese instante? Y entonces la ceramista Gavaldá se preguntará si ese bucle alrededor de la felicidad en el que se ha instalado no es algo aún más básico: un sentido para la vida, una sensación de equilibrio, la necesidad de sentirse a gusto consigo misma, la conciencia de que puede tomar sus propias decisiones, superar un pasado brumoso... La felicidad, para ella, tal vez sea como el cielo para los creyentes: una quimera, lo inalcanzable. Y apenas entreverá, mientras escucha a la mujer, que los humanos no os cansáis jamás de formular esa pregunta, que incluso algunos os atrevéis a responderla, pero que aunque se pudiera responder, nunca podría esperarse una respuesta fiable. Eso pensará ella de la felicidad, justo antes de volver a la realidad y tomar la decisión de arreglarle la vida a aquella mujer, porque ahora cree sinceramente que debe actuar, que si no actúa nada cambiará y que sólo eso podrá cambiar el destino de la mujer y el de sus dos hijas: actuar.

Ésa es la historia de María de la Dulce Consolación y ése es el momento crucial de la ceramista Gavaldá, que decidirá tomar las riendas de este asunto, y con ello hará que algo cambie en su vida y en la de los otros, y esa cosa distintiva en boca de su nueva asistente será lo que impacte en el teniente coronel retirado y le haga pensar que en el mundo hay buena gente y que esa buena gente hace buenas obras. Si queréis, un pensamiento que decididamente habrá de contrastar

con la noticia que verá en televisión, cuando reconozca al antiguo diputado Marcelino Patricio Reneses a la entrada de los juzgados, siendo abroncado por un número indeterminado de gente que no sabe muy bien qué hacen allí, a no ser que reunirse a la puerta de los juzgados para chillar como energúmenos se haya convertido ya en un deporte nacional o que alguien les pague las cervezas a la salida. Para entonces será invierno, un invierno cálido como esos inviernos mediterráneos que él ya conoce, pues en el fondo no son nada distintos de aquellos de la Cartagena a la que le destinaron tantos años atrás; un invierno que yo también conozco, porque fue a Barcelona adonde me mandó el Superior de los Javerianos del Japurá con el profesor Torres. Y también para entonces yo ya estaré empapado de uniformes y de organización militar, de Lanceros de la Reina, de Lanceros de Castilla, de la Guardia Real, de Batallones de Cazadores, de Tercios como el Viejo de Nápoles o del Regimiento de Caballería de Calatrava, porque ésa será una época en la que le cuente a la ceramista Gavaldá, pero también a su nuera, a los niños y a los historiadores que le proporcionan material para su estudio, de qué van sus patchwork, una obra que quizá expondrá algún día y que a todas luces no pretende ni puede ser exhaustiva, sino una muestra de regimientos de distintas épocas en un formato que él sabe que nadie se ha atrevido a afrontar anteriormente. ¡Llamadme atrevido!, les dirá con una media sonrisa que a todos les recuerda la del loro, justo unos días antes de las Navidades, época en la que prima esa vieja costumbre vuestra de haceros regalos, y momento en el que el teniente coronel retirado encontrará junto a una colonia y unos libros que tratan del sempiterno tema de los uniformes militares—el de *Los Miquelets* y *La Coronela de Barcelona*, que, le explicará su nuera, son unidades de infantería ligera del Ejército catalán, y otro que trata de los ejércitos de Cataluña en 1713 y 1714, que él entiende que más que un regalo son una respuesta a esa canción de la guerra de sucesión, la que dice *De Cataluña vengo de servir al rey*, que les ha enseñado a los niños, más un tercer libro ilustrado con profusión sobre la Policía Montada del Canadá de parte de su hijo, su nuera y su nieto Jean Michel—, pues junto a la colonia y a los libros, el abuelo Avelino también encontrará allí un sombrero negro de fieltro, de ala corta, italiano, de Borsalino para más señas, porque es más adecuado para el invierno que este Panamá, padre, incluso casa mejor con su manera de vestir. Y entonces, en su siguiente visita al psicoanalista *coach* Pérez Cuscó, aquella que deberá ser la última porque así lo han establecido de antemano con el equipo de oncología con el que éste colabora, el teniente coronel retirado se confabulará con sus nietos gemelos, como si se tratara de un capítulo más de ese juego al que ya se han acostumbrado y que forma parte de su rutina diaria, y que consiste en ocultar o perder juguetes y cualquier clase de objeto que no esté entre los prohibidos—la norma establecida no permite perder las llaves del coche de los mayores, sus monederos o las tarjetas de crédito, por poner unos pocos ejemplos—, a sabiendas, decía, de que se trata de la última visita que debe efectuar a la consulta del psicoanalista, se confabularán para dejarme olvidado. No lo ha dicho nadie, pero parece que dos sombreros tan distintos no encajan en la misma casa, en una época en la que ya habré oído mencionar un par de veces a la nuera del teniente coronel que desentono con su atuendo formal—una manera de señalar que me doy de bofetadas con su vestimenta oscura excesivamente clásica—, opinión que el teniente coronel retirado comparte aunque no haya hecho ningún comentario al respecto, así que ellos le prefieren con el Borsalino, que es sobrio a la par que elegante. Y ese día, el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera llevará el Borsalino de fieltro en una bolsa, y cuando entre en la consulta del psicoanalista Pérez Cuscó, descubierto como siempre hace en cuanto penetra en un edificio, me colgará en el perchero de madera negra, junto a la chaqueta de punto gris perla, que parece haber encontrado allí su habitáculo permanente, aunque esta vez lo hará de tal modo que

pasaré desapercibido, porque han estudiado con detalle entre los tres, él y los dos gemelos, eso del camuflaje, habilidad que atrae sobremanera a los niños, que lo han aprendido de él, el teniente coronel abuelo, que cuando les explica cómo hacerlo se siente como si les contara batallitas. En su última visita al psicoanalista, en su última sesión de *coaching*, el mismo Pérez Cuscó aprovechará para revisar lo dicho en la sesión anterior, y le preguntará si ha pensado en lo que comentaron ese día y cómo se ve él; y cómo se encuentra físicamente, pero sobre todo qué siente al recordar a su mujer, esos momentos tan complejos de los que le ha hablado; que cómo ha pasado las fiestas, porque la Navidad es una de esas celebraciones que suelen producir una gran tristeza y añoranza en quienes han sufrido una pérdida como la suya. Y a esas preguntas el teniente coronel le responderá que bien, que se encuentra bien, que él no diría que sufra una enfermedad, y que con lo de Maruja le parece que se ha producido un cambio, porque ahora la extraña igualmente pero de un modo distinto, que parece que ella le acompañe en sus cuitas con los gemelos, y a veces le dé su aprobación, que es como si ella le sonriera, ofreciéndole su conformidad a lo que él hace, y eso, visto desde una tranquilidad de espíritu que nunca antes había tenido, le da que pensar y se dice que va por el buen camino, y ya puestos añadirá que también ha hecho planes para viajar y dar la vuelta al mundo antes de morir, que rumia que es algo que le debe a su mujer, Maruja, ir a ver a su hijo, a su nuera y a su nieto a Montreal, y luego seguir, porque en cada lugar le hablará a ella, a Maruja, de lo que ve y lo bien que está, y que la echa de menos de un modo asequible, dirá, que ahora mismo no le sale la palabra justa, que tal vez no sea asequible, pero que tampoco encuentra otra más apropiada. Y el psicoanalista se mostrará satisfecho de la evolución de su paciente, y le despedirá diciéndole que ya sabe dónde encontrarle si fuera necesario, que está a su disposición siempre que le necesite o crea que le necesite; lo que sea, que en cualquier caso puede contar con él, que se alegra de verle tan bien. Y así será que se darán la mano y le acompañará hasta la puerta, y será entonces, al irse, cuando por primera vez en meses, el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera se olvidará de mí y me abandonará en aquel perchero, como parte de ese juego que hoy ha consistido en perder sombreros; lugar, el susodicho perchero, donde todavía permaneceré oculto—camuflado, como probablemente dirán él y los gemelos—hasta finales de enero, cuando de pronto me haga visible y el psicoanalista Pérez Cuscó, que ya no actúa como *coach*, advertido por Mila, su recepcionista y encargada de la limpieza, deduzca que no soy exactamente el fruto de un olvido y piense que quizá sea un ancla, que tal vez el teniente coronel retirado, su legítimo propietario, necesita un motivo para volver, y así será como permaneceré a la vista del psicoanalista y de sus pacientes, asistiendo a lo que yo llamo el festival terapéutico de Pérez Cuscó.

**EN COMPAÑÍA DEL PSICOANALISTA PÉREZ
CUSCÓ SERÉ TESTIGO DE VUESTRO
DESASOSIEGO—MISTERIOS DEL ALMA, LES
LLAMARÁ ALBA TENA, DEL ALMA Y DEL
CUERPO TAMBIÉN—. Y ME ENTRISTECERÁ
SABER POR UNA LLAMADA TELEFÓNICA QUE
EL CÁNCER DE PULMÓN SEA EL CAUSANTE DE
LA PREMATURA MUERTE DEL TENIENTE
CORONEL**

Pues al final resultará que el azar, como las serendipias, no existe, aunque en ese momento yo no sea consciente de ello y piense que ambas cosas, como si se tratara de una ruleta cósmica, pueden conducirte a la nada o a la plenitud, del enrarecido baúl del ropavejero, donde nada acontece, a la aséptica consulta de un psicoanalista por la que transitan buen número de vuestros congéneres para dejar allí el testimonio, el reflejo o la huella de sus vidas y de su pesar. Ahora ya sé que el azar es una broma más de esas que gasta el Gran Programador. Qué queréis que os diga, hay teorías para todos los gustos. ¡Llamadle Dios!, si lo preferís. Pues sea por azar o por determinismo, ocuparé un lugar preferente en el perchero de madera negra, junto a esa chaqueta de punto gris perla, y también junto a otras piezas de abrigo que irán turnándose según la época del año, las modas, la voluble zozobra de Chelo Puentes—la mujer del psicoanalista Pérez Cuscó—, y las trasnochadas preferencias de éste. Apenas me moveré de allí y, sin embargo, desde aquella percha atisbaré, y escucharé, y seré testigo privilegiado de..., no, no, rectifico, seré testigo muy a mi pesar de un inacabable rosario de pacientes. Me perdonaréis que sólo reproduzca aquí una pequeña parte de lo que confiesen algunos, los que me sorprendan por algún motivo o los que constituyan un quebradero de cabeza para el terapeuta, un hombre del que llegaré a pensar que ejerce una profesión exigente, extenuante, y que requiere una personalidad especial para ejercerla, alguien con el corazón y la cabeza muy bien blindados. A Pérez Cuscó no le gustaría oírme hablar de *confesión* y sin embargo intuiré en él cualidades que sólo había percibido antes en los misioneros javerianos: la paciencia, la capacidad de escuchar y de ahondar en el corazón de sus semejantes, la fortaleza de sus creencias, la esperanza depositada en un camino de salvación, la fe

desmedida en la palabra. Su consulta, más que el estudio de un profesional liberal como el profesor Torres, me recordará el despacho del padre Timoteo, el Superior de la Orden. En ese entorno seguro, sólido, firme, intuiré enseguida un riesgo, Alba Tena, una psicóloga con la que Pérez Cuscó comparte espacios físicos y emocionales, si bien ella trata exclusivamente los trastornos de conducta en la infancia, como ese que habéis etiquetado TDH. Recuerdo las primeras palabras de Alba Tena entrando en la consulta, hablando por el móvil, con una bandeja en la mano en la que humeaban dos enormes vasos de café con leche, acomodándose: Si se almacena un producto tóxico en un recipiente, más pronto que tarde ese recipiente se contamina y queda inservible para guardar ninguna otra sustancia. A menos que sea desinfectado, añadirá ella a su argumentación con una especie de sarcasmo, justo antes de aclarar que le parece casi imposible limpiar un cerebro, que tal vez eso deba hacerse desprogramándolo y reciclándolo para otras actividades menos exigentes. Sólo a la recepcionista que comparte con Pérez Cuscó, sólo a ella, Milagos Ordóñez, Mila, será capaz de confesarle que está enamorada de su colega, pero él está casado y Alba Tena sabe que no debe inmiscuirse aunque los problemas en la pareja sean evidentes, apremiantes incluso. Lo que sabe o lo que intuye lo ha sonsacado de los silencios de su socio más que de sus palabras, pues de la discreción de la recepcionista no puede esperar nada. Milagos, Mila, es una señora de mediana edad, pequeñita, sobre metro cincuenta, delgada, con las piernas muy arqueadas por lo que casi siempre viste falda larga. Lo más llamativo en ella son sus cabellos, una masa gris imponente enmarañada como un nido de cigüeña; en la consulta viste siempre una bata blanca porque se ha esforzado, por iniciativa propia, en darle a ese espacio un aire de consulta médica, con objetos que recuerdan ese entorno. Cuatro años atrás Mila mintió para conseguir ese trabajo, falsificó su currículum, se inventó una vida, una viudedad, y está dispuesta a hacer lo que sea para no perderlo. Bueno, dejando aparte las cuitas de la señora Mila y de la psicóloga especializada Alba Tena, a mí, al principio, me parecerá muy interesante la profesión de Pérez Cuscó, puesto que se trata de una actividad que ahonda en las vidas de los otros y hace aflorar aquello que genera sus dolencias o sus quimeras. Nada menos que los malestares o las ensoñaciones del alma, según otra frase feliz a las que tan aficionada es Alba Tena. Así, mis días en el perchero negro junto a la chaqueta de punto gris perla me ayudarán a completar esa opinión—no demasiado buena, como supongo que habréis advertido ya—que me he ido formando de vosotros, con una serie de miradas complementarias que no creo que sobren. A mí no me importa haberme contaminado con todo este material. Yo no soy terapeuta y no puedo infectar o dañar a otros pacientes, esos que a su vez también dejan volar su desolación—otra imagen de Alba Tena—, unos abiertamente y otros de manera soterrada, mientras Pérez Cuscó lo registra todo en sus cuadernos, en su memoria y, según Alba Tena, que es una tierna sensibilera, quizá en su corazón. ¿Cómo se puede ser feliz si uno está impregnado de tanto dolor, de tanta confusión?, se preguntará ella. ¿Qué hay que hacer para mantener la distancia ante el sufrimiento y el estupor y los desarreglos de los otros? Yo le habría pedido a la psicóloga un poco de distancia, ¡por favor!, que se supone que eres una profesional. Pero ya sabéis que lo que yo pueda pensar no le importa a nadie y, además, mi voz está reservada para vosotros y no para Alba Tena, quien, por cierto, se escandalizará enormemente el día que lea en el periódico a un sociólogo que califica de payasada la carrera de psicología. La carrera de psicología, aquella payasada, eso es lo que dirá el personaje en cuestión, y luego se explayará hablando de la pérdida del sentido de la vida en Occidente en comparación con la de los jíbaros, que al parecer tienen identificada su esencia—digo yo que tal vez han encontrado antes que nadie ese número cuarenta y dos que lo resuelve todo—, viven con claridad su ser y su estar en este mundo, sin crisis de identidad ni nada que se le

parezca, y acabará diciendo que no padecen crisis vivenciales porque están compenetrados con el universo entero en una especie de unidad indisoluble. Me habría gustado tener un propietario jíbaro—sí, los mismos que conservan esa fama de terribles reductores de cabezas y a quienes nadie reconoce una comprensión del mundo, una cosmovisión, que debería hacerlos mundialmente famosos—, tal vez así, además de criticaros desalmadamente y de cuestionar constantemente la esperanza de que encontréis sentido a vuestras vidas, podría daros algunos consejos al respecto. Porque según este sociólogo parece que el secreto está en la ayahuasca. Y ahora que lo pienso, tal vez la ayahuasca o algún sucedáneo suyo estuviera presente en Panamá el día en que el joven misionero javeriano me llevó a un rito de dioses de suntuosas vestiduras y sacerdotisas danzantes de una fuerza y una agresividad que estremecía a los feligreses. Le llamaban candomblé a la ceremonia, y hubierais tenido que ver a los asistentes restregándose las manos por la ropa y por el cuerpo hasta desprenderse de los malos espíritus. Algo que ya sea por seguir el ritual, por educación o por miedo, acababan haciendo todos, creyentes y no creyentes, incluido el joven misionero javeriano. Bueno, tal vez antes de intentar saber qué hacéis aquí sea conveniente sacudirse de encima los malos espíritus. Habrá centenares o miles de teorías al respecto, pero lo cierto es que lleváis siglos y más siglos preguntándoos qué sois y todavía no habéis encontrado una respuesta satisfactoria. Además, cada nueva generación que aparece por vuestro mundo está condenada a hacerse las mismas preguntas. En fin, supongo que ése será el interrogante subyacente en los pacientes que visitarán al psicoanalista Pérez Cuscó, sólo que cada uno lo enfocará de un modo distinto y lo concretará en un problema que le hace perder el equilibrio emocional. No la hay, ya conocéis mi opinión. *Carpe diem*. Aprovechad el momento porque no habrá otra cosa, porque no hay otra cosa. Tal vez los jíbaros conozcan la respuesta, pero me temo que vosotros—me refiero a la inmensa mayoría que contiene ese vosotros—estáis muy lejos de ellos, de la ayahuasca y de todo ese folclore que, además, quizá por ignorancia, tildáis de absurdo. Sin embargo, al contrario de lo que ocurrirá con su colega Alba Tena, el psicoanalista Pérez Cuscó lleva tiempo blindado contra las ansiedades ajenas, quizá porque de uno u otro modo, tras cada sesión y cada jornada, consigue sacudirse los malos espíritus en un candomblé privado del que nunca hablará para no espantar a sus pacientes; esos seres que esperan de él interés, paciencia, orientación, consejo, paz y, también, no lo olvidéis, una palabra liberadora. Y yo, francamente, viviré sorprendido y maravillado ante lo que Alba Tena describirá como los paisajes del alma humana—cada cual emplea las palabras como quiere—y como ahora estoy hablando de mí, os confesaré que quedan lejos las incertidumbres del baúl del ropavejero, las lentas mañanas soleadas de aquel piso de Gijón, el ansioso deambular por las calles de Berlín, los conflictos inacabables en las noches de insomnio del profesor Torres, y toda mi vida anterior me parecerá una inusitada experiencia, comenzando por el misionero javeriano, pasando por el pedagogo, la cantante o los fines de semana en Madrid, y acabando por el teniente coronel retirado Avelino Domingo Pesquera. Admito que llegado este momento hubiera preferido detener la ruleta que me lleva constantemente de un propietario a otro, pero nada podré hacer al respecto, y esta nueva etapa aparecerá ante mí como un enorme mosaico, o un nuevo patchwork, capaz de darme una idea de vuestro talento natural para complicaros la vida, lo que me permitirá asimismo detectar ese carácter tan escurridizo que hace que cualquier cosa que hagáis o que digáis tenga que ser relativizada y pasada por el cedazo de lo contingente.

Así que aquí estoy, en la consulta, donde Pérez Cuscó tiene la costumbre de acoger a sus pacientes de manos de Mila, de la señora Ordóñez como él la llama en público, que los retiene en

la salita de espera y los acompaña hasta su despacho. La recepcionista atiende a ambos terapeutas —también a la sentimental Alba Tena—, que no desean ser interrumpidos por llamadas telefónicas ni por visitas inoportunas, y que tampoco pueden impedir que algunos pacientes acudan con excesiva antelación. Que se trata de pacientes, y no de clientes, fue la primera lección que tuvo que aprender Mila. Son clientes mientras son extraños, le dijo Pérez Cuscó a Mila siguiendo la teoría de su amigo Subirá, cuando todavía no han decidido confiar en nosotros, cuando se presentan ante tu escritorio por primera vez, y pacientes desde el mismo momento que abrimos un historial clínico a su nombre. Y ya para siempre. Así que Mila los acompaña a la salita con su mejor sonrisa, les ofrece agua, con o sin gas, o una infusión, en ningún caso una bebida estimulante, y les ruega que aguarden un minuto. Un minuto basta para que Pérez Cuscó acuda en su busca y los conduzca a su despacho-consulta, les reciba con un firme apretón de manos, o dos besos—a las mujeres que trata desde hace años—, y los salude a todos por el nombre antes de hacerlos sentar en el diván o la butaca. Les conoce bien, pero incluso así, durante un par de minutos le habrá echado un último vistazo a su historial. A veces el psicoanalista Pérez Cuscó me dejará a solas con un paciente recién llegado. Tras saludarle y acogerle con una sonrisa, sale, va en busca de agua, sólo agua, para él, o quizá va al baño. Qué más da. Es interesante eso de quedarse a solas con los pacientes y observar su conducta: no hacen nada especial, claro, suelen esperarle sentados o de pie, inquietos, inseguros, echando un vistazo a las estanterías, a los cuadros, a su escritorio, al perchero, revisando algunas notas que llevan en los bolsillos, en el bolso o en la mochila, mandando un último mensaje a través del móvil... Alguno incluso se atreverá a tocarme. Me gustaría poder decir que me estremeceré al sentir que sus dedos acarician mis alas, pero sería una mentira inocente, y no estoy aquí para edulcoraros la vida. En cuanto a las sesiones propiamente dichas, la mayoría prefiere el diván. Pero no todos. A algunos les incomoda esa posición y optan por tomar asiento en una butaca frente a la del terapeuta. Una vez acomodados, el psicoanalista Pérez Cuscó les sonríe levemente, acompañando sus miradas con un leve gesto de las manos abiertas, como invitándoles a recuperar el clima con el que finalizó la sesión anterior. Entonces introduce una última frase, una confesión que quedó interrumpida, un tema que sólo se mencionó pero que debió de haber ampliado. Deseará establecer por todos los medios un clima confortable, seguro, de confianza. Algunos pacientes cierran los ojos antes de pronunciar la primera frase; otros sonríen para fingir seguridad; los hay que acuden a la consulta con una parte de su discurso ya preparado. Pronto sabré qué males creen ellos que les aquejan; si están dispuestos a mostrar su alma o van a blindar ese secreto que ni ellos mismos saben que guardan; si será suficiente con un par o tres de sesiones o si se verán abocados a ocupar regularmente aquella butaca o aquel diván. A veces tendré la sensación de haber escuchado bastante, o pensaré que el psicoanalista Pérez Cuscó ha escuchado bastante y que no es necesario saber más. En otras ocasiones pensaré que hay pacientes que vienen por inercia, como una rutina que han incorporado a su vida, sin la que se encontrarían perdidos. Perdidos, o algo así. A veces preferiré no saber más, pero eso será imposible puesto que de ningún modo sabría qué hacer para desconectar. A veces tendré la sensación de que las sesiones se alargan durante meses y meses a causa, por un lado, del terapeuta que vacila a la hora de dejar volar a su cliente—porque en contra de cualquier teoría, yo creo que en ese momento suele verle como cliente—; y por otro lado, a causa del vértigo que éste percibe al saber que perderá la red que hasta ahora le protegía, que deberá seguir con su vida bajo su propia responsabilidad. Por allí veré pasar, además de pacientes, a la tan nombrada Alba Tena, esa amiga incondicional de los tiempos de la universidad, la colega con la que comparte despacho y con la que a veces se intercambia clientes, la

enamorada platónicamente, al menos de momento. Y también a Milagros Ordóñez, Mila, que además de la recepción, y por un sobresueldo, se ocupa de la limpieza que efectúa una vez cerrada la consulta, muy teledirigida por la esposa de Pérez Cuscó; porque Pérez Cuscó tiene una esposa, Chelo Puentes, que aparece de tarde en tarde, siempre cuando han finalizado las visitas. La señora Puentes desciende desde el ático que ocupa junto a su marido y su hijo Arturo en el mismo edificio, se sienta en el diván y le habla a su marido como si fuera una paciente más. La diferencia está en que, a ella, su marido no la escucha porque ya le ha advertido desde el primer día que un terapeuta no debe tratar a nadie de su propia familia, y porque es su marido y ya llevan tiempo casados—lo siento, pero sois así, vosotros sois así—, por eso no la escucha cuando ella habla y habla y habla y él toma notas en sus informes diarios, en las fichas de pacientes o archivando las grabaciones que en determinadas ocasiones lleva a cabo, mientras de manera monótona asiente al monólogo de su esposa. A veces matizará alguno de sus comentarios, poca cosa, como si quisiera puntualizar una opinión, pero eso sucederá en contadas ocasiones, y, entre uno y otro, yo iré reconstruyendo la historia de ambos, una historia que está a punto de explotar, pero cuya mecha parece que pueda arder de manera indefinida sin llegar a la pólvora, y, ya puestos, confesaré que hasta este momento no he sido capaz de adivinar el motivo que todavía les mantiene unidos. A Chelo Puentes le gusta acomodarse en el diván y luego explayarse. Sabe que la mayor parte de clientes de su marido son mujeres—parece que a ella no la atañe esa distinción entre clientes y pacientes—y le gusta adoptar ese rol que ella cree que tienen durante las visitas. No es lo mismo y lo sabe. A veces se le ha insinuado, imaginando que es una paciente que no puede dejar de ir a la consulta de su marido porque se ha enamorado perdidamente de él. Nunca conseguirá seducirle porque a esas horas Alba Tena suele estar acabando sus propios informes en el despacho de al lado y porque Mila podría entrar y sorprenderles. Chelo Puentes tiene un problema por el que debería tratarla otro especialista, claro, porque mi opinión es que si no necesita a un psicoterapeuta, al menos sí necesita un confesor en quien descargar sus ansiedades y alarmas constantes, porque el problema de Chelo Puentes tiene que ver con el miedo, o los miedos, que constantemente la acechan, y que hay que relacionar con un mundo repleto de peligros que amenazan a los suyos. Esa angustia no la deja vivir. Sin embargo, su marido, el psicoanalista Pérez Cuscó, parecerá no percatarse, al menos aparentemente, y la dejará que hable y hable como si de un juego se tratara. Un juego que en el fondo no encierra ninguna diversión, y para mí Chelo Puentes será como otro más de esos pacientes que se tumban en el diván y de quienes escucharé las historias, miserias, padecimientos y fantasmas que los atormentan. Esos que buscan su lugar en el mundo, un sentido para sus vidas, sin siquiera intuir que se trata de un esfuerzo inútil. Podría reproducir las voces de los pacientes aquí, me refiero a hacerlo literalmente: «No duermo bien; me desasosiego por cualquier motivo; no sé qué me pasa que pierdo la paciencia y exploto...», pero lo cierto es que no me parece oportuno, sobre todo porque no es la clase de historia que os quiero contar, y porque, llegados a este punto, no encuentro coherente cambiar eso que algunos de vosotros llamáis la voz del relato. Sería como una traición, algo que puede hacerse pero que intuyo que no debe hacerse. Y es que esa voz del relato es la mía, y a estas alturas me niego a desaparecer.

Chelo Puentes, por poner un ejemplo que ya conocéis, sufre de ese miedo injustificado del que os he hablado ya. Miedo a todo. Miedo a nada. Mientras su marido la mira sin verla, le sonríe tímidamente para no desconcertarla y la oye pero no la escucha, mientras sigue anotando sus reflexiones sobre un paciente u otro—entre otros motivos porque Pérez Cuscó está desbordado y

no sabe cómo contener a su mujer—ella le contará a las paredes que se siente capaz de razonar su problema, el de los miedos, que se da cuenta de que la gente no vive con ese desasosiego que la corroee por dentro, pero que a la vez siente que no puede solucionarlo, pues no es posible vivir con la armadura puesta, sin bajar la guardia, veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año, y entonces reconoce que presente, percibe o advierte los peligros del día a día, las amenazas evidentes y las amenazas larvadas, y sufre por todo el mal que puede acontecer. No a ella, sino a los suyos. Aunque luego no suceda. Aunque hoy, como ayer y mañana, todo siga igual. Si hace un sol de mil demonios, piensa en comprarle una gorra a su hijo de siete años, le pone crema protectora, no le permite exponerse al sol, por temor a las insolaciones, a los golpes de calor, a los melanomas, porque es cierto que a los siete años la vida es frágil y que cualquier cosa os la podría arrebatarse. Y Chelo Puentes sufre por los cortes de digestión y los descensos bruscos de temperatura—ahí le encontraréis sentido a la chaqueta de punto gris perla que me acompañará en el perchero—y las caídas imprevistas y las intoxicaciones por alimentos en mal estado y el tráfico caótico de la ciudad y las piscinas con o sin vigilancia y... ¿Me escuchas?, le preguntará a su marido cambiando el tono, antes de seguir relatando sus mil prevenciones, y lo peor es que su sufrimiento es real, sólo hay que mirarle las uñas mordisqueadas, su angustia es real, y es que, en su opinión, es imposible bajar la guardia, pues recela de que en cualquier momento, de manera repentina, sin que haya antídoto para esa mordedura, una desgracia ponga fin a la felicidad, es decir, a la felicidad de la familia entera; que en un segundo un suceso cualquiera pueda provocar un daño irremediable, causar una enfermedad rara o desconocida además de incurable, y acabar con la vida de cualquiera de sus miembros. Para Chelo Puentes la felicidad, si existe algo que pueda llamarse felicidad, habita en la familia, en la vida de la familia. No es que tenga un comportamiento paranoico como tú dices, le espetará un día a su marido, no soy yo, yo soy la misma de siempre, es la vida la que se ha hecho insufrible porque todo, lo más cotidiano, lo más inmediato, y también cualquier conflicto o alarma o crisis de alcance mundial, todo, constituye una amenaza real. No para ella, por supuesto, sino para los seres que más quiere, los que más le importan, su hijo Arturo y su marido.

Y luego están los otros, los verdaderos pacientes. Por ejemplo: la lectora del Ateneo. Cuando por fin me instale en el perchero de la consulta, Blanca Ramos, la lectora del Ateneo, llevará meses, muchos meses, merodeando la butaca—nunca la veré sentarse en el diván del psicoanalista Pérez Cuscó—, y quizá por eso mismo me sorprenderá su historia, sobre todo porque a pesar de su agitación da la impresión de sentirse cómoda en su papel, y yo pensaré que posiblemente se comporte igual en todas partes y que lo que pretende nada tenga que ver con lo que persiguen otros pacientes—sí, ya sé que he dicho que todos pretendéis lo mismo, que todos simuláis tener un problema, sólo que Blanca Ramos lo falsea de otro modo—. La lectora del Ateneo es una mujer que ha superado los treinta, nerviosa, decidida, que se sentará en el brazo de la butaca y mirará a los ojos al psicoanalista Pérez Cuscó, midiéndole, como si pretendiera intimidarle, y que se lanzará a hablarle de alguien, un desconocido, que ha encontrado en la biblioteca, y a quien, sin preámbulo alguno, se ha dedicado a acosar, si bien al principio, sin éxito. Entenderé que Pérez Cuscó conoce los prolegómenos de la historia que ella le cuenta, porque se trata de un enredo que se arrastra de sesiones anteriores. A ella la veré por la consulta de quincena en quincena, y su exposición siempre girará alrededor del mismo tema. En realidad no me será difícil imaginar el trasfondo de su narración viendo cómo mira al psicoanalista y cómo éste la rehúye escondiendo

sus ojos en la libreta. Al parecer, la historia que Blanca Ramos cuenta comienza un par de meses antes con un personaje, a quien se referirá por el sobrenombre de «el estudioso», al que ha descubierto en una sala de la biblioteca, atrincherado entre dos pilas de libros y una carpeta repleta de papeles. De entre las páginas de los libros sobresalen papelitos de colores, que ella asocia a algún tipo de código para seleccionar y clasificar la información; lo que sea que busque. Cuando haga referencia a esta imagen, la lectora dirá que el individuo en cuestión parece haber leído todos aquellos volúmenes, y también que parece saber exactamente lo que quiere. De vez en cuando se quita las gafas y se lleva los dedos a la cara y se masajea los ojos y la nariz y el lagrimal. Y descansa un poco, los ojos entrecerrados, mirando hacia el exterior, pues su mesa está siempre cerca de una ventana. El estudioso es un tipo metódico: el mismo horario, la misma sala que da al jardín del Ateneo, la mesa orientada de manera que la luz le entre por la derecha, porque el estudioso es zurdo. A ella le hace gracia que incline la cabeza y que escriba más de lo que parece aconsejable. Serán sobre las ocho de la tarde y Blanca Ramos piensa que el estudioso debe de llevar todo el día encerrado allí. Me gusta, dirá con sencillez premeditada, de un modo suave, inocente y dulce que contrasta fuertemente con su osadía, como si quisiera justificarse ante el psicoanalista Pérez Cuscó, y acto seguido su mirada busca qué efecto tienen sus palabras en él, y comprueba si escribe algo y le gustaría saber qué escribe, cómo traduce sus palabras en esa libreta. Luego, segundos más tarde, allí en el Ateneo, sus ojos analizarán los libros apilados, títulos y autores, y seguirán su caligrafía nerviosa procurando intuir o adivinar qué escribe el estudioso, qué dicen esas líneas camufladas en las sombras, y enseguida volverá a escrutarle, pues dirá haberse sentido atraída por él desde el primer instante, y que una vez asumida dicha atracción sólo le queda sentarse al lado y hacer todo lo posible, e incluso todo lo necesario, para llamar su atención. Por supuesto que lo conseguirá. Consigue que él la mire, y primero ella simula que no se da cuenta, aunque en realidad dirá que no pierde detalle, que el estudioso en cuestión ya no puede concentrarse en su trabajo, que levanta los ojos y que escruta su mirada, sus ojos negros, su frente amplia, tal vez para saber qué pensamientos alberga, y Blanca Ramos le dirá a Pérez Cuscó que para entonces ella ya no finge y que está pendiente de él. Sonriéndole hasta que él no pueda más, hasta que deje lo que está haciendo, se ponga la chaqueta, eche un vistazo a los papeles—un vistazo que ella supone que pretende escudriñar esos documentos y decidir si debe arrastrar alguno consigo—, se levante y salga de la sala. Nadie deja tras de sí tantos papeles, de modo que se trata de un simple descanso. En realidad se trata de una huida, por eso ella le dará un par de minutos de ventaja y le seguirá a la cafetería y después hasta el jardín, donde lo encontrará sentado al fondo, fumando, examinando el suelo entre sus zapatos, bajo una enramada. Sobre la mesa un café, una botella de agua y un vaso. Entonces la lectora del Ateneo se sentará a su mesa, frente a él, de modo que ya no hay malos entendidos. Nadie hace eso con ese descaro. Blanca Ramos se comporta como un personaje de película. Ágil, sin transición, sin tiempo para los prolegómenos o los vericuetos que llenan vuestras vidas. Lo que ocurre es que yo no digo nada. Callo. Sólo le sonrío, le cuenta al psicoanalista. Y ahora es cuando la lectora deja que el silencio se adueñe de la consulta y con esa artimaña consigue que Pérez Cuscó levante la mirada y le pregunte si no le preocupa que el individuo en cuestión pueda estar casado, tener pareja... A la lectora del Ateneo no le preocupa lo más mínimo si el estudioso está casado o tiene pareja, pero dirá que siempre piensa en eso, que es lo primero que hace, que analiza todas las opciones. En el dedo anular de la mano izquierda, la mano con la que sostiene el cigarrillo, luce una clásica alianza de compromiso o de matrimonio, pero ella decide que no va a importarle ese detalle, que más tarde él tampoco lo utilizará como excusa, que simplemente se defenderá diciéndole que no

puede funcionar, que esa relación que ella pretende establecer con él no va a funcionar. Blanca Ramos le pregunta a qué se dedica y él responde con vaguedades, aunque en realidad a ella no le interesa saber a qué se dedica. Y luego le pregunta a bocajarro si le apetece que cenén juntos, a lo que él no responde, al menos no inmediatamente. Luego ella le pedirá directamente que la acompañe a casa, sin más preámbulos, y será entonces cuando él le diga que no va a funcionar, pero eso parece que a ella no le importa y le pregunta si es que no le gusta. No porque no sepa que le gusta, dice, sino porque es una expresión clásica que las mujeres empleamos en esas situaciones, es como darle pie a que te cuente una historia en la que ni siquiera él cree, porque lo único que tienen los hombres en una situación como ésta es miedo. Así que le dirá que si ella no le gusta puede decirlo libremente, que no se va a ofender, y entonces le suelta un rollo que sólo pretende enternecerlo y darle tiempo a que la conozca un poco más, aunque no a ella realmente, sino a la mujer que está representando, al prototipo en el que se ha convertido, porque le dirá que cuando era adolescente le angustiaba pensar que no les gustaba a los chicos, necesitaba que le dijeran lo hermosa que era, necesitaba sentir que la deseaban. A todas horas. Todos los días. Pero que eso era pura inseguridad, que por ese motivo no le importaba que abusaran de ella, que se dejaba besar y tocar sólo por miedo a ser rechazada. En cuanto le decían que les volvía locos, que la querían, que estaban enamorados, ella los despreciaba. Ahora, al psicoanalista Pérez Cuscó le cuenta que le ha dicho al estudioso que se trata de un comportamiento que ha logrado superar. Hace tiempo que se sabe atractiva. Sabe perfectamente cómo la miran los hombres, incluso qué piensan cuando la miran, y aquí escrutará más inquisitivamente, si cabe, a su terapeuta, que no sabrá dónde esconderse puesto que es consciente de que toma demasiadas notas, que nunca toma tantas notas como cuando aparece por la consulta la lectora del Ateneo. Sé perfectamente lo que les gustaría hacerme, sonrío ella. Y entonces, por primera vez, según ella, el estudioso también sonreirá, le dirá que por supuesto que es muy hermosa, pero que igualmente no va a funcionar. Yo creo que si hay algo que te apetece y no lo pruebas, pues no vas a saber nunca si te gusta. Eso le dirá ella, e insistirá tanto que él acabará por decir que no es su tipo, que no le gusta. En cuanto el estudioso admite que no le gusta, Blanca Ramos se lanza a reprenderle por mentir, porque ella sabe el impacto que causa en los hombres. El estudioso sigue sonriendo, pero es una sonrisa escudo. No sabe cómo escapar del acoso. Los hombres no están acostumbrados a que les acosen de ese modo. Les tiemblan las piernas, las piernas y la voz, dirá ella esbozando una sonrisa malévola. Y él responderá que si no existe otro modo de convencerla, no le queda otra solución que ésa: decir que no le gusta. Bien, pues yo estoy convencida de que puedo llegar a gustarte. Deja eso en mis manos. Eso dice que le ha dicho, así, sin más. Luego vuelve a hacer una pausa. El psicoanalista Pérez Cuscó echará un vistazo al reloj y le preguntará si se comporta de ese modo muy a menudo, y la lectora del Ateneo, tras un silencio o un reproche en forma de silencio, le responderá molesta que él sabe perfectamente que no es algo que haga a menudo, que en este caso se ha sentido atraída por él. Que sucede cuando ves a una persona por primera vez y, a pesar de eso, percibes un vínculo, sientes que perteneces a esa persona, y que esa persona te pertenece a ti. Tan ensimismado, tan reflexivo, tan sereno, con la mano descuidada en su cabello, anudando alguna idea. Basta verle para estar segura y entonces sientes que no puedes perder tiempo. Que la vida es corta y que no encuentras cada día, ni cada mes, ni cada año, a alguien que te impresione de ese modo. Eso dirá en la consulta, segura, vehemente, antes de que el psicoanalista le pregunte que, si no le sucede a menudo, al menos sí le habrá sucedido otras veces, y ella admita que un año antes ha vivido una situación parecida con un portugués que se había perdido buscando la Casa Batlló, pero Blanca Ramos no querrá ahora entretenerse hablando del portugués. Es agua pasada,

dirá antes de confesar que previamente a seguir al estudioso al jardín, ha curioseado en sus libros y sus papeles, que no conoce a ninguno de los autores que lee, que se ha fijado en que uno se llama John Gray. Quizá le suene el nombre por lo de *Las sombras de Grey*, pero con *a* en lugar de *e*, querrá puntualizar. Aunque no me siento atraída por él porque piense que pueda ser un libro erótico ni nada parecido. No necesito esa clase de estímulos. Me doy cuerda sola. De pronto, la lectora del Ateneo se quedará en silencio. Mirará hacia la ventana, como abstraída al recordar esa situación, y Pérez Cuscó la observará con cierta calma, sin fiarse demasiado. Podrá hacerlo porque en ese momento está fuera del campo de visión de la mujer, sentado en su butaca, con la carpeta sobre las rodillas. Tal como ella cree o dice creer, se trata de una mujer muy hermosa, sobre los treinta y tantos, debería comprobarlo en la ficha, cabello castaño con mechas rubias, lacio, por encima de los hombros, rasgos suaves y atractivos. Nada en su rostro desentona, sus rasgos son más que correctos, perfectos casi, un tipo de belleza domesticada. Excepto su mirada, que tiene algo salvaje. Tal vez sea eso y su ímpetu lo que llame la atención en ella. Pérez Cuscó evita pensar en sus pacientes en estos términos, pero ahora no puede abstraerse, porque le parece que ese atractivo forma parte del problema. Puede que todo sea apariencia, otro mecanismo de defensa de los muchos que utilizamos, la coraza, piensa él, mientras por primera vez se da cuenta de que las manos de ella no encuentran acomodo. Ese gesto estudiado de llevarse los dedos a la barbilla, como si dudara, esa necesidad de mantener la mirada fija como si estuviera compitiendo con su interlocutor. Ya han hablado en otras ocasiones de su infancia, de una adolescencia convulsa, tal vez deba ahondar en eso. Lo apunta en el margen derecho de la página para que no se le pierda entre tantas anotaciones mientras admite para sus adentros que tiene poco sentido. Tal vez él no sea el psicoanalista más pertinente para tratarla. Lo piensa porque ella le intimida y eso no es bueno para la paciente. No le extraña que el hombre del Ateneo la haya rechazado de ese modo. Ella se vuelve, como si intuyera lo que el psicoanalista Pérez Cuscó está haciendo en esos instantes, incluso lo que está pensando. ¿Qué sucedió?, le pregunta él para salir del paso. Blanca Ramos ha perdido fuelle, su mirada ya no es tan inquisitiva. Faltan unos minutos para que termine la sesión, y ella responderá a su pregunta diciendo que, de regreso a la sala donde se acumulan los papeles del estudioso, ha proseguido con su interrogatorio, algo que molesta al resto de usuarios y provoca que intervenga el auxiliar de la planta que, curiosamente, les regaña a ambos, lo que para ella significará un refuerzo de su vínculo. Una unión inesperada. A ella no le importa lo que diga el auxiliar, pero a él, en cambio, la situación le incomoda, aunque lo viva como un respiro pues de pronto se relajará y empezará a recoger sus cosas, a punto ella de montar una escena allí en medio, con el auxiliar y los pocos lectores que hay en ese momento en la sala, que es como aprovecharse de una debilidad manifiesta o incluso vengarse de él por su poca valentía para afrontar que le gusta a una mujer que no se anda por las ramas, pero entonces a ella se le ocurrirá una idea mejor, así que coge el bolso—ya veis que no es ninguna estudiosa cargada de documentos y libros que deba devolver—y sale a la calle a esperarle, a seguirle. Primero se situará a su lado. Caminará a su lado sin mirarle. Piensa en acompañarle hasta su casa. Al principio no hablan. Una travesía más allá le dice funcionará, sólo eso, funcionará. A no ser que tengas un impedimento físico, añade un poco más tarde con sorna. Eso le hará sonreír. Pues de no ser el caso, el impedimento ya sólo puede ser mental. ¿Quieres hacerme creer que tú y yo somos incapaces de hacer el amor por una cuestión mental?, le espeta ella justo llegando a Puerta del Ángel. A lo que él le responde hecho una fiera que le deje en paz. La lectora del Ateneo, por si no os habéis dado cuenta, no suele soltar a sus presas tan fácilmente, de modo que seguirá a su lado un buen trecho, hasta que él tome un taxi en la plaza de Cataluña, aunque por el camino ella le

haya dicho que, al fin y al cabo, es como si se tratara de una transacción comercial, pero sin que medie nada a cambio. Sólo placer. No pido dinero, no soy una puta, simplemente me gustas. Sólo es eso. ¿Qué más quieres? ¿Que me arrodille? No voy a pedirte que dejes a tu mujer o a tu novia. Pero sé que existe verdadera química entre nosotros. ¿No te has dado cuenta? Eso dice que le ha dicho al estudioso. Pues es seguro que la hay, repite para su terapeuta, no te quedas colgada de alguien sólo con verle sin que exista química. Pérez Cuscó vuelve a mirar el reloj. El tiempo se ha acabado, pero no puede dejar de preguntarle si sabe cómo se llama ese personaje a quien ella llama el estudioso. Y no, ella no sabe todavía su nombre. ¿Verdaderamente se trata de la primera vez que le ha visto, allí, en el Ateneo? Sí, claro, responderá ella.

La historia no termina aquí. Me refiero a la de Blanca Ramos, la lectora del Ateneo. Más tarde continuaré con ella. Esos personajes, o quizá deba decir esos pacientes, aunque no sé cómo calificar a su mujer, Chelo Puentes, y a su colega de consulta, Alba Tena, acuden a Pérez Cuscó de manera intermitente para hacerle partícipe de sus cuitas y sus pesares, como si fueran grupos de olas que llegan a la playa con fuerzas distintas, con frecuencias, alturas y resacas de distinto grado. Así será la consulta de Pérez Cuscó durante el tiempo en que yo esté por allí reinando—es un decir—desde el perchero negro, confundido con la chaqueta de punto gris perla. En fin, esto es lo único que podéis esperar de este relato, una sucesión de verborrea intermitente capaz de desquiciar a cualquiera. Y entre paciente y paciente, también sabréis de la relación personal y profesional del psicoanalista Pérez Cuscó con su colega terapeuta Alba Tena, sobre todo de su estupor ante una Chelo Puentes tumbada en el diván y dispuesta a manifestar cualquier cosa sin orden ni control. Cualquier cosa que le sirva para llamar la atención de su marido. Al parecer, ella y Pérez Cuscó han batido todos los récords de su generación. Han iniciado su vida en común antes de terminar los estudios; se han casado justo al acabar ella la carrera, con veintitrés, y él la licenciatura y el máster, con veinticinco, y tendrán un hijo al año siguiente, de hecho sólo once meses más tarde. Que la pareja no pase apuros económicos será, sin duda, de gran ayuda. Sus amigos de toda la vida, sus compañeros de estudios, les envidiarán al principio, porque casarse significa también dejar el hogar paterno, independizarse, tener una vida propia, y porque la casa de Cuscó y Chelo se convertirá en el lugar ideal para las cenas, celebraciones, encuentros y, casi casi, se convertirá en un piso franco hasta que ella quede embarazada y empiece a sentir cansancio en cuanto anochezca; a protestar por el exceso de ruido, por el humo del tabaco, o por la frecuencia de tanta intrusión, ya que, de hecho, su piso sólo será ese lugar ideal hasta que ella comience a reclamar la atención exclusiva de su marido. Y así, al tumulto excesivo le sucederá un aislamiento desmedido. Eso es lo que le comentará un día Pérez Cuscó a Alba Tena, que quizá no sea tan positivo que una pareja pase demasiado tiempo a solas, y aunque tampoco tengan tanto que decirse, ni tengan tanto en común, querrá destacar que el trabajo y un hijo en casa ayudan a llenar los vacíos. Y sin saberlo, o mejor dicho, sin pretenderlo, Pérez Cuscó alimentará las esperanzas de su compañera de consulta. Mucho antes, sin embargo, Chelo Puentes, habrá terminado Historia del arte, aunque para cuando llegue su hijo no tendrá claro si va a ejercer, porque de momento lo urgente y necesario será ocuparse del niño, y Pérez Cuscó deberá darse prisa y establecerse, y aunque primero piense en hacerlo lejos de su hogar, la mejor oportunidad que encontrará será en el mismo edificio donde viven. Se trata de un piso demasiado espacioso para él, con capacidad para dos consultas, una salita de espera, una zona de recepción, un baño y un *office* con una minicocina, de modo que le propondrá compartirlo a Alba Tena. El alquiler es asequible y su

ubicación, a mitad de camino entre la estación de Verdaguer y la de la Sagrada Familia, más que ventajosa. Él comenzará con buen pie, heredando la clientela de un viejo psicoanalista, amigo de la familia, que ha decidido jubilarse. Además, tiene amigos muy bien posicionados que le mandan clientes, y que le proponen acuerdos como el que mantiene con el equipo de oncólogos que trata al teniente coronel Avelino Domingo Pesquera. Todo a favor para iniciar una profesión. Además, Alba Tena y él no son competencia. Pérez Cuscó va a dedicarse al psicoanálisis de pacientes adultos, y Tena se ha especializado en los trastornos de conducta en niños y adolescentes. Para completar el panorama os diré que cuando yo escuche la cháchara de Chelo Puentes en el diván, ella no habrá trabajado nunca, o quizá sea mejor decir que nunca ha tenido un empleo. Su madre, viuda desde los cuarenta años, ha heredado y ampliado una cadena de puestos de fruta en diferentes mercados de la ciudad. Al principio, de jovencita, mientras estudie el bachillerato, Chelo Puentes le echará una mano, cubrirá a alguna dependienta cuando esté de baja, se ocupará de perseguir a los proveedores o llevará con resignación los pesados trámites administrativos. Cuando empiece Historia del arte en la universidad, donde habrá de conocer a Pérez Cuscó en un seminario sobre aspectos relacionados con la psicología en las pinturas del medioevo, la madre la relevará de todas sus ocupaciones. Poco después, a los sesenta años, la madre de Chelo Puentes decidirá jubilarse, venderá los puestos y dividirá el dinero en dos partes, la mitad para su hija y la otra mitad para ella. Su jubilación, dirá. La mujer los invertirá de modo que, con las rentas que produzcan y la pensión que le quede, pueda dedicarse a viajar y a vivir. Chelo Puentes, por su parte, no necesitará trabajar. Quizá le habría venido bien una ocupación remunerada, una responsabilidad, pues según Pérez Cuscó, administrar el tiempo no es tarea sencilla. Pero no será el ocio ni el dinero lo que trastornará a Chelo Puentes. Sin problemas económicos y con un embarazo de manual—así es como lo definirán ellos mismos—, la vida parece de color de rosa. Y, sin embargo, sin saber cómo, sin tener ocasión de prevenirlo, Chelo Puentes sufrirá eso que llamáis una grave depresión postparto hasta el extremo de rechazar al hijo. No puede negarse a verlo o a cogerlo en brazos, pero el rechazo es evidente, hasta el punto de que el bebé, atendido por sus abuelas, tendrá que ser alimentado mediante biberones. Aparentemente Chelo Puentes superará esa depresión, pero le quedará un insidioso sentimiento de culpa que querrá combatir volcándose en la criatura y en su marido hasta extremos insufribles para los dos. Y ahí es donde entrará esa paranoia, de la que antes hablaba, alrededor de los peligros que acechan la vida en general y la de su hijo en particular, y sufrirá por males que todavía no han aquejado a ninguno de sus seres queridos, los anticipará, bastará con que imagine la amenaza para que la sienta real. El niño no será consciente de ello porque la madre suele convertir ese desvelo en falsos mimos, le chantajea continuamente con regalos para minar su voluntad y conseguir que haga lo que ella propone, que se vista como ella desea, que practique deportes exentos de riesgo. Toda su vida girará alrededor de la necesidad de protección, cuanto más impreciso e indefinible sea el peligro, más aterrador será para Chelo Puentes.

Otra de las pacientes de Pérez Cuscó—en estos momentos la mayoría son mujeres—que conoceré en la consulta será la artista plástica Abigail Soler, a la que me permitiréis que llame la artista del patchwork, simplemente porque me gustan esas casualidades—ya sabéis: mis famosas serendipias—que se han encadenado a lo largo de mi existencia, con personajes que a veces tienen en común pequeñas cosas como por ejemplo esa modalidad artística o artesanal del patchwork. No será casualidad que Cristina León haya querido componer esa obra total que desea

modelar a través de retazos de la vida que son como los *Patchwork One* que verá a escondidas cuando visite la exposición de su madre. Sí, son madre e hija. La serendipia es que me encontraré a la madre, Abi Soler—así firma sus obras la artista plástica del patchwork—, en la consulta del psicoanalista Pérez Cuscó. Que el mundo es cada día más pequeño es una obviedad que a menudo se teje con imperceptibles porciones de casualidades—ya sabéis, eso que no existe pero que esgrimo para que nos entendamos de algún modo—, y así os lo cuento yo, pues en ocasiones, cuando las serendipias ocurren, sólo un espectador extraño se dará cuenta, porque es como en una película donde los protagonistas viven ajenos a una realidad que, aunque les pertenezca, parece exterior a ellos. Dicho esto, lo que sigue se corresponde con las declaraciones de la artista Abi Soler, que en la primera visita en la que coincida conmigo—ella es una de las más asiduas e irregulares pacientes del psicoanalista Pérez Cuscó, al que tutea sin remilgos y al que trata con cierto aire de superioridad—le contará que ha estado en Londres para admirar las exposiciones de Rembrandt y Turner. En ambos casos se trata de exposiciones dedicadas a su obra tardía. Allí han acuñado el término *Alterstil*, simplemente porque les gusta etiquetar, que es como una debilidad motivada por el idioma tan plástico que tienen. Y no te lo pierdas, le dice, pues en cada pintor eso significa algo distinto. No, no ha visitado la Tate porque ya la tiene muy vista, y porque ella está hasta la coronilla de que les den a ciertos artistas menores el mismo tratamiento que a los grandes. ¿Que quiénes son los grandes? Por favor, ¿qué pregunta? Los Picasso, De Kooning, Basquiat o Hopper, por poner cuatro ejemplos de lo más variado. Por supuesto que no admite comparación con lo nuestro, dirá. Aquí lo que tenemos son sueldos mal gestionados y camarillas de intelectuales más o menos orgánicos. Londres es otra cosa. Estaría magnífico si no fuera por el coste de la vida. Un horror. Si no fuera por eso, y ella dice haberlo pensado en más de una ocasión, se iría a vivir allí. ¿Ha ido a Londres con él?, le pregunta Pérez Cuscó sin necesidad de precisar más. Sí. Esta vez la ha acompañado y no se han peleado, aunque no hayan faltado motivos. Cuando ocurre algo así, Abi Soler piensa que sería magnífico que todo—se trata de un todo que se refiere más concretamente a la convivencia—transcurriera de ese modo, siempre, pero luego mira hacia atrás y reconoce que no es posible. Que no es más que una etapa del proceso. Hay etapas felices y otras desgraciadas en la vida de todo el mundo, imagina ella. Lo dice por lo que observa a su alrededor, siempre ha sido así y no cree que cambie. En esta ocasión ni siquiera han discutido para elegir las galerías que deseaban visitar. Parece tonto, pero no lo es, suelen discutir por cualquier cosa. Cualquier asunto, por nimio que sea, puede ser motivo de controversia. No les sucede con otras personas, a ninguno de los dos. Ya te conté nuestra visita a Bilbao. Viaje en el que hubo que dilucidar, a través de una infinidad de peleas, la decisión de qué artista, instalación, museo o galería iban a visitar antes. Una mera cuestión de establecer el orden de las visitas. Y eso tratándose de una ciudad pequeña, añadirá ella. Queriendo decir que si bien son capaces de llegar a un acuerdo para visitar una instalación como la de Rineke en el Guggenheim, no hay modo ni manera de concretar si ésta es la que deben ver primero, o si deben comenzar por la permanente que ya han visto mil veces, dicho sea de paso, o esa instalación de Serra que se saben de memoria, pero que siempre viene bien visitar. La artista del patchwork se incorpora en el diván, gira la cabeza y clava la mirada en la expresión atenta de Pérez Cuscó, que deja de tomar notas para examinar a su paciente. La artista tiene un ademán cansado. Ya no lo es, pero Abi se considera joven, todavía por debajo de los sesenta. Su rostro está surcado de arrugas, le revienta cuando le dicen que su rostro y sus manos son muy expresivos. Considera que se trata de una versión de esa frase miserable que dice: para la edad que tienes, estás estupenda. Y ella odia esa expresión. No vayas a creerte que es un asunto baladí, dirá, sin importancia. Por supuesto

que la tiene. ¡Enorme importancia! Discuten, en realidad—ella y su amante—, a causa de un choque de egos. A veces él la mira con furia y ella lo siente como un desafío, un desafío en cierto modo físico. Y ella le desafía a él. Ya conoces mi carácter, le espeta al psicoanalista Pérez Cuscó. Lo ama. Se refiere al galerista. Lo ama intensamente, como lo amó tiempo atrás. Pero no lo respetaría si se tratase de algo nimio. Esa decisión, empezar por una muestra u otra, está relacionada con estar limpio en el momento en que te enfrentas a una obra. No tener memoria de las anteriores, porque esas impresiones pueden modificar tu criterio o tu forma de percibir las. En fin, es como tomar un buen vino después de otro, igualmente bueno, y no poder evitar que su sabor quede desvirtuado. Tienen puntos de vista distintos en ese aspecto y en muchos otros. Debe de ser lo usual en personajes de carácter, ¿no te parece? Y eso se refleja en la relación que mantienen. Si a eso le añades que en Bilbao no sólo está el Guggenheim y que querían ver la obra de otros artistas, la discusión inevitablemente ha de derivar en una de sus habituales broncas. Sin embargo, contra pronóstico, en Londres todo ha ido mejor. Tal vez estaban mediatizados por la experiencia de Bilbao. Ella supone que el inconsciente tiende estas trampas, y que cada uno ha renunciado a una parte de sus querencias. La relación con un galerista cuyos intereses se cruzan con los tuyos, con los que interaccionan sin ser los mismos, conduce a estos resultados. Piensa que *a priori* debería ser lo contrario. Incluso cree que se entienden bien, sobre todo cuando ella expone en su galería de Madrid. Cuando viaja a Madrid el tiempo escasea, suelen disponer de unas pocas horas al día. Entonces la relación es más fácil. Él acude a su hotel y toman la última copa en la terraza, antes de acostarse. Afuera es distinto, se refiere a Bilbao, Nueva York, San Francisco, Tokio, Berlín, París o Londres, entonces colisionan. De modo tácito, los dos aflojan la presión cuando llega la noche, cuando se recogen para cenar, como si quisieran llegar al amor en paz, con una copa de más y una sonrisa en los labios. Parece entonces que estén de acuerdo en todo, o en casi todo, y eso que les sucede ahora viene sucediéndoles desde el inicio. ¿Por qué no puede ser igual en lo que se refiere a otros artistas? A ella le cuesta entender que pueda darse una coincidencia de pareceres cuando analizan su obra, y que haya tanta discrepancia cuando se convierten en simples espectadores de la de otros. Eso la hace dudar de su propio criterio y le hace pensar si no será que, en el fondo, él no ve en su obra lo mismo que ve ella. Imagina que él valora una fuerza expresiva, cuando lo que tal vez vea son colores bien argumentados. Pero entonces, tal vez ese acuerdo tácito no sea más que un engaño. ¿Qué debería hacer un artista en un caso como éste? ¿Cambiar de galerista? ¿Debería ser tan radical en ese aspecto? Su marido dice que lo importante es que un galerista crea en su obra y que la venda. Si cree en ella, la venderá; si no cree en ella, no la venderá. No importa que crea en ella por motivos distintos a los suyos. Puede parecer que a mi marido sólo le interesa el dinero y no es así. Ya le conocerás. Él cree que no se trata de representar un nombre que venda, sino que hay que creer, que la fe mueve montañas. Esta idea, y que la humanidad sólo puede ser redimida por el arte, son sus dos vectores maestros sobre este asunto, dice ella. Y como se trata de un débil mental, piensa, luego podrá defender en público cualquier otra cosa, incluso lo racional por encima de sus contrarios. Contradictorio, ¿no? ¡Así vais!, objetaré yo, mientras me repito la frase «que la humanidad sólo puede ser redimida por el arte», sin poder dejar de pensar en esa otra idea mucho más extendida y que muchos de vosotros practicáis: la redención por el trabajo. La redención de la pena o del purgatorio por el trabajo. No he tenido la suerte de cubrir a ningún sajón o anglosajón y, por lo tanto, nunca sabré muy bien hasta qué punto es cierta esa diferencia que decís que existe entre la ética protestante y la moral católica, entre el perdón por el esfuerzo y el perdón por el mero arrepentimiento. Al fin y al cabo, mis opiniones están relacionadas con lo que he vivido y aprendido, y eso hace que no pueda

compararos a unos con otros, me refiero a los nacidos en España o Colombia, por ejemplo, que es donde ha acabado transcurriendo la mayor parte de mi historia, con los que han nacido en otras latitudes, pongamos Alemania, China, India, Senegal o Estados Unidos. Sin embargo, algo me dice que todos os engaños a vosotros mismos de la misma manera, buscando intermediarios que justifiquen vuestros actos e inventando cielos que os ofrezcan alguna esperanza. ¡Qué suerte la vuestra! Bueno, así que la artista del patchwork dice que él, su marido, cree que no se trata de representar un nombre que venda, sino que hay que creer, que la fe mueve montañas. De acuerdo, pero su pregunta sigue siendo: ¿y si quien cree en ti te ve de modo distinto a como eres en realidad? ¿Es aceptable esa confusión? ¿Esa incoherencia? Eso es muy parecido a lo que le ocurre a la relación que mantiene con el galerista. Tal vez la vea tergiversada. Al principio era distinto, pero siempre es todo distinto cuando se inicia una relación afectiva o amorosa. Luego las cosas se van deteriorando hasta que se llega a una situación como la que ahora mismo mantienen. Quizá, cuando inicias una relación, hay cosas que tapan otras y no te fijas muy bien en esos detalles, añadirá mordidiéndose los labios y mirando a lo lejos. Incluso puedes llegar a creer que no importan. Él la quiere y ella le quiere a él, y ya está. Eso que sirve a los veinte años, ¿es válido cuando se han superado de largo los cincuenta? A los veinte y a los treinta no hace falta añadir ni una palabra más. Él la desea y ella le desea a él. ¿Por qué ahora sí es necesario añadirle más requisitos? Entonces, el psicoanalista Pérez Cuscó, que no tutea a la artista del patchwork porque cree oportuno guardar cierta distancia con los pacientes, le preguntará si ha hablado de este asunto con su marido, y ella le responderá que por supuesto, y que además como su marido es escritor, lo que no le cuenta se lo imagina. El matrimonio de la artista del patchwork no funciona, pero no es por causa del galerista de Madrid. El desapego viene de lejos, tiene que ver con otros problemas, las rutinas, los desencantos, incluso con errores que cometen quienes se encuentran a tu alrededor y que no hay modo de rectificar. Hará como veinte años que viven vidas separadas. En público mantienen una relación confortable, cada uno de ellos se siente orgulloso de la obra del otro. Son, mutuamente, de un modo natural, no programado, el principal valedor y divulgador de la obra del otro. Él es quien le escribe los textos de las exposiciones y ella quien ilustra algunas de sus portadas o esas caricaturas que han publicado algunos periódicos cuando deciden sustituir la fotografía del autor por algo más elaborado. Siguen juntos porque se ven poco, confiesa, hablan menos y apenas si hacen el amor. Hace tiempo que su marido conoce al galerista. Está al corriente de esa relación, aunque prefiere que no se la mencionen. Cuando le conoció los dos eran demasiado orgullosos para ceder, pero ahora parece que se han acostumbrado. Eso es, ¡la costumbre!, exclama. ¿Qué tienes tú que decir sobre la costumbre?, interroga de pronto al psicoanalista Pérez Cuscó. Cualquiera día esto se acabará, añade, y lo hará sin ruido, sin ser planificado. Eso le permite a Pérez Cuscó no tener que definirse sobre el concepto de costumbre ni, por supuesto, tener que compararlo inevitablemente con el de la señora Soler, o con el que ella esté dispuesta a aceptar en este momento. De modo que le recordará a la artista del patchwork que ha mencionado unos errores, que él imagina de juventud, o al menos de una época pretérita. ¿Quiere hablar de esos errores?, le pregunta a continuación. Y Abi Soler hará como que se lo piensa, y luego dirá que imagina que tarde o temprano deberá afrontar ese período de su vida, que en parte quizá está allí por ese motivo, ¿verdad? Aunque no hoy. No en esta sesión. Necesita elaborarlo un poco. Ya sabes, los artistas somos unos maestros en fingir que improvisamos, que nos expresamos con naturalidad. Y el psicoanalista Pérez Cuscó tiene que pensar detenidamente qué significa esa frase, si es que ella no quiere fingir ahora que mientras improvisa sabe bien de lo que habla, o es que necesita elaborar un discurso—como insinúa que hará—para luego simular

que improvisa una respuesta.

Al marido de la artista del patchwork, sin embargo, sí le recibiré en su primer día, es decir, en su puesta en escena ante Pérez Cuscó. El escritor Jorge Riba no se siente cómodo visitando a un psicoanalista, y menos aún a un psicoanalista apuesto y joven. Los jóvenes no saben nada, piensa, mientras se obliga a seguir sus indicaciones y calcula cuánto tiempo aguantará estas visitas. En esencia, dice él, lo que le ocurre es eso tan manido que alguien ha definido como pánico ante la página en blanco. La causa, una dolencia inespecífica. No se lo tome a mal, doctor, bromea fingiendo naturalidad. No he acudido a su consulta para hacerme mi propio diagnóstico, miente. Y miente porque todos vosotros, cuando acudís a un terapeuta, pretendéis que se limite a confirmar vuestro propio diagnóstico. No sirve de nada que Pérez Cuscó, o cualquier otro, os describa qué mal padecéis si no estáis dispuestos a admitirlo. Espero que lo tengáis en cuenta si es vuestro caso en estos momentos, o si lo es en algún otro momento de vuestra vida. Es la primera vez que Jorge Riba acude a un psicoanalista y por eso se entretiene pormenorizando aspectos que tal vez a su interlocutor no le interesen en absoluto. Bromea con una escena de una película en la que Robert de Niro encarna a un mafioso que se psicoanaliza, pero lo hace sin gracia alguna porque le imita fatal y el psicoanalista Pérez Cuscó se ve obligado a reconducirle con una frase que ya es un clásico del género: me hablaba de la angustia por no poder escribir. Y el escritor bloqueado repetirá que no ha acudido a su consulta para hacerse su propio diagnóstico, pero que la introspección es un ejercicio constante en un escritor. Flaubert, por ejemplo, decía que él era Madame Bovary. Como quien se postula para ser todos sus personajes. Bueno, lo suyo podría ser estrés, quizá provocado por el hecho mismo de estar bloqueado. Ya le entiende, ¿verdad? Un síntoma que aparece de modo esporádico, se cronifica y se convierte en una obsesión. Como un bucle. Como no escribe, se angustia, y como se angustia, no escribe. Además, no es algo reciente, primero pensaba que lo solucionaría con un poco de calma, o de distracción, quizá con un viaje interesante. En realidad, lleva más de dos años en blanco. Es un escritor bloqueado. Así se define él, y por eso está hoy aquí. Hace tiempo que su mujer le ha recomendado que le visite, pero Riba tenía ciertas reticencias. Sobre todo porque pensaba que un psicoanalista no podía ver a dos miembros de la misma familia. Debe de ser uno de esos prejuicios que no sabemos cómo se transmiten ni cómo los hemos almacenado en nuestra mente sin cuestionarlos, y que finalmente resulta que no tienen fundamento. Sobre el bloqueo, dice que no ha sucedido de repente, que no se trata de algo que haya sentido un buen día al levantarse y, de pronto, se haya visto incapacitado para escribir una palabra, una frase o un párrafo. Es muy desagradable. Ahora tiene una sensación de tristeza o de vacío o de frustración. Puede escribir, por supuesto, pero una cosa es juntar palabras y otra muy distinta que tengan sentido, o que simplemente consigan interesarle. Al principio se puede continuar porque, si se tienen proyectos en marcha, sólo hay que proseguirlos y la profesionalidad ayuda. No es alguien nuevo en el gremio. Aunque lo cierto es que una obra levantada con el único requisito de la profesionalidad acaba siendo una obra menor a la que le falta el brillo. Y después, ahora, nada. Nada de nada. ¿Ha evitado el término *depresión* de manera consciente?, le preguntará el psicoanalista Pérez Cuscó, y el escritor responderá que *depresión* es el término que emplea su mujer. Que no está escribiendo es un hecho objetivo. Que eso le entristezca o que le deprima depende del punto de vista, del sujeto, del observador, del clínico. Una teoría de las de andar por casa dice que hay demasiado orden en su vida y que el orden le inhibe. Al contrario de cuando escribe, porque escribir provoca en él un desorden mental y un

caos de tal magnitud que parece alocado, desinhibido, feliz. En su opinión, la de un observador avezado, su mujer juega con la teoría de un tal Csikszentmihalyi. No intente escribirlo ni pronunciarlo, le aconseja al psicoanalista, no conseguirá hacerlo correctamente. Pérez Cuscó ni pestañea, pero conoce perfectamente a Csikszentmihalyi, es decir, sus teorías. No lo recuerda, pero es probable que haya sido él quien le haya hablado de Csikszentmihalyi a la mujer del escritor bloqueado, la artista del patchwork. Últimamente este personaje surge en todas sus conversaciones, prosigue Jorge Riba, refiriéndose a las que mantiene con su mujer, y dice que aprender a pronunciarlo resulta divertido, como cuando de pequeño jugaba a decir chiripitifláutico o supercalifragilisticoespialidoso—otra broma de esas que le salen mal y que obligan a Pérez Cuscó a reconducirle—. Csikszentmihalyi argumenta que será más feliz si se encuentra en un estado de *flujo* constante, en el que *flujo* viene a ser algo así como estar enchufado, absorto, etcétera, concentrado de tal modo en su actividad que se le pase la hora de la comida o de una cita o lo que sea. Consecuentemente, si su quehacer diario transcurre en ese estado de *flujo*, se sentirá feliz porque parece que eso le da sentido a su vida—ya veis que no soy yo quien se lo inventa, esa tontería del sentido de la vida lo lleváis los humanos en la sangre—y si no hay *flujo*, dice, no habrá sentido y sí tristeza. Jorge Riba cree que de ahí surgen todas esas conjeturas de su mujer. Sin embargo, a él, le parece sentirse preocupado y no triste. No importa que ella lo vea así. Es otro punto de vista. Abi está hecha de otra pasta, se atreve con todo. A decir o a hacer cualquier cosa. Incluso que las rutinas matan la felicidad. Ése es uno de los sonnetes que más escucha en su vida doméstica. ¿Usted cree que es cierto que la rutina aniquila la felicidad? El psicoanalista Pérez Cuscó hace una mueca y un leve movimiento de la mano que parece indicar siga, siga, por eso el escritor bloqueado dirá que esa idea de su mujer le parece una idea peregrina, que lo que él ha observado es que la rutina destruye los matrimonios. Y que eso es otra cosa muy diferente.

En numerosas ocasiones, Pérez Cuscó iniciará la sesión recordándole a su paciente en qué punto terminaron la cita anterior, con algún detalle—una frase, una palabra, un silencio, un suspiro, un gesto...—sobre el que ha recapacitado y en el que desea profundizar. Por ejemplo, le recordará a la lectora del Ateneo que no sólo abordó a un desconocido en la biblioteca, sino que le siguió por la calle y que ella misma definió ese comportamiento como acoso. ¿Era realmente la primera vez que le veía? ¿Se sintió atraída por él porque le recordó a alguien? De ese modo a menudo iniciará Pérez Cuscó sus sesiones. Sin embargo, tan sólo en una ocasión verá regresar a una paciente. Será Blanca Ramos quien lo haga, cuando todos excepto Mila hayan abandonado la consulta. Finge que ha olvidado el fular en el perchero, pero en realidad lo que quiere es quedarse a solas con la recepcionista. La lectora del Ateneo está interesada en Pérez Cuscó, le gusta, lo encuentra interesante, inteligente, atractivo, ha empezado a pensar en él como el hombre que necesita para ser feliz. Piensa en él como un recambio del estudioso, y piensa que podrá extraer de Mila información útil para su propósito. Un par de veces se ha encontrado en la consulta con Alba Tena y de algún modo oscuro pero certero ha llegado a la conclusión de que ella será la rival con la que deberá batirse, y no con su esposa, Chelo, que le ha parecido un ser viscoso. Sin embargo, no será mucho lo que podrá obtener de Mila, a pesar de los obsequios con los que viene sobornándola: que si bombones, que si una pequeña radio con auriculares, que si colonia. Sin embargo, la recepcionista se siente en deuda con Pérez Cuscó y con Alba Tena, pues fueron ellos quienes le dieron una oportunidad, la oportunidad de llevar una vida digna, discreta,

autosuficiente, sin sobresaltos. Y no va a defraudarlos, así que se libra de la presión de la lectora del Ateneo con toda clase de evasivas, unas físicas, fingiendo estar muy ocupada, y otras verbales, aportando datos obvios, a la vista de todos, como que tiene mujer y un hijo, como ella ya habrá visto en la fotografía que hay en el escritorio de Pérez Cuscó, que Alba y él estudiaron juntos y sólo son buenos amigos, y otras obviedades por el estilo. Incluso no ha tenido reparos en inventarle un novio a Alba Tena para distraer la atención de Blanca Ramos. Milagros Ordóñez es una mujer correosa, no es fácil engatusarla con regalos o con halagos. Su punto débil es otro, pero ese dato no está al alcance de la lectora del Ateneo. Mila sufre un chantaje del que no podré daros mayor noticia. Lo sé porque he presenciado cómo la llaman al móvil a deshora y cómo, en cada ocasión, al oír una determinada voz, una voz que despierta en ella graves temores y que a la vez la asfixia, como si le cayera encima una palada de tierra tras otra, cuelga y a continuación desmonta el teléfono, y corta la tarjeta en pedazos y los dispersa en un par de contenedores de basura. Quien sea sabe cómo localizarla aunque ella cambie de móvil y de número con frecuencia, porque una vez al mes Mila debe llamar a su hijo, está obligada a llamar a su hijo para darle la clave que le permita hacerse con el dinero que le ha enviado. De momento su hijo está a salvo en una prisión de Colombia, pero está a salvo sólo por el dinero que recibe de su madre. Allí lo retienen acusado de tráfico de drogas y de formar parte de la guerrilla de Dios Airado, y es así, a través de ese hilo, como la localizan a ella, a miles de kilómetros de distancia.

El psicoanalista Pérez Cuscó le contará una tarde a Alba Tena que la madre de Chelo Puentes ha dejado de viajar, que no se atreve a dejar sola a su hija, que se da una de esas paradojas que hacen tan complicada la existencia: mientras ella vive pendiente de su hijo y de su marido, velando para que nada les suceda, el resto de la familia, las abuelas, el abuelo y él mismo, todos están volcados en ella, intentando protegerla, salvarla de sí misma. Pérez Cuscó querrá medicarla con el apoyo de un psiquiatra amigo al que invitará a cenar un par de veces con la intención de que pueda observar el estado de ansiedad en el que vive su mujer. Desea eliminar parte de la angustia que la corroe, pero ella lo rechazará, y tampoco aceptará otro tipo de ayuda. Por no aceptar, ni siquiera tolerará que insinúen que está enferma. En casa del herrero, dirá Alba Tena, cuchillo de palo. Dice que lo entiende, pero luego lo relativiza. Alba Tena, que no se ha sentado, rodea la butaca de su colega, él tiene el torso adelantado y los hombros hundidos, y ella pone allí sus manos. Y antes de que él pueda impedirselo, empieza a masajearle los hombros, la nuca y la espalda. Estás muy tenso, le susurra, aquí hay demasiados nudos, ¿por qué no acudes a mi fisio? Y mientras le masajea, y siente cómo su pecho se hincha y pugna con el sujetador, no pierde de vista la puerta de la consulta, pues sabe que Chelo Puentes puede entrar en un momento u otro. Y luego está la situación del matrimonio, que no funciona porque Chelo Puentes lo ha colapsado todo con sus obsesiones. Eso, el psicoanalista Pérez Cuscó no se lo dirá a Alba Tena, eso lo sabe él y quienes tenemos acceso a sus más íntimos pensamientos, tal vez incluso a lo que sabe sin querer saberlo, porque el caso es que su matrimonio se ha deteriorado hasta ese punto en el que la tensión latente hace enmudecer a la pareja. Pérez Cuscó desea que su hijo crezca para poder tomar una decisión sobre su propio futuro, pero el niño apenas tiene siete años, y me temo que la espera se le hará demasiado larga. Mientras tanto se ha refugiado en el trabajo y torea las situaciones como puede y a medida que se le presentan. Como una carrera de obstáculos, le dice a su colega Alba Tena, que aunque sea una sensiblera, o precisamente por eso, no es tonta y comprende perfectamente qué sucede en la vida de ese más amigo que colega con el que cursó estudios y al

que ha visto pintar canas y ojeras en pocos años. Ahora mismo, este más amigo que colega que tiene su misma edad, parece bastante mayor que ella. Tal vez las canas le ayuden en la consulta, pero ella cree que esa tensión lo está minando como si fuera una carcinoma. Y él, preocupado, le contará a ella una reciente entrevista con la profesora de su hijo, que no es una de esas entrevistas ordinarias a las que son llamados los padres a la escuela, sino que se trata de una entrevista que ha solicitado su esposa porque ha detectado algo extraño en los cuadernos de su hijo. Chelo es así, le dirá. Cada día registra su mochila, sólo porque en una única ocasión, al regreso de la escuela, trajo el bocadillo intacto y Arturo respondió que no «se había acordado» de comérselo. El niño, que por suerte todavía es inmune a las reprimendas de su madre, ni siquiera tuvo la malicia de tirarlo a la papelera. Chelo Puentes no lo puede entender, y Pérez Cuscó le quita importancia, que como todo el mundo sabe es lo peor que puede hacer ante el grave, gravísimo problema que plantea su esposa. Para ella se trata de una señal, el indicio de un mal mayor, pues no ha hecho más que desencadenar una serie de conjuros maléficos que están a punto de destruir a su familia. Ella misma ha recitado la lista: anorexia, fracaso escolar, *bullying*, trastorno de conducta. La entrevista ha sido una batalla campal en la que las miradas de la profesora a Pérez Cuscó, como preguntándose a sí misma, y de paso a él, qué sucede aquí, qué está pasando, qué me he perdido, y sus intervenciones para contener a su esposa, que ya os he contado que es de verbo fácil y atesora todas las estadísticas de los peligros, habidos y por haber, que ella cree que acechan al niño, se han sucedido sin respiro, como un bombardeo sin cuartel que paraliza el tiempo, que no deja margen de maniobra a los combatientes. A Pérez Cuscó se le caerá la cara de vergüenza porque sabe que su mujer fisgonea en los deberes, los trabajos, o los posibles comentarios de su hijo en clase, a través de la agenda escolar, la web del centro y las redes sociales, llegando a implicar en sus indagaciones a los padres de otros niños con quienes está en permanente contacto. Chelo Puentes lo mira todo con lupa y consigue angustiar a esa otra madre y a ese otro padre, y a un tercero, con toda clase de comentarios contaminantes. Por todos estos motivos Pérez Cuscó se habría levantado de la entrevista con la profesora, se habría disculpado y se habría marchado, pero quiere creer, necesita creer, en un sólido ejercicio de contención, que será capaz de impedir que su mujer derribe todos los puentes con el entorno de su hijo. Y aquí es donde entra Alba Tena, porque él le ha prometido a su esposa que le pedirá a un colega que vea al niño, y porque, sin lugar a dudas, ella es la persona en quien él confía plenamente para esa misión. Y sí, lo habéis entendido bien, ha dicho misión.

Quiero decir, dirá el escritor bloqueado, que lo que hacemos, nuestras ocupaciones, esa actividad frenética a la que le dedicamos todo nuestro tiempo y nuestra energía, todo eso, sólo sirve para distraerse, para pasar el rato, porque, primero, la vida no tiene sentido—Jorge Riba apoyará su sentencia con un movimiento brusco de cabeza y levantando el dedo índice de la mano izquierda, aunque uno se dé cuenta enseguida de que ésa es la piedra filosofal que él anda buscando por ahí—, basta con reflexionar un instante mientras contemplamos el cielo estrellado, añade, basta con una pregunta sencilla, ¿qué somos?; y segundo, más pronto que tarde el planeta va a explotar o a colapsar y no va a quedar títere con cabeza, ni rastro de todo nuestro afán. Por decirlo con una expresión teológica: ¡a la mierda con nuestras creencias y nuestro egoísmo! Eso dirá el escritor en dique seco, que se habrá convertido en un filósofo de la vida precisamente por sentirse maniatado, incapaz de levantar el lápiz y enfrentarse a la página en blanco, y ya sabéis que cuando estáis deprimidos todo lo veis de un color más bien oscuro y entonces sí, entonces

dais en el clavo: pues sí, la vida, vuestra vida, no tiene sentido. Ningún sentido. Lo he dicho ya: *¡Carpe diem!* Así que vividla sin complejos y dejaos de monsergas. Pero ahora mismo el ilustre Jorge Riba le habla al psicoanalista del coste de vivir fuera de registro, en los márgenes de la página, ya que lo que de verdad cuesta es ser coherente con el modo de ser y de hacer y de estar propio de cada uno, sólo es necesario tener una leve certeza de lo que uno es. No es que desee suplantarle a él, a su terapeuta, pero ha leído que en el fondo lo que le ocurre a él—en realidad a cualquier ser humano—es que debe elegir entre ser amado, querido por los demás, y ser él mismo, y lo que le sucede es que siempre elige lo primero porque tiene tendencia al egocentrismo. Exactamente lo que yo he escuchado decir de vosotros: que vuestro anhelo primordial en esta vida es que os quieran, así de claro y de directo, y que vuestro dilema moral suele fluctuar entre el actuar para gustar o el hacer lo más adecuado, pese a quien pese. Bueno, pues ahora regresemos al supuesto del escritor maniatado, ese inocente dispuesto a caer en la contradicción más flagrante con tal de que le quieran. A Pérez Cuscó le incomodan los pacientes que rehúyen hablar de sí mismos, y sobre todo los pacientes calamar que elucubran con teorías que sólo pretenden arrojar oleadas de palabras y de frases para camuflarse y no tener que enfrentarse a los silencios del terapeuta. Quizá, y Pérez Cuscó aprovecha un segundo en el que Jorge Riba calla para poder tragar saliva, es que no le encuentra utilidad a lo que hace. Quizá siente que no hay verdad en lo que escribe. Sí, dirá el escritor noqueado. Es decir, no. Sólo de un modo circunstancial. Llena las horas creando historias que luego habrá de leer la gente, que ocupan su tiempo, pero que no conducen a ninguna parte. ¿Llena las horas? No, no las llena. Aquí querría hablar del significado del término *llenar*, pero todavía no ha podido digerir la andanada del terapeuta, así que lo banalizará diciendo que en realidad las llenaba en el pasado, que ahora es peor, que ahora pierde el tiempo, que no se le ocurre nada, que lo viene diciendo desde hace rato, desde la sesión anterior: me he quedado vacío. Como un jugador que hubiera apostado todo su capital y lo hubiera perdido. Perdidó su dinero y perdido su crédito y perdida la posibilidad remota de conseguir más. Ni siquiera abre el ordenador, no carga con la libretita ni toma notas, ya ni lo intenta. Es un pozo seco, un tintero en el que no sirve de nada introducir la pluma. Se le ha secado también la imaginación. Si no tienes nada interesante o emocionante que contarte a ti mismo, ¿cómo vas a contárselo a los demás? ¿Qué puedes hacer? Escribir por escribir no vale la pena. Entonces Pérez Cuscó le pide que regrese a esa idea de la inutilidad que representa cualquier esfuerzo porque de todos modos el mundo va a desaparecer. ¿No es paralizante esa idea? ¿De verdad no escribe por ese motivo? Él, el psicoanalista, también ha leído en alguna parte que al planeta le quedan casi tres mil millones de años de vida; año más, año menos. Ha dado en el clavo porque Jorge Riba desea hablar de dos cosas. En realidad, de cualquier cosa excepto de él mismo. Una, que la vida del planeta y la vida de la humanidad son dos líneas distintas que han podido cruzarse en un punto, durante un ínfimo período de tiempo. Y dos, que tal vez su deseo sea trascender diez mil millones de años o más. Que por menos no se pone. O todo o nada, no quiere quedarse en medianías. ¿Sabe usted que el castigo más duro siempre es para los tibios?, dirá al rato el escritor sin obtener respuesta del psicoanalista. Y luego reflexionará y le pedirá que no le haga caso, que cuando dice que el planeta va a explotar, en realidad no es necesario ir tan lejos, porque esta civilización, o como la quiera llamar Pérez Cuscó, desaparecerá, y eso sucederá mucho antes de que se desintegre el planeta. Las civilizaciones tienen un ciclo propio: surgen, crecen imparables, se desarrollan, entran en decadencia y mueren. Lo de o todo o nada era broma. Bromas aparte, la respuesta a su pregunta, querido doctor, es no. Un no tajante. Con eso quiere decir que el motivo de su bloqueo creativo no es, no puede ser, que el mundo o que la actual civilización vayan a

desaparecer tarde o temprano. Ni siquiera le preocupa en exceso. Hemos perdido esa capacidad para la inocencia. La tuvieron los primeros cristianos. Estaban tan convencidos de que tras la resurrección de Jesús llegaría el fin del mundo, y que los justos se irían con él al cielo, y que eso iba a suceder de inmediato, que algunas comunidades dejaron de sembrar, descuidaron sus granjas y sus talleres, y un poco más tarde sufrieron escasez y pasaron hambre, hasta tal punto que tuvieron que recibir alimentos de quienes habían actuado con mayor prudencia. Mientras le explica esto se le ocurre otro motivo. Probablemente, en parte, sea cierto lo que dice, se justifica él, aunque no puede asegurar que no escriba por eso. Tal vez esté cansado, tal vez esté pasando una mala época. Una simple y vulgar mala racha. Cuando se está bajo de defensas todo te afecta. A perro flaco todo son pulgas, añade. ¿Y si no pudiera seguir escribiendo, si tuviera que cambiar de oficio? ¿Hay alguna otra profesión que le resulte interesante? Pero ¡cómo se le ocurre! Jorge Riba tiene que reprimir el deseo de llevarse las manos a la cabeza, escandalizado. ¿A qué puede aspirar él? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Abrir un negocio, trabajar en una sucursal bancaria, en una editorial...? ¿Dedicarse a la política? De joven ejerció diferentes ocupaciones. Se ha ganado la vida como camarero, oficinista, vendedor de máquinas de coser, vigilante nocturno en una fábrica... Lo ha hecho porque había que ganarse la vida. Esa clase de cosas que se hacen para comer, apunta, y pagar el alquiler. Hasta que un buen día descubre su verdadera vocación, y vislumbra que la escritura le colma más que cualquier otra cosa. Y sí que ha tenido sensaciones estimulantes al respecto. Sobre todo si lo dimensiona correctamente, a lo largo de los años, afirma él, y asegura que siempre ha sido como dejarse llevar, que todo ha transcurrido en buena armonía. Sólo ahora, en estos últimos años, se ha roto el hechizo. ¿Que cómo ha sido eso? Pues no se trata de algo que se vea venir, aunque es cierto que tampoco sucede de un día para otro. Eso es lo que ocurre. Un buen día, o un mal día, te sientas ante el ordenador y no pasa nada. Y luego hay otro y otro y otro más. No sabría decir cuántos. Y ahí, andado un buen trecho, descubres que estás bloqueado. En dique seco. Pérez Cuscó le preguntará entonces si puede recordar el momento exacto. Se refiere a si le ha ocurrido en medio de la escritura de una obra o al finalizar su anterior proyecto. Si puede identificar algún hito a partir del cual haya sentido ese bloqueo. Y él, el escritor noqueado, sentado en su rincón del cuadrilátero, no dudará ni un segundo en responder que después de la última obra ya no ha habido nada. Que siempre comienza un libro mientras está terminando el anterior, que no sólo él, sino que muchos escritores toman notas de historias que todavía no han germinado, notas que esperan su momento, hasta que de pronto surge una idea fuerza que las conecta, y entonces ellos, los escritores, las recuperan y escriben algún episodio o el prolegómeno o alguna de sus partes. Él pertenece a ese grupo, pero esta vez no ha sido así. De modo que pondrá el punto final, publicará la novela en cuestión, la que ha sido la última, participará en la promoción, acabará todo lo que tenga entre manos, un año, quizá un poco más, puede que dos, y cuando piense que debe iniciar un nuevo libro, encontrará que no hay nada ahí. Un escritor llamado Foster Wallace le hace decir a uno de sus personajes que cuando un escritor está bloqueado siempre es porque él mismo se está abrumando con un nivel de exigencia poco realista. No es su caso, se defiende. Él se siente vacío, sin nada a la vista. No puede estropear ninguna idea, ni lamentarse por no estar a la altura, porque allí no hay nada. Nada. ¿Que si ha cambiado algo en mi entorno? ¿Que si escribo en el mismo lugar de siempre? ¿A la misma hora? ¿Si hay alguien más en casa? ¿Que qué ha cambiado? Y resulta que aparentemente nada ha cambiado, excepto el paso de los años, o el peso de los años. Lo dice como si fuera cierto, como esas medias verdades que tampoco son mentiras, puesto que no ha tenido tiempo para reflexionar con detenimiento sobre la pregunta en cuestión. La nada existe, la nada es, repite en voz baja el

escritor mientras abandona la consulta.

Mila acompañará a Blanca Ramos al baño. Ha llegado sudorosa, descompuesta y le ha ofrecido agua, pero ha bastado un pequeño sorbo para que sintiera arcadas y Mila se ha asustado y la ha arrastrado frente al lavabo. ¿Quiere que avise al doctor? ¿Necesita algo? Blanca Ramos niega con la cabeza y con las manos. Estará bien enseguida. Le pide un minuto mientras apoya las manos abiertas en las baldosas y respira despacio, concentrada, como si contara cada golpe de aire. ¡Ya!, exclamará, justo antes de extraer una pastilla del bolso y de beber agua usando la palma de la mano como si fuera un cuenco. Es lo primero que le explicará a Pérez Cuscó, tras sentarse en la butaca y apoyar la cabeza, es que su recepcionista es la amabilidad personificada, con qué diligencia la ha atendido, se lo explicará todo, si bien omitirá un dato, el de la medicación. Eso que toma contra la ansiedad. Tal vez no debería contarle esto, dirá entonces la lectora del Ateneo. Y lo dirá porque le hace sentir mal. Que no es obsesiva, ni una neurótica. Pero ¿y si el hombre de la biblioteca—al que llama el estudioso—fuera el hombre de su vida? ¿No tiene ella derecho a luchar por conseguir su amor? Lo que no le gusta es pensar en su entorno, en esa gente que le rodea pero que ella entiende que no tiene nada que ver con este asunto. Es como si estuviera manipulando a las personas en su beneficio y sabe que no está bien. No puede evitarlo. Necesita verle, necesita saber a qué se debe su rechazo. ¿Se trata de ella? Pero si le dijo que le gustaba, que le resultaba atractiva. ¿Será entonces porque está comprometido? Ella no quiere causarle daño a nadie, si tiene mujer e hijos y es feliz, está dispuesta a sacrificarse, pero quiere que se lo diga. Quiere que se lo pida. Cuanto más piensa en él, cuanto más tiempo transcurre, peor. Ahora mismo siente por él una atracción irrefrenable. Y eso que sólo lo ha visto una vez, durante unas horas. Está segura de que sigue yendo a la biblioteca, sólo que ha cambiado sus hábitos para evitarla. De eso está convencida, aunque haya ido al Ateneo varios días seguidos, haya recorrido todas las salas a distintas horas y él nunca esté. Así que ha urdido un plan. Ahí, el psicoanalista Pérez Cuscó pondrá cara de póker, primero, y luego de sorpresa cuando la escuche decir que se está haciendo amiga de un bibliotecario con el que se hace la encontradiza. Se topa con él en la cafetería; para llevarse los libros espera a que esté en el escritorio de préstamos. También los devuelve cuando él está de servicio. Pobrecillo, dice, y cómo me mira. Debe de estar enamorado. Es jovencito. No cree que tenga más de veinticinco. Sale con una chica. No es feliz, ella no le comprende. No le escucha como lo hace la lectora del Ateneo. Se lo ha confesado. El bibliotecario responde a todas sus preguntas y no es capaz de mentir. Se sienta cerca de él, le habla directamente a los ojos, le roza un poco, le sonríe, y él la mira con unos ojillos de deseo que la enternecen. No quiere ni pensar en los sueños que debe de tener con ella. Ni en lo que pueda hacer mientras se ducha. El psicoanalista Pérez Cuscó pone caras raras, caras que ella no ve, pero que intuye. Dice que ha empezado a mencionar al hombre que busca. Un viejo amigo. Sólo por curiosidad. Sé que acabará sonsacándole a qué horas y qué días suele acudir a la biblioteca. No necesita más. Si eso no funciona acabará también por pedirle la dirección, aunque no cree que vaya a ser necesario. ¿Qué piensa hacer? Ahora mismo, dice ella, todo gira alrededor del libro de John Gray. ¿El libro de John Gray?, pregunta el psicoanalista. Y sí, ella cree habérselo comentado en una sesión anterior. Resulta que ése es uno de los libros que había en la mesa el día que lo abordó. Admitirá ella que quizá se excede, que parece un acoso en toda regla. No puede resistirse. Aunque ahora piensa plantearlo de un modo distinto, se refiere a su esperado encuentro con el estudioso. Pedirle perdón y todo eso. Decirle que no ha podido descansar ni un minuto hasta

volver a verle. Que está arrepentida. Que se avergüenza sólo de pensar en la idea que se habrá hecho de ella. Que esta vez le preguntará por sus intereses, por sus estudios, que, por lo demás, todavía no sabe cuáles son, pero que lo averiguará a través de ese libro. Si no me cree, doctor, es que todavía no me conoce bien. Me sorprende. Tengo un plan, afirma. Un plan magnífico. Todo lo que una mujer necesita es determinación.

Una pregunta indiscreta aparecerá de un modo casi natural dentro de la conversación. ¿Necesita los ingresos que obtiene con sus libros? Eso le preguntará el terapeuta. El dinero es un mal necesario. No hay modo de prescindir de él, dirá Jorge Riba, ni siquiera en esas comunidades neorrurales que intentan sobrevivir con el trueque, porque siempre se requiere efectivo, ya sea para pagar la electricidad o para comprar aspirinas, chicles o tabaco. De todos modos, no, no lo necesita, en los años duros de su juventud aprendió una gran lección: que menos es más. No tiene deudas. Lleva una vida austera. Así que, si no le ocurre ninguna desgracia, espera no necesitarlo tampoco en el futuro. En cualquier caso, cuenta, casi nadie vive de la venta de sus libros. Eso les sucede a muy pocos escritores. Los elegidos, añade. En general, los escritores viven de otros empleos; Riba de escribir artículos en los periódicos, de participar en tertulias radiofónicas, de formar parte de jurados de premios literarios, y de lo que viene a llamar el carrusel de los bolos, aunque el principal motivo por el que suelen invitarle es que le consideran un experto en dobles y triples personalidades, que él suele tratar a partir de *El Golem*, la obra de un tal Gustav Meyrink en la que un tipo se confunde de sombrero y se lleva puesto otro cuya etiqueta interior dice ATHANASIOS PERNATH, y a partir de entonces ese individuo es otro y él mismo a la vez. Su propio doble dirá el escritor bloqueado. Interesante, piensa Pérez Cuscó, ese asunto de las dobles personalidades, y reflexiona si es por ahí que deberá acabar tratando a su paciente, si es que ha adquirido él mismo otra personalidad, una negativa que le impide escribir. Y mientras piensa si descarta o no esta posibilidad, Jorge Riba seguirá explayándose y le dirá al psicoanalista Cuscó que, si se refiere al dinero que ingresa directamente de la venta de los libros, sí le importa, porque el dinero significa lectores. De pronto le viene al pensamiento un artículo que escribió hará un par de años y que tituló «Lo que gana un escritor». Allí decía que un escritor gana en autoestima, se siente realizado con su obra, siente que le quieren. Lo comparaba con lo que significa el aplauso del público para un actor de teatro. Decide que no le hablará del artículo al joven Pérez Cuscó, pero sabe que es aquí adonde pretende llegar, porque vender libros sí es relevante, se trata de una consecuencia directa del hecho de ser leído, del número de lectores que tiene un autor. Al margen de ese detalle, nada baladí, dice el autor bloqueado, a su edad ha aprendido a vivir con menos. ¿Que si habla a menudo de este asunto con su mujer? ¿Del dinero? De dinero no hablan. Del parón, sí. Es una conversación demasiado frecuente, más de lo que él querría, porque desde el inicio su mujer lo ha convertido en una especie de tópico o de muletilla para romper el hielo: ¿cómo te va?, ¿has escrito algo hoy? Al principio, confesará el escritor que ya no escribe, le mentirá a su mujer. Insinuará que ha encontrado un hilo del que tirar, o utilizará otras expresiones análogas. Incluso dejará algunos folios con notas junto al ordenador en marcha. Una puesta en escena que puede confundirla a ella, pero no a él, por supuesto. Qué estupidez, reconoce. Se siente ridículo incluso al recordarlo. Como si fingiera hacer los deberes ante su madre. Eso durará unos meses. Ahora ella ya no le pregunta. Le basta con contemplar las arrugas que se le forman en la frente. ¿Se siente presionado? No sabe si ése es el término exacto, cree que sería más adecuada una palabra que reflejara esa misma situación de dentro hacia fuera, y no de fuera hacia dentro:

más angustiado que presionado, más frustrado que cuestionado. Pero sí, en cualquier caso, sí, se siente presionado. Consciente o inconscientemente sabe que no quiere hablar de este asunto, aunque resulte inevitable. Incluso cuando no hablan de ello la existencia de un problema persistente flota en el aire. Ella se marcha al taller y sabe que él se queda en casa, solo, preparando el asalto a la página en blanco. Siente que no podrá. Siente que será un esfuerzo inútil. Sale a caminar, compra la prensa, se toma un segundo café. Espera que el hoy sea distinto del ayer. Espera que sea distinto de ese primer día, hace ya demasiado tiempo, en el que no pudo escribir y lo dejó para el día siguiente y el siguiente y el siguiente. Nada ha cambiado desde entonces. Ella se va para regresar tarde, muy tarde, cansada pero eufórica, obsesionada por una dificultad sobrevenida, y a la vez íntimamente satisfecha, con mil nuevas preguntas que la mantendrán viva, tensa, en un estado de plenitud, ese *fluir* del que habló hace días, que quizá no sea la felicidad completa, pero que es aún más verdadero, más intenso. Y él, ¿qué habrá hecho él? No habrá sido capaz de entrever una historia, de escribir una sola página que valga la pena. Entonces le dirá a Pérez Cuscó que se ha mudado a la casa de la playa porque le duele verse así, porque se siente como un pobre jubilado o, quizá sea mejor imagen, como una persona a la que le han diagnosticado una incapacidad parcial, o permanente, o total, tal vez la palabra sea *definitiva*, y no tiene que regresar al trabajo; que se queda en casa mientras su mujer, más joven, más fuerte, más enérgica, más sana, sale a trabajar, a enfrentarse con la vida. ¿Dónde queda esa idea suya de que la humanidad sólo puede ser redimida por el arte? Deberá pensar en eso de un modo más profundo. En su caso, se trata de una incapacidad mental. En la casa de la playa puede estar solo. Enfrentar solo su problema. Desaparece parte de esa presión que siente por parte de ella, Abigail, Abi, su mujer, la artista del patchwork. La palabra que utiliza es *bloqueado*, pero debería decir *impotente*. Es más contundente, ¿no le parece, doctor?, y ahí abrirá un silencio de muchos segundos, entre la pregunta y la no respuesta del psicoanalista Pérez Cuscó, para luego continuar. Se siente impotente como quien quiere hacer el amor y no puede. Ella, su mujer, la artista del patchwork, opina que se trata de un bloqueo temporal, una especie de transición. Defiende la teoría de que a su edad deben enfrentarse al concepto de «estilo tardío». Se trata de una idea propia del mundo del arte; en pintores, sobre todo, de siglos pasados. Aunque ella defiende que eso se da en todos los ámbitos. En pintores, sí, pero también en los profesionales de la abogacía o de cualquier otro estamento o gremio. Eso es lo que ella argumenta, y él supone que intenta ser positiva porque entiende que obsesionarse no ayuda, que si piensa en el bloqueo éste se convertirá en algo crónico. Así pues, según ella, él está en tránsito y en cuanto haya solucionado ese problema su obra volverá a fluir como antes, sólo que diferente. Tal vez de un modo más reposado y maduro. Sin embargo, Riba sabe que ella lo dice para quitarle importancia al asunto, pero la única verdad es que el asunto sigue ahí, estático, minando su confianza, inmutable. Quizá esté ya enraizado. Abi insinúa que en cuanto arranque ese estilo tardío, al tener menos ataduras y compromisos, su obra mostrará signos de rejuvenecimiento, que puede ser incluso más revolucionaria. Supone él que ella insiste para convencerlo, y para convencerse, porque tampoco es fácil para ella, por eso ha desarrollado esa teoría a su medida, porque necesita sentir que su obra es moderna y que, a pesar de la edad, se mantiene por delante de sus colegas. Sea cierto o no, Abigail Soler lo cree y eso la ayuda. En cambio, Jorge Riba no atina a vislumbrar cómo, en la literatura, uno puede estar en la vanguardia de nada si no lo ha estado de joven. No será él. Las artes plásticas, en general, están mucho más evolucionadas que la escritura. Sus características permiten ir muy por delante de otras manifestaciones culturales. En todo caso ella necesitaría sentirse moderna, joven y en el extremo más innovador aunque la realidad la desmintiera y fuese

el exponente de todo lo contrario. Cruzo los dedos, susurra él, para que mi obra vuelva a arrancar, aunque ahora mismo tanto me daría que fluyera en un sentido o en otro. ¿Interfiere este problema en su relación matrimonial? El escritor bloqueado no lo sabe. Cree que su relación matrimonial sigue su curso como esos ríos tranquilos que nunca se desbordan, ni siquiera después de una lluvia torrencial. Tuvieron una crisis. Hace años ya. Estuvieron a punto de separarse, pero no lo hicieron. Había motivos más que sobrados, y, en cambio, salieron de ahí convertidos en eso que los jóvenes llaman una pareja abierta. Mantienen relaciones con otros sujetos—dirá sujetos, no os perdáis el detalle—. Los dos lo saben y procuran no alardear de ello. Son todo lo discretos que cabe esperar. Por otro lado, sus profesiones son tan absorbentes que requieren una dedicación completa. *Full time*, dirá él. Ahora mismo, ella está obsesionada con su último trabajo: que si *PatchWork Two* tendrá unas características distintas pero complementarias a *PatchWork One*; que si desea marcar diferencias entre los materiales de una y de otra exposición; que si debe subrayar el concepto colorista que las diferenciará; que necesita conceptualizar lo que está creando para poder explicarlo en una entrevista, etcétera, etcétera, etcétera. Esa clase de cosas pueden mantenerla en vilo durante semanas. Por no hablar de los comentarios que suscitan las obras de otros artistas, las visitas a galerías y museos, o las críticas que pueda recibir, ya que las buenas resulta que nunca son suficientemente buenas, y las menos buenas siempre obedecen a la mala fe de personajes retorcidos, malintencionados o con intereses espurios. Su galerista de Madrid, ese individuo que también es su amante, parece ser el único que valora la obra de ella de un modo incondicional. Su mujer vive la profesión, su obra o su arte, con una pasión desmedida y eso se mezcla con todo lo demás, y a todas horas. ¿Le molesta que su mujer tenga éxito?, le interrumpirá de pronto el psicoanalista Pérez Cuscó. Y el escritor bloqueado responderá: ¡No, por Dios! ¿Cómo iba a molestarme? Que ella le anima, insiste, y repite eso de que ella le quita importancia a este paréntesis en el que él está atrapado. A veces lo hace poniéndose de ejemplo, porque ella también ha pasado por etapas de escasez creativa, y jura y perjura que de ese bache se acaba saliendo. Que él le responde a eso que no es lo mismo hacer una pausa en tu profesión, para criar a una hija, que quedarte en blanco durante meses y meses ante la pantalla del ordenador. Da igual, ella insiste en que tarde o temprano saldrá adelante. Más pronto que tarde. Y quizá sin darse cuenta. La otra verdad, la que él no cuenta, es que ella se siente superior, no lo expresa directamente, sería incómodo, le basta con algunos gestos, comentarios que no vienen a cuento o expresiones paternalistas, aunque su discurso oficial sea el mismo, en público y en privado, ella insiste, sigue en sus trece de que tarde o temprano saldrá adelante, aunque también es cierto que él piensa que lo dice para no estar pendiente de sus problemas y regresar sin remordimientos a su propio mundo. Eso no tiene nada que ver con la pregunta de Pérez Cuscó. ¿Le molesta o no que su mujer tenga éxito? ¿Existe alguna clase de competencia entre los dos? Y el escritor bloqueado se agarrará a la segunda pregunta porque es evidente que le resulta mucho más fácil de responder. Son campos distintos, aunque no sabe qué ocurriría si ella fuese escritora o él pintara. Tal vez saltarían chispas, pero ahora mismo eso no es así. Ha mencionado a una hija, vuelve a interrumpirle el psicoanalista. Bien mirado, reflexiona Riba, si eso fuera así, la competencia se establecería a tres bandas, puesto que su hija es cantante. Suerte que han tomado caminos distintos. El psicoanalista Pérez Cuscó dice que creía que se trataba de una chiquilla, y el escritor bloqueado decide responderle después de meditar unos instantes, porque piensa que no puede ser que el joven terapeuta no sepa que su hija, que es suya y de la artista del patchwork, hace tiempo que ha alcanzado la mayoría de edad, que hace tiempo que ha abandonado la casa de sus padres y que es una cantante famosa. No se lo cree Jorge Riba, y tampoco me lo creo yo. Allá vosotros si

decidís creerle. No, decide responder al fin el escritor que, de hecho, en la actualidad, ella es la más famosa de los tres. Probablemente habrá escuchado alguna de sus canciones, le dice. Su nombre artístico es Cristina León. Estarán orgullosos, entonces. Primero no hay respuesta, y un poco más tarde musita que hace años que no la ven. Saben de ella por la prensa, por algún amigo que coincide con ella en cualquier ciudad, y poco más. Que ahora mismo se conforman sabiendo que se encuentra bien, y entonces le cuenta al psicoanalista Pérez Cuscó que, en su opinión, el de su hija es uno de esos casos en que los padres se equivocan y que se equivocan del todo. Desde el inicio. De principio a fin. Querrán marcarle un camino, darle forma como si se tratara de un relato o de un cuadro o una escultura, querrán que se convierta en su mejor obra, un intento que medio funcionará hasta llegar a la adolescencia, hasta ahí parece que la niña se dejará moldear. Como a tantos críos, han ocupado todo su tiempo con eso que llaman actividades extraescolares: asistencia a talleres de dibujo, de literatura creativa, de música, de danza... Es brillante. La exhibirán como un trofeo hasta que un día explote. Y lo peor es que no se darán cuenta del error. La casa se convertirá entonces en un campo de batalla hasta que se marche. Luego resultará que no sólo es una buena cantante, además de compositora e instrumentista, sino que fue una buena estudiante. Sólo que será tarde cuando lo descubran. Y ahora le toca al psicoanalista Pérez Cuscó preguntar si ese distanciamiento no se advertía en el día a día, si sus profesores tampoco les alertaron, si no entrevieron alguna anomalía, o eso que cuenta que resultó ser todo lo contrario. Y él se limitará a responder que no. No. Que mientras vivió con ellos, su hija nunca les habló de los estudios, ni de sus compañeros, ni de la música ni de nada. Algo cambió en su cabeza a partir de los dieciséis o así, dice. En realidad no está seguro. A esa edad hará poca vida en casa. Ellos son de esa clase de padres liberales que dejan hacer, ya sabe, que dejan hacer o que se desprecupan, y ella parecerá más interesada en aprender de la calle que en labrarse un futuro profesional. Al menos eso es lo que ellos creerán hasta que descubran la verdad. Para herirles, cuando le pregunten a qué quiere dedicarse de mayor, la niña responderá que a ser mamá, o una buena ama de casa, o maestra, y cosas por el estilo. A él le parece absurdo. De hecho, ahora, toda esa época, incluidos él y su esposa la artista del patchwork, le parece un absurdo de la categoría de esas obras de Ionesco o Beckett. Cristina ha sido su responsabilidad, posiblemente lo más importante que han tenido entre manos, pero siempre han estado demasiado atareados, y cuando ella se rebele y comience a decir que no, que no a todo, cuando abandone los talleres, cuando tire a la basura sus cuadernos de dibujo y sus libretas, él, pero no sólo él, sino que también la madre, perderán interés por ella. ¿Se imagina, perder el interés por tu propia hija? Ahora confiesa que lo tienen bien merecido, se refiere a que se marchara. Bueno, la vida es así. Estas cosas suceden y ya está, dirá como excusándose. Ha pasado página, y piensa que se trata de un episodio finiquitado que poco o nada tiene que ver con su vida actual. El tiempo arrasa con todo. Pero el psicoanalista Pérez Cuscó creará ver en esa hija un hilo del que tirar, una caja de sorpresas en la que puede aparecer cualquier cosa, como si fuera la chistera de un mago, como frotar la lámpara mágica de Aladino. ¿Cree que esta vivencia pueda haber influido en su bloqueo? El escritor noqueado no responde, parece estar pensando. En realidad preferiría no tratar el tema de su hija. Si ha pasado página, o pantalla, como decís ahora, ¿por qué motivo tiene que regresar a ese asunto tan desagradable y que tan malos recuerdos le trae? Piense en ello, por favor, le pedirá Pérez Cuscó mirando el reloj y pensando en una fórmula para introducir la marcha de la hija en la próxima visita de la artista del patchwork. Por hoy, la sesión ha terminado.

El encuentro—llamadle visita o entrevista si queréis—del niño Arturo con Alba Tena parecerá casual, porque Pérez Cuscó le propondrá a su hijo, como en otras ocasiones, ir a comer a una pizzería—todavía no entiendo cómo la escrupulosa Chelo Puentes no pone reparos a que el niño coma pizza—, aunque antes le advierte que deberá pasar por la consulta para hacer una llamada. Allí lo dejará a solas con Alba Tena, con quien se ha cruzado, ya he dicho que de un modo aparentemente casual. Así que mientras él hace esa llamada tan importante, una llamada que se alarga, ellos dos, es decir, el niño y Alba Tena, que, como ella suele decir, se conocen desde el inicio de los tiempos, comienzan a hablar y luego, como si fuera una ocurrencia, en cuanto aparezca por allí el padre, la invitarán a comer con ellos. Así abandonarán la consulta, los tres de la mano, con Arturo en medio, como una familia que pudo ser, que pudo ser pero que no es. Yo no estaré presente en la comida, pero sí presenciare el momento en el que Pérez Cuscó vuelva a encontrarse con Alba Tena y prueben a cerrar el círculo sin éxito, porque toda esa estrategia bienintencionada se estrellará en la rocosa altanería de la madre. Chelo Puentes no aceptará que su hijo cumpla con los estándares de su edad, porque Alba Tena es alguien demasiado cercano a la familia y porque no ha sido una visita profesional. No es lo mismo una pizzería que una consulta, ni una amiga es lo mismo que un profesional desconocido o con nulo contacto anterior con el niño. De modo que aquí se iniciará una guerra soterrada, cuando Chelo Puentes, en sus siguientes visitas al diván, insista en forzar una segunda opinión, esta vez la de un profesional reputado, con experiencia, claro, porque Alba Tena no pasa de ser, dirá ella, una pseudoprofesional, que ella ya se encargará de buscar, si él no se ocupa, esa segunda opinión a la que Pérez Cuscó parece negarse una y otra vez, y entonces, abandonando su mutismo habitual, ese al que ambos están sometidos, porque mientras oye la voz casi lejana de su mujer sentada en el diván, él suele revisar las notas que ha tomado durante el día, o añadir anotaciones al margen, aclaraciones que le permitan recuperar lo hablado sesión tras sesión, entonces y sólo entonces será cuando le dirá a su mujer que no va a pasar por eso, que se niega a marear a su hijo a causa de un problema que es más de ella que del niño, y que si ella, Chelo Puentes, no desea visitar a un psicólogo, menos lo hará su hijo. Incluso le dirá, indignado, que se lo prohíbe, que le prohíbe tajantemente que tome cualquier iniciativa por su cuenta. A lo que ella responderá con un escueto ya veremos, se levantará y abandonará, por primera vez sola, la consulta de su marido.

Alba Tena no ha podido seguir la conversación desde su despacho, por suerte los tabiques tienen un buen grosor, pero sí ha podido interpretar las fases del encuentro entre Pérez Cuscó y Chelo, así que después de oír un sonoro portazo deja pasar un par de minutos y llama, sólo unos golpes delicados, un leve roce, a la puerta de su amigo y colega. Llama y entra sin esperar a ser invitada. Le basta con contemplar durante un segundo el semblante de Pérez Cuscó para saber que la conversación con su mujer no ha ido bien, que su diagnóstico y sus explicaciones no han servido para nada. Su amigo está sentado en la butaca, parece abatido, con los hombros caídos y la cabeza apoyada sobre las manos, como si rezara aunque en realidad sea un agnóstico recalcitrante. Alba Tena camina hasta él, se coloca detrás de la butaca y pone sus manos sobre los hombros de su amigo, sabe que a él le gusta ese masaje, que le ayuda a sentirse bien. Y eso es lo más cerca que ahora puede estar de él.

No sabría explicar por qué he seleccionado unos pacientes u otros, quizá porque a pesar de su neurosis algunos todavía son capaces de mirar hacia fuera y se esfuerzan por interpretar lo que sucede a su alrededor. Quizá por las interrelaciones que surgen entre ellos. Quizá porque forman

un ecosistema social, que diría el profesor Torres. O quizá no lo formen, quizá sólo lo sufran. Puede que al fin y al cabo sólo sean los que de algún modo han llamado mi atención. Y también está ese sentimiento o esa necesidad de trascender, de buscar una explicación para todo, de darle un sentido a su levedad. Quizá, para un sombrero Panamá, también sean los menos dañinos. Algunos pacientes los he descartado porque me perturban. Y no sólo a mí, también a Pérez Cuscó; lo sé porque son sus expedientes los que arrastrará una y otra vez a las sesiones de supervisión. Acaba de abandonar la consulta Luisito Armendáriz, y Pérez Cuscó se ha quedado inmóvil junto a la puerta, apoyando la cabeza en el marco para tomar aire. Sólo hace ocho meses que Luisito Armendáriz es su paciente, desde que descubrió que tenía un hermano gemelo y que había muerto. Las dos cosas casi a la vez. A los cuarenta y siete años, Luisito es un tipo enorme, de metro noventa, robusto más que grueso, cabeza redonda, mirada lenta y rostro embobado. El labio inferior siempre húmedo. Hasta que no muera su madre adoptiva nadie le dirá que es adoptado y cuando quiera saber más—averiguar quién, cómo y dónde lo abandonaron—se enterará de que tiene un hermano gemelo que fue entregado a otra familia. Luisito no se extraña por eso. A Pérez Cuscó le confesará que siempre se ha sentido incompleto, que siempre ha tenido la necesidad de explicar a otra persona, en voz alta, lo que le sucede. Y no estaba loco, sólo echaba de menos a su hermano. No le ha sido fácil eso de localizar a la otra familia en Segovia, justo cuando su hermano acababa de morir en un accidente de coche. Traumático para todos, para esa familia porque, de repente, verán aparecer a alguien que es igual que su hijo, que camina como su hijo, que viste como su hijo, que los mira igual que su hijo. Y será traumático para Luisito porque llegará tarde y pensará que ya nunca podrá librarse de ese sentimiento de pérdida, porque ahora deberá pasar el duelo por alguien a quien siempre ha echado de menos pero de quien no conserva ningún recuerdo. Quizá deba apresurarme y reunirme con él. Ésa es la frase terrible que, de un modo u otro, en cada sesión, acaba pronunciando Luisito Armendáriz.

Esta semana ha escrito un par de páginas, pero reconoce que le ha supuesto un gran esfuerzo. En primer lugar le reconcome la duda, ¿por qué lo hace? ¿Quiere demostrarse algo o está siendo sincero? Le ha costado una taquicardia, exagera. Para explicarse suelta la siguiente frase: «Nos pasamos la vida evitando la felicidad». Ésa es la frase con la que ha iniciado ese par de páginas de las que le habla al psicoanalista Pérez Cuscó. No es mía, añade. La escuchará en boca de otro, una persona anónima, ese mismo día, al comprar la prensa. Entonces la escribirá a mano en una libreta, le dará vértigo fijarla en el ordenador, la leerá y luego se la repetirá cien veces hasta interiorizarla. Sólo más tarde se decidirá a teclearla. A partir de esa frase escribirá algo parecido a «Pasa la vida, se suceden los días y las horas, y un observador diría que nuestro mayor esfuerzo consiste en eludir la felicidad». Añadirá otra frase y otra y otra, y así irá surgiendo un sendero de palabras encadenadas que guardan un sentido, que parecen dirigirse a algún lugar. Como si alguien las hubiera creado para que se unieran unas con otras. Como las olas, encadenadas. ¿Puede visualizar el mar? Esa superficie rizada, constante, regular, que rompe en la playa y nos trae los objetos más insospechados. Al principio, al abrigo de esas frases, se sentirá bien, como antes de la crisis. ¿Cree que es un primer paso? ¿Cree que tendrá continuidad?, eso desea saber el psicoanalista, pero el escritor no lo sabe, y añade que tiene una sensación ambigua, que luego, al leer lo escrito, le ha parecido horrible. Artificial, sobre todo. Un ejercicio de redacción que escribiría mejor cualquier estudiante de bachillerato. Y lo peor, no sabe adónde conduce. Acabará en la papelera, se lamenta. Es verdad que se ha sentido bien al escribir ese par de páginas, pero

les falta nervio, brillo, ni siquiera forman parte de un propósito. No exagera. De joven se ha ganado la vida como redactor y allí ha aprendido a acortar o a alargar un texto en función del espacio disponible. Juntar palabras no es escribir. Puede valer para que un artículo interese, pero no para que un relato emocione. Sus dos voluntariosas páginas no tienen alma. El escritor bloqueado permanece unos instantes en silencio. El psicoanalista sopesa qué dirección tomar, golpea con el lápiz los dos extremos de su libreta, y al final se decide por aclarar esa idea de propósito. Yo le llamo la nebulosa, responderá el escritor maniatado, dispuesto a retroceder al principio de un todo sin el cual nada sería comprensible. La nebulosa es algo muy abstracto, difícil de explicar, pero que aparece al inicio, cuando entrevé una historia y comienza a formularla sin que pueda distinguirla con claridad. Por eso lo llamo nebulosa, dice. Cuesta de definir y por eso, aunque a veces habla de propósito, la mayoría de las veces, para él, es nebulosa. Luego aclara que de su interior puede surgir una estrella, en su caso una novela, pero que ésta sólo se reconoce una vez terminada. El producto final ya elaborado. En su caso, el proceso de escritura comienza siempre con una nebulosa. Pues bien, ahí estará él, estirando de esa frase caprichosa, indagando sobre un personaje imaginario y su entorno y sus emociones, sin entever siquiera la nebulosa que debe explorar. Hasta ahora siempre se ha hecho presente cada vez que ha tenido que enfrentarse a un reto indefinido, algo borroso pero que él sabe que está ahí mismo y que irá tomando forma a medida que avance. A veces basta esa primera imagen difusa, la nebulosa a la que se refiere, para saber que esconde una historia suficientemente interesante como para sumergirse en ella los siguientes dos o tres años. Eso es lo que les falta a ese par de páginas que ha escrito, profundidad. A veces uno tiene una historia en la cabeza, digamos un argumento—chico quiere a chica, *pero* chica..., o cualquier versión de esa situación—y sabe que no basta, por más original que resulte el *pero*. Aunque parezca una contradicción, hace falta algo mucho más inconcreto como la nebulosa para seguir avanzando, para reconocer que allí hay una veta que conviene explotar. Lo dejo aquí, aunque el escritor desolado seguirá dándole vueltas a lo mismo, mientras el psicoanalista Pérez Cuscó aplaza la pregunta que guarda en la recámara para la siguiente visita, la pregunta que quedó en el aire: si ha reflexionado sobre ese desencuentro con su hija del que le habló en la última sesión, si puede estar ahí el origen de su bloqueo.

Al psicoanalista Pérez Cuscó se le ocurrirá iniciar la sesión preguntándole a la artista del patchwork si es que últimamente viaja mucho, y ésta le responderá casi con un exabrupto. ¿Me estás reprochando que haya anulado un par de citas? Abi Soler lo mirará fijamente a los ojos. ¿Lo vive así, como un reproche?, le seguirá él el juego sin pestañear siquiera, y la artista parecerá tranquilizarse y responderá a su manera, utilizando los viajes, pero sin confirmar ni negar que ése sea el motivo, viajes que resultarán ser, según su versión, la parte menos agradable de su profesión, o de su trabajo como artista, porque hay una fase de creación, exploratoria, intensa, rica, entusiasta, desesperante, angustiada, que no cambiaría por nada del mundo, pues en esos instantes dice sentirse a la vez en paz y en guerra consigo misma y con su entorno. Luego llega otro momento en el que tiene que exponer y exponerse, en el sentido de arriesgar, de abandonarse al juicio de terceros, y ahí es cuando se inicia esa especie de torbellino alrededor de su creación: muestras, exposiciones, retrospectivas, ferias, presentaciones, entrevistas, conferencias. Es un exhibicionismo que lleva mal. Le gustaría desentenderse de esa parte del proceso. Supone ella que les pasa a todos los artistas menos a Koons, ironizará sin que el psicoanalista capte el matiz, aunque tiene la suerte de que su galerista conoce esa debilidad y la lleva de la mano, arrastrándola

si hace falta, y es gracias a él que puede soportar esa tortura. Ciertamente él, su amante y galerista, también la presiona, porque Abi Soler no es una mujer fácil y suele resistirse, pero al final, admite ella, puede vivir de su obra y a ese nivel sólo están los que tienen algo que expresar, y éstos son los que cuentan en el panorama actual. ¿Qué puedo hacer?, se dirá, como si protestara por una faceta que no desea asumir. A mí me resulta difícil creer que esa mujer que tutea al psicoanalista Pérez Cuscó, que le reta con la mirada a cada instante, padezca de timidez congénita o algo similar a la hora de promocionar su obra. Tal vez sea lo contrario, pensaré yo, y en realidad lo que peor lleve sea la fase de creación y no esa otra en la que debe mostrarse a los demás. La imaginaré en una sala de prensa provocando a los periodistas, molesta en cuanto detecta la presencia de un alumno en prácticas, ese becario que la irrita por la simpleza de su pregunta, y aunque por desgracia nunca asistiré a uno de esos actos, sigo pensando que a ella le gusta exhibirse, que acude al psicoanalista Pérez Cuscó también por ese motivo. Yo le habría preguntado por la timidez, y por lo tanto me sorprenderá que el psicoanalista no lo haga y en cambio le recuerde que semanas atrás Abigail mencionó unos errores de juventud, y que su sorprendente respuesta fue que no sabía si estaba preparada para exponerse tanto. Seguro que ha tenido tiempo de visitar esos recuerdos, vale la pena intentarlo, ¿no le parece?, la presionará él, y entonces resultará que los errores de juventud que ella ha referido en una sesión anterior no son tan antiguos. El psicoanalista está más que acostumbrado a ir de un lado a otro escuchando las contradicciones de todos, y también las que la artista del patchwork ni siquiera se molesta en encubrir, si bien ahora, de pronto, escuchará una frase que Abigail Soler suelta como si se tratara de un peso muerto, un peso que debe soltar antes de que la arrastre al abismo. Pura pose, pienso yo, mientras ella sigue inmersa en ese papel que suele adoptar en cuanto aparece por la consulta. Nunca me habéis querido, declama y luego espera unos instantes para presenciar la explosión y el colapso del edificio que tanto ha costado levantar: sus propias vidas. Ha dejado volar la frase, y espera a que haga el efecto deseado en su interlocutor, que ya sabe que ella la repetirá unos segundos más tarde, y que piensa que debería despedir a esa impostora si no fuera porque no es ético que un terapeuta haga juicios de valor. Después del silencio, ella levantará la mano y hará un dibujo en el aire como si estuviera reescribiendo la frase. Nunca me habéis querido, esa maldita frase, en boca de su hija, será, según Abi, a la vez una prueba, una acusación, una sentencia y una condena. Tras esa frase, la niña se marchará y no volverán a verla, ni ella ni su marido, el escritor noqueado. Ponte en mi lugar, dirá. Cristina, la niña, tiene ya diecinueve años y ellos piensan que se trata de un arrebato juvenil, que al cabo de unas horas, unos días, tal vez durante el fin de semana regresará, si no a pedir perdón, quizá a poner una lavadora o a comer. La artista del patchwork sonreirá porque iba a añadir que ellos, ella y su marido, esperarán que regrese en busca de los *tuppers* reglamentarios, aunque eso es imposible pues en su casa no se cocina. O no con esa previsión. Ella y su marido piensan que superado ese primer momento, todo volverá a su cauce normal. Pero no sucederá. La niña no volverá. ¿La niña?, anota Pérez Cuscó. No llamará. No dará señales de vida. No sabrán dónde vive ni con quién. Ni de qué vive. Primero no le darán importancia. ¿Tendríamos que haber salido en su busca?, se pregunta, antes de asegurar que ellos dos tienen su trabajo, que siempre están demasiado ocupados. ¿Una estupidez de la niña ha de trastornarlos a ellos? Cuando quieran reaccionar, dice, bueno, reaccionar..., ya me entiendes, porque es ella la que ha abandonado el hogar familiar..., me refiero a averiguar que no le haya sucedido algo. Bueno, pues para entonces habrán pasado un par de meses. Y hasta tres. Y llegará el verano y sólo sabrán, gracias a un detective, que la niña ha iniciado su carrera musical actuando en bares y plazas, que no le va mal pues se ha comprometido a llevar a cabo una gira por España

con su grupo. Qué sé yo. ¿No le hubiera sido más fácil arrancar con la ayuda de nuestros amigos y conocidos? Su padre y yo tenemos contactos en la cima de ese mundo. Ahora, admite ella, es mejor olvidarlo todo. Ha sucedido y ya está. Y su pobre marido, que se cree tan especial, tampoco sabrá qué decir. Prometían ser un triángulo perfecto. Matrimonio de artistas con hija brillante. O lo que es lo mismo, pensaré yo, un par de engreídos con una hija profundamente infeliz. Si hay que creer a esa mujer, la marcha de la hija los dejará conmocionados. Nunca me habéis querido. Lo expresará sin ambigüedad, como una acusación de desamor, de egoísmo, de saber que ocupa un lugar secundario, tras ellos mismos y tras sus carreras. La niña les reprochará ese último día cuántas veces se ha sentido sola. Abandonada. Perdida. Para no descontarse les mostrará las muecas que ha ido haciendo en la cabecera de la cama. Y luego se marchará diciendo que echará de menos a sus canguros y a la señora Beatriz, la mujer de la limpieza. ¿Te imaginas, doctor, una escena como ésa? ¿Tener que soportarla estoicamente, pensando que se trata de la última rabieta de una niña excesivamente mimada? Sólo la han vuelto a ver por televisión o en algún concierto al que su marido dice haber asistido de incógnito. No ha respondido a sus mensajes. Ni siquiera responderá a uno de sus mensajes en el que dicen estar dispuestos a perdonarla. Su marido se desmoronará y dejará de escribir. Durante un año no hará otra cosa que leer. Leerá una y otra vez *El marinero que perdió la gracia del mar*, un libro de Mishima. Así es como dirá su marido que se siente durante los primeros tiempos. Eso le pasa porque es un flojo, le acusa empleando un tono quizá excesivamente agrio. Nunca me habéis querido, continúa después de un silencio, es una frase muy dura en boca de una hija que ya no es una niña, que tiene casi veinte años y que te está diciendo adiós para siempre. Nunca me habéis querido. ¿Cómo se puede vivir con ese resentimiento? Lo expresa pensando en cómo puede vivir su hija sintiendo tanta amargura hacia ellos, ¿cómo puede andar por el mundo cantando después de esa sentencia? ¿Cómo puede sobrevivir después de haber acusado a sus padres de ese modo? ¿Quién se cree que es esa mocosa? ¿Quién cree ella que la ha estado cuidando desde que nació? Abigail Soler ha ido elevando la voz hasta acalorarse, y luego ha cruzado los brazos, ha apretado los labios con fuerza y ha permanecido en silencio durante casi cinco minutos. La artista del patchwork dirá haber esperado a que regresara y les pidiera perdón, que ha estado dispuesta a concedérselo, pero que no se puede estar esperando toda la vida. Una pausa. Así que la ha borrado de su pensamiento. Otra pausa. Y ha seguido viviendo, añade, como si nunca hubiese tenido una hija. Abigail se ha incorporado tras esa última frase y se ha quedado sentada en el diván. Su marido es otra cosa, lleva el problema dentro y, según cree ella, si no fuera porque ha transcurrido demasiado tiempo, diría que ahí está el origen de su bloqueo, como si las palabras le encadenaran al recuerdo de otras palabras que más pronto que tarde arrastran imágenes de su hija. Quiere escribir pero tal vez no pueda hacerlo hasta que la olvide del todo, dice Abi. Por eso le aconsejé que viniera a verte, añade. No parece que a usted, a su pintura, la haya afectado del mismo modo, la aparta el psicoanalista de su marido. Por supuesto que no. Su querido galerista—Abi se refiere a los primeros tiempos, tras la marcha de la niña—dirá que ha evolucionado y que ha ganado en fuerza, en intensidad, en rabia. Y luego, sin que Pérez Cuscó le pregunte, volverá a su marido, al que ve distante y lejano, pero que no le malinterprete porque no se refiere a aspectos relacionados con la convivencia, ya que ella viaja mucho y él pasa la mayor parte del tiempo en la casa de la playa y tal vez por eso no suelen chocar demasiado, sino que se refiere a su comportamiento. Lo que a ella de verdad la tiene en ascuas es que su galerista y amante desee o no proseguir esa relación que mantienen desde tiempos inmemoriales. Abigail Soler piensa que un día se abrirá un paréntesis demasiado largo entre un encuentro y el siguiente, y entonces ya no habrá ninguno más porque la

pereza les impedirá continuar y restablecer algo que supone un esfuerzo. Que se trata de un esfuerzo lo saben bien porque en su fuero interno ambos saben que su relación está acabada. El psicoanalista dice que eso ya lo han hablado en otra ocasión, y que ella ha confesado que no puede sustentarlo con hechos. La artista se encoge de hombros, al parecer despreocupada, supone que es el miedo a que suceda lo que la obliga a verbalizarlo. Es una relación finiquitada, insiste. Lo que no dice, pero yo sí sé, es que no sabe si podrá soportarlo. No a su edad.

Habrán varios John Gray, confesará la lectora del Ateneo, que se ha presentado con una caja de bombones carísimos para Mila, y esa contrariedad, varios autores compartiendo nombre y apellido, que en principio parece que va a dificultar la investigación, será la que le allane el camino a sus propósitos, porque justo esa confusión hará necesaria la intervención de un especialista: su amigo el bibliotecario. A esas alturas el muchacho ya no puede negarle nada. La habrá abrazado en la entrada de carruajes del Ateneo. La habrá besado. Y ella le habrá rechazado con mucho amor, diciéndole que está casada, que tiene tres hijos, que la vida es así de cruel. Le prometerá, eso sí, que de existir otra vida, hará todo lo posible y lo imposible para pasarla junto a él. El chico practica yoga y, en palabras de la lectora del Ateneo, es medio budista. Le dirá que el libro que busca se lo ha llevado un tipo en una fecha determinada, y será a partir de ese dato que averiguará de qué libro se trata: *Perros de paja*. Bueno, éste sí que es un libro que necesita leer. No debería hacer como con los otros que ha tomado en préstamo y devuelto sólo para ganarse la confianza del bibliotecario. Lo que ocurre es que se trata de un libro del que resulta difícil sacar algo en claro. Sobre todo algo que comentar cuando se haga la contradicción con el estudioso. Así que ha buscado en la Wikipedia y ha encontrado algunos resúmenes que ya le sirven. Más o menos, lo que cuenta este John Gray es que las grandes tragedias o calamidades que ha sufrido la humanidad no sólo han sido provocadas por las religiones, sino también a causa de nuestros delirios utópicos, y lo dice refiriéndose a vuestros delirios utópicos, los de los seres humanos, que sois capaces de aprovecharos de la ciencia y de la tecnología para llevarlos a cabo—vuestros delirios, claro—, y éstos resulta que devastan continuamente el mundo por sus excesos. Bueno, ya ve que me lo he aprendido casi de carrerilla, sonreirá, antes de contarle al psicoanalista que se trata de frases que se repite a menudo para manejar los términos con soltura. Espera mejorar su comentario para cuando se haga la contradicción con el estudioso, entable conversación con él y pueda soltarle algún rollo que parezca improvisado.

En esta ocasión Pérez Cuscó no quiere que el paciente sortee su pregunta, de modo que irá directo al grano. ¿Ha pensado en cómo le pudo influir la marcha de su hija? ¿Cree que puede haber alguna conexión entre este hecho y su bloqueo?, y Jorge Riba no es tan escurridizo como su mujer, y confiesa que le ha dado vueltas, sí, y que ha hecho algo más que eso. Aunque, a decir verdad, no está seguro de que haya relación entre una cosa y la otra. Al contrario, no recuerda haber sufrido excesivamente por ello, quizá porque intuía que alguna cosa así podía suceder—demasiado enigmática, su hija, demasiado independiente—, y no cree que el desconcierto que suscite el portazo de su hija pueda haber sido el desencadenante. ¿Cómo puede ser el desencadenante algo que en realidad se temía y esperaba? Además, escritores torturados los hay a patadas, y del mismo modo que hay cartas al padre podría haber cartas a la hija. Algunos de esos libros son geniales, por cierto. No necesita que le haga una lista, ¿verdad? Ciertamente que primero se quedó como... ¿apesadumbrado?, por su marcha. Apesadumbrado, sí. Ése es el término exacto,

apesadumbrado. Ahora bien, visto con detenimiento, no está seguro del efecto que el hecho en sí pueda haber tenido sobre su obra. Lo dice porque Riba no es de los que creen que si una mariposa agita sus alas en Tombuctú pueda tener consecuencias en la otra punta del planeta. Yo también pienso que si una mariposa agita sus alas en Tombuctú no ocurre absolutamente nada en ninguna otra parte del mundo, ni siquiera en Tombuctú, que ese efecto ocurre cuando un tiburón agita sus aletas en La City de Londres o en Wall Street o en Hong Kong, por citar tres lugares emblemáticos para vosotros. Sí, ya sé que he dicho anteriormente que de todos es sabido que una sencilla acción, por nimia que sea, en cualquier parte del mundo, pone en marcha una cadena de acontecimientos que altera el propio mundo, pero pensad que lo he dicho en otro momento y en otro contexto. ¿Me contradigo? Pues sí, se trata de algo que he aprendido de vosotros. Y volviendo a la deserción de la hija, me extrañará esa posición de fingida indiferencia en Jorge Riba. En cambio, Abigail Soler, su mujer, lo vive de un modo muy distinto, porque para dar por cerrado el caso, y sepultar el profundo malestar y la decepción que sufre, ha tomado la decisión de culpabilizar a la niña. Ya pedirá perdón cuando se canse de vagabundear. De momento no querrá oír hablar de ella. No existe, dice. Riba no es tan radical, pero coincide con su esposa en que una vez ha quedado claro que la niña no desea saber nada de ellos, sólo les queda tratar de olvidar o, por lo menos, fingir que han sido capaces de superarlo. De cara a la galería, se pasa página y ya está, concluye. ¿Ha intentado localizarla? Al principio pagaron a un detective que les aseguró que estaba bien, que el tipo en cuyo apartamento se había instalado no era peligroso y ahí acabaron las pesquisas. Se trata de una información que el psicoanalista ya conoce, se lo ha contado su mujer casi con esas mismas palabras. Entonces Riba dudará y tras unos segundos durante los que parece darle vueltas a la respuesta, de pronto, contradiciendo su propia declaración, le confesará al psicoanalista Pérez Cuscó que le ha escrito hace una semana, a su hija, que lo ha hecho a la dirección de su discográfica. Se le ocurrió a resultas de lo hablado en su anterior visita. No sabe cómo puede tomárselo. ¿Se lo ha contado a su mujer? No, admite que no se atreve, que sólo se lo contará si tiene algún efecto. Si es que hay respuesta. Aunque no está seguro de qué clase de respuesta pueda encajar bien su mujer. Para el escritor, su mujer ha buscado refugio en el trabajo. Desde que se fue Cristina, ha aumentado el ritmo de producción, ha diversificado su obra y ha ampliado significativamente su radio de acción geográfico. Tal vez sea una excusa y lo que ocurre es que no puede admitir el problema y huye de él. Esa sobreexposición, reflexiona el escritor, podría ser una llamada de atención. ¿Cómo dijo que se titula esa nueva serie? *PatchWork*. Abi ha tomado el nombre de esa técnica artesana textil: el patchwork. Lo conoce, ¿verdad? Habrá visto numerosos ejemplos por ahí. Mi mujer utiliza la idea de la diversidad conjugando materiales muy distintos, como cartón, lana, papeles o incluso láminas de mármol, junto a su propia voz, la música o escritos diversos. Son sólo algunos ejemplos. Cuando quiero provocarla le digo que ella no hace patchwork, sino pastiche. Bueno, no sé si me entiende, estoy hablando de la mezcla de todo con todo. De estilos también. En fin, ella se lo contará mejor que yo porque ha construido todo un argumentario conceptual alrededor de eso. Pérez Cuscó dejará que transcurran unos segundos mientras consulta algunas anotaciones en su cuaderno, y a continuación le preguntará si, ya que en su opinión ella encuentra consuelo en el trabajo, por la pérdida de la hija, aclara, si no podría ser que, en contraposición, a él esa ausencia le bloquee. Como no obtiene respuesta, y como no tiene prisa por obtenerla, le preguntará también si ha probado a escribir sobre ello. Y Riba responde que no sabría, que no se le da muy bien transcribir la realidad a una obra de ficción, y que es una lástima porque de lo que se trata es de convertir la verdad en mentira para que no deje de ser verdad. O eso dicen, asegura. Otros escritores es lo

único que saben hacer, pero él no. En su caso, es como si lo que escribe le fuera dictado por la inspiración. No hay que malinterpretarle. Sabe que la inspiración le llegará mientras trabaja, y cita a un par de clásicos que dijeron algo parecido, algo que en otra época le sucedía de un modo natural. Cuando eso sucede, afirma con un deje nostálgico, la vida sale en tu busca.

Tal y como ha dicho en alguna ocasión Alba Tena: en casa del herrero, cuchillo de palo. La familia de Pérez Cuscó pronto pasará por un período de inestabilidad porque él no está dispuesto a tolerar que mareen a su hijo, y Chelo Puentes decidirá que no va a conformarse con registrar la mochila, sino que hurgará también en los bolsillos de su ropa, no sólo revisará los cuadernos y los libros, sino sus cajones, escudriñará sus videojuegos, y llegará a preocuparse por un garabato que a ella le parece vete a saber qué, en palabras de Pérez Cuscó a Alba Tena. Así será como Chelo Puentes urdirá su plan alrededor de Mila, la recepcionista, que al finalizar la jornada pasa una hora todos los días limpiando la consulta, hasta las ocho, después de que Alba Tena, Pérez Cuscó y la propia Chelo Puentes la hayan abandonado. Mila limpiará el baño y el *office* y quitará el polvo del despacho. Y una vez a la semana hará una limpieza a fondo. Mila, tan resuelta, se acobarda ante Chelo Puentes, su presencia le impone tanto que hasta deja de tararear y silbar la canción que tiene en los labios a todas horas. La parte que más me emociona es esa que dice: «*Sonreír, trabajar, es un canto al porvenir, la esperanza de un hogar, la razón de mi existir*». Algunos aborreceréis esa letra del mismo modo que aborrecéis el trabajo, pero a ella parece que le sirve, que le da ánimos, o ese no sé qué que hace que se levante cada día con varias obligaciones, entre ellas la de dejar como una patena la consulta de Alba Tena y Pérez Cuscó. De Mila escucharé decir que es muy eficaz como recepcionista, trabajadora, minuciosa en los detalles, y que además sabe limpiar, algo que todo el mundo cree saber, pero que requiere capacidad de observación, cierta técnica y conocimiento de los productos más adecuados. Mila es un compendio de marcas, precios y rendimientos. Y sobre todo una fanática del vinagre. Eso dirá de ella Chelo Puentes en una ocasión, mientras comprueba que no se acumula polvo tras los libros de las estanterías ni en la parte superior del marco de los cuadros que adornan las paredes. Se trata de pinturas originales de cierto tamaño que pretenden cumplir como si se tratara de verdaderos Rothko sin conseguirlo. No importa, tampoco Pérez Cuscó es Sigmund Freud ni Carl Gustav Jung. Regresando a Mila, una de sus tareas diarias, la más extraña de todas las que abiertamente o en secreto le ha encargado Chelo Puentes, su verdadera jefa, consistirá en escudriñar las papeleras. Mila colocará varias hojas de periódico sobre el escritorio y volcará sobre ellas el contenido de las papeleras. A continuación estudiará la basura resultante con una mirada forense y seleccionará y guardará en una bolsa de plástico hermética todo aquello que le parezca sospechoso. O para mayor precisión, todo aquello que en su opinión pueda parecerle sospechoso a Chelo Puentes. Además de su sueldo, la señora Puentes le brinda una suculenta propina por esta labor. Al principio Mila no recogerá nada, nada le parecerá que valga la pena, pero en ese caso la señora no le da propina alguna y, además, suele enfurecerse pensando que hace mal su trabajo, y como consecuencia, ella, Mila, ampliará el espectro de los desechos que puedan interesarle a Chelo Puentes, llegando a pensar que lo que busca en realidad son pruebas de la infidelidad de su marido, así que a partir de ese momento se mantendrá atenta y priorizará sus pesquisas en el baño, donde inspeccionará el recipiente para desechos, allí donde ella misma y también Alba Tena suelen arrojar sus compresas. Chelo Puentes no duda en absoluto de su marido, ni se le ha pasado por la cabeza que pueda engañarla. Ella busca pruebas de malos hábitos

alimentarios, envoltorios de chocolatinas, cajitas de caramelos o chicles que él pueda darle a su hijo, colillas o restos de tabaco, alguna prueba de que ha recaído en el vicio de fumar, incluso algún blíster de medicamentos que pueda tomar sin que ella lo sepa. Cosas por el estilo busca la señora Puentes. Sobre todo cualquier cosa que pueda relacionarse con el azúcar, porque el azúcar es el mal, con mayúsculas, el azúcar mina el carácter de los niños, los vuelve débiles y dependientes. Así que Mila decidirá recoger muestras de cualquier cosa, incluso sabiendo que serán analizadas y rechazadas por la señora. La mirada acerada de Chelo Puentes estudia cada desecho y lo descarta, una y otra vez, mientras clava alternativamente la mirada en Mila, de quien cada día parece desconfiar más. Hasta que uno de aquellos atardeceres a Mila se le plantea un dilema moral, porque precisamente en el recipiente del baño encontrará un preservativo usado, envuelto en pañuelos de papel. A Mila se le acelerará el corazón, por fin ha hecho un descubrimiento que justifica sus desvelos y el dinero extra que recibe. Primero piensa que la señora Puentes se alegrará, pero un segundo más tarde cae en la cuenta de que no, de que lo que conseguirá es darle un disgusto tremendo. No sabe qué hacer. Ha entendido perfectamente que la señora vive obsesionada, pero piensa que ese descubrimiento sólo puede perjudicar su estado mental. Por otro lado, su jefa tiene derecho a saber que su marido la engaña. Y en medio de todo eso, ¿qué pinta ella? No sabe por qué motivo, pero presiente que acabará por ser la mayor perjudicada. Una cosa es buscar restos inexistentes de cigarrillos o de caramelos..., y otra presentar pruebas de un adulterio. Pensará incluso que quizá Alba Tena puede haberse traído al amante a la consulta, pero enseguida desechará esa idea. Eso sólo pasa en las películas. Además, Alba Tena sólo vive para Pérez Cuscó. Quizá Pérez Cuscó lo sabe o lo intuye, puesto que es más que evidente, puesto que está escrito en los ojos de ella, y puede que por fin hayan dado el paso. Y como no se le ocurre otra posibilidad, la ingenua de Mila llegará a la conclusión de que sólo puede tratarse de Pérez Cuscó y Alba Tena. Ellos sí pueden sentirse a sus anchas en la consulta. Pueden sentirse seguros. Mila tirará el preservativo a la basura, a la basura real, no a la que acaba mostrando a su patrona, porque después de valorar los pros y los contras ha decidido que todos ganan: no le hace daño a la señora y la parejita puede ser feliz. ¡Craso error!, que habría dicho el Superior de la Orden, porque precisamente esa decisión tan caritativa le hará perder su empleo. De pronto dejaré de escuchar ese estribillo machacón que la hace creer a ella que sonreír, trabajar, es un canto al porvenir, la esperanza de un hogar, la razón de su existir. Y no penséis ni por un instante que se trata de un estribillo digno de masoquistas o de esclavos que sueñan con que el trabajo duro los libere, porque se trata de un canto que favorece esa rutina diaria del trabajo que, aunque vosotros no lo sepáis, os resulta imprescindible para seguir viviendo. Y no hablo del aspecto económico, hablo de la necesidad vital que hay detrás de toda rutina. A Mila le ha servido, al menos hasta la fecha le ha proporcionado una nueva vida, le permite ayudar, quizá mantener vivo a su hijo. Ya no. Ha sido fulminada por la desconfianza y la ira de Chelo Puentes. No os contaré el motivo, supongo que ya habéis averiguado cómo pudo llegar ahí ese preservativo. La intuición también cuenta. La vida tiene estas cosas, y es que algunos de vosotros —y no digamos la señora Chelo Puentes—sois del género enrevesado.

A los terapeutas no les quedará más remedio que recibir personalmente a sus pacientes. No está contraindicado. Todo lo contrario. Sólo esperan, hasta que Chelo Puentes encuentre una nueva recepcionista, que los pacientes no se adelanten y les arruinen la logística sin angustiarse. Si un sombrero Panamá pudiera tomar forma humana, como Pinocho, yo habría podido ocupar su puesto,

conozco a todos los pacientes, sé todo lo que hay que saber sobre ellos. Alba Tena y Pérez Cuscó no se han atrevido a enfrentarse a Chelo Puentes por el caso Mila. Con el tiempo ella se ha erigido en su administradora, se ocupa del papeleo, del gestor, de hacienda..., y ellos, aunque no le tienen demasiada confianza, no saben cómo combatir su decisión. Abigail Soler se sorprenderá al ver en la puerta a su terapeuta, al entrar mirará a izquierda y derecha extrañada, pero no comentará nada. A ella la recepcionista le causaba pavor. No. Me niego a aceptar que una cosa esté relacionada con la otra, dirá la artista del patchwork, cuando de nuevo el psicoanalista Pérez Cuscó se refiera a su hija. ¿Qué le puede importar a ella que su madre tenga un amante? ¿Cambia eso algo? ¿La quiero menos, por eso? Me has decepcionado, doctor. No sé si me entiendes. Eso dirá la artista del patchwork, remachando la palabra *doctor* y el no sé si me entiendes, antes de cerrarse en banda porque para ella ese tema de la hija ya está resuelto, ya ha pasado página, ella y su marido han pasado página y no desean desenterrar el pasado. Sus neurosis—¿tiene neurosis la artista del patchwork?, porque es seguro que necesita tratamiento, aunque quiera aparentar que visita al psicoanalista como referencia *cool*—, sus neurosis, dirá ella, son anteriores a la marcha de la niña. Incluso a su nacimiento. Se ha ido, Abigail ha pasado el duelo pertinente y ahora sólo quiere encontrar respuestas a su propia vida y no verse afectada o cuestionada por lo que haya hecho otra persona, aunque esa persona sea su hija. Si un día regresa, ya verá entonces si la perdona. Ahora no desea justificaciones, ni propias ni ajenas. Respuestas para combatir el insomnio, eso es lo que desea. Pero al psicoanalista no parecen convencerle esos argumentos y le preguntará, una vez más, aprovechando sus propias palabras, si el insomnio que padece no estará relacionado con la marcha de su hija, con su pérdida, precisará, a lo que ella responderá con un manotazo en el aire que significa ¡basta, chaval! Ya te he dicho, añadirá conteniendo el enfado, que no quiero hablar más de eso, que he respondido por educación, porque tú has sacado de nuevo el temita. Puede que eso haya afectado a su marido hasta provocarle un bloqueo creativo, pero no es ése el motivo por el que ella está aquí. De lo que ella desea hablar ahora es de la edad, de la aceptación del declive físico, puesto que ha llegado a ese punto en que sale a la calle y ya no es la misma, ya no la miran de igual modo. Ni los hombres ni los críticos ni los coleccionistas. Ni siquiera su galerista la mira del mismo modo. De eso se trata, de que la ven de distinta manera. Antes era un no parar. La fiebre en estado puro y salvaje. Cualquier excusa era buena para que él viajara a Barcelona, para ir ella a Madrid, o para encontrarse en territorio neutral, como solían decir. Los viajes al extranjero eran constantes. Ahora eso ya se ha acabado. Ha disminuido la intensidad, y no sólo la intensidad. Ha disminuido todo y ya no sabe qué pensar. Tal vez sea por eso, para no pensar en lo que le está sucediendo, que se encierra en el taller tantas horas. Tantas, que está produciendo a un ritmo que incluso duda de que el mercado pueda absorber el excedente de obra. Tendría que morirme para venderla toda. Hay épocas en las que se produce sin descanso, sin necesidad de que eso sea una vía de escape. A veces piensa que la necesidad de producir, de mostrarse activa, imparable, le viene dada por circunstancias que incluso pueden ser opuestas entre sí. Quiere decir que Picasso tal vez respondiera a una motivación tan distinta de la suya que ni siquiera le sea posible imaginarla. Ni a ella ni a nadie, claro. Antes ella era más reposada en eso. Seguía sus horarios, casi como el que acude a una oficina o a una fábrica a trabajar. Dicho así, ¿verdad?, le quita glamour al estudio, al taller o al obrador al que acuden los artistas y que es como su altar. Al fin y al cabo es una cuestión de enfoque. Lo de ahora podría venderse mucho mejor diciendo que se encuentra inmersa en una etapa expansiva y creativa: en su mejor etapa creativa, dice. A ver si su amado galerista puede vender el excedente que se acumula en el taller. Ahora pasan los días y las semanas sin que reciba una sola llamada suya, se refiere al galerista. Cuando piensa que hubo

una época en que habría dejado a su marido... A su marido y a la niña. Habría hecho cualquier cosa para estar con él. Sólo que ella ha esperado a que se lo pidiera y esa petición no ha llegado nunca. Cuando busca un porqué, se dice que tal vez llevan vidas paralelas y que el infinito se vislumbra demasiado lejos, o tal vez no sea eso y ocurra que no estén hechos el uno para el otro en el sentido de pareja estable, que sólo sirven para estar juntos a ratos y por eso son—quiere decir que eran—fuego. Tal vez la rutina no tenga cabida en su relación y hubiera sido un error vivir con él. Tal vez estén predestinados a encuentros fugaces, ardientes y explosivos. Tal vez lo suyo con él sea un sueño, uno de esos sueños que construyen todo un mundo a partir de materiales demasiado frágiles. Tal vez él haya sido más clarividente y haya acertado rehuendo la vida en común. Ni siquiera le pedirá que se traslade a Madrid, que instale allí su estudio, más cerca de su galería. Tal vez, tal vez, tal vez... En fin, no. Todo será un *no* continuo, aunque será un *no* tácito, porque él nunca dice no a nada, y ella dirá que nunca le planteará nada, que sólo sueña con que él se lo pida. ¿Todavía piensa que puede suceder? El psicoanalista se lo pregunta porque ella misma dice que la relación se enfría cada vez más, que la edad no ayuda, que no son los mismos de antes. Pero ella no parece escuchar a Pérez Cuscó, y sigue como en un murmullo continuo, diciendo que al galerista le conoce de una época ya remota en la que ella buscaba a alguien con suficiente empuje para traer a España a gente como Gilbert & George, ya sabe, esa pareja de artistas ingleses. Una época, aquélla, en que se sentía absolutamente entregada a lo que llama la superación del espíritu provinciano de modernidad, y él era el propietario de la galería que podía hacer posible esa especie de sueño o proyecto que ella creía imprescindible para la salud artística de este país. Así comenzará todo, con una retrospectiva de Gilbert & George, aquella que abarcaba desde *The Singing Sculpture* hasta las *Jack Freak Pictures*. ¿Conoces esas obras?, querrá saber, o no, como de pasada, antes de reconocer que en ese primer momento ya le será imposible no pensar en él, y que pasará una temporada perdida. Se refiere a lo artístico, porque, claro, como sólo piensa en él y en su cabeza sólo hay espacio para un único pensamiento—cuándo podrán volver a verse—, su obra se resiente, aunque a cambio su vida sea un destello sin fin de emociones. Como si supieras que vas a abrasarte, pero sin que te importe, dirá. ¿Sabes de qué te hablo? No tienes pinta de haber pasado por eso, le espeta al joven psicoanalista sin darle respiro. Y luego, regresando a esa relación, dirá que se estabiliza, porque el tiempo—siempre el tiempo—ajusta ese tipo de relaciones, y será más tarde, mucho más tarde, cuando aparecerá el lento deterioro del que le habla. El tiempo—de nuevo invocará al tiempo—lo mata todo. Eso dicen, aunque ella se muestra escéptica y no le importa contradecirle, sobre todo cuando las heridas permanecen abiertas, cuando no hay duelo ni despedida. Desde entonces han pasado por distintas fases y..., claro que se trata de una relación que se ha aburguesado, apoltronado o llámalo como quieras, y que ya no transmite nada. No sabe si lo echa de menos o si lo que añora es la intensidad de aquellos días... Y por el camino—no lo dudéis ni un segundo, porque también se refiere al tiempo, en este caso al transcurrido—, lo dicho: ha envejecido.

A veces sueña que escribe, que de pronto vuelve a escribir, que el bloqueo ha sido una pesadilla y que ha despertado a la realidad, que lo real es, en definitiva, el sueño. Luego descubre que se encuentra en la casa de la playa o en el piso de Barcelona y que todo sigue igual. Hay un sueño, uno en especial, que se repite en distintas versiones. En él le invitan a un congreso de escritores en Lisboa que trata sobre literatura e intelectualidad. Le piden que participe con una ponencia, y lo único que se le ocurre es llevar un escrito titulado «Literatura y decadencia

intelectual del mundo contemporáneo», un texto que, por cierto, ya ha leído en otras conferencias. En alguna ocasión lo ha titulado de otro modo, pero la mayoría de las veces lo ha leído bajo ese mismo enunciado. Lo importante, sin embargo, es que, al final, de lo que acaba hablando es de sequedad. Y las imágenes que proyecta son de desiertos, pero no desiertos de dunas, no desiertos en los que hace milenios que desapareció la vida, sino zonas desérticas que se ven cuarteadas por la falta de lluvia y de trabajo. Como si una sequía pertinaz hubiera expulsado cualquier forma de vida de esos campos. Se escucha decir que los ríos se secan, las ubres de las vacas no dan leche, los grifos tampoco suministran agua, que el mar se está retirando y se aleja cada vez más de la costa. Cuando acaba la conferencia nadie parece haberse dado cuenta de que se trata del mismo discurso de siempre, con el mismo título y plagado de las mismas incoherencias. La sequedad. Riba no sabe si sucede en esta época, por la cantidad de abonos que se emplean, ya que en otras épocas se dejaba la tierra en barbecho durante un tiempo, un año, o quizá sólo durante el tiempo de una cosecha, para que el campo se recuperara. Quizá ése sea su caso y necesite pasar una temporada en barbecho. De todos modos no consigue engañar a nadie, el público piensa que se trata de sequedad intelectual, todos saben que acaba de salir de una época de no escritura, que incluso ha acudido al psicoanalista, y que muy probablemente de lo que les habla es de sí mismo, siempre él y su circunstancia: su sequedad creativa. Luego piensa que tal vez le invitaron porque conocían de antemano el tema del que hablaría, y acto seguido se despreocupa porque, en el sueño, ya están ahí los organizadores felicitándole. ¡Qué gran ocurrencia, la sequedad! Y él piensa que la palabra *ocurrencia* tal vez tenga un sentido negativo para él pero no para ellos, o que tal vez sea una crítica velada, una alusión sutil, sabiendo que en el fondo se trata de una especie de bufonada y no de un relato concienzudamente elaborado. No importa. Sonríe de todos modos y los organizadores le llevan a dar un paseo cerca del río allí donde desemboca en el océano. Da la impresión de que lo llevan a contemplar el Atlántico. El río está seco y el agua del mar se ha retirado tan tan lejos que no puede verse. Lo ven, exclama Riba, el mundo se está secando. Uno de los que le acompaña ironiza. Nos lavaremos con vino de Oporto y beberemos whisky. No bromeo, le reprende él, y el otro responde encogiéndose de hombros. ¿Qué podemos hacer?, plantea un tercero. Todos los que le rodean son hombres. Uno de ellos sugiere que recemos, apunta el escritor bloqueado ante un Pérez Cuscó expectante, pues todavía no sabe si Jorge Riba le está contando un sueño verdadero o uno de sus relatos. Si rezamos, tal vez llueva y vuelva el agua, dice. Entonces entran en una librería para rezar, y se arrodillan y se santiguan ante los libros de sus autores preferidos. Todos muertos. No hay autores preferidos entre los vivos. Entre los vivos sólo existen rivales, por no llamarlos enemigos. Echa un vistazo indiferente a las mesas y a las estanterías y no encuentra ni una de sus obras. Uno de sus acompañantes parece leer su pensamiento y le hace notar que un ejemplar que lleva el mismo título de su conferencia, «Literatura y decadencia intelectual del mundo contemporáneo», está escondido debajo de una novela de éxito de un autor al que Riba odia, un autor que también ha participado en el congreso. Aprovecha que todos rezan bajo el altar de Pessoa, uno de esos autores capaces de desplegarse en dobles, triples o cuádruples personalidades, para tapar ese otro libro con el suyo, y luego se dedica a especular sobre la imposible rapidez con que ha visto la luz su conferencia. Tal vez se haya publicado después de haberla pronunciado en otro congreso de escritores. Busca en los créditos para averiguar la fecha de publicación. Ahora, lejos de él, le rezan a Almeida Garrett, y es que, de pronto, se encuentra en Oporto y no en Lisboa. La fecha es tan reciente que el libro debería estar caliente. En la última página puede leer «Acabado de imprimir», y la fecha no es otra que ese mismo día. Nadie ha dicho nada al respecto y prefiere no darle más vueltas al asunto

por miedo a lo que puedan pensar. Casi está a punto de devolver el libro a su lugar, debajo del de ese otro odioso escritor, pero su cuerpo se ha hinchado tanto que aunque quisiera no podría moverlo. ¿Le molesta el éxito de algún escritor en concreto?, pregunta el psicoanalista. No conoce a ningún escritor que no sea un egocéntrico, y él no va a ser distinto de sus colegas. Pero en el sueño aparece alguien que le acerca otro libro: *Ideas sobre la complejidad del mundo*. Sólo le faltaba esto, aunque acaba preguntándose si puede hallar allí la solución a la sequía que lo invade todo, y entonces abre el libro y lee que la inquietud es el elemento motor del conocimiento, que crear es traducir inquietudes en problemas, y luego lee que existen dos clases de estímulos, los duros y los blandos, que estos últimos son los que le son transmitidos a través de los demás, ya sea partiendo de conversaciones, lecturas o visitas a museos, cualquier cosa externa que le desequilibre, cree él, y luego lee que los primeros, los estímulos duros, son aquellos que provienen de su propia conciencia. El psicoanalista Pérez Cuscó interrumpirá el relato del sueño de Jorge Riba para preguntarle si él, el escritor bloqueado, cree que se ha quedado sin inquietudes, si es que nada le estimula ya, pero el escritor ha cerrado esa puerta, y prefiere continuar con el sueño, porque después de su desvanecimiento, ya recuperado, los organizadores le llevan a Azinhaga, en el Ribatejo, donde nació Saramago, y aprovechan para contarle cosas sobre el río Almonda que va a dar al Tajo, aunque lo hacen de tal modo que le recuerda aquello de «Nuestras vidas son los ríos | que van a dar en la mar, | que es el morir», y entonces les recuerda que el mar cada vez está más lejos de donde lo viera Manrique, y claro, ellos, que no han seguido su pensamiento, no saben qué tiene que ver el mar con el Almonda y disimulan y le hablan de los olivares milenarios que la Unión Europea hizo arrancar y cómo ha cambiado el paisaje desde entonces. Y se lamentan por aquello tan sabido del burócrata que, instalado en un despacho a miles de kilómetros, sin siquiera pestañear, toma una decisión que le cambia la vida a todo un pueblo. Casi siempre a peor, dicen. Y entonces se deprime, pero no por los olivos arrancados ni por el paisaje, sino porque le hablan de Saramago y se da cuenta de que es como si hablaran de otro santo a quien rezar, y que él no es más que un monaguillo, y eso le deprime y le mortifica, y sabe que no podrá escribir en días, tal vez en meses o en años. A veces el sueño acaba aquí, a veces continúa. Si continúa, en el sueño tiene prisa por regresar a casa y se deshace de sus acompañantes sin contemplaciones. Ni en el aeropuerto ni en el avión toma nada. Quiere ayunar por el resto de sus días. En el taxi, ya cerca de su domicilio, piensa en aislarse: venderá la radio, la televisión, quitará su nombre del buzón, se deshará del perro y del gato. ¿Tiene usted perro o gato?, le interrumpirá Pérez Cuscó. No. No tiene. No ha tenido nunca. En el sueño, sí. Y se pregunta cómo plantearle a su mujer que va a pasar una temporada aislado del mundo, sin periódicos ni llamadas telefónicas, pero al llegar a casa resulta que su mujer le ha abandonado por otro escritor. Sabe que es escritor aunque su rostro sea el del galerista. Probablemente se trate de ese escritor, el que más odia, el autor cuyo libro tapaba el suyo en la librería de Lisboa o de Oporto. Sobre la cama una nota dice: «El piso es mío y cuando regrese espero que te hayas largado a la casa de la playa». Ha sido un vuelo de dos horas pero sufre de *jet lag* y entonces duerme y duerme para olvidar. Del mismo modo que otros beben, él duerme tenso, y sueña que sueña que no puede olvidar, que ha vuelto a escribir de forma provisional, pero que la sequía está a punto de regresar y esta vez se instalará definitivamente en él y para siempre. Se trata de la peor parte del sueño porque ahí se siente vacío. Está vacío. Lo poco que quedaba en él, algo así como la inspiración, la musa, el aliento, se lo ha llevado ese otro escritor: era su mujer o estaba en su mujer. No lo sabe con certeza. De pronto comprende que no puede deshacerse del televisor ni de la radio, que va a necesitarlos para no volverse loco y se sienta a ver cualquier programa por

horrible que sea. En el televisor aparece su hija, en todos los canales, y le canta una nana. La nana de la sequedad del mundo.

Pérez Cuscó se ha quedado plantado, inmóvil, ante la puerta de la consulta, ya cerrada, alzando una barrera que separa dos mundos, pero todavía escucha el eco de las palabras del señor Bordón que le agradece lo mucho que está haciendo por su hijo. Y, sin embargo, al terapeuta lo martiriza su imposibilidad de conectar con José Carlos. Diecisiete años. Escualido más que delgado. Introverso hasta el paroxismo. Incapaz de mirar a nadie a los ojos. Un joven que en su barrio, por la acera, camina entre los alcorques y el borde de la calzada para no cruzarse con nadie, para evitar ser reconocido, que sólo sale de casa por obligación, que permanece cuarenta minutos tumbado en el diván instalado en un silencio de mármol, retorciéndose las manos, pugnando por proferir una palabra, una frase, y angustiándose al ver que cada minuto que pasa es más incapaz de hacer algo tan sencillo como hablar. Pérez Cuscó le contará a Alba Tena, que es quien le ha pasado el paciente porque no es su especialidad, que ha llevado el caso de José Carlos Bordón a supervisión, pero más allá de *darle tiempo, de tener paciencia, de generar confianza, de perseverar*, no ha obtenido ninguna idea que pueda poner en práctica. A Pérez Cuscó todavía le quema la aparente indiferencia de José Carlos, esa especie de huida en la que se convierte cada despedida, como si fuera una sombra que se desliza por la pared mientras él se despide del padre. Y ahí estará cuando de repente el teléfono lo saque de sus reflexiones. Lo oírán sonar y contemplará el aparato como si fuera un objeto extraño. Cosas así ocurren desde que Mila no está para responder. Alfredo Abad le llama para anular la cita. Para anularla de nuevo. Por quinta vez consecutiva. Es un ciclo que ya dura casi dos meses, el señor Abad llama y solicita hora y más tarde vuelve a llamar y la anula. Y Pérez Cuscó, a pesar de que cree que lo ha perdido, hace un esfuerzo para concentrarse y preguntarle a Alfredo si toma la medicación, si ha vuelto al trabajo, aunque en realidad lo que querría saber es si ha conseguido mitigar algo ese sentimiento de culpa que le atenaza. Alfredo se durmió al volante, se salió de la carretera y el coche rodó por un barranco. Pudo salvar a su hijo, que iba bien sujeto en la sillita, pero no a su mujer. Pérez Cuscó hablará, hablará y seguirá hablando hasta mucho después de ser consciente de que su paciente ha colgado. Mira el reloj. Dispone de una hora para él, una hora para tomar un café y también para tomar notas sobre los pacientes de ese día, una hora para preparar las visitas que todavía tiene por delante. En momentos como ése le invade una tristeza fría y amarga e incluso hay días en los que cree haberse equivocado de profesión.

A la lectora del Ateneo no le ha gustado el cambio de Mila por ese bomboncito de dieciocho años, le molesta que lleve un aro en la nariz como si fuera el oso de un vergonzoso espectáculo circense, y después de tomar asiento freirá a preguntas al terapeuta para saber el porqué del cambio. El psicoanalista Pérez Cuscó eludirá una y otra vez tener que responder abiertamente, y enseguida le recordará a Blanca Ramos un comentario anterior. Le parece que es un buen modo de comenzar la sesión. Usted dijo, señalará, que no había conocido a su padre, que la habían criado entre su madre y sus tías. Y le pregunta si desea hablar de esa época, si tiene algún recuerdo especial de la infancia. A lo que ella responderá que tiene su infancia en una especie de bruma, que no sabe si eso es normal, que ella apostaría que su vida dio comienzo con la adolescencia, tal vez porque recuerda perfectamente cuándo cumplió quince años y todo lo que hizo ese día. También la fiesta de su mayoría de edad, a los dieciocho. Quiso celebrarlo por todo lo alto.

Aunque lo que no les dijo a su madre ni a sus tías es que pensaba irse de casa. Su padre le había dejado una cantidad importante de dinero. Está feo decirlo, sonrío, pero me permite vivir sin trabajar. La ocurrencia de su padre, y que ella cree que la marcará en un futuro, será nombrar administradora o albacea a su madre, hasta que ella, la lectora del Ateneo, sea mayor de edad. Cumplidos los dieciocho, sólo necesita encontrar un apartamento y trasladarse. Y claro, lo tendrá todo preparado. ¿Se imagina la expresión de estupor de mi madre y de mis tías? Y su infancia, ¿qué quiere decir que la recuerda como en una bruma? ¿Confusión? Blanca Ramos dirá, como si se confesara de algún pecado venial, que de pequeña quería ser mayor. Sólo eso. Ni actriz ni peluquera, ni astronauta ni modelo, ni vendedora ni cantante, sólo mayor. Es curioso. Cuando eres una niña ser mayor no parece fácil, resulta arduo aunque sólo haya que dejar transcurrir el tiempo. Tardará mucho en entender que no se es mayor con diez años, ni con doce, aunque vaya al instituto. Ni siquiera con la primera regla se es mayor, ni con quince. La cifra mágica será el número dieciocho, que, por supuesto, pasará a ser su número favorito. Decorará las paredes de su habitación con ese número. Buscará camisetas de deportistas cuyo dorsal sea el dieciocho. No es fácil. No tiene demasiado encanto. Pérez Cuscó conoce el valor de los silencios y piensa en sí mismo como un virtuoso en el arte de permanecer callado. En el ambiente recogido y calmo de la consulta, le ha comentado en alguna ocasión a Alba Tena, el silencio es una bendición. El silencio es una puerta, y en ocasiones conviene dejarla abierta para que las palabras puedan entrar o salir, fluir libremente. Luego le pregunta a la lectora si todavía vive en ese apartamento al que se trasladó al cumplir los dieciocho. Sí. Ella se ha dado cuenta del silencio forzado por el psicoanalista e impone por unos instantes el suyo. Luego decide romperlo y tomar las riendas con esas confesiones que la obsesionan. He vuelto a verle, dice. Esta vez han hablado durante horas. No es que el libro de John Gray le haya servido, al menos no como ella había pensado que le serviría. Ya sabe, dejarme ver con un ejemplar, llamar su atención, comentar su contenido sin darle demasiada importancia. La justa. Lo ha ensayado, añade, para darle verosimilitud aunque sólo sea un señuelo para atraerle. Pero resulta que él sólo está interesado en el libro porque está escribiendo otro libro. No se puede partir de cero, le ha comentado muy en serio. Es necesario conocer otras aportaciones, digerirlas, permitir que el poso de otros autores se sedimente para formular más tarde una propuesta propia. Habla muy bien. Su voz ahora suena agradable, suave y grave. Radiofónica. Esa teoría sobre cómo se escribe un ensayo se la ha descrito con pelos y señales tan pronto ella ha manifestado que ha leído el libro y le ha parecido interesante. Lo he leído para acercarme a ti, dice ella haberle confesado al estudioso que ahora ya no será más el estudioso sino el estudioso-escritor, porque es el libro que leías el día que te conocí. ¿No le parece interesante que combine el estudio con la escritura, doctor? ¿Que me sintiera atraída de aquel modo tan irresistible por un creador sin saber que lo era? Eso tiene que significar algo, ¿no le parece? De repente dice haber descubierto que lo que la vida le ha reservado es ser la musa de un estudioso-escritor. Tiene que pensar en ello. Leer sobre musas y esa clase de cosas. Ya ha leído algo por el camino. Sobre musas, se refiere. Ahora piensa en mujeres famosas como Gala o Zenobia o Zelda o Anaïs o Jacqueline, por citar unas pocas sobre las que ha buscado información en la misma biblioteca. Le parece un mundo fascinante. Volviendo al estudioso-escritor, todo resultará muy sencillo. No tendrá que fingirse una intelectual ni dársele de persona leída y culta. Nada. Ni siquiera ha profundizado en el libro de Gray. Luego cuenta cómo se ha hecho la contradicción. Ha ido a la biblioteca a la hora que le ha señalado su cómplice y ha coincidido con él. Se le da bien fingir. Incluso ha parecido que era él quien tropezaba con ella en la entrada. No se le ha ocurrido, a ella, otra cosa que pedirle perdón. Así, de golpe, a bote pronto. La paciente ha

bajado la mirada como si sintiera vergüenza. Pura improvisación, dice. Se ha mostrado tan natural que la ha creído. Además, él también se ha disculpado por haber sido, quizá, demasiado grosero durante su encuentro anterior. Eso ha dicho, y a continuación le ha sugerido bajar a la cafetería, esta vez junto a una de las ventanas que dan a la plaza de Madrid. Mejor así. Es preferible que la situación no les recuerde su primer tropiezo. Por supuesto que en ningún momento le propondrá que se acuesten, como había hecho la otra vez. Ella admite que se trata de un tipo raro. Quizá por eso mismo sea estudioso y escritor. Escribe sobre algo a lo que llama anomalía, una anomalía que no es otra, ni más ni menos, que la buena época por la que estamos pasando. Dice que el mundo, tal como lo conocemos, es una anomalía histórica, que lo normal es que haya guerras, epidemias y dolor, y que no es nada normal que en nuestro mundo, el occidental, vamos, en general, llevemos viviendo tanto tiempo en paz. Y cuando dice en paz, lo dice gesticulando unas comillas como diciendo que guerras las hay, aunque sean menores, según él, y que por desgracia esta situación se acabará, que es cíclico que un imperio y una civilización caigan y sean sustituidos por otros. A ella le parece muy inteligente. Quizá sea el hombre más inteligente que haya conocido—lo cierto es que yo nunca llegaré a conocer al ahora llamado estudioso-escritor más que a través de las palabras de la lectora del Ateneo, pero en cuanto escucho la palabra *inteligente* no puedo dejar de pensar que la inteligencia es una liebre a la que muy pocos galgos son capaces de dar alcance—que de algunos de vosotros se diga que estáis dotados de inteligencia, me recuerda esa frase de autor desconocido que en su momento soltó Mercedes Salazar en el sentido de que algunos sois humanos porque Dios tiene la manga muy ancha. Pues en este caso ocurre lo mismo. Y también dirá ella, la lectora del Ateneo, que a menudo le cuesta seguir el razonamiento de su nuevo amigo el estudioso-escritor. Quizá porque utiliza conceptos, datos y períodos históricos de los que simplemente ella no sabe nada. Y pone de ejemplo a los griegos y a los romanos, que estos últimos tardarán casi trescientos años en desaparecer como imperio; que vuestra sociedad del bienestar tiene los días contados, que la súper abundancia de bienes en la que estáis instalados no puede ser definitiva; que se acabó la ducha caliente y el jabón oloroso, y la toalla suave y amorosa de la que también hablaba Mercedes Salazar citando al escritor McEwan. Al final dice que él ha bromeado con que tal vez la anomalía dure todavía algunas décadas, pero que no se haga ilusiones. Ilusiones, las justas, añadirá con cierta sorna. Como ella le ha contado que vive del dinero que le ha dejado su padre, él admite que tal vez le quede el tiempo justo para seguir recibiendo esa pensión o lo que sea. Ella le ha llamado aguafiestas, pero parece que lo ha hecho de un modo tan natural que incluso se lo ha tomado a broma. Entonces se ha reído por primera vez. Le gusta su risa, su rostro se achina y se hace más dulce. Se ha prometido que le hará reír muchas más veces. Bueno, pues en medio de todo ese galimatías, lo que a él le interesa aislar es el momento en que surge el cambio, cuando acaba la anomalía y comienza la normalidad; si ya ha acontecido ese instante o si está por venir; en qué preciso momento algo muy apreciado por nosotros ha iniciado la cuenta atrás, alguna cosa que objetivamente podamos decir que ha comenzado a ir a peor; qué aspectos de nuestra vida están en declive, y si se puede desprender de eso que ya hemos empezado a andar ese camino, el de la decadencia, porque es fácil de determinar en algunas personas o familias o sociedades, pero no en el conjunto. Ahí, pondrá ella en su boca, es muy difícil distinguirlo. Por los ritmos distintos. De eso han estado hablando durante horas, en la cama, en su casa. Bueno, ella le abrazará y le preguntará, y él hablará y hablará. Hablará sin límite. Y ahora, ella se siente halagada, de verdad, no sabe si es un genio o un farsante, aunque ya no está tan segura de que le interese. Le ha amado mientras lo desconocía todo de él. Llegados a este punto, la lectora del Ateneo mirará fijamente al psicoanalista Pérez

Cuscó como si le retara a que siguiera preguntando. Le aguanta la mirada y deja asomar una sonrisita envolvente, como un guiño en los labios, el terapeuta echa un vistazo a sus papeles, parece que va a escribir y se le cae el lápiz, y enseguida comprueba la hora.

Jorge Riba cree que está directamente relacionado con un artículo de hará un par de años que tituló «Lo que gana un escritor». Un escritor gana en autoestima, se siente realizado con su obra, siente que le quieren. Lo comparaba con lo que significa el aplauso del público para un actor de teatro. Le cuenta que el artículo más o menos iba por ahí. Para que se haga una idea. Ahora piensa que eso sólo ocurre cuando se está en activo. Cada nuevo libro significa una renovación del compromiso de escribir y de lo que cada uno gana con ello: ese sentirse bien a toda costa pese a la inclemencia del mundo. Quiere decir que es necesario que haya un nuevo libro para que eso suceda. De no haberlo, se rompe la cadena y ya no fluye esa sensación de bienestar. Eso desaparece y comienza una época de desastres. Son cosas que él no ha dicho en su artículo porque no habían ocurrido todavía y no había experimentado esa desolación. Quizá tampoco pretendía ir tan lejos. Daba por sentado que un escritor siempre escribe, que nunca sufre un bajón, como si el síndrome del escritor falto de ideas frente a la hoja en blanco fuese un mito. Nada de todo esto se le ocurrió entonces al escribir ese artículo. Tal vez por el título, que no permitía otras consideraciones negativas: «Lo que gana un escritor» es suficientemente preciso en ese aspecto. Quizá debería escribir otro cuyo título fuese «Lo que pierde un escritor» o «Cómo desencallar la (falta de) inspiración». Sería una buena idea, pero para eso debería saber cómo hacerlo. O también podría titularlo «Cómo salir del atasco» y escribir una secuela o un remedo de aquel cuento de Cortázar en el que describe el ecosistema que surge cuando todo el mundo ha quedado atascado en una autopista. ¿Lo ha leído? ¿Recuerda su título? Al psicoanalista Pérez Cuscó le conviene reconducir la sesión. La semana pasada, al final de su sueño, aparecía su hija y le cantaba una nana, ¿ha reflexionado sobre el papel de esa hija en su bloqueo? Sí. No. No sabe. No ha reflexionado sobre eso. Duda durante unos instantes y luego dice que no lo hará, porque sabe— ¿Cómo que sabe, cómo va a saber lo que le sucede?, piensa Pérez Cuscó, al que le gustaría decirle a Jorge Riba que no maree más la perdiz y que afronte de una vez por todas sus problemas, que está aquí con él, tumbado en el diván, por algún motivo—, sabe o cree saber, el escritor bloqueado, que una cosa no tiene nada que ver con la otra, ya que le parece una mera coartada encadenar la marcha de su hija, ocurrida hará tantos años, con su sequía, una coartada buena para él, Pérez Cuscó, como terapeuta, pero no para Jorge Riba, padre frustrado, escritor noqueado. Y la verdad, le parece absurdo que insista en ello. Lo que le faltaba por escuchar, piensa el terapeuta.

**ES UN SIGNO DE LOS TIEMPOS EL QUE NADA
CONCLUYA Y QUE TODO FORME PARTE DE UN
PROCESO ININTERRUMPIDO QUE NADIE SABE
ADÓNDE LLEVA. Y ES QUE MI TROPIEZO CON
LA PSICOSUGESTIÓN DEL ESCRITOR Y
TEÓRICO DE LA HIPÓTESIS DE SIMULACIÓN,
PERO POR ENCIMA DE TODO SANADOR,
ALEXANDER VON JODOWSKI, ME
TRASLADARÁ A OTRO NIVEL DE LA
EXISTENCIA**

Cierto que a estas alturas la experiencia me dirá que no debo depositar demasiadas expectativas en mi futuro; el futuro es algo demasiado frágil, que puede verse trastocado en un segundo—no os recordaré esa frasecilla ocurrente que dice que el futuro ya no es lo que era—. Bueno, tampoco es que en este caso yo hubiese deseado o imaginado o soñado—que son facultades que no tengo—quedarme en el perchero del psicoanalista Pérez Cuscó para la eternidad, algo que sí había preferido en tiempos de Cristina León o Carolina Meifrén. Y, sin embargo, cuando el futuro llame a la puerta me hallará instalado en esa monotonía cíclica que marcan los pacientes que acuden a la consulta para contarle al terapeuta sus pesares, o las ensoñaciones de su alma atormentada, según la versión romántica de Alba Tena, porque cuando, en mi última tarde de residente en el perchero, el escritor bloqueado llegue a la consulta del psicoanalista Pérez Cuscó con siete minutos de retraso, y lo haga en un estado de excitación nunca antes visto—el señor Riba está pedo, le advertirá la recepcionista al terapeuta—, a éste le será fácil detectar el olor agrio de tabaco en su ropa y el aliento cargado de alcohol. El psicoanalista dudará por un instante entre dejarle pasar o pedirle que regrese otro día, pero decidirá que, tal vez desinhibido, el escritor sea capaz de alcanzar un mayor grado de sinceridad que el que ha mostrado hasta ese momento, porque la realidad es que permanece estancado en una zona que él denomina valle, dando cuenta de sus emociones a través de una verborrea que circunscribe a su vertiente profesional sin añadir ningún nuevo elemento de carácter personal, expresando lo mismo en cada ocasión, si bien con distintas palabras, y sin mostrar interés alguno en profundizar. En sus notas de sesiones anteriores Pérez

Cuscó ha registrado que su paciente ha encontrado una zona de confort en su aparente frustración y que prefiere perderse en esa nebulosa, de donde dice entresacar sus relatos, para evitar así adentrarse seriamente en los porqués de su persistente bloqueo. El psicoterapeuta lo conducirá hasta su despacho, pensando en cómo puede haber llegado este hombre aquí si apenas se tiene en pie, y valorando convencerle de que se deje llevar hasta su domicilio. Sé que el psicoanalista Pérez Cuscó evaluará en ese instante la posible e hipotética confesión en toda regla de su paciente, o la posibilidad de prepararle un café bien cargado o bien resignarse a que dormite durante la siguiente hora hasta que deje de ser un peligro para sí mismo y para los demás, justo antes de meterle en un taxi y mandarlo a casa. Sin embargo, los hechos se sucederán a un ritmo tan vertiginoso que ese futuro inminente que Pérez Cuscó quiere dibujar a su conveniencia no podrá ser. No podrá ser porque, de pronto, al entrar en el despacho, el inestable escritor trastabillará, tropezará con la pata de una butaca y se llevará por delante un montón de carpetas y el perchero desde donde he sido espectador privilegiado de vuestra habitual confusión. No habrá daños materiales, aunque para justificarse, Jorge Riba, como si deseara distraer al psicoanalista Pérez Cuscó del lamentable espectáculo que está dando, durante un minuto pretenda haberse dislocado la muñeca. No será más que un simple golpe que generará un pequeño caos, y ni siquiera eso, un revoltijo de papeles y prendas de ropa, y un sombrero Panamá caído de lado, como panza arriba, para que me entendáis, de modo que la dedicatoria PARA CRISTINA LEÓN, CONDENADA AL ÉXITO. ¡OJALÁ! le resulte perfectamente visible aun en su estado de embriaguez. Y así será como Riba lea la frase con un tono que no hace presagiar nada bueno, y luego mire al psicoanalista, si es que a esa mezcla de estupor y de agitación se le puede llamar mirada, y vuelva a leer la frase, esta vez levantando la voz, y de repente los vapores etílicos se volatilicen y el escritor se lance a recorrer la consulta de un lado a otro, conmigo en las manos, fuertemente asido por las alas. Lo hará fuera de sí, porque una especie de arrebató se ha apoderado de su cuerpo y ahora está fuera de control, consciente de hallarse ante una coincidencia tan extraordinaria como providencial, como si una ley universal, aunque oculta, finalmente hubiese hecho justicia y le hubiese devuelto un sombrero perdido que él sabe que de algún modo le pertenece y en cuyo interior descubre la famosa etiqueta que lo resuelve todo. No dice ATHANASIUS PERNATH. En todo caso no lo dice todavía, pero para él será como si lo dijera, como si a partir de ese instante, él, el escritor bloqueado, supiera que alguien le ha arrebatado parte de su vida, que de algún modo allí se encuentra la clave de la sequía que le mantiene inerte. Muerto en vida. Tiene que pensarlo bien, con calma, pero las ideas y las sensaciones le llegan por oleadas, se agolpan y se entremezclan, y no sabe por dónde empezar; es cierto que no se halla en su mejor momento, siente un profundo mareo cuando lo que necesita es una mente fría y analítica. Le parece que él y la obra de Meyrink comienzan a coincidir, que tal vez ahí radique su bloqueo, porque alguien ha usurpado su personalidad, como si fuera otro y él mismo a la vez, su propio doble, diría yo, un monstruo quizá, esa constante que suele ser objeto de su quehacer literario y que ahora le parece tan real que no sabe qué hacer con ella. En cualquier caso abandona momentáneamente esa idea, ya que la asocia a su borrachera. La pregunta que seguirá a esta escena y que se repetirá una y otra vez en la consulta y más tarde en casa será: ¿cómo puede haber llegado este sombrero a manos de Pérez Cuscó? Pues aquel Panamá que soy yo cuelga en el mismo perchero desde su primera visita, desde el primer día en que el escritor bloqueado llegó para sentarse en el diván. Siempre ha estado allí. Lo sabía, lo sabía, le dirá a su mujer. ¿Te lo había dicho, o no, que te fijaras en ese sombrero? Que era idéntico al de Cristina. ¿Te lo había dicho el primer día o no? Esas preguntas le hará a su esposa, la artista del patchwork, y mentirá al decir que ya la primera vez que me vio tuvo una

corazonada. Ese sombrero..., ese sombrero con el que su hija actuaba en los escenarios de medio mundo. ¿Cómo ha llegado hasta tu despacho?, increpará a Pérez Cuscó, tuteándole repentinamente sin dejar que éste pueda balbucear apenas una respuesta, un alegato que cuando llegue se parecerá más a una justificación apresurada y de poca consistencia que a otra cosa. ¿Cómo ha llegado hasta esta consulta?, repetirá. ¿De dónde ha salido? ¿De qué conoces a mi hija? ¿Es que también la tratas a ella? Hace años que el escritor bloqueado apenas prueba el alcohol, años desde que se prometió que nunca más volvería a perder el control, y justo hoy el alcohol es el causante de su tropiezo y de su descubrimiento: el elegante Panamá que le había llamado la atención desde su primera visita, a su parecer medio oculto, aunque ahora cree entender la razón, y al que no había querido acercarse porque era como un mal presagio, pues ese maldito sombrero ha resultado ser el sombrero de su hija, testigo ayer y hoy de su confusión.

La artista del patchwork, Abi Soler, mirará a su marido con extrañeza. Le parece extraordinaria, sorprendente, absurda incluso, la inesperada aparición del sombrero de la niña, y también ese presentimiento de su marido al que ella no le ha dado excesiva importancia, porque su marido es escritor y tiende a fabular acerca de todo, y eso es lo que hace, ni más ni menos, cuando mezcla una de esas casualidades que acontecen de vez en cuando con esa historia de *El Golem* y el sombrero del tal ATHANASIOS PERNATH, con las dobles personalidades y las vidas prestadas por otros. Y aunque también ella está dispuesta a reconocer que se trata de una casualidad excesivamente azarosa, pues quizá el azar, lo que entendéis vosotros por azar, también acepte niveles, con la trayectoria que lleva su marido no le parece extraño que esté bloqueado. Cierto que en esta ocasión ha dado en el clavo, pero para una vez que tiene razón... Su marido es un débil mental y un pusilánime. Nació cansado. Al menos ése es su ácido diagnóstico. También Abigail Soler me tomará en sus manos y leerá la etiqueta una y otra vez e intentará esbozar un argumento sobre la posibilidad de que se trate de otra Cristina León, que el sombrero pertenezca a otra Cristina León, sin embargo, por más que lo intenta no consigue olvidar esa famosa frasecita sobre el éxito, ¡CONDENADA AL ÉXITO!, que cuadra perfectamente con la niña; y todo este tiempo en la consulta de Pérez Cuscó, qué maldita coincidencia, los tres en ese maldito diván. Por supuesto que no va a dejar el asunto en manos de su marido. Yo le doy igual, lo siento en el gesto que ella emplea para devolverme a las manos de Riba. Lo que realmente le preocupa a ella es si mi presencia ha supuesto también la presencia de mi antigua propietaria mientras ellos dos se confesaban al terapeuta. Es para desconfiar, le dirá a su marido. Algo huele mal en todo este asunto. ¿A qué venía tanta insistencia en preguntarles por Cristina? Ha decidido que irá a ver al joven psicoanalista y que le pondrá de vuelta y media. Será la última vez, pero se acordará de ella toda su vida. Qué se ha creído ese mentecato. No puede soportar la idea de que el terapeuta esté confabulado con su hija y la haga partícipe de sus confidencias. No le importa lo que la niña haya podido explicar, pero sus secretos son secretos de confesión. ¡Le hundirá!, sentencia. Conseguirá que no ejerza nunca más, que tenga que ganarse la vida de otro modo. De basurero, le dice a su marido, y su expresión es tan severa que la amenaza parece alcanzarle a él, como si la culpa fuera también suya. El escritor permanece tumbado en el sofá del salón conmigo en sus manos. Tiene los ojos cerrados, y una y otra vez le viene a la cabeza la frase «Dios ha muerto, Nietzsche ha muerto y yo no me encuentro muy bien», frase que no sabe a ciencia cierta si se la debéis a Woody Allen o a Groucho Marx, pero que según Racionero podría ser el lema de los agnósticos modernos adictos al Prozac y al psicoanálisis. No hace ni una hora que ha regresado de la consulta de Pérez Cuscó. Por suerte su mujer estaba en casa. Aún no tiene resaca, pero no tardará en tenerla, la

presiente ya como se presiente la tormenta. Le atosigará un inmisericorde dolor de cabeza, el estómago se le endurecerá, una lluvia de agujas le asaetará las piernas entumecidas. Todos han muerto y él no se siente muy bien..., pero mientras tanto escucha las palabras altisonantes de su mujer e intenta ocultar el rostro en un cojín. Ella ya ha leído la inscripción, ya sabe que se trata del sombrero de su hija. No puede ser casual—ella no le llama serendipia como yo—. Las casualidades no existen, se dice. Nadie en su sano juicio puede creer en la respuesta del psicoanalista. Nadie olvida un sombrero Panamá en un perchero. ¡Qué excusa tan indigna! En el taxi, Riba ha llegado a pensar que su esposa está involucrada en el caso, que tal vez ella, su hija y el propio Pérez Cuscó se hayan confabulado en su contra. Riba intenta descartar posibilidades, pero todas le parecen de una complejidad semejante. Así que no se atreve a desechar ninguna. Regresa a la trama que supuestamente han concebido su mujer y el terapeuta. Quizá sea eso, y de ahí la sobreactuación de Abi. Y si no, por qué tanta insistencia en que acudiera a esa consulta, a ésa y no a cualquier otra. Esa sola duda le lleva a desconfiar, de modo que durante una temporada se sentirá inmerso en la tensión de un engaño mayor, más maligno que el que su esposa pueda llevar a cabo a expensas del galerista de Madrid. Un engaño que sólo persigue destruirle. Y ahora se pregunta si lo que ella ha querido explicarle de su relación con el galerista es cierto o forma parte de otra pantomima como ésta de la que soy la principal evidencia. Ni siquiera de eso estará seguro. Recapacita y llega a la conclusión de que nunca les ha visto juntos. ¿A quién pretenden engañar? Le gustaría saber si verdaderamente su hija se ha hecho psicoanalizar por ese tipo. Pero ¿es que todavía puede dudar de eso? Le ha estado contando su vida a alguien que trata a su hija y a su mujer. ¿No les contará a su vez el psicoanalista Pérez Cuscó a ellas sus confidencias quincenales? Sin embargo, ni siquiera se atreverá a insinuarlo, pues sabe que el altercado sería descomunal. Se está poniendo paranoico. Mucho peor de lo que imaginaba. ¡Santa inocencia!, se dice. Ahora mismo podría escribir una página entera con las posibilidades que abre un caso como el suyo. Si su mujer acaba por denunciar a ese farsante, él también se personará en la causa, querrá saber qué hay detrás de este asunto.Cuál de todas las verdades que maneja es la verdadera, se dice, y luego se ríe de lo que acaba de decir, como si fuera un niño, porque acaba de recordar que en una ocasión escribió un artículo en el que citaba a Bobby Fischer, porque según Fischer el ajedrez es la búsqueda de la verdad, y que ese es el motivo por el que le había dedicado la vida. ¿Cuál de todas será entonces la verdad verdadera? Es la borrachera, claro. No hay modo de salir de ese bucle, está obsesionado y su mujer no deja de dar vueltas a su alrededor hablándole mientras él intenta pensar. Es una de las tácticas preferidas de Abi para que colapse y no piense. Para que lo deje todo en sus manos, como siempre. Preferiría dar por cerrado el caso y creer en la versión del psicoterapeuta. Confiar en él, pero sencillamente nadie con dos dedos de frente puede creer esa excusa tan ridícula. Las casualidades no existen, repite también él una y otra vez, como un mantra, como si se tratara de la última línea de defensa que le queda. Piensa que debería de haber seguido su propio criterio y haber ido a ver a un filósofo en lugar de a un psicoterapeuta. La discusión con su mujer sobre este asunto quedará en los anales de las disputas matrimoniales. Era él quien tenía razón y, aunque ella no lo reconozca jamás, ahora lo ve más claro que nunca. Un filósofo también puede ayudarte a salir de un embrollo mental, no sólo los sacerdotes y los psicólogos están capacitados, se dice, pues hay problemas que sólo necesitan ser hablados, y un filósofo puede ayudar tanto o más que cualquiera a ordenar ideas y resolver dilemas e incoherencias. Al fin y al cabo, quién mejor que un filósofo para hacer las preguntas precisas. Las casualidades no existen, vuelve a repetirse, y luego se duerme. A ese día, y a cuenta mía, le seguirá una época de gran belicosidad con su esposa; de estancias obsesivas en la casa de

la playa y de regresos impotentes con mil preguntas sin respuesta, y vuelta a empezar. Por lo que sé, la artista del patchwork moverá cielo y tierra; acudirá a su abogado e indagará entre sus conocidos para llegar a la cúpula del Colegio de psicólogos y a la del Consejo General de la Psicología de España. Le hundiré, repetirá tras cada gestión. Acabará con él, se la escuchará decir sin descanso. Le quiere inhabilitar de por vida. Y mantendrá su propósito durante el tiempo en que yo permanezca en la casa, asidos ambos a sus propias verdades—¿Cuál de todas será entonces la verdad verdadera?—, unas verdades que les permiten examinarse mutuamente con un cierto distanciamiento y que, de algún modo, consigue apartarle a él de su obsesión por el bloqueo literario y a ella de sus problemas de edad y de relación con el galerista. En realidad será cierto que las casualidades no existen porque van a cuenta del Gran Programador—ese que surge con la hipótesis de simulación—, aunque quizá debería decirlos que sí existen para que os sirvan como triste consuelo. Así que doy fe de que para vosotros sí existen las casualidades. Los sombreros no podemos ni sabemos mentir. No estamos dotados para ello. Sólo somos testigos de lo que vemos y escuchamos, incluidos vuestros más ocultos pensamientos, y nuestra aspiración máxima es opinar, sobre todo, cuando se da una circunstancia como la presente. Como he contado ya, el escritor bloqueado se personará en la causa abierta contra el psicoanalista Pérez Cuscó, y aunque yo nunca sabré el final de este embrollo, parece que el desconcertado terapeuta acabará inhabilitado si no de por vida, como pretenderán la artista del patchwork y su marido, al menos una buena temporada. Por supuesto que nunca regresaré a aquel perchero desde el que fui testigo de la confusión en la que vive buena parte de vuestros congéneres. Seres confusos y seres difusos en busca de algo de luz y sobre todo de límites, que diría Alba Tena. La percha habrá sido una atalaya que echaré de menos, no sólo porque ya nunca conoceré el final de la historia de la lectora del Ateneo; ni del amago de ruptura entre el psicoanalista Pérez Cuscó y Chelo Puentes tras la última crisis; ni cuáles serán las consecuencias de sus obsesiones cuyo foco principal apunta a su hijo Arturo; o si alguna vez se revelará ese amor latente de Alba Tena por el psicoanalista, un amor que a este paso acabará por ensombrecer su rostro. En fin, no sólo echaré de menos esa atalaya debido a estas historias inconclusas, sino porque proporciona una cierta visión de vuestro mundo, es decir, de vosotros, sus habitantes, una visión distinta de la que haya podido obtener vistiendo a mis otros amos. Curiosamente, y no voy a volver al asunto de las serendipias, a este conjunto de enredos le encontraré cierta semejanza con el *PatchSong*, aquel remedo de Canción Total que obsesionaba a mi antigua propietaria Cristina León, pues un poco de esa amalgama, de ese intento de desgranar la confusión, es lo que se escucha desde el perchero de la consulta del psicoanalista Cuscó y, supongo yo, que desde todos los percheros de todos los psicoanalistas que habitan vuestro mundo.

A cuenta de la confusión, y a resultas de los distintos conflictos en los que estará inmerso Jorge Riba, me instalaré una buena temporada en su despacho, ese lugar donde se pone de manifiesto que sigue bloqueado, noqueado y atontado, como vengo sugiriendo hace rato. No lamentaré haber coincidido con esa época de sequedad creativa que le corroe por dentro, puesto que, al fin y al cabo, esto que estáis leyendo no es más que una de sus consecuencias, y porque, de pronto, ya será Navidad de nuevo. No deberíais preocuparos nunca por la Navidad. La Navidad siempre regresa con ímpetu renovado y Riba les mandará a sus amistades un mensaje que dice que tal día como hoy, un 25 de diciembre, nació la persona que más os ha ayudado a conocer el universo en el que vivís, un tal Isaac Newton, y luego añadirá que recordándole, brindáis por el pensamiento racional y crítico—por supuesto que no hará mención a que el propio Newton dedicó

grandes esfuerzos a la alquimia, algo que se me antoja más bien poco racional y crítico, tal vez la compensación necesaria a su otra vida rebosante de lógica—, pero si cito el mensaje aquí es precisamente por ese aspecto contradictorio que os define a los humanos y que nunca dejará de sorprenderme. Y también será el propio escritor bloqueado-noqueado quien días más tarde citará en uno de sus artículos a un profesor universitario que ha dicho más o menos literalmente que existe una ideología *light* de fondo: la ideología de la autoayuda—esa que propone soluciones simples para mentes limitadas, la que afirma que si deseáis algo muy intensamente, si os concentráis deseándolo con todas vuestras fuerzas, si realmente os lo creéis, vuestros deseos no sólo serán posibles, sino que podéis dar por hecho que van a realizarse—, ha dicho, el profesor universitario, que tal vez ésa sea la ideología más perniciosa que se haya transmitido en una época en la que parecéis haber perdido la memoria. Y digo que lo apunto aquí a cuenta de vuestras grandes y pequeñas contradicciones de las que el propio Jorge Riba, mal que le pese, no se salvará, pues de pronto aparecerán en su vida la psicosis y la hipótesis de simulación. De la hipótesis o argumento de simulación ya os he hablado antes, al inicio de este relato, la novedad es que ahora la tal hipótesis regresará aunada a la psicosis. Simplemente lo registro para que lo tengáis en cuenta tan pronto ambas se crucen en el camino de Jorge Riba y en el mío. Aunque por el momento, bloqueado como está, el escritor dedicará todos sus esfuerzos al estudio del sentido de la vida, como si en ello le fuera la suya propia, y leerá y leerá, a unos y a otros, para ver si es capaz de sacar algo en claro, porque busca una respuesta, pero en el fondo le ocurre que no sabe muy bien lo que busca y va dando palos de ciego, pues aunque en su momento leyó, al igual que su hija Cristina, la *Guía del autoestopista galáctico* ni siquiera recuerda lo que se divirtió al conocer el resultado del dictamen de la mayor y mejor supercomputadora que jamás se haya construido, tras siete millones y medio de años ordenando datos y haciendo cálculos con la finalidad de encontrar la «Respuesta a la Pregunta Última de la Vida, del Universo y de Todo lo demás». Eso, un simple número, concretamente el cuarenta y dos. No os burléis de él, tampoco vosotros sabéis apenas lo que deseáis saber, y por lo tanto tampoco sabríais, en caso de tomar una decisión al respecto, qué buscar ni dónde. Bueno, no lamentaré coincidir con esa época de sequía aunque, ciertamente, me hubiera gustado asistir al alumbramiento de una obra de ficción, en este caso de Jorge Riba, que es algo fundamentalmente distinto al proceso de redacción de los libros que escribía el profesor Torres, y no lo lamentaré, digo, porque se trata de algo que echaré en falta sólo momentáneamente, como una pérdida relativa, si bien pérdida al fin y al cabo, por no ser testigo de ese esfuerzo gozoso y doloroso del que hablaba el escritor en sus sesiones de diván; por no haber asistido a la creación de lo que he de suponer, desde mi casi invisibilidad, que sería una serie de historias fascinantes; por no presenciar cómo los recuerdos, o las reelaboraciones de esos recuerdos, las vivencias de otros, las ensoñaciones, y qué sé yo cuántos otros ingredientes, se transforman en un relato nuevo. Pero ya he dicho que se tratará de una carencia momentánea, puesto que más tarde seré yo quien protagonice tal experiencia, y por lo tanto será natural que acabe relativizando esa época de bloqueo de mi último propietario. También porque se trata de un proceso semejante al desarrollado por Cristina León para componer la letra y la música de sus canciones e incluso de sus óperas, aunque estoy seguro de que dicha experiencia es distinta en cada uno de los creadores que asolan vuestro mundo. De todos modos, de estar definitivamente noqueado el escritor bloqueado, ahora mismo no estaríais leyendo esta obra, y desconoceríais la historia de mis propietarios, que sin lugar a dudas ha acabado formando parte de la mía—exactamente el caso inverso de ese ATHANASIUS PERNATH de *El Golem*, donde se transmite una doble personalidad a través de mi congénere—, ignoraríais incluso qué será de mí y cómo

acabará todo esto, ya que parece que todas las historias han de tener un principio y un final, incluida la mía—me refiero a un principio y un final formales, porque es un signo de los tiempos que nada concluya y que todo forme parte de un proceso ininterrumpido que nadie sabe adónde os lleva—. A menudo, unas veces desesperado, otras aburrido, las más por inercia, Jorge Riba seguirá escribiendo su columna semanal para un periódico regional; participará con desgana en su tertulia radiofónica quincenal y asistirá a charlas para las que recicla antiguos escritos de juventud sobre teoría literaria. Eso, además de intentar escribir unas líneas en el ordenador o tomar notas en un cuaderno que deberían ser el inicio, el germen, la génesis, o como se le quiera llamar, de su próxima novela. Nada. No le servirán de nada, porque esas notas que parten de la voluntad de no rendirse ante la evidencia, serán consecuencia de lo que haya leído en el periódico, en alguna revista o libro, y todas ellas, sin excepción, acabarán en la papelera. Así que dispensado de su periódica visita al psicoanalista, al que fuera psicoanalista de cabecera de su mujer, todavía perturbado por el confuso incidente cuyo principal protagonista soy yo, el escritor bloqueado, que a la vez se siente desdichado e insatisfecho, se lanzará a la búsqueda de una solución, sin saber que toda búsqueda está condicionada por aquello que se espera encontrar, creyendo que puede hallarla en lo que han escrito otros sobre lo que él, es decir, vosotros, todos vosotros, hacéis en este mundo, porque es esa pregunta la que, no os quepa la menor duda, os mortifica en un momento u otro de vuestra existencia, y es que no sabe o se niega a saber que tal vez la solución esté en aquel sueño que le contaba al psicoanalista Pérez Cuscó y en el que él mismo se cerraba la puerta a indagar sobre la inquietud que es el elemento motor del conocimiento y sobre los estímulos propios, esos que como si fueran musas le han conducido durante tanto tiempo a la creación y que ahora lo han abandonado. Así, sin decidirse a abrir la puerta que él mismo se ha cerrado, leerá que la vida es eso que transcurre a su lado mientras él está ocupado haciendo planes; o que el sentido del mundo tiene que residir fuera de él, porque en el mundo sólo hay hechos y no valores; que las cosas son lisa y llanamente ellas mismas, sí, pero aprenderá—como si a su edad todavía no hubiese tenido tiempo de descubrirlo por sí mismo—que sólo le da importancia a las cosas cuando no las posee o en cuanto deja de poseerlas; que sólo valora aquellas que ha perdido; que la interacción de las partes es fundamental para la formación de un todo—que para mí será como hablar del comportamiento sexual de los peces de colores cuando deberíais saber que no sois más que sardinas—, o leerá que el secreto del mundo debería hallarlo en el contacto que mantiene con el propio mundo; o que todo se reduce a un problema de subjetividad, y que él, el escritor, es tal cual es, que él es su propio proyecto, que su ley es él mismo, y que como escritor tiene que reinventarse, que el ser humano desde tiempos inmemoriales no hace otra cosa que hacer y deshacer, construir y destruir, *Homo Faber*, citará él, que eso es a lo que dedica su estancia en la Tierra—en mi humilde opinión, los humanos sois como esas hormiguitas que andan siempre atareadas construyendo y destruyendo a la vez cuanto queda a vuestro alcance, y así construís y destruís el mundo una y otra vez, y una vez y otra lo modificáis todo a la espera de transformaros a vosotros mismos—, y entonces le dirá a su mujer que ha leído que él debería ser su propia creación, porque nada tiene sentido, que sólo los hechos lo tienen, y sus hechos son lo que ha de darle sentido a su existencia, el sentido que él quiera darle. Además, eso encaja perfectamente con esa idea suya de que la humanidad sólo puede ser redimida por el arte. ¡Ya!, pero ¿y si está bloqueado y su sentido, el de la vida, y su redención dependen de él mismo, de lo que él construya a su alrededor, algo para lo que momentáneamente se encuentra incapacitado? ¿No será que está metido en un enrevesado bucle o en un fatigoso laberinto? Eso piensa Abi Soler de su marido, observando cómo cada día que pasa está más extraviado, más lejos de solucionar el problema de

la sequía creativa. Tal vez mi obsesión por el sentido de vuestra vida provenga de Riba, de habérselo escuchado a él, de verle dar tantas vueltas a ese asunto, aunque también ha sido un tema recurrente para Cristina León y para el profesor Torres y para el Superior de la Orden, en definitiva para todos aquellos necesitados de supina trascendencia, si bien es cierto que será con Riba y con sus lecturas cuando se me ocurra pensar qué es vuestra vida, a qué responde ese ajeteo que observo a mi alrededor y que me llega a través de un mundo trastornado, posiblemente tras haber perdido buena parte de su significado. Bueno, pues a esta clase de disquisiciones le dedicará el escritor bloqueado un buen semestre, al final del cual seguirá tan noqueado como lo estaba antes, todo para llegar a la misma conclusión que os vengo anunciando desde hace rato, que no perdáis ni un minuto en buscarle el sentido a vuestra existencia, puesto que no la tiene. Así de simple. Lo descubrirá al finalizar esa larga temporada de lecturas entre filosóficas y de autoayuda, y lo hará cuando lea que uno de los personajes de un novelista llamado Richard Ford piensa que si el periodismo deportivo te enseña alguna verdad, ésta es que las ideas trascendentales no existen en esta vida, que pase lo que pase las cosas están ahí, después se acaban, y hay que contentarse con eso, porque la otra concepción de la existencia es una mentira de la literatura y de las bellas artes. Ya veis, hará falta que se lo diga otro narrador para que desista de una vez por todas de esa idea absurda de buscarle sentido a su existencia, a ver si encuentra allí la solución a su bloqueo, y de esa otra idea absurda que dice que la humanidad sólo puede ser redimida por el arte. Incluso su mujer le dirá que lo que ha estado haciendo no es otra cosa que intentar encajar lo que lee en un esquema preconcebido. Bueno, eso es lo que hacéis todos vosotros, todo el tiempo, con vuestras ideas. Cuando las tenéis, claro. Pero regresando a lo mío, y para ofreceros una solución a modo de vía de escape, insistiré en que existe una excepción a esa regla general de pérdida de tiempo al buscarle un sentido a vuestra vida, y es hacerlo como un pasatiempo. Si le buscáis el sentido a vuestra vida y lo hacéis como un juego, por deporte, que es como le llamo yo a esa clase de distracción, todavía puede estar justificado. Es como hacer sudokus, crucigramas o ver partidos de fútbol, os solucionarán una tarde de aburrimiento, llenarán unos meses de vuestra existencia, podréis haceros el interesante en alguna reunión y tal vez os ayude a ligar o a encontrar pareja. Lo que yo os diga: sólo por deporte. Es la única justificación válida, pues si alguna cosa desprecio, es esa raíz trágica que os envuelve—sí, a la humanidad entera—. Os hubiese ido mucho mejor de no haberos tomado tan en serio. ¡Tanta trascendencia absurda! Ni por un momento os imaginéis que sois la medida de todas las cosas. Cierto que tenéis la sensación de que el mundo, el universo entero, gira a vuestro alrededor. Sí, alrededor de cada uno de vosotros, y así sentís que sois el centro de todas las cosas, pero de ahí a creéroslo... ¡Vamos! De verdad os lo digo. Irrelevantes, eso es lo que sois. De estar en mi mano, al escritor bloqueado le habría contado ese invento de Lucía, la hija del profesor Torres y de Verónica Aliaga, de darle sentido a su existencia a través del estudio de algo tan extraordinario y sorprendente como las variadas formas de reproducción de los peces de colores. Le habría dicho que lo estudiara a fondo—sólo por el afán de saber, por jugar, insisto—pues podría darse el caso de que ahí esté el verdadero sentido de la vida, y lo que ocurre es que nunca daréis con él porque os costará reconocer que el único sentido, aquí en este mundo, sea justo ése, el más tonto de todos; que su imposible aceptación se halle en su propio sinsentido, y esté contenido en esa tragicomedia que representáis. Pero por desgracia no estaré en condiciones de darle a conocer ésa ni ninguna otra solución. ¿Cómo explicarle quién es Lucía? Y el escritor bloqueado, de pronto, tras leer atentamente al tal Richard Ford, pensará que la vida está pasando a su lado mientras él se dedica a buscarle las cosquillas, y eso sucederá justo antes de leer a Luis Racionero que la historia apunta a una vena paranoica en el *Homo sapiens*, una

tendencia a la violenta crueldad que va de Cro-Magnon a Auschwitz y cuya cúspide más relevante puede detectarse en el combate entre sus fabulosos avances tecnológicos y su igualmente fabulosa incompetencia en la conducta social, y que nadie parece atreverse a proclamar que el *Homo sapiens* puede ser una especie aberrante aquejada de un desorden endémico, algo que a lo largo de las etapas de su especial evolución fue mal, un fallo que apareció en sus circuitos y que es el causante de la vena paranoica que por doquier manifestáis. Ya veis, no lo digo yo. Pero regresemos a Riba, todavía perplejo tras leer a Racionero, pues será entonces que le invitarán a pronunciar una conferencia en un encuentro de escritores y él dedicará unos días a revisar un antiguo texto que habla de *El Golem* y el asunto de las dobles personalidades, un texto en el que dice cosas como que no sois más que el reflejo de vosotros mismos, un reflejo que se confunde con el de ATHANASIUS PERNATH, es decir, con él mismo, es decir, con ese extraño ser que aparece y desaparece: el Golem; o dirá que mientras leéis tenéis ante vosotros a vuestro propio doble, que no es necesario soñar para ello, y se preguntará, querido lector, si eres tú un monstruo, si verdaderamente existen esas noticias de las que habla el periódico, y dirá que para él, el Golem no es otra cosa que ese miedo ancestral de los humanos a lo desconocido, y aunque haya escrito que no es necesario soñar, una de esas noches sueña que anda vestido con un abrigo que podría ser una guerrera de soldado por los numerosos bolsillos que pueden observarse a simple vista, y que en ellos lleva pequeñas libretas que extrae de vez en cuando para anotar lo que se le ocurre: la libreta del pensamiento circular, la del pensamiento lateral, la de las ideas nuevas, la de los poemas absurdos, la de los cuentos breves o la de las novelas. Y otro de aquellos días, en cuanto crea que ha revisado suficientemente ese texto y lo guarde para su intervención en el encuentro de escritores, volverá a las rutinas diarias, a leer el periódico, donde me reencontraré con el ex diputado en el Congreso y ex regidor del Ayuntamiento de Cartagena Marcelino Patricio Reneses, es decir, con la noticia de que ha muerto en extrañas circunstancias, sumándose a las muertes, también en extrañas circunstancias, de otros políticos y empresarios relacionados con tramas corruptas y encausados por ello. En fin, todo muy turbio, para no decir en el más puro estilo mafioso.

Y otro de aquellos días, y también en el periódico, me reencontraré con el joven misionero del Japurá que ahora gobierna con mano de hierro la temible Guerrilla de Dios Airado del Amazonas. Los nuevos cristeros, dirá él, el escritor bloqueado, aunque todavía no conozca a fondo las diferencias entre unos y otros. En principio tampoco le interesará ir más allá de la noticia, profundizar en ella o buscar ampliaciones en otros periódicos o en Internet. No sabe ni sabrá que hay una conexión soterrada entre ese misionero y él. Esta historia ya ha sido escrita, se dirá. La toca Vargas Llosa en *La guerra del fin del mundo*, y Villoro en *El testigo*. Me sorprenderá que ésa sea su vara de medir, como si sólo leyera el periódico en busca de inspiración, o tal vez sea que en ese momento su vida se haya reducido a eso, a la búsqueda de un tema y de un tono. Y, sin embargo, aun sin proponérselo, seguirá la trayectoria del joven misionero, y yo lo haré con él, porque días más tarde, a medida que lleguen nuevas noticias, sabré que creyéndose la reencarnación de Moisés ha llegado a anunciar que, con la ayuda de Dios Padre, conquistará no sólo la tierra prometida, sino el mundo entero. Y luego habrá un día en que llegará una última noticia: la de su muerte—no la de Dios, que ésa la anunció otro, sino la del joven misionero—, noticia que zanjará de una vez y para siempre su alucinado viaje justiciero a través de la selva, de su costumbre de levantar una morada—la llamará tienda del oráculo, lugar sagrado a un centenar de metros del campamento, en donde escucha la palabra del Señor mientras toda la guerrilla, de

rodillas, reza, como si él fuese la mismísima reencarnación de Moisés y en sus manos tuviera el destino del pueblo elegido—, lugar donde suele ser instruido por Dios Padre sobre cómo ejercer el culto dedicado precisamente a él, al Dios Padre, sobre cómo deben ser los altares y santuarios que se le erigen para mayor gloria en este mundo, un mundo que precisará, dicho sea de paso, de nuevos y mayores sacrificios; pues allí, en aquella tienda del oráculo, mientras duerma o rece o reciba instrucciones de Dios, acabará su deambular, su sueño y su vida, alcanzado por un misil cuyo origen habría que situar a centenares, tal vez a miles de kilómetros, o que quizá haya surgido de la panza de un dron cuyo objetivo, es decir, las coordenadas del mismo, con toda probabilidad, han sido proporcionadas por alguno de sus propios guerrilleros, tal vez un infiltrado de la DEA llamado León Ferguson. ¿Existe el joven misionero? ¿Eres tú, lector, quien crea el mundo mientras crees que lo lees? Son frases extraídas de ese texto que el escritor congelado ha preparado para leer en el próximo encuentro de escritores en el que participará y que me parece oportuno traer aquí a colación. No lamentaré la muerte del joven misionero, es posible que excepto los suyos nadie más en este mundo le haya mostrado aprecio alguno, pero será parte de mi biografía, esa que se nos adhiere como una segunda piel, y con la que ahora me reencuentro, en el momento en el que empieza a caducar mi existencia, porque tampoco yo prolongaré mucho más tiempo mis días entre vosotros, como si las ironías de este mundo llegaran todas juntas a su destino, y es que una mañana, después de una semana de ausencia, el escritor derrotado, tras haber regresado tarde por la noche del ya famoso encuentro de escritores al que ha acudido para hablarles de esas obsesiones que arrastra desde hace años, porque hace años que Jorge Riba vive fascinado con *El Golem* y con las dobles personalidades, llegando a creer que en una de ellas es un escritor que no puede escribir y en la otra un estudioso de *El Golem* que se le aparece en forma de un doble suyo, esa mañana, decía, de regreso del encuentro, coincidirá con su mujer en la cocina. Abi preguntará, como para situarse, si se halla ante él o ante su doble, y él obviará ese sarcasmo porque ahora mismo no le importa lo que ella diga. Ella no va a entender nunca que a él esas conferencias le sirvan para desintoxicarse, ya que lo verdaderamente importante en este momento de bloqueo es moverse, no quedarse quieto. Si se para, piensa, se caerá, porque en la vida, como en la bicicleta, si dejas de pedalear pierdes el equilibrio, porque no puedes detenerte sin que haya consecuencias. Esa mañana, en la cocina a la hora del desayuno, tras una semana de ausencia, el escritor bloqueado, después de haber regresado tarde por la noche y de los sarcasmos de rigor, se reencontrará con su mujer, la artista del patchwork. Y será allí, en la cocina, donde ella le pregunte por el encuentro, cómo le ha ido, si las intervenciones han tenido algún interés para él, si le han aburrido como acostumbra, si al menos se ha distraído un poco durante esos días, y cuántos colegas han asistido a su conferencia sobre *El Golem* y el asunto de las dobles personalidades. A él se le nota taciturno, como si no se hubiera despertado todavía, aunque no es eso, ella le conoce bien, lo que ocurre es que tiene la cabeza en otra parte. Algo lo mantiene absorto, de modo que no sabe qué responder, y dice que ha visto a quien ha querido ver y que, en general, fuera de las sesiones han hablado de todo un poco menos de aquello que realmente importa. Que han bebido sin medida, aunque él, tras la experiencia vivida en la consulta del psicoanalista Pérez Cuscó, no se ha excedido, y que al acabar la jornada todos se han ido a dormir achispados. Que Sònia Hernández ha irrumpido pisándole el tema de las dobles personalidades con una distinción entre lo real y lo verdadero, porque damos por real, dice, lo que es tangible, lo que percibimos mediante nuestros sentidos, pero que lo verdadero es lo que contiene un conocimiento esencial acerca de nosotros mismos. Que Imbernón sigue apostando por la novela inteligible, clara y sin fisuras; que Porta sigue repitiendo el mismo discurso de siempre sobre el

McGuffin, sin saber explicar a ciencia cierta qué es; que Casamayor sigue aficionado al Lagavulin, que ese whisky es como su escudero, y que sólo por llevar la contraria es capaz de defender todo lo contrario que Porta y que Imbernón. No puede entender, le dirá a su mujer, la artista del patchwork, cómo estos tipos disfrutan con lo que hacen. Es patético, añadirá, que no se hayan dado cuenta todavía de que están acabados. En fin, que Masoliver tiene la cabeza entre Ocata, Londres y los pubis podados de las playas del Masnou. Y luego gozará contando que cuando se ha cruzado con Porta éste le ha confundido con Marsé, y que él le ha seguido la corriente. Se reirán ambos por primera vez en mucho tiempo, el escritor perdido y la artista del patchwork. Mira si vive en la inopia este tío, se escandalizará. Y luego ella le seguirá preguntando, mientras se prepara el café y unas tortas de maíz, y él dirá que vio a Marías y a Cercas, de lejos, porque una nube de fans siempre mantiene una especie de asedio acorazado a su alrededor; que Vila-Matas se ha vuelto un tipo amable, que no le ha reñido ni nada parecido por haberle usurpado el tema de las dobles personalidades, y que incluso le ha sonreído cuando le ha confesado que pronto pasará a engrosar las filas de aquellos que un buen día dejaron de escribir. Imagínate, le comenta a su mujer, Vila-Matas dándome ánimos, o eso querrá entender él, cuando éste prometa añadirle en la próxima reimpresión de su *Bartleby*, aunque primero tendrá que obligarse a no escribir una sola palabra el resto de sus días, porque lo que no puede aceptar es añadirlo a la lista un día y quitarlo al siguiente, según sus cambios de humor. Como ha dicho cambios de humor, el escritor bloqueado ha entendido que le cree dueño de la voluntad de escribir y de no escribir. De todos modos le ha agradecido que quisiera incorporarle a su colección de no escritores y se ha marchado. La verdad es que después de hablar con Vila-Matas, Riba pensará que también puede hacerse pasar por un escritor que lo ha dejado, como si se tratara de un alcohólico que consigue finalmente dejar de beber. Escritores anónimos. ¿No es eso precisamente lo que se ha hartado de decir en épocas anteriores? Que es escritor porque no sabe hacer otra cosa y que escribir es como una droga. Que lo dejaría si pudiera. ¿Alguien te ha preguntado?, querrá saber su mujer, refiriéndose a si alguien se ha interesado por lo que está escribiendo ahora, por su próximo libro... Y da que pensar, pues ése, precisamente, dirá él, es el problema de la estrategia de hacerse pasar por *Bartleby*. Nadie va a preguntarle. Todos están pendientes de sí mismos y no de los demás. Los otros escritores, acaba diciendo, sólo existen en función de lo que puedan ayudarle a uno a salir del atolladero. Él les ha mentado y les ha dicho que actualmente escribe una obra cuyo título es *PatchWord*, y luego se disculpa ante su mujer por habérselo pirateado a ella. No se le ha ocurrido otra cosa, dirá, a causa del bloqueo. Aunque a estas alturas la mujer ya no le escucha. Lo sé porque sus preguntas son preguntas mecánicas que buscan mostrar interés por las cosas de su marido, pero sin ir más allá. En realidad, Riba ha hablado con todos y con nadie. Cuando llevas tiempo sin publicar, dirá, te vuelves invisible. Es como si no estuvieras. Pasas a un segundo plano. Tal vez debería decir que se pasa a un tercer o cuarto plano. No, peor, se desaparece. Ése es el momento en el que ella se dará cuenta de que él está preocupado y volverá a prestarle atención. A todo esto yo sigo allí, sobre la mesa, de modo que parece natural que ella le pregunte por mí. ¿Has llevado el Panamá al encuentro? No, pero sí. Es como si lo hubiera llevado. Es otra cosa, otra cosa muy distinta, responde con un hilo de voz, tomándose en sus manos y mirándome detenidamente, como si pudiera leer en los intersticios de la paja toquilla.

Y esa otra cosa, que ahora le cuenta, es que ha estado con Alexander von Jodowski—el controvertido escritor y teórico de la hipótesis de simulación y del Gran Programador, aunque por encima de todo se trate de un sanador que entre sus múltiples facetas cuenta con la de ser el

descubridor de la psicosis, una técnica que conjuga los ritos chamánicos, el teatro y el psicoanálisis para provocar en el paciente una catarsis que le lleve a la curación—, ese ser opaco que se encuentra detrás de la hipótesis de simulación, porque resulta que todo, absolutamente todo, ha sido diseñado por el Gran Programador y, por supuesto, en una simulación todo es posible y por lo tanto no existen límites a su imaginación—la del Gran Programador—a la hora de dirigir vuestras vidas y en este caso la mía, claro. Así que el escritor bloqueado percibe la mirada sarcástica de su mujer, la artista del patchwork, y dice como disculpándose que ya se sabe que en este oficio, como en cualquier otro, a veces conviene grandes dosis de excentricidad, eso le dirá sin dejar de mirarme. Y no le faltará razón porque ahí están las pamelas, sin ir más lejos, o ese desfile de excentricidades que tiene lugar en Ascot y que, no lo voy a negar, consigue cierta notoriedad. Según Riba, que parece que va retrasando la noticia que tarde o temprano tendrá que darle a su mujer, algunos colegas se conforman con mostrar un poco de mal genio, o bien fingen ser patológicamente inaccesibles, o incluso todo lo contrario, unos plastas recalcitrantes, pero el tal Jodowski es un caso aparte, excepcional, y entonces le dirá que se le ha ocurrido contarle que está seco. No lo ha podido evitar. Una cosa ha llevado a la otra y ésta a una tercera y ya no ha habido quien lo detuviera..., porque al final han llegado las confidencias; que Von Jodowski le ha puesto al corriente de lo que significa la hipótesis de simulación, hipótesis que en realidad no ha enunciado él sino un tal Nick Bostrom, y le ha detallado las razones empíricas que ponen en cuestión que el mundo sea real de verdad. Al menos de verdad tal como nosotros nos lo venimos representando, de modo que si no lo ha entendido mal, Von Jodowski cree que el desarrollo tecnológico es tan exponencial que una civilización futura, o no tanto, poseería un poder de cálculo que la situaría a las puertas de llevar a cabo simulaciones de la vida de sus antepasados indistinguibles de lo que llamamos realidad; de modo que si esto es cierto, la posibilidad de que estemos viviendo en una simulación es muy alta. En fin, que Matrix. Y el escritor bloqueado le confiesa a su mujer que no ha entendido gran cosa excepto que no sois reales, que sois un producto del Gran Programador—alguien que se encuentra fuera de vuestro espacio-tiempo físico—, que es quien se encarga de conferir a vuestra mente las vicisitudes por las que pasa vuestra existencia, y que, debido a esto, todo, absolutamente todo, es posible en esta vida irreal que vivís, porque nada le está vedado al Gran Programador. ¡Ya!, le dice la artista plástica. Pero de lo suyo, ¿qué le ha dicho el gran Jodowski? Pues Jodowski, que por algo está considerado mundialmente como un sanador nato, no ha hecho otra cosa que echarle un cable a través de la psicosis. Eso es lo que le ha dado Von Jodowski, un consejo de psicosis. Abi Soler mira a su marido como se mira a una pared en la que hay algo escrito, pero sin que medie interés por descifrarlo. Este débil mental, el mismo que ha escrito meses antes que la autoayuda y cualquier símil de autoayuda forman parte de las ideologías más perniciosas que se hayan transmitido nunca, ha pasado de criticar al psicoanalista a creer en el psicólogo. Eso piensa ella mientras le escucha. Tiene que ver con el sombrero, asegura Riba. Pero ¿qué te ha dicho?, insiste ella. Y lo que le ha dicho es que debe tomar ese sombrero mal hallado y enterrarlo en presencia de su hija, que se lo ha dicho a bote pronto, sin que él le haya hablado previamente ni de su hija ni del sombrero, que eso es lo más chocante. No sé cómo adivina las cosas, asegura. Luego, sí, cuando le ha contado lo de Cristina, Jodowski ha dicho que le ha surgido del inconsciente; y cuando le ha contado cómo había recuperado el sombrero, un sombrero que había sido de su hija pero que posiblemente ya no le perteneciera, le ha dicho que eso entroncaba directamente con su conferencia, ésta de las dobles personalidades y del sombrero que no le pertenece a nadie excepto a un tal ATHANASIOS PERNATH y cuya vida vivirán aquellos que lo usen. Y para él, para el escritor bloqueado, será

como si descubriera en ese preciso instante que es otro y él mismo a la vez, su propio doble, tal vez un monstruo, como ha dicho en su conferencia de algo que era un juego literario, pero que de pronto se ha convertido en real. Y también dirá Jorge Riba que entonces, en ese momento, se ha quedado pálido. Y en blanco. Diría que asustado. Ni él mismo puede creerse que Von Jodowski haya dado en el clavo de ese modo. Y aquí es donde Abigail lo mira de nuevo, y uno no sabe si con su mirada pretende fulminar a su marido, o si sólo es desprecio, o si tal vez hace una pausa para ordenar sus pensamientos y recuperar el sentido común, porque algo totalmente inusual acaba de hacerlo añicos. No sé si será una cosa u otra, pero lo cierto es que será en ese preciso instante cuando yo comience a entrever que no voy a formar parte de eso que llamáis futuro, ese que ya no es lo que era, según los últimos dictámenes a los que he tenido acceso, y que voy a perderme esos tiempos tan interesantes que están por venir, y que, a modo de amenaza, Cristina León prometía no desaprovechar para poder acometer de una vez por todas su proyecto de Canción Total. Mi percepción, sin embargo, es que va a ser a vosotros a quienes os toque vivir en primera línea esos momentos trascendentales que se avecinan, y que lo haréis como se vive una maldición gitana, con vuestras ánimas revestidas de desasosiego primero y de auténtico pavor después. Cautela, pues. ¡Iros preparando! Aunque a decir verdad, he de reconocer que siempre ha habido épocas interesantes y que se supone que seguirá habiéndolas, al menos durante una buena temporada. De modo que ahora pienso que me hubiese gustado seguir viajando de cabeza en cabeza, y como decía un autor que Carolina Meifrén leyó en su día en el Alvia de Gijón a Madrid, me hubiese gustado viajar a lugares tan dispares como San Francisco, El Cairo, Vancouver, Ciudad del Cabo o Berlín. Ciudades cuya sola enunciación suena de maravilla, y visitar, aunque fuera una sola vez en la vida, la Gertrude Stein Room del hotel Sylvia Beach de Newport; presenciar cómo toman el té en el Hotel Península de Hong Kong; o una cena en Fort Cochin, el restaurante del Casino Hotel de Kerala; descender por el Mekong a bordo del *Vat Phou* o ver cómo preparan el scotch en el bar del Rex de Saigón, a todo eso y más me hubiese gustado asistir y así poder contaros de sus aborígenes y de sus cuitas, que tampoco creo que sean distintas de las vuestras, de las de cualquiera de los que, como vosotros, habitan en este mundo que pronto abandonaré. En fin, como no voy a estar, ahí os las compongáis, apreciados anónimos lectores. Pero ahora mismo estamos inmersos en uno de esos silencios imposibles de los que la artista del patchwork es una consumada especialista, mientras taladra a Riba con la mirada, justo después de que su marido le haya anunciado que debe enterrarme a mí, a ese Panamá que ha pertenecido a su hija y que de algún modo debe sacrificar si desea volver a ser el que era. Ya ves, le comentará a su mujer al cabo de un rato, mirándome fijamente, como para tomar fuerzas antes de continuar, como si en lugar de un sombrero fuera una ventana que de pronto se abre al pasado y al futuro. El caso es que debe seguir un ritual para el que no cree estar preparado. Ni siquiera sabe qué hacer para convencer a su hija Cristina para que participe. ¿Cristina? ¿Te ha pedido que participe Cristina en un ritual? ¿Una ceremonia de entierro del Panamá? ¿Le has explicado que tu hija nos abandonó? ¿Que si sabemos algo de ella es por la prensa? Sí que se lo ha contado, pero entonces Von Jodowski ha respondido que eso no tiene importancia, que la psicosis y los extraordinarios poderes del Gran Programador allanarán el camino, no sólo solucionarán su bloqueo, sino que también conseguirá restablecer sus relaciones personales. Que si entierra el Panamá y le cambia esa etiqueta que lleva el nombre de Cristina León por otro nombre, todo se arreglará. ¿Cambiarle el nombre?, se sonríe ella, escéptica. Sí, cambiárselo por otro, asiente él. ¿El tuyo?, quiere saber ella. No exactamente. Y es que lo que le pide el tal Jodowski es que le cosa una etiqueta al sombrero que sustituya el nombre de su hija por el de ATHANASIOS PERNATH, que será como

si también yo, es decir, el sombrero, me viera de pronto mezclado en ese turbio asunto de las dobles personalidades, y entonces el escritor bloqueado le pide a su mujer que comprenda que su bloqueo está relacionado con la obra de Gustav Meyrink y con su hija. Que de ahí proviene su bloqueo, dice, y que ése es el nombre que Jodowski le pide que grave en el interior del sombrero: ATHANASIUS PERNATH. Eso le repite, por si no ha quedado suficientemente claro, un Jorge Riba enfebrecido, a su mujer. Porque ahora mismo ha de cambiar de personalidad, de la suya bloqueada a esa otra de ATHANASIUS PERNATH. Abigail Soler no puede creer que su marido se haya prestado a una superchería de ese calibre, pero lo que más le molesta es la posibilidad remota de que su hija regrese en algún momento. Se ha ido, pues ya está. No quiere volver a verla. No va a perdonarla fácilmente. ¿Y te ha dicho dónde enterrarlo? De momento se lo toma a risa. Cree que las posibilidades de que algo así funcione son exactamente nulas. Cero. Le he preguntado, responde él, pero para Von Jodowski eso es lo de menos. Lo importante es que lo entierre en presencia de Cristina, y que luego él se desnude sobre la tumba del sombrero y se eche agua por encima como si tomara una ducha mientras pronuncia unas palabras mágicas. ¿Cuáles?, le pregunta ella. Y él responde: Mi nombre es ATHANASIUS PERNATH y soy un sombrero. Ésas son las palabras que debe pronunciar durante el rito, aunque lo verdaderamente trascendental será que el agua, al deslizarse por su cuerpo, riegue la tumba. ¿Supongo que no te lo has tomado en serio?, le interrumpirá ella, que cada vez se muestra más asombrada ante un silencio que no augura nada bueno. Entonces, como el mutismo de su marido, el escritor dislocado, se alarga demasiado, ella le mirará de frente y le dirá que es definitivamente tonto. A mí, en ese momento, me parecerá que Riba está contando algo, si no idéntico, semejante a lo que la gitana le sugirió al profesor Torres: que queme las ramitas de romero y deposite sus cenizas sobre la palma de la mano y las rocíe con unas gotas de aceite virgen. Adivino que el proceso debe de ser parecido en muchos casos, como si se basara en la creencia de que los males pueden ser transferidos a otros objetos y así liberarse de ellos. Me hará gracia la coincidencia y pensaré que, si no de la solución, seré depositario de todos los males del escritor bloqueado y, por ende, de los males de todos aquellos a quienes he cubierto. Ese Cristo del misionero javeriano también absorbió de algún modo todos vuestros pecados y padeció tortura para salvaros. Por supuesto que el escritor alocado llevará a cabo el rito que le ha propuesto su colega y psicólogo Von Jodowski. Qué puede perder, le dirá a Abi, y ella le mirará como quien está ante un chiflado y no entiende nada, pero que sabe que en adelante tampoco va a entender nada de lo que le diga. ¡Santa inocencia!, la escucharé refunfuñar, aunque por dentro piense ¡santa necedad!, mientras Riba le cuenta que primero lo ha descartado—se refiere a seguir las instrucciones de Von Jodowski—, pensando que se trata de una tontería, que no tiene ningún sentido cumplir esa clase de diligencias en las que uno no cree, pero después, durante el viaje de regreso, ha cambiado de opinión. No sabría decirle por qué. Tal vez porque lleva tiempo sin salir del agujero, tal vez porque echa de menos a su hija, o porque con el psicoanalista ha acabado como ha acabado y necesita hacer algo al respecto, porque Von Jodowski lo ha visto todo claro en un santiamén sin necesidad de una infinidad de sesiones quincenales, y porque, al fin y al cabo, ¿qué pierde por probar? Eso dice, pero yo sé que ha cambiado de opinión porque no es más que el producto de una simulación—como todos vosotros, claro—cuyo pensamiento le pertenece a ese Gran Programador del que le habla el tal Jodowski, y ella, su mujer, no puede hacer nada al respecto, sino observarle un buen rato y hacer como si no lo viera, o como si pudiera atravesarlo. Comenzará una frase y se detendrá. Se sentará con el café en la mano frente a su marido. Habrá otro silencio, esta vez, si cabe, más profundo que el anterior. Hoy irá a encargarse una nueva etiqueta para mí, asegura él. Ni por un instante duda que acabará por

adornarme con ese nombre tan literario de ATHANASIOS PERNATH. Entre otros motivos porque es como si de pronto cerrara un círculo: sus textos sobre las dobles personalidades, *El Golem* y ese sombrero de la obra de Meyrink, con su caso personal. Como no cree en un desenlace provechoso, a ella le parece que, después de todo esto, va a tener que encerrar a su marido en un sanatorio. El débil mental va a encontrar finalmente su lugar. Tal vez ése sea el destino que mejor se corresponda a su demencia, y no sus huidas a la casa de la playa. ¿Y ya está?, interviene de nuevo. ¿Y luego ya podrás escribir como si nada hubiera pasado? ¿Habrás enterrado, estropeado, destruido, qué sé yo, el sombrero de tu hija jugando a aquellarres pseudointelectuales? Vete a saber qué va a pensar de ti tu hija si le pides que participe en una liturgia de chamanes locos. ¿Y luego qué? Y entonces le pide que imagine que todo ese empeño no sirve de nada. Además, el sombrero sigue siendo una prueba contra Pérez Cuscó. ¿Cómo va a destruir la única prueba que tienen de la trama que su hija ha urdido junto al psicoanalista? ¿Qué cree que dirá ella cuando le pida que participe en un acto de psicosis? Mejor sería organizar un *happening*, comenta. Convertir el rito en parte de un *happening*. Ella, la artista del patchwork, es experta en esa clase de acontecimientos. Lo que sucede es que, de momento, no lo ve claro. No hace falta verlo, responde él, sólo hay que hacerlo y ya está. El rito, de todos modos, no acaba ahí. Ella mueve la cabeza negativamente. ¿Más?, pregunta con cierta admiración. No se lo puede creer. Sigue, sigue, le anima, con una falsa sonrisa que rezuma veneno por todas partes. El escarnio será monumental, piensa ella. Y le pide que, por favor, siga contando lo que le falta por contar. Así que él añadirá que Von Jodowski dice que en pocos meses, allí donde haya enterrado el sombrero—es decir, yo—crecerá un pequeño arbusto; que ha de triturar sus hojas, hacer con ellas una infusión y tomarla en ayunas. Al día siguiente comenzará a percibir sus efectos—algo que a mí me recordará los tiempos en que vivía inmerso en la cajita de balsa impregnada de olor de marihuana—, y no hará falta que el escritor bloqueado espere más tiempo: la escritura fluirá, su estado será el óptimo, la concentración máxima, su grado de compromiso con la literatura indestructible. Abigail no puede reprimir otra sonrisa burlona mientras piensa que algunos dicen escribir a través de la mano de Dios interpuesta, y que su marido puede acabar haciéndolo gracias al influjo de la magia o de no sabe muy bien qué, porque no se atreve a representarse a esa clase de Dios al que su marido y el tal Jodowski llaman Gran Programador. Piensa que se trata de un final triste para un escritor que se quiso de culto. ¡Dios mío!, refunfuñará. ¿Y también te ha dicho sobre qué escribirás?, pregunta desbordada por tanta novedad proveniente de lo que había de ser un simple encuentro de amigos escritores. No, eso del tema, le dice Riba que ha dicho Jodowski, mientras pasa la mano por mi interior, vendrá más tarde. ¿A través de la infusión?, quiere corroborar ella, que ve en todo este galimatías una especie de fin de ciclo, o de época, o de vete a saber qué; tal vez el último asidero que le queda al escritor bloqueado para recuperar la creatividad perdida. Tal vez no debería extrañarse tanto. Los humanos somos así, se dice ella, casi como si acabara de adoptar mi papel en esta historia. Han pasado algunos segundos desde que ha formulado la pregunta, esa que quería corroborar de dónde le vendría la inspiración, y él todavía parece estar pensando la respuesta. Debería ser fácil de responder, piensa ella. O sí o no, se dice, y luego piensa que en una situación como ésta, alguien que no fuera un flojo debería encontrar en su interior las fuerzas para dar respuesta a un interrogante tan sencillo. A través de la infusión, ¿sí o no? Estará buscando la réplica en las profundidades del sombrero, se dice, porque debe de haber agotado sus propias reservas. Haría un chiste de eso si no fuese porque le costaría un altercado que cambiaría el fondo de la disputa. Bueno, tampoco es que sea una disputa. Ahora mismo todavía no han entrado en combate. Sólo se tantean el uno al otro. Practican eso que en algunos deportes llaman pelotear o

hacer guantes. Lo que planea por encima de la conversación es el bloqueo de su marido, que desde hace más de un año ha venido a sustituir las discusiones a cuenta de la hija perdida. Visto objetivamente, sería como un golpe de fortuna para él, como si de algún modo Cristina se compadeciera de su suerte y acudiera a su rescate. ¿Así pues, va a ser esa infusión la que te inspire, la que te diga sobre qué escribirás? Ésa será la pregunta que ella volverá a plantearle, apremiándole para que responda, y entonces él ya no esperará más tiempo y dirá que no es exactamente así porque, según Jodowski, será yo, el sombrero, quien se lo inspire. Aunque sí, admite que lo haré a través de la infusión. El sombrero, sí, murmurará. Y mientras él asiente, ella mueve la cabeza como quien ya no se extraña de nada, y yo comprendo que por uno de esos giros a los que tan acostumbrados os tiene la vida, lo que el futuro me tiene reservado a mí no es otra cosa que contaros lo que he visto estando a vuestro lado, eso y un temerario consejo: que no perdáis ni un segundo buscando trascendencias inútiles por los recovecos de vuestro ser. No hay nada ahí y lo que podáis encontrar carecerá de todo sentido. Si lo hacéis, que sea por deporte. Como juego. Ya os lo he advertido antes y lo he repetido hasta la saciedad. Sencillamente no encontraréis nada ahí dentro, a no ser que os guste reiros, por poner un ejemplo, con el absurdo del número cuarenta y dos. Es decir, no encontraréis nada porque ahí dentro no hay nada. Y si encontráis algo, francamente, será fruto de la perversa imaginación de ese otro ser opaco y desconocido llamado Gran Programador—ni se os ocurra preguntaros por los orígenes, la procedencia o lo que sea de este nuevo Dios, ni siquiera si se trata de un robot o una computadora cuya inteligencia crea vuestra falsa realidad con representaciones convincentemente verosímiles de cosas que no han sucedido nunca o que, al menos, no han existido tal y como os las representáis—. Y sí, le insistirá Jorge Riba a su mujer, convencido, aunque cansado y sin entusiasmo, sabiéndose de lleno en el vertiginoso sumidero que le lleva al ridículo más espantoso e inexorable de su vida. Sí, será del sombrero de donde me llegue la trama, el discurso, la inspiración... Tal vez de la maquinaria, dirá, que se oculta detrás de toda esta ilusión fenomenal que es nuestra vida.

*Céret, Tuixent, Barcelona, La Escala,
agosto de 2014 - abril de 2018*